



ROMANCE HISTÓRICO

JAY

- PASIÓN LONDINENSE -

AURÉLIE DEPRAZ

Table of Contents

[Anteportada](#)

[Síguenos...](#)

[Información legal](#)

[Advertencia de contenido sensible](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Epílogo](#)

[Síguenos...](#)

[Créditos](#)

AURÉLIE DEPRAZ

Jay

Pasión londinense
TOMO II

Traducido del francés por Paloma Vega Centeno

Cherry Publishing

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,

síguenos en Instagram:

[@cherrypublishing_esp](#)

Sigue también a la autora:

[@aurelie.depraz.auteur](#)

¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2024, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Edición en español: octubre 2024

Advertencia de contenido sensible

Algunos capítulos de este libro contienen descripciones que pueden causar cierta incomodidad a las lectoras. Los hechos representados son ficticios y en ningún momento pretenden justificar la violencia o el abuso verbal. Desde la editorial, rogamos que se tenga esto en cuenta a la hora de proceder con la lectura.

I

Londres, 26 de octubre de 1819

—Vamos, Elisa, ven conmigo —La joven negó con la cabeza. Jay suspiró—. Es solo una subasta benéfica. ¡La última del año! Seguida de un recital: sin bailes ni desfiles. No tendrás que hacer nada, solo estar a mi lado... y dejar que te vean —La joven, testaruda como era, volvió a negar con la cabeza—. Venga, por favor, es una obra de caridad para los huérfanos de Whitechapel y los mendigos de las parroquias de todo el East End... Elisa, tenemos que ir. No podemos permitirnos lo contrario.

—¡Pues ve tú!

—Escucha, Elisa: llevamos tres años igual. ¡Tendrás que decidirte a salir algún día...!

—Ya salgo.

—Ir al mercado de St. Giles todas las semanas con los criados y encerrarte en la biblioteca del British Museum dos veces por semana no es lo que yo llamo salir... —La chica se recostó en su sillón y cruzó los brazos sobre el pecho—. Vamos, está a un tiro de piedra. Es en la sala de subastas de Covent Garden, en Bedford Street. Te arreglas, hacemos una breve aparición, contribuyo con mi donativo habitual, te presento a un par de personas y nos vamos a casa.

—No.

Jay puso los ojos en blanco antes de señalar la calle con un gesto de pura dejadez.

—Por el amor de Dios, Elisa, ¡estamos en el Soho! ¡En el Soho! ¿Cómo sería si viviéramos en Mayfair?

Ella giró de pronto la cabeza hacia él, consternada.

—¿Quieres mudarte a Mayfair?

La evidente angustia en la voz de su hermana hizo que a Jay se le encogiera el corazón. Suspiró con desaliento.

—No, claro que... Maldita sea, Elisa, ¡vas a cumplir 20 años! Las chicas de clase alta entran en sociedad a los 18, ¡a veces incluso a los 16 o 17! La mayoría de ellas, a tu edad, ya tienen marido.

—¿Y qué más te da? No somos de clase alta, que yo sepa... —objetó, disgustada.

—Sabes exactamente lo que quiero decir. ¡No puedes quedarte encerrada en esta casa toda la vida, por muy cómodo que te resulte!

—¿Por qué no? ¿Me vas a echar? —reaccionó ella, repentinamente alarmada.

Jay sintió que perdía la paciencia.

—No, ¡por supuesto que no! ¡Sabes que no! Pero ya hemos hablado de esto cientos de veces: tienes toda una vida por delante. ¡Seguro que algún día te casarás y tendrás una casa de la que encargarte, unos niños que criar!

—Pero... yo no quiero casarme. Quiero quedarme contigo.

—Tonterías. Lo que pasa es que tienes miedo de conocer al indicado y...

—¡No estoy hecha para este mundo, Jay!

Por muy acostumbrado que estuviese, la angustia que Jay vio en los ojos de su hermana

menor lo conmovió hasta la médula. Se dio la vuelta y se pasó la mano por la nuca con pesadez.

Elisa seguía sin adaptarse. Jamás había llegado a asumir el meteórico ascenso social de su hermano, que la había arrastrado tras su estela, y parecía que desde que habían dejado Whitechapel por la City; más tarde, la City por Holborn; y finalmente, Holborn por el Soho, había sido incapaz de encontrar su lugar en la sociedad.

Era comprensible. Había nacido en la calle y su madre había muerto de fiebre tifoidea cuando apenas tenía un año. No había conocido a su padre más de lo que Jay había conocido al suyo, ya que su madre se había pasado la vida, o al menos desde de que Jay había nacido, deambulando de un protector a otro. Por desgracia, la pobre mujer solo había conseguido atraer a hombres violentos, alcohólicos y pendencieros, y estas «relaciones por interés» nunca habían durado mucho.

Tanto es así que Jay, que entonces tenía 11 años, tuvo que hacerse cargo de su hermana pequeña cuando su madre murió. También fue él quien luchó por los dos, tanto que acabó con una fortuna colosal, tras casi veinte años en guardia para asegurar su supervivencia. El desenlace de esa lid aún parecía, a día de hoy, poco creíble.

Sin embargo, su ascenso a la fama, aunque rápido, había sido gradual, estructurado, bien concebido. Jay había pasado del hurto en los escaparates de las tiendas al robo en banda organizada, del trabajo en los muelles a las peleas callejeras, de la estiba a los juegos de cartas en garitos y, finalmente, de invertir en la mina a convertirse en el dirigente de un auténtico imperio económico. Y aunque procuró enseguida mudarse con Elisa del East End a la City, luego a los *boroughs*¹ del centro y, por último, a los distritos ricos y —¡oh, cuán despreocupadamente seguros!— del oeste, había elegido un palacete de tamaño razonable en la esquina de Charing Cross Road y Oxford Street, en la frontera de Covent Garden, Bloomsbury y el Soho.

No había querido lanzar a su hermana en paracaídas al corazón de Mayfair o Marylebone, con todos esos aristócratas que, en su mayoría, miraban con desdén a los que pretendían ascender en la escala social. Había optado por una residencia ligeramente alejada de los barrios de alto copete, en un entorno heteróclito, pero mucho más concurrido que el *borough* en el que habían nacido. Esperaba que, poco a poco, Elisa se adaptara sin problemas y se acostumbrara a su nuevo entorno. Por otra parte, Jay había escogido un lugar de residencia cercano a la City, por donde paseaba todos los días para gestionar sus negocios. De esta forma, se mantenía al tanto de lo que sucedía en los Docklands del este de Londres, ya que, pese a su nuevo estatus y flamante vestimenta, solía visitarlos con regularidad para supervisar la carga y descarga de sus barcos en los astilleros de las Indias Occidentales y Orientales².

Con todo, muy a su pesar, Elisa vivía prácticamente recluida. Seguía teniendo el carácter arisco y reservado de cuando era pequeña. Por desgracia, la niñera a la que Jay la había confiado en un principio, mientras él cometía algún que otro delito, tenía la mano bastante suelta. Por aquel entonces, el hermano mayor rateaba manzanas y vendía pañuelos «vírgenes»³ para subsistir. Pensó que pagarle seis peniques a la semana a una niñera y juntar a su hermana con otros niños sería una bendición, pero cuando se dio cuenta de que aquella vieja bebía y atizaba sin distinción, la apartó de aquella bruja y, con el bebé bajo el brazo, se adentró de nuevo en el laberinto de callejuelas destartadas del East End.

Privada una y otra vez de las escasas posesiones que Jay le confiaba durante el día mientras iba al puerto a buscar trabajo, desterrada sin miramientos de los lugares en los que la escondía en su ausencia, acostumbrada al frío, al hambre, a la violencia y a la muerte en las calles, Elisa, de

naturaleza dulce y frágil, se había encerrado en sí misma y no había tardado en perder la confianza en la gente, en la vida y en aquello que podía conseguir.

Solo creía en Jay.

Solo confiaba en Jay.

Prácticamente, solo hablaba con Jay.

Y él se desesperaba por verla salir de su sombra para vivir la vida que se merecía y que tanto deseaba para ella: una vida plena, la de una dama con una dote espectacular, a la que todos cortejaran; es decir, la de una *lady* destinada a ser plenamente feliz. Además, era bella, delicada y considerada... ¡pero demasiado tímida y vulnerable! Jay se estiraba de los pelos por la personalidad que había desarrollado.

Sin embargo, por mucho que hubiera dado con aquel lugar ligeramente alejado del frenético y ostentoso ajeteo del West End, con aquel palacete espacioso pero amueblado con sencillez, a medio camino entre la City al este y el formidable Hyde Park al oeste; en definitiva, una residencia que representaba exactamente su posición en el mundo: ni en Mayfair, ni en Whitechapel, sino entre los barrios esnobs del oeste y los distritos humildes del este... Por mucho que él la defendiera, le infundiese osadía, le permitiera salir adonde le apeteciese y la protegiera tanto de los libertinos —entre los cuales su amigo James era el cabecilla— como de los cazafortunas obsesionados con la dote, la joven seguía sin encontrar su sitio.

—No vamos a volver, Elisa.

Ella asintió, con la mirada fija en ninguna parte.

—No volvería por nada del mundo... —respondió en un susurro.

Jay se acercó a ella y se acomodó en el sofá a su vera. Sonrió con dulzura y le acarició la mejilla.

—Me alegra oírte decir eso.

—Pero eso no significa que me sienta cómoda con tus... nuevos amigos.

—Ya sé que no.

Respecto a esos nuevos amigos, Jay tenía compañeros de negocios a montones: socios, procuradores, representantes, ingenieros, banqueros y armadores. También negociaba con varios políticos y miembros de la Cámara de los Comunes, a los que presentaba todo tipo de proyectos sociales con regularidad. Eran, en el fondo, plebeyos como él, que habían triunfado en el comercio, la banca, la industria y los oficios de toga, y cuyos intereses —al menos económicamente— convergían en general con los suyos.

Al final, de todos ellos, solo dos hombres de la alta sociedad le habían honrado con una amistad sincera —¡y menuda amistad!—: Alexander Hemsworth, conde de Ashford, y James Eastlake, hermano menor del duque de Somerset. Dos hombres vivaces y deslumbrantes, presentados con honores en la buena sociedad, bendecidos con innumerables conexiones y fortunas, cuando menos, escandalosas. Dos auténticos aristócratas, tan ociosos como libertinos, pero que, desde el momento en que se conocieron en aquella conferencia organizada por Industrias Senwood, en la que Ashford había arrastrado a Eastlake, habían atesorado y valorado su compañía. Jay no se chupaba el dedo: puede que, al principio, fuera más por su aspecto ajeno a la alta sociedad, pero el resultado era el mismo, porque gracias a eso, aquellos aristócratas lo habían presentado en una serie de actos sociales, e incluso en su club, el más prestigioso —¡y exclusivo!— club de caballeros de Londres: el *White's*, un lugar extremadamente selecto, debido, en gran parte, a las exorbitantes y prohibitivas cuotas anuales que pagaban los socios y que resultaban excluyentes incluso entre las clases altas.

Sin embargo, Jay nunca le había presentado a sus amigos a Elisa. En primer lugar, porque ambos eran —al menos hasta que Alexander se casó— seductores empedernidos, y su hermana era demasiado crédula. Y en segundo lugar, porque ella siempre se había opuesto firmemente a la idea de conocer a hombres con sangre más azul que el zafiro. Aquello la horrorizaba.

—Tan solo quiero que encajes en la alta sociedad, Elisa. A tu manera, a tu ritmo, pero... necesito que lo hagas.

La joven, descalza sobre el sofá, apoyó la barbilla en las rodillas y se rodeó las piernas con los brazos.

—No. ¡No estoy a la altura, Jay!

—¡No digas tonterías! Eres hermosa, dulce, amable y...

—Esos hombres solo buscan *ladies*, Jay. No soy una de ellas. No sé bailar, no sé cantar... Ni siquiera sé sentarme a la mesa. No sé mantener una conversación y soy tan torpe...

De repente, la joven rompió a llorar.

Jay la abrazó de inmediato. Elisa se acurrucó en su fornido pecho y se dejó acunar al son de sus susurros reconfortantes. Jay sintió que su camisa se empapaba de las cálidas lágrimas de su hermana a la altura de los hombros y se le formó un nudo en la garganta. Lo habría dado todo por ella, por verla sonreír. Todo para hacerla feliz de una vez por todas.

Elisa resopló y, pese a que Jay no dejó de abrazarla, este consiguió sacar un pañuelo blanco del bolsillo de su chaleco. Ella se sonó la nariz de forma sonora y luego se lo devolvió. Él sonrió, dobló el pañuelo y se lo volvió a guardar en el bolsillo.

—Encontraré la forma, Elisa. Te lo prometo.

Al ver que mantenía la vista baja, él le levantó la barbilla con ternura y la obligó a mirarle. Tenía los ojos enrojecidos y la cara húmeda por las lágrimas. Agachó la cabeza, fijó sus pupilas casi negras en los ojos marrones de su hermana y alzó las cejas para captar su mirada.

—¿Confías en mí? —Ella asintió sin medida y se secó las lágrimas con el dorso de las manos—. Este invierno haremos de ti una verdadera *lady*, ¿de acuerdo? Aprenderás todo lo que hay que saber. Y la próxima temporada... —Ella lo miró, ansiosa. Sabía bien lo que venía a continuación—. La próxima temporada, te presentaré en sociedad.

Un rayo de sol entró tamizado por las contraventanas y le hizo cosquillas en los párpados. Alexander se despertó con holgazanería, dejó escapar un bostezo leonino y, sin ni siquiera abrir los ojos, sintió que una sonrisa de felicidad le curvaba la comisura de los labios.

Su jovencísima esposa, Jade, estaba allí, envuelta en las sábanas blancas, acurrucada contra él. Estaba dormida, rodeándole el torso con el bracito, apoyándole los delgados dedos sobre la clavícula y la mejilla en el hombro. Él la estrechó contra sí con cariño. Ella balbuceó, como tantas otras veces mientras dormía, y como de costumbre, a él le pareció adorable y terriblemente excitante. Le levantó suavemente la barbilla con el dedo índice y buscó sus labios. Ella se despertó y le devolvió el beso. Aunque su noche ya había sido muy agitada, como casi todas desde que se casaron —y siendo sinceros, desde su compromiso, momento en que Alexander había sentido la ira ciega de su hermana Carolyn cuando esta se enteró de que había llevado a su joven prometida a la cama antes de la celebración oficial de su unión—, el conde de Ashford sintió que su deseo aumentaba de repente bajo las sábanas y atrajo a su mujer hacia él. Ella cedió, claramente muy dispuesta, y él la besó con ímpetu.

Pardiez, ¡la amaba!

Daba gracias a Dios cada día por haber tenido la suerte de conocerla y de haberse casado con ella, y se alegraba de que, desde sus nupcias, su esposa no hubiera querido dormir en su habitación, sin él, ni una sola vez. Ya fuera al presentarse en sus aposentos o al invitarla a su habitación, Jade jamás le había rechazado y siempre habían acabado, tras repetidos y apasionados escarceos amorosos, durmiéndose abrazados. Tanto era así que, cuando se despertaba por la mañana, no era raro que empezara el día honrando una vez más a su mujer. Al fin y al cabo, no se le ocurría una forma más deliciosa de comenzar la jornada. De hecho, a veces le costaba entender cómo había sido capaz de soportarlo cuando Jade aún no estaba en su vida. No obstante, fuera cual fuera su rutina de entonces, ahora le resultaba, sin ninguna duda, sosa, aburrida y carente de interés, aunque su vida de soltero cortejado y galán había sido —ciertamente— muy entretenida antes de conocerla.

Alexander sintió que su deseo se multiplicaba por diez y se volvió más exigente. Recorrió el cuerpo de su joven esposa con las manos y, con impaciencia, le rodeó los pechos, antes de bajar por el costado y agarrarla por las caderas para colocarla sobre su sexo erecto.

Bum, bum, bum.

Alexander se tensó y, en el colmo de la frustración, reprimió un improperio.

Bum, bum, bum.

¡Dios santísimo! ¡Jay! Ese patán aporreaba la puerta con tal fuerza que le fue imposible fingir no haberlo oído, incluso desde la planta superior. Es más, sus golpes eran tan decididos que supo enseguida que el pobre Wiggins no sería capaz de contenerlo en la planta baja hasta que Alexander se hubiera ocupado de sus asuntos. El muy animal subiría a su habitación y lo sacaría él mismo de la cama para hablarle de alguna nueva aventura empresarial —brillante, sin duda, ya que Jay era un genio cuando se trataba de dinero, inversiones e industria—, pero fuera lo que fuese, no le provocaría ni una milésima parte de la satisfacción que estaba a punto de encontrar en la tierna feminidad de su esposa.

Alexander volvió a maldecir, vacilante. Jade gimió de libidine y se contoneó sobre él. Ardiendo en deseos de hacerla suya, volvió a concentrarse y estuvo a punto de penetrarla cuando unos gritos llegaron del pasillo.

—¡Santo cielo! Lo siento, amor mío, pero...

Alexander apretó los dientes. Jade sonrió con ternura y suspiró.

—Es Jay, ¿verdad?

—¿Quién si no, a estas horas?

—Bueno, querido, puedo esperar...

Se dejó caer su lado, y, mirándole a los ojos con picardía, se tapó con la sábana hasta la barbilla.

—No estás enfadada conmigo, ¿verdad?

—Sabes que nunca te guardo rencor...

¡Qué maravilla de mujer!

—Me desharé de él y volveré contigo. Seré tan rauda como pueda.

—Eso espero... —replicó ella, con una mirada maliciosa en los ojos.

Dios, ¡qué suerte tenía!

¿Qué hombre podía presumir de tener una esposa tan comprensiva? Jade tenía un carácter de oro y, además de su belleza, su franqueza e infalible entusiasmo le habían conquistado de inmediato. ¿Cuántos maridos podían regocijarse de tal fortuna?

La besó en la punta de la nariz, se levantó y se puso el batín de terciopelo púrpura. Gruñó y abrió por fin la puerta, dispuesto a acudir en ayuda del pobre Wiggins. En ese mismo instante, se oyó un aluvión de gritos en el vestíbulo. Alexander respiró hondo, exhaló con resignación, se ajustó el cordel del batín y bajó con paso pesado la escalinata de mármol de Siena de su palacete de Hannover Square.

Jay era el advenedizo más grosero que había conocido, aunque no es que conociera muchos más. Pensándolo bien, y para ser sinceros, Jay era en realidad el único plebeyo con el que Alexander había coincidido en vida y, lo que era más importante, al que consideraba su amigo.

En cualquier caso, sin duda era el único que le despertaba sin escrúpulos a horas intempestivas, el único que se presentaba en casa sin avisar, mostraba el más absoluto desprecio por los buenos modales y desconocía el funcionamiento de esos maravillosos inventos conocidos como campanillas y aldabas. Golpeaba con los nudillos —con su puño enorme, de hecho, ya que Jay tenía dos mazas por manos que delataban, con cada uno de sus gestos, al antiguo boxeador callejero y rudo estibador que había sido antaño— contra el marco de la puerta a la que había decidido llamar, y uno casi se maravillaba al ver que la estructura de roble resistía sus repetidos asaltos.

Tanto era el caso que prescindía de la costumbre —al parecer, anticuada— de ser anunciado por los mayordomos o de entregar su tarjeta, una forma de proceder que resultaba un sinsentido, ya que la estridencia de los golpes contra la desafortunada puerta de Hemsworth House bastaba para alertar a todo Mayfair de sus (muy) madrugadoras visitas.

—Señor, ¡no puede subir! Su Señoría aún duerme...

—No se preocupe, Wiggins, lo despertaré por usted, su...

—¡Es inútil, Stenson, ya está hecho! —gruñó Alexander desde la escalera.

—¡Ah, Ashford! ¡Qué maravilla! Estaba deseando verte.

—Cualquiera lo diría...

—Vamos al salón, ¿quieres?

—Por supuesto. Siéntete como en casa...

Jay, demasiado ansioso por ir al grano, no captó el sarcasmo y tomó la delantera hasta el salón.

—Wiggins, que suban un tentempié, si es tan amable. El señor Stenson probablemente tenga hambre...

—Ashford, ¡eres un santo!

—... pese a que probablemente haya desayunado antes de presentarse en mi casa... — Alexander miró el reloj de la repisa de la chimenea—... a las ocho y diez de la mañana.

—¿Tan predecible soy? ¡Fabuloso!

—¿Y para usted, milord?

—Solo una taza de té, Wiggins. Y que Sally le lleve una a la condesa. Dígale que estaré con ella enseguida.

—Estoy seguro de que ya se lo has dicho, Ashford —se burló Jay.

—Me temo que no es asunto tuyo, amigo mío —respondió con fingida condescendencia, mientras se dejaba caer en un sillón—. Eso es todo, Wiggins; se lo agradezco.

El mayordomo hizo una reverencia y desapareció por el pasillo. El conde de Ashford fulminó a Jay con la mirada y suspiró con desaprobación.

—Estaba ocupado, Stenson...

—¡Con una mujer tan hermosa como la tuya, me lo imagino, Ashford! ¡Vamos, relájate!

Partirás en quince días hacia las Américas. Es una travesía de cuatro semanas a bordo de un barco de vapor de lujo; te doy mi palabra de que no saldrás de tu camarote más de tres veces antes de llegar a Georgia. Entre los seis meses que vas a pasar de luna de miel y las ocho semanas que has estado cazando ciervos en tus tierras de Kent, apenas te he visto —ni te voy a ver— desde el final de la temporada hasta la próxima. Te lo ruego, concédeme diez minutos de tu tiempo antes de abandonarnos a Eastlake y a mí a nuestra suerte...

Jay no estaba del todo equivocado. Desde que se había casado, Alexander había dedicado mucho tiempo a cuidar de Jade y de Ashford Park, su finca principal. Sin embargo, con solo pensar en su esposa desnuda entre las sábanas, esperándole, lujuriosa y dispuesta, sintió que la llama de su deseo se reavivaba de repente.

—Bueno, que sea rápido. Tengo prisa...

—... dice el hombre que tardó semanas en decidir si casarse con la mujer de la que estaba locamente enamorado...

—*Touché* —De hecho, Alexander había tardado un tiempo reprochable en acabar con su vida libertina y admitir que quería casarse con Jade—, pero has de admitir que había circunstancias atenuantes...

—¡Sin excusas, Ashford...! Aparte de tu estupidez, ¿no se me ocurre ninguna!

En ese momento, Wiggins entró con una bandeja en las manos. Sirvió a su señor un poco de té y luego colocó la pesada bandeja rebosante de vituallas —pierna de cordero en frío, anchoas, rosbif a lonchas y fruta fresca— delante de Jay, así como una taza de su sempiterno café, que Alexander no se abstuvo de mirar con aire altivo, como de costumbre.

—Bueno, vayamos al grano, Stenson. ¿Qué te trae por aquí... tan temprano? —preguntó, llevándose la humeante taza de té a los labios con un suspiro de satisfacción.

—Pues verás —dijo Jay, aclarándose la garganta antes de pinchar la primera loncha de fiambre con los dientes del tenedor—, conoces a mi hermana, Elisa, ¿no es cierto?

—No puedo decir que la conozca, Stenson. Nunca me la has presentado; ni a mí, ni a Eastlake.

—¡Y con razón! Hasta que te casaste, eras, si me permites decirlo, y en competencia con nuestro querido Eastlake, ¡el mujeriego más sagaz que he conocido!

—Tiene gracia, viniendo de ti...

—En fin, teniendo en cuenta que se trata de mi hermana, me arriesgaré a decir que mi apetito personal por ella es, cuando menos, descartable.

—Si eso te hace sentir mejor contigo mismo... ¿Y bien?

—Bueno, lo que sucede es que Elisa... digamos que intenta encontrar su lugar y... en fin, me preguntaba si, en tu círculo, habría alguna... ¿cómo decirlo? Alguna dama en calidad de preceptora que pudiera enseñarle... los rudimentos del... arte de ser una *lady*, ¿entiendes? Los modales básicos y demás...

—Oh, ya veo, aquello de lo que tú prescindes sin problema, pero que ella, por su parte, percibe como una cruel carencia.

—Sí, exactamente.

—Eso la honra, ¿no crees?

—No sabría decirte. Más bien lamento que no se sienta cómoda con lo que es y que nuestros orígenes la acomplejen.

—Desde luego, no se puede decir lo mismo de ti... —añadió Alexander, a quien siempre le había impresionado que Jay afirmara con naturalidad y seguridad sus orígenes más que plebeyos.

—¡Por supuesto que no! En fin, el caso es que quiero que Elisa se integre en la alta sociedad, que se busque un buen marido, pero ella parece sentirse demasiado... —Hizo una mueca. Parecía que le costaba pronunciar esa palabra— inferior como para atreverse siquiera a acompañarme a una recepción. Ya tiene casi veinte años y con los únicos que se atreve a hablar es con nuestros criados... y nunca les da órdenes. La doncella que le busqué se ha convertido en su mejor amiga y nunca se atreve a darle la más mínima indicación. ¡Hasta va al mercado todos los sábados con la señora Walkins y las pinches de cocina...!

—Habida cuenta de lo que engulles cada semana, es evidente que un par de brazos extra resultan de lo más útiles en estos casos...

—Vamos, Ashford, hablo en serio...

—Yo también, por desgracia.

—Me gustaría que confiara más en sí misma. No quiero escatimar en lecciones, necesito que se familiarice con los «usos y costumbres» de tu casta. Pero no estoy en posición de enseñarle yo mismo; en eso estarás de acuerdo.

—¡Me atrevería a decir que nunca has mostrado tantísima lucidez, mi querido Stenson!

—Coincido. Es evidente que Elisa siente la necesidad de instruirse en la moral y las buenas formas antes de ser... digamos, presentada en vuestros círculos de aristócratas. Y aunque me entristece que le falte confianza y se avergüence en apariencia de nuestras raíces, quiero que se sienta mejor.

—No todo el mundo puede tener tu confianza, Stenson. Entiendo que tu hermana se avergüence.

—Bien, ¿conoces a alguien que pueda enseñarle... lo que ella considere necesario? Un poco de todo, imagino: modales en la mesa, cómo dar órdenes a los criados, llevar una casa respetable... En fin, las cualidades básicas de una joven de buena familia. De hecho, estaría bien que fuera alguien que pudiera presentarla en los mejores círculos. Alguien con una reputación impecable, una especie de mentor y garante de respeto...

Alexander volvió a poner la taza en el platito y enarcó una ceja, perplejo.

—Un parangón de honorabilidad, ¿dices? Santo cielo, ¿me lo estás pidiendo a mí, Stenson?

—Sinceramente, y por mucho que me duela admitirlo, estaba pensando más bien en los contactos de tu queridísima hermana... o de tu encantadora abuela.

Alexander se echó a reír. Su hermana mayor, Carolyn, era una tirana, y su abuela, la condesa viuda de Ashford, un espanto, el terror de la alta sociedad. Ambas odiaban a los «advenedizos» de la calaña de Jay, y se lo daban a entender continuamente. En resumen, no se podía ser más estirado que ellas. Eran dos auténticas esnobs, cada una más conservadora y anticuada que la otra, y tan reacias al ascenso social como a la más mínima alteración de la tradición, las convenciones o el orden social. Esto las convertía en dos de las damas más afianzadas de toda Londres y de las más respetadas de la élite británica. Por ello, no les faltaban contactos. Las recibían en todas partes y siempre habían sido miembros, desde que Alexander tenía uso de razón, del escrupuloso *Almack's* —un club mojigato y detestable que reclutaba a sus miembros solo por cooptación con base en un espeluznante número de criterios morales—. Hacía tiempo que ese club había vetado a Alexander, Jay y James de las filas de posibles aspirantes. Era un lugar donde los nuevos ricos y claramente, los libertinos, no tenían cabida.

—No es que quiera a una vieja bruja del comité de madrinas de *Almack's* en mi casa de Charing Cross Road —continuó Jay, como si siguiera meditándolo—. Me gustaría, en la medida de lo posible, que fuera una persona joven... moderada en todos los aspectos, ya me entiendes.

Alexander volvió a coger su taza de té y ahogó en ella una sonrisa. Sabía exactamente a qué se refería Jay: su amigo odiaba a las mujeres excesivamente educadas y no tenía reparos en juzgarlas ridículas, incluso en voz alta. En ello, por cierto, tenía toda la razón. Alexander siempre había sido el primero en aguantar los engaños altaneros, los chismorreos mezquinos y los comentarios rebuscados que constituían el pasatiempo favorito de la mayoría de aquellas damas.

—Si no me equivoco, pretendes que tanteé el terreno con mi hermana y mi abuela en busca de esa rara perla susceptible de ayudar a Elisa... pero sin informarles, por supuesto, del verdadero motivo ni del nombre de la beneficiaria.

—¡Efectivamente! Nunca te darán un consejo si saben que es para mí...

—Sí, en eso estoy de acuerdo.

—Entenderás por qué he venido tan pronto... Solo nos quedan dos semanas antes de que te vayas y necesito que me encuentres a alguien.

—Bueno, ciertamente, Eastlake no podría haberte ayudado con este asunto. Su propia reputación bastaría para ahuyentar a cualquier *lady* digna de ese título en cien millas a la redonda.

—Sí, de hecho, me temo que se trata de una causa perdida.

—Mi reputación no era mejor hace seis meses, pero ahora ha mejorado considerablemente desde que me casé con Jade. Dejando a un lado los desagradables cotilleos que inevitablemente circularon cuando anuncié mi compromiso, claro. Bueno, fueron malos tiempos, pero ya sabíamos que sucedería. Sin embargo, aquí me tienes: soy un marido cariñoso y fiel, ¡un hombre nuevo, liberado de su pasado de canalla!

De hecho, el conde de Ashford, que nunca había sido otra cosa que un seductor incorregible desde que Jay lo conoció, parecía haber visto la luz el día que puso sus ojos en la mujer que se convertiría en su esposa.

—Me alegra ver que el matrimonio te sienta tan bien, Ashford... —comentó Jay con una sonrisa sincera.

Alexander dio un sorbo más a su té, con la mirada perdida.

—Por más que lo pienso, no se me ocurre nadie, Stenson. Las damas piadosas y virtuosas nunca han sido lo mío... Si me hubieras pedido una amante, una novia, una chica con talento...

—No tiene que ser piadosa o virtuosa, Ashford. Me basta con que la hayan educado de forma irreproachable.

—En ese caso, sí buscas a alguien piadosa y virtuosa.

—Bueno, y si es posible, que no sea infumable.

—Me estás pidiendo mucho, amigo mío...

—Ni engreída.

Alexander se pasó la mano con pesadez por las mejillas sin afeitar.

—Tendré que preguntarle a Carolyn... Espero, por tu bien, que no nos envíe a una de sus amigas; de lo contrario, no habrás tenido suerte, Stenson. Será insoportable y altanera — Alexander cogió la tetera de plata que Wiggins había dejado a su disposición y se sirvió una taza de Ceilán hasta arriba. Luego vertió un chorrito de leche y removió el contenido de la taza con la cucharilla, distraído—. Lo ideal sería encontrar a una *lady* que fuera miembro del *Almack's*. Para tu hermana, eso sería maravilloso. Sin embargo, no debería ser demasiado mayor, ya que las damas de la generación de mi abuela no sienten la menor simpatía por las muchachas de los estratos ajenos al suyo. Tampoco puede estar emparentada con las mujeres de mi familia, porque eso sería un mal augurio. Te resultaría muy difícil acostumbrarte a su carácter y tener una

relación cordial, dada la frecuencia con la que tratarías con ellas. Es más, tendría que ser una mujer cuya edad no distase demasiado de la de tu hermana, para que no se sintiese intimidada, y a quien Carolyn conociese solo de vista o por su reputación. Bien, amigo mío, ¡no va a ser fácil...! Afortunadamente, aunque mi hermana conozca a mucha gente, se sepa los títulos y se informe de las reputaciones de los demás, me atrevería a decir que, en realidad, solo se relaciona con unas quince familias importantes. Eso debería darnos un poco de margen para encontrar a alguien.

—Gracias, Ashford.

—No me lo agradezcas todavía. Esperemos a ver qué encontramos. Puede que, en poco tiempo, desarrolles un instinto asesino hacia mí. ¡Gracias a Dios, ya me habré ido para entonces!

—Pero volverás, Ashford. Espero que te andes con cuidado...

—¡Fabuloso! En fin, Stenson, por mucho que me haya gustado conversar contigo, ¿te importaría dejar que me reúna con mi esposa? Prometo informarte de mis avances antes de esta noche...

Jay estaba de pie junto a la ventana, esperando con las manos en los bolsillos. Frente a él, en el «estanco para caballeros exigentes», el señor Wade corría las pesadas cortinas de terciopelo verde abeto. En la mercería adyacente, Cintas y volantes, se vendían los últimos botones del día. Un mensajero entregaba un periódico y recibía una guinea por las molestias; unos cuantos dandis afeminados desfilaban a caballo; dos señoras de alto copete, enguantadas, envueltas en pellizas de conejo y con sombreros de lluvia de ala ancha, aligeraban el paso con unas cajas de pasteles de *Findle* bien agarradas contra el pecho. El carro de *Fortsake & Womack* avanzaba lentamente por la calle, se detenía aquí y allá, frente a las escaleras de los edificios, y el muchacho que iba sentado en la parte trasera saltaba de vez en cuando a la entrada de servicio de una casa para entregar a los cocineros sus últimos pedidos de despensa. En la acera de enfrente, una niña ofrecía dos ramilletes de malvarrosa⁴ a cambio de un penique a unos caballeros que parecían tener prisa por volver a casa con sus esposas. Un vendedor de pan de jengibre aún caliente atraía a unos compradores con un aroma embriagador y promesas de disfrute.

Todo el mundo parecía feliz allí. Un artista cerraba su estudio con una vuelta de llave, un joven ofrecía un cucurucho de castañas asadas a su prometida, unas cuantas ardillas saltaban de una farola a otra... Los abogados regresaban de los *Inns of Court*⁵; los hombres de negocios, de la City; y los médicos, de Portland Place, en Marylebone, donde trataban a los pares más ricos de Inglaterra, pero donde apenas podrían permitirse vivir. Los faroles alumbraban las puertas de los carruajes; un empleado municipal, subido a una escalera, hacía brillar las lámparas de gas de las farolas; los salones privados de los restaurantes estaban a rebosar; los teatros estaban abiertos al público y los adinerados burgueses callejaban.

La vida parecía tan, tan fácil...

Jay, fascinado por el despreocupado espectáculo del crepúsculo en el oeste de Londres, dejó que su mente vagara. Desde hacía tres años, cada otoño observaba a la gente acomodada del oeste asumir con tranquilidad la llegada del invierno. Se reunían con impaciencia frente a las puertas del Teatro Real de la Ópera, y de lugares como Drury Lane y el Teatro Shaftesbury. Cenaban en el *Savoy*, en el *Romano's* del Strand, en el *Clarendon*; iban a ver a Haendel a la

ópera, a Catalani en su camerino, a Shakespeare en el Imperial. La gente de bien se regalaba joyas de *Rundell & Bridge*, los joyeros que abastecían a la casa real; competía en lujo y sorpresas en las cenas de sociedad, enviaba un carruaje a buscar a sus invitados y, ante todo, se anticipaba a la evolución de la moda entre una temporada y otra. Es más, cuando les daba por gastar, los más adinerados recorrían Bond Street en busca de cualquier capricho que pudiera devolverles la sonrisa, si es que la perdían en algún momento. Un vestido de la modista, una levita de *Schweitzer*, un cuadro de Gainsborough, un hallazgo inusual de la última subasta de *Christie's*... A menos que encontraran la felicidad de una forma más sencilla, con un *scone*⁶ de *Dunfries*, un puro importado de las Indias Occidentales por un precio exorbitado o una buena partida de *whist* entre amigas, en el caso de las viudas.

¿Que tenían frío? «¡Mi abrigo, Theresa!» ¿Que tenían hambre? «Arnolds, dígame al pequeño Matthew que vaya a comprarme unos dulces. Es un buen chico, que se quede con el cambio». ¿Que se aburrían? «¡No importa, querida! Llamemos a la compañía del Royal para que nos den un concierto privado».

¿Y si se cansaban de Londres? Abandonaban la capital en carruaje o en una comodísima berlina de viaje para ir a una sofisticada partida de caza con conocidos lejanos, a poder ser, en una casa solariega en Yorkshire, con una enorme chimenea y un suministro de leña como para pasar diez inviernos.

Aunque Jay se hubiera acostumbrado a ciertas comodidades, temía no dejar nunca de comparar tanta indolencia, abundancia y ociosidad con las duras y a menudo fatales pruebas que el invierno siempre traía consigo para castigar a los habitantes de los barrios más pobres. Porque mientras tanto, en Newham, Southwark y Tower Hamlets se desataba nada menos que una batalla anual y cíclica por la supervivencia. Una batalla inútil, desesperada y perdida desde el minuto uno, pero que se libraba con valentía año tras año a partir de noviembre.

Porque, sencillamente, no les quedaba elección. Porque era eso... o morir.

Allí, los niños iban descalzos; a menudo, solos, abandonados y perdidos, se organizaban en bandas y competían con perros, ratas y cucarachas por las sobras del mercado, los cubos de basura y los vertederos. Las mujeres vendían su cuerpo, el pelo, los dientes. Los hombres trabajaban de la mañana a la noche y de la noche a la mañana en turnos dobles, y los domingos, cuando escaseaba el trabajo, se gastaban el jornal bebiendo en la taberna. Las calles estaban mugrientas, las noches eran oscuras y los inviernos, despiadados. La gente humilde tenía las mejillas marcadas, los rostros pálidos y la mirada ojerosa. Ladrones y asesinos acechaban día y noche en los pasajes tortuosos, callejones sin salida y recovecos de la ciudad; había indigentes en demasía, hacinados en edificios en ruinas, y el gélido viento de febrero siempre se acababa llevando el alma de los pocos ancianos que, tumbados sobre un camastro de periódicos, esperaban angustiados, con sus huesos viejos y temblorosos, el albor de la primavera.

En los barrios bajos no había alumbrado público. Las calles estaban en una penumbra constante. No había ningún peón del servicio de limpieza que adecentara las calles, recogiera el estiércol de los caballos, las basuras de los mercados, los excrementos de las aceras. El aire era un hedor que solo el frío, el enemigo jurado de los olores, volvía a veces soportable. No había coches pomposos, carruajes elegantes ni asientos de cuero. En su lugar, había carretas de mano cargadas de nabos, barriles de abadejo⁷, burros y mulas. Pasada la segunda quincena de enero, no quedaba leña ni carbón en las chozas. La gente moría poco a poco, de una forma pausada y silenciosa, en alguna casucha miserable, sin que la flor y la nata de la sociedad se percatase.

A medida que avanzaba el invierno, los niños deshollinadores, ávidos de otro trabajo, se ponían al servicio de enterradores, carpinteros y otros proveedores de ataúdes durante al menos un trimestre al año, momento en el que dicha actividad alcanzaba su pico ritual. El tifus, la viruela y el cólera se llevaban consigo a los más débiles, y el cementerio de Cross Bones, en Southwark, recibía cada invierno miles de nuevos cadáveres, prostitutas y degolladores, indigentes y huérfanos.

Todo era pobreza, oscuridad y desolación.

Todo se pudría. Todo se oxidaba. Todo se moría.

Allí habían nacido Elisa y él. Dios sabe que habían sufrido, luchado y, más de una vez, habían estado a punto de morir. Sin embargo, la fortuna les había sonreído. Claramente, habían demostrado un auténtico afán por la vida; sin duda, eran valientes, pero sobre todo, habían tenido suerte. Sin suerte, nadie en el East End salía adelante: ni siquiera el estibador más duro, tampoco el ladrón más astuto.

Jay había hecho de todo. Había robado, claro está. Pan de los mercados, ropa de los tenderos, leche de los carros, zapatos de la fábrica. Otras veces, había saqueado mientras vagaba por los barrios un poco menos pobres, y también en los días dichosos en que los nobles caballeros, que venían en tropel a darse un capricho en los barrios bajos, cometían alguna imprudencia. Allí había afanado anillos, pañuelos, gemelos y relojes de bolsillo. En ocasiones, un anillo de sello, un bastón con empuñadura de oro, una cartera o algún que otro libro. Cualquier cosa de valor y, en definitiva, cualquier cosa que pudiera revenderse.

Había actuado solo, también en banda, o por su cuenta, en nombre de delincuentes de poca monta y también de maleantes peligrosos. Había sacado el cuchillo, había usado los puños: entendía la ley del más fuerte. Sin embargo, no era suficiente. Sus escondites eran precarios, Elisa era pequeña y, a menudo, le era complicado tenerla a salvo mientras trabajaba. Pero lo peor era el miedo implacable y persistente que le carcomía por dentro: ¿Qué sería de ella si le detenía la policía? Peor aún, ¿y si acababa como tantos otros, en la horca de Newgate?

Por eso, a los 14 años, empezó a pasearse por el puerto, merodeó por los muelles y finalmente, con la ayuda de su labia y su estatura imponente, consiguió un trabajo como estibador. Era un oficio duro: de doce a quince horas diarias, sacos de arena, cajas de té, cargamentos enteros de buques enormes recién llegados de la India...

Durante el día, trabajaba en los almacenes, en los muelles, en la fábrica, dondequiera que hubiera faena disponible al alba. Y si se era ingenioso, tenaz, resolutivo y, sobre todo, trabajador (como él), no faltaba trabajo en los flamantes muelles de la Compañía de las Indias. Por la noche, jugaba a las cartas en el sótano de algún tugurio, en salas de juego y otros cabarés. Había descubierto que tenía una intuición extraordinaria, una memoria de elefante y un sentido del farol sin igual. Estas tres bazas le permitieron duplicar, triplicar y quintuplicar rápidamente sus ganancias diarias, seis noches a la semana. La séptima, se quedaba con Elisa y le contaba historias de riqueza, calor, comodidad y un futuro mejor.

Pero todo cambió de verdad el día que decidió aprender a leer, convencido de que eso le ayudaría a ganar más dinero. De hecho, aprendió a leer, escribir y contar más allá de cincuenta. Había observado a los operarios, armadores y empresarios; en definitiva, a todos los inversores que inspeccionaban regularmente las mercancías, controlaban la carga y comprobaban sus ganancias. Los había visto hojeando papeles, sonriendo ante alguna cifra, firmando documentos y estrechando manos. Se convenció a sí mismo de que la fortuna de aquellos tipos se debía a su educación y, de la noche a la mañana, decidió destinar la mitad de sus ahorros a pagar a un

profesor particular, aunque eso significara tener que desplazarse a otra parte de Londres varias veces por semana para asistir a sus lecciones. Ningún profesor, fuera quien fuera, habría aceptado viajar a Whitechapel, Stepney o Spitafields para dar clase en una habitación inmundada, cochambrosa y sin calefacción.

Siguió así un par de meses. Mientras trabajaba en los muelles, ponía la oreja, memorizaba las mercancías, los alimentos raros, los productos exóticos y, sobre todo, los nombres de los enormes buques, los afortunados armadores y las pujantes compañías. Se enteraba de los beneficios y las pérdidas, de los planes prometedores y los negocios provechosos; seguía de cerca a los financieros que se frotaban las manos; retenía en su cabeza a los que palidecían, se estiraban de los pelos y, finalmente, echaban el cierre.

Cuando pasó a trabajar en la refinería, aprovechó para hurgar en las oficinas y aprender más sobre el azúcar, los aceites y los cereales. En la acería, espigó información sobre la industria pesada. En los astilleros, aprendió todo lo que pudo sobre los diferentes tipos de goletas, barcos de vapor y embarcaciones de tres mástiles que habían sido construidas por viejos estibadores y llevaban décadas surcando el *Pool*⁸.

No había lugar de trabajo, desde la fábrica de cordaje a la de algodón, pasando por la de pieles y la de tintes, en el que no se esforzara por descubrir información valiosa. No había expediente bajo llave que no leyera por la noche a la luz de las velas, desafiando a las patrullas de los Docklands y a las milicias de las compañías. No había monopolio que no hubiera descubierto, mercado prometedor del que no hubiera oído hablar, almacén que no hubiera explorado. Ya antes de su primera inversión estaba al corriente de todas las fusiones y adquisiciones que se producían entre las grandes compañías fletadas británicas, así como de las nuevas fuentes de energía, de las últimas técnicas de producción de acero, de los impuestos sobre el comercio y de las rutas marítimas en expansión.

Por otra parte, su profesor, que había cogido cariño a ese alumno inesperadamente brillante —Jay tenía una memoria visual y auditiva como ninguna otra, y una ambición impresionante para un adolescente—, acostumbraba a traerle libros de su propia biblioteca y de la del club que frecuentaba. Y cuando Jay le había pedido tratados de economía, obras de química y artículos científicos de investigadores e inventores de todo tipo, el buen hombre, asombrado, se había desvivido por conseguírselos. El docente se había atrevido a hurgar en los archivos de la Biblioteca Nacional del British Museum en un intento de satisfacer, probablemente en vano, la inagotable sed de conocimiento de aquel prodigio de los barrios bajos.

Fascinado por *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, Jay se dejó embelesar en primer lugar por las teorías económicas: liberalismo, capitalismo, mercantilismo, proteccionismo... Todas, e insistimos, todas merecían su atención. Luego, intrigado por sus descubrimientos en la fábrica de tintes y la curtiduría de la zona portuaria, empezó a leer las obras de los grandes químicos franceses del siglo anterior; en sus traducciones al inglés, claro está. Le costó, pero con la ayuda de su mentor, consiguió leer el *Tratado elemental de química* de Lavoisier, los tres tomos de *Química experimental y razonada* de Antoine Baumé, *Elementos de química teórica* y el *Diccionario de química* de Macquer y, por último, las diversas tablas de magnitudes y afinidades que dieron lugar al *Método de nomenclatura química* de Lavoisier, Berthollet, Fourcroy y Morveau. Enseguida se entusiasmó por las investigaciones sobre la calcinación, la combustión y la reducción de minerales; por los posibles usos de la potasa y la sosa cáustica; por la extracción de ácidos de la materia viva, los nuevos procesos de fabricación de acero en

crisoles y, sobre todo, por los usos potenciales de los metales recién descubiertos: manganeso, níquel, cobalto, wolframio, titanio, cromo y telurio.

Tampoco descuidó las investigaciones más recientes, en los albores de un siglo que prometía ser rico en cambios: la pila eléctrica de Alessandro Volta; el desarrollo de las leyes de la electrólisis de William Nicholson y Anthony Carlisle; la propuesta de Murdoch para el alumbrado por gas de coque⁹; la patente de Lebon para el alumbrado por gas de madera; el aislamiento que propuso Humphrey Davy de los metales alcalinotérreos: magnesio, calcio, estroncio y bario; la reinención del alquitrán y la identificación del cloro, la sílice, el yodo y el litio. A esto había que añadir los descubrimientos de Fourcroy y Vauquelin sobre los ácidos, el aislamiento de la morfina de Friedrich Sertürmer y todas las investigaciones en curso sobre los ácidos, los tintes y las grasas y sus usos en la industria.

La botánica le interesaba menos, así que no tardó en sentir el impulso de pasar definitivamente a la acción. Había disfrutado de las lecturas, pero Jay era un joven sumamente manual, pragmático y práctico. Los conocimientos teóricos le interesaban lo justo: lo que le fascinaba de verdad eran las aplicaciones reales y concretas de todo lo que había aprendido.

Estaba ansioso por invertir. Sin embargo, las lecciones le habían costado un ojo de la cara y, con el tiempo, se había dejado en ellas casi todos sus ahorros. Dispuesto a dar un paso más, Jay dejó de trabajar en los muelles para aventurarse en la lucha callejera. A los 17 años, ya era lo bastante fuerte para probar suerte en el mundillo y aquellas peleas —claramente ilegales— le proporcionaban mucho más dinero en una noche de lo que ganaba con un mes de sueldo en el puerto.

Movido por el afán de victoria que solo los niños nacidos en la pobreza pueden desarrollar, deseoso de sacar a Elisa de Whitechapel y sediento de un dinero rápido que pudiera reinvertirse de inmediato, luchó y luchó y luchó hasta no poder levantarse por las mañanas. Y en cuanto consiguió buena cifra, la invirtió sin más dilación. Si algo recordaba el joven del East End era que una fortuna, en esos barrios de mala muerte, nunca permanecía mucho tiempo en manos de su dueño. Era mejor sacarle provecho en otra parte, lejos, muy lejos, y ponerla a buen recaudo en algún negocio prometedor.

Su primera inversión fue en una mina de carbón de Cornualles. La segunda, en una fundición de zinc cerca de Bristol. La tercera, en la importación del té de China, a través de la prestigiosa Compañía de las Indias Orientales. Gracias a su experiencia en los muelles de los Docklands, a sus lecturas teóricas y a la información que había obtenido de los archivos confidenciales de sus antiguos patrones, el historial de Jay era casi perfecto. Sus primeros negocios fueron un éxito; sus elecciones, juiciosas y sus apuestas en el mercado, acertadas.

Al cabo de seis meses, con su hermana de 7 años bajo el brazo, salió de Whitechapel por primera vez y encontró una casa en la City, el corazón financiero de Londres; una zona estrechamente vinculada con los muelles del este y la actividad portuaria londinense, pero mucho más segura de lo que jamás lo habrían sido Stepney, Bethnal Green, Poplar o Isle of Dogs. Era cierto que, en cuanto se pasaba la Torre de Londres, la vida parecía menos abyecta.

Deseando que su vida tomase por fin un nuevo rumbo, siguió luchando por las noches durante dos años hasta que pudo comprarse un piso en Holborn, aún más al oeste. Se había acostumbrado a reinvertir las tres cuartas partes de sus ganancias de forma sistemática, y por ello, pronto dejó los combates. Su negocio siguió creciendo, casi sin supervisión. A los 20 años, poseía una mina de cobre, acciones en las minas de hierro y hulla de Wylam, cerca de Newcastle,

participaciones en tres fábricas textiles y una plantación en el Caribe.

Nada le detuvo entonces. Invirtió en los sucesivos proyectos de investigación de ingenieros como Richard Trevithick, John Blenkinsop, Matthew Murray, William Hedley, Timothy Hackworth y George Stephenson, que trabajaban en un nuevo medio de transporte: la locomotora de vapor. Estaba seguro de que era un invento que revolucionaría el mundo, aceleraría la circulación de personas y mercancías, acortaría las distancias e impulsaría el comercio. La locomotora transformaría el arte de la guerra, y con suerte, reduciría la duración de las movilizaciones y los tiempos de transporte de las tropas; sería una pieza esencial en el engranaje de la industrialización y la conquista de nuevos territorios; y claramente, no tardaría en imponerse al propio transporte fluvial. Al fin y al cabo, desde la Antigüedad se utilizaban raíles, cuñas, zanjas, caminos de carro y redes de caminos guiados. Los raíles de madera, los carros tirados por caballos, los sistemas de guiado de las ruedas, las roderas y los surcos revestidos de placas metálicas existían desde hacía mucho tiempo. Se habían usado de forma indistinta en Egipto, Pompeya, Suiza, en la Alsacia profunda o en las propias minas de Inglaterra. Pero la invención de la máquina de vapor y la sustitución de la fundición por el hierro y el acero para los raíles lo cambiarían todo, sin lugar a duda.

No obstante, Jay pensó en invertir en canales, dado que, por el momento, constituían el único medio plenamente operativo de transportar carbón, mercancías voluminosas y materiales pesados. Y como diversificar era caminar sobre seguro, también se le ocurrió comprar fábricas de tejidos, una cervecería, dos destilerías, oficinas en la City —el centro neurálgico de las finanzas en todo el mundo— y no mucho después, barcos mercantes.

Ahora vivía en el Soho y su fortuna, digna de competir con la de los pares más ricos del reino, se basaba principalmente en la importación y exportación, la siderurgia, el carbón y la metalurgia. Importaba té verde de Huanan, tabaco de América, azúcar de Virginia, arroz de Georgia, pimentón de Nueva Delhi, salitre de Madrás, índigo de Calcuta, algodón de Surat y seda de Vizagapatnam, sin olvidar un poco de marfil de Bombay y otros artículos de lujo muy codiciados por la gente de bien. Redistribuía los excedentes a los distintos mercados europeos y aprovechaba el viaje para exportar *tweed*¹⁰ de las islas Hébridas y lana cruda de las Tierras Altas de Escocia. Sus empresas se extendían de Penang a Liverpool y de Cantón a Edimburgo, y sus negocios estaban vinculados a los de la mayoría de los empresarios más adinerados del reino, así como a los de más de un duque, conde o marqués de los *peerages*¹¹ británicos. Tanto era así que, a los 27 años, se propuso una vez más dejar huella en el mundo de la alta sociedad, pero esta vez con otra convicción: lo que el dinero no podía comprar, lo comprarían los contactos.

De hecho, su fortuna —una minucia de la que carecían unos cuantos nobles— le había abierto muchas puertas. Sin embargo, su condición de advenedizo le cerraba otras tantas, y solo el tiempo, unido a una lista de contactos bien meditada, intereses económicos comunes y relaciones privilegiadas con *la crème de la crème* se las abriría algún día. O eso esperaba.

Al final, la felicidad de Elisa era lo único que su dinero no había conseguido comprar. Su hermana solía afirmar que llevaba una vida plena y que no le faltaba de nada. Jay no dudaba de que, en cuanto se hiciera pública la cuantía de la dote que había decidido concederle, la noticia correría como la pólvora y los pretendientes, aunque fueran hijos de duques y de los linajes más antiguos, acudirían en hordas a sus pies. Sin embargo, sabía muy bien que una unión contraída por conveniencia económica, por muy duradera que fuera, jamás haría feliz a su hermana. Lo que ella necesitaba era un hombre amable, apuesto y considerado. Un caballero distinguido, quizá un

tanto soñador, tierno y romántico. Honesto, sincero y lo más importante: desinteresado. En resumen, lo imposible.

A fin de cuentas, Elisa se consideraba indigna de un aristócrata y Jay se negaba a que contrajese matrimonio con un hombre de las clases bajas que solo vería en ella una fortuna, o incluso un trampolín social, en el que, además, disfrutaría de las vistas. Eso sería aún peor que un noble sin dinero. El advenedizo se negaba a que se aprovecharan de ellos dos.

Toc, toc, toc.

Jay, que hasta entonces estaba absorto en sus pensamientos, se tomó un par de segundos antes de reaccionar ante una llamada tan súbita. La noche había caído, había empezado a llover, la calle estaba desierta y las farolas proyectaban unos charcos de luz amarilla sobre el pavimento mojado.

—¡Adelante! Oh, gracias, Stearn...

En realidad, Jay y Elisa no necesitaban mayordomo —ni ama de llaves, ni camarera, ni pinches de cocina, ni lacayos, ni nada por el estilo—, pero aun así, era una forma de crear empleo.

El mayordomo se acercó con actitud solemne y una bandeja en las manos. En el centro había una tarjeta de papel grueso con las iniciales de Alexander. Jay tendió la mano y la cogió.

—No hacía falta que trajera una bandeja para esto, Stearn —Se rio en voz alta.

El esnobismo de sus propios sirvientes, entrenados para trabajar en palacetes y mansiones, siempre le hacía sonreír. Sin embargo, con la barbilla alta, Stearn se abstuvo de hacer comentarios.

Jay dio la vuelta al papel y leyó las pocas palabras que el conde, fiel a su palabra, y al parecer, en algún momento fugaz, lejos de la cama de su esposa, había escrito apresuradamente para él:

Lady Amanda Keat, viuda del marqués de Ettlesham. Te mandaré otros detalles por carta.

Lady Amanda Keat, ¿eh...?

Como había hecho tantas veces en su carrera, Jay cerró los ojos y repitió el nombre mentalmente, confiando en sus instintos.

Lady Amanda Keat. Lady... Amanda... Keat.

Dibujó una sonrisa en los labios y volvió a abrir los ojos.

Sí.

¹ N. de la T. Distrito, barrio.

² N. de la T. En inglés, *West and Est India Dockyards*.

³ N. de la A. Dícese de los pañuelos privados de la marca de su propietario, por ejemplo, al descoser las iniciales bordadas para acabar con cualquier rastro de su dueño anterior.

⁴ N. de la T. También llamada «malva arbórea», según el DLE, es una «planta con tallo recto y erguido, de hojas vellosas y flores grandes que se cultiva en los jardines».

⁵ N. de la T. Asociaciones profesionales de *barristers* (un tipo de abogados) de Inglaterra y Gales.

⁶ N. de la T. Panecillo redondo típico del Reino Unido y originario de Escocia.

⁷ N. de la T. También llamado «eglefino» o «anón», es un pez que se encuentra en la costa del océano Atlántico.

⁸ N. de la A. La traducción literal sería «estanque». Es como se conoce al puerto de Londres.

⁹ N. de la T. También llamado «gas de hulla», y más tarde, «gas ciudad», se trata de una mezcla de gases

combustibles que se utilizaban para el alumbrado.

¹⁰ *N. de la T.* Tejido de lana.

¹¹ *N. de la T.* Los *peerages* constituyen la alta nobleza, es decir, la nobleza en sentido estricto, que está formada por los pares del reino (los *lords*, en inglés, o lores, que se reúnen en el Parlamento, donde forman la Cámara de los Lores) y que ostentan un título de honor o cortesía (duque, marqués, conde, vizconde, barón, etc.).

II

Amanda dejó la carta que acababa de leer encima de la pila interminable de aquellas que había ojeado antes y abrió otra, que barrió con la mirada distraída. Era una invitación de su amiga Margaret, una elegante hoja de vitela color marfil, doblada a la perfección por la mitad y en la que se veía una caligrafía tan delicada como expresiva. Sin embargo, sus pensamientos iban a toda velocidad y le costó tres intentos leer la carta de pe a pa, con toda la atención que requería para darle respuesta. Finalmente, la dejó a un lado, la desdobló bien, abrió el primer cajón de su escritorio, sacó una hoja de papel de su juego de correspondencia color crema y la colocó sobre la almohadilla de cuero beis. De nuevo pensativa, golpeó el papel secante con la punta de la pluma, en busca de inspiración.

Pero no la encontró.

Con un nudo en la garganta, Amanda desvió la mirada hacia la pila de invitaciones acompañadas de flores, rematadas con lazos y sobres de calidad que esperaban a ser abordadas. Con un breve pálpito y con el fin de darse a sí misma la impresión —completamente falsa; era consciente de ello— de que estaba haciendo progresos con su correspondencia, rompió un sello de lacre, absorbió mecánicamente la información de tres invitaciones, deslizó el dedo índice bajo un sello para abrir un sobre mal cerrado y, finalmente, el abrecartas bajo la solapa de otro que se había lacrado de forma adecuada.

Luego se detuvo y contempló con fijeza el rimero de sobres, tarjetas y cartas desplegadas que se amontonaban sobre su escritorio. Apoyó los codos sobre el mueble y ocultó el rostro tras las manos.

Cinco meses. Hacía cinco meses ya desde que George, su hermano, había desaparecido. No sabía nada de él. No le habían visto en Mayfair, ni tampoco en Marylebone. No había vuelto a ninguno de los lugares que, en el pasado, había frecuentado en Londres o en Sussex. Hacía cinco meses ya desde que se había rendido en sus brazos y le había informado de su desgracia. Pocos meses después de heredar el patrimonio familiar, lo había perdido todo en el juego. En un día. En una noche.

Con una sola apuesta había bastado.

Su padre le había dejado en un estado, digamos, bastante precario: el conde de Sussex se había ganado, a lo largo de su rutilante vida, una sólida reputación de derrochador, y con él se había ahogado una parte nada desdeñable de su fortuna, en forma de gemas y joyas. Aquel verano, el Queen Mary, que debía haberlos llevado a él y a su esposa a Bombay, se hundió en algún lugar del océano Índico, a solo cuatro días de su destino.

Era cierto que su padre le había legado un importante descubierto que solo consiguió compensar con los alquileres de sus propiedades en el sur durante los seis primeros meses. George había tenido que hacerse cargo del atolladero de deudas en que estaba sumida la hacienda familiar —como tantos otros feudos de la nobleza británica, todo sea dicho— y las había gestionado lo mejor que había podido.

Por otra parte, hacía tiempo que los ingresos de veinte mil libras anuales de la finca, mal

explotados y mal valorados durante décadas, eran insuficientes para mantener los edificios en buen estado, pagar los sueldos de los cincuenta criados que se ocupaban de los interiores y exteriores del castillo durante todo el año, pagar las facturas rutinarias y mantener la posición de los Steyn en la sociedad, por no hablar de las necesarias obras de restauración, de su joven hermana, Katy, que aún estaba por dotar y de la imprescindible modernización de la maquinaria de sus fábricas de Rye y Hastings.

Hay que reconocer que George había recurrido inicialmente, a sus veinte años, a las soluciones «legales» disponibles para los nobles en su situación. Una vez más, los bancos le habían prestado algo de dinero. La herencia de su padre, plagada de deudas, cargas y condiciones absurdas, le había colocado a una edad demasiado temprana en un intrincado marasmo financiero.

Por suerte, la alta sociedad era conocedora de los gustos caros, la largueza y el estado de las finanzas de su padre, así que a nadie se le habría ocurrido acusar a George de haber descuidado o dilapidado él mismo la fortuna familiar. Sin embargo, cuando tuvo que cerrar la primera fábrica, cuando se vio obligado a vender su casa de Londres en Berkeley Square y cuando se dio cuenta de que los banqueros a los que había acudido eran usureros y que nunca podría pagar las deudas ni los intereses de su préstamo a menos que vendiera Steyn Manor, que ya había tenido que hipotecar dos veces, George perdió la cabeza. Acorralado e influenciado, se codeó con una pandilla de sinvergüenzas, el vizconde Greystone y su banda de aduladores, que poco a poco, lo fueron embrujando sin mesura.

Amanda, entonces de luto por la muerte de su marido —al que había perdido pocos meses después que a sus padres—, había intentado dejar a un lado sus problemas para ayudarlo. Le invitó a su casa en varias ocasiones, se ofreció a revisar las cuentas con él —aunque ella misma no sabía mucho al respecto— y pidió consejo a los abogados de su difunto marido.

Sin embargo... ¡Maldición!

Charles, que había enfermado un año después de su boda, ni siquiera había tenido tiempo —o la agudeza, para el caso, *pero ¿quién la habría tenido con apenas veintidós años?*— para disponer en el testamento una cláusula especial para su jovencísima esposa. Una extraña fiebre se había apoderado de él una mañana y, tras cuatro días de sudores fríos y delirios, se había ido.

Amanda, desconsolada, no tuvo fuerzas durante las primeras semanas para ocuparse de los detalles prácticos. No entendió las restricciones de la herencia que los abogados de Charles le habían comentado con aire pesados hasta que el nuevo marqués de Ettlesham, primo lejano de Charles, se presentó en el número 6 de Cavendish Square, la residencia tradicional de los marqueses de Ettlesham en Londres, y se dio cuenta de que, oficialmente, esa ya no era su casa.

Mientras tanto, su hermano George se hundía en los excesos. Afligida, llamó de urgencia a los abogados de Woolword, solo para darse cuenta de la precariedad de su propia situación: al no haber dado lugar a descendencia tras su unión con Charles, el marquesado de Ettlesham y, con él, la casa de Cavendish Square, las fábricas de algodón de Cambridgeshire y todos los bienes inmuebles de los Keats habían revertido al nuevo marqués, el único heredero del difunto —aunque este nunca lo hubiera conocido—, conforme a la Ley británica de restricción de herencia¹.

Lo único que recibió Amanda fue su dote y una renta vitalicia de dos mil libras al año, lo que le proporcionaba un muy buen nivel de vida, con una berlina y caballos, pero no era más que la vigésima parte de lo que habría costado mantener a flote el patrimonio de la familia Steyn. ¡Y

además, George había caído en una espiral decadente!

En el colmo de la humillación, decidió hablar con Richard Keat, el nuevo marqués de Ettlesham, que cuando ella se mudó, tuvo la amabilidad de dejarla permanecer bajo su techo «todo el tiempo que deseara» y quien, aún soltero, dejó que se aposentara en las tradicionales dependencias de la marquesa. A su disposición quedaban el dormitorio, el guardarropa, el tocador y también un pequeño salón rosa que habían redecorado en estilo francés cuando Charles aún vivía, este último en la planta baja.

La situación la había hecho sentir muy incómoda. Después de todo, esas dependencias eran contiguas a las del marqués y, aunque ella daba dos vueltas a la llave desde dentro, había una puerta que comunicaba la habitación del marqués con la suya.

Sin embargo, desesperada por ayudar a su hermano menor, había decidido que era mejor invertir sus escasos ingresos en algo que no fuera un carruaje personal y una casa de campo, y se había contentado con tragarse su orgullo y agradecerse de todo corazón al marqués por su generosidad. Pocas viudas, hijas o hermanas podían presumir de no haber sido expulsadas de su hogar cuando una propiedad, finca o un bien intransferible caía en manos de la Ley de restricción de la herencia.

Pero cuando Amanda se rebajó y compartió con él las dificultades del joven conde de Sussex, con la esperanza silente de que él la ayudara una vez más y se sacara alguna solución milagrosa de la chistera —aunque el marquesado de Ettlesham no era en sí mismo lo bastante próspero como para compensar las carencias y dificultades del condado de Sussex—, el marqués se limitó a mirarla fijamente durante largo rato, con un atisbo de lujuria en los ojos, y le dijo que muchos problemas podían resolverse si todos ponían de su parte.

Amanda, roja de bochorno, ni siquiera encontró las palabras para contestarle. Sintió que una lágrima le humedecía la mejilla, cálida y húmeda.

Todo había sucedido en un abrir y cerrar de ojos. Había sido tan rápido... Un día se había casado con Charles. Poco después, sus padres habían naufragado al otro lado del mundo. George había heredado las monstruosas deudas de su padre y, por culpa de una búsqueda desesperada de soluciones, se había hundido poco a poco en la melancolía. Amanda ya estaba casada y Katy, la hija menor, a sus trece años, era demasiado joven para contraer el ventajoso y urgente matrimonio que —tal vez— habría salvado a su hermano y al condado familiar de la ruina. Charles había intentado apoyar a su cuñado, pero los escasos arreglos que había apalabrado en vida se habían esfumado con su muerte repentina y prematura.

Amanda, abrumada, se retiró de la alta sociedad durante unas semanas... solo para verse arrastrada de nuevo a ella —de forma abrupta y estrepitosa— por la advertencia de su amiga Margaret, que le informó de los alarmantes rumores que circulaban sobre George y sus socios, luego por el descubrimiento de su propia situación financiera y, por último, por la propuesta escandalosa e indecente del nuevo marqués de Ettlesham y la desaparición casi simultánea de George, a quien ni siquiera había tenido tiempo de cederle su dote.

En tan solo dieciocho meses, todo su mundo se había tambaleado, una, dos, tres, quizá cuatro veces. Había perdido la cuenta.

A los dieciocho, la habían presentado en sociedad. A los diecinueve, se había comprometido. Todo estaba acordado desde hacía tiempo, no había razón para esperar. A los veinte, se había casado. A los veintiuno, ya era viuda, huérfana, se había quedado sin hogar y su hermano, un año menor que ella, había desaparecido. ¡Y para más inri, estaba arruinado y sus acreedores le buscaban! ¿Qué sería de la dote de Katy? Por no hablar de las insinuaciones del marqués, cada

vez más insistentes, que debía rechazar...

Era más de lo que podía soportar.

Amanda se desmoronó, con los ojos cerrados y la cara aún oculta tras las manos. Sintió que las lágrimas le goteaban por la barbilla y, de forma abrupta, volvió a abrir los ojos. Tenía un presentimiento.

—¡Dios mío, no! —gimió al ver las manchas chorreantes y los largos regueros negros que sus lágrimas habían dejado en la correspondencia.

Cogió una hoja de papel secante y, nerviosa, se dispuso a sellar con la mayor delicadeza posible las cartas a las que aún no había contestado. *Dios santo, ¿por qué le había vuelto a escribir la vizcondesa de Halsbury? Y su amiga Margaret, ¿qué querría? Cielos, ¿cómo iba a contestar a sus cartas?* Sintió que las ganas de llorar aumentaban y se obligó a calmarse. Dejó el papel secante y apoyó las palmas de las manos sobre el escritorio, cerró los ojos y respiró hondo.

Tras unos minutos de intensa concentración, recuperó el sentido común y el autocontrol. Despejó un poco el escritorio, sacó una nueva hoja en blanco del cajón —la primera había quedado irreconocible por el mejunje de lágrimas y tinta negra—, mojó la pluma de plata en el tintero, volvió a respirar hondo y se dispuso a responder a la invitación de Margaret con el mayor tacto posible.

Todos los martes y jueves durante los últimos dieciséis meses, la baronesa de Rothfield —quince años mayor que ella— la había visitado religiosamente para tomar el té, a pesar de que Amanda había estado de luto por sus padres y luego por Charles, y se había retirado oficialmente de la alta sociedad por un tiempo indefinido.

Margaret se había encariñado con Amanda desde el momento en que la presentaron en sociedad. Las dos mujeres desarrollaron una fuerte y profunda amistad, y la joven pronto llegó a considerar a la baronesa como una especie de hermana mayor, una madrina compasiva. En un momento en que la desgracia se cebó con su vida, Margaret le ofreció todo el apoyo, la presencia y la atención que una amiga leal podía brindarle dentro de los límites de la decencia. La visitó, la escuchó, la aconsejó... A menudo, le bastaba con que la acompañara en su silencio, dolor y pena.

Pero esta vez, la había invitado a reunirse con ella al día siguiente —¿*un lunes?*— a tomar una taza de té y un trozo de pudín en *Dunfries*, el que había sido el salón de té favorito de la joven cuando, recién prometida, aún pensaba que su vida de *lady* iba a ser un largo y dichoso remanso de paz.

¿Té en *Dunfries*? Amanda sonrió con pesar. A su manera, Margaret intentaba animarla a que volviera a relacionarse con el mundo y saliera de su madriguera. Pero Amanda, abrumada por la pérdida y angustiada por no tener la menor idea de lo que le había ocurrido a George, pensó en rechazar la invitación. No estaba preparada.

¡Tenía tantas preocupaciones! ¿Cómo iba a...?

Trazó las primeras letras y la infinita suavidad con que la punta de la pluma —de sutil acabado— se deslizó sobre el grano aterciopelado del grueso papel blanco, sin desgarros o rechinos, le generó una extraña sensación de consuelo. Infeliz, se dejó arrullar por la gracilidad de sus dedos y se sintió hechizada por el efecto casi hipnótico del trazo fluido que la tinta oscura dibujaba: las letras discurrían sin manchas ni burbujas sobre la lisa superficie de la hoja.

Cuando terminó de escribir, levantó la misiva por la esquina superior derecha con el pulgar y el índice y comenzó a agitarla distraídamente en el aire con una mano, mientras, con la otra, buscaba una barra de lacre en el cajón. La puerta del tocador se abrió de repente y, asustada, dejó caer la carta, que revoloteó como una hoja exánime y se balanceó suavemente hasta caer sobre la

alfombra, boca abajo.

Con la mano en el pecho, Amanda intentó calmar los latidos frenéticos de su corazón.

—¡Santo cielo, Richard! ¡Me ha dado un susto de muerte!

—Mis disculpas, Amanda. Creía que me había llamado...

Amanda apretó los dientes, pero intentó que no se le notara. No era la primera vez que Richard utilizaba esa excusa para irrumpir en su tocador o en su salón —al menos aún no había sido tan impertinente como para aparecer sin previo aviso en su dormitorio— y, para ocultar su enfado, se arrodilló a fin de recoger la carta.

Como era de esperar, al caer sobre la alfombra, la tinta de la carta se había corrido. Amanda suspiró y volvió a sentir un nudo en la garganta. *Dios mío, ¡sus lágrimas!* Aún notaba el rastro pegajoso en sus mejillas, los largos surcos —ahora secos— en sus pómulos. *¿Y si Richard se había dado cuenta?* Con un rápido movimiento de muñeca, trató de borrar todo rastro de ellas. A punto de incorporarse, percibió la alta figura del marqués obstaculizando su campo de visión, y luego, arrodillándose ante ella. *Por todos los santos, ¡él también estaba en cuclillas!* Amanda intentó levantarse apresuradamente, pero él la agarró de la muñeca y la obligó a permanecer a su altura.

—Dios mío, mi querida Amanda, ¿son lágrimas lo que veo? ¿A qué se debe tanta congoja?

Ella negó con la cabeza, demasiado alterada para hablar, y volvió a intentar incorporarse. Pero Richard ignoró su iniciativa y la estrechó contra sí.

—Oh, Amanda, dulce Amanda... dígame qué le sucede. ¿Es su hermano otra vez? Puedo ayudarla, ¿sabe?

—Por favor, Richard, déjeme levantarme...

Como respuesta, el marqués se enderezó y, sujetándola aún por la muñeca, tiró de ella hacia arriba. Ella trató de apartarse, pero él se le echó encima y la estrechó contra su pecho.

—Vamos, Amanda... Sea buena conmigo. ¿Acaso no le hago bien? Deje que la consuele...

—R-Richard, por favor, yo... —tartamudeó.

—¿Acaso no soy paciente? ¿Generoso? ¿Entregado?

—S-sí, pero yo... em... esta carta...

—¿Qué pasa con ella?

Amanda se mordió el labio.

¿Qué podría decir para...?

De repente, se oyó un carraspeo cerca de la puerta.

—Ejem, ejem. ¿Lady Amanda?

¡Donovan! Gracias a Dios...

Richard soltó de mala gana a la joven y, con la mandíbula tensa y los puños apretados, se volvió lentamente hacia el mayordomo, que los observaba desde la puerta.

—Un caballero desea verla, lady Amanda.

Amanda miró con los ojos como platos al sirviente más veterano de los Keat.

—¿Un... caballero, Donovan?

—Sí, *milady*.

—No he oído la campanilla —objetó Richard, irritado por la súbita intromisión del criado.

—El caballero ha llamado a la puerta, Su Señoría.

—¿Cómo dice? ¿Ha llamado?

—Sí, milord. A la puerta. Directamente. No ha hecho sonar la campanilla.

Dios mío, ¿quién sería?

En realidad, no importaba. ¡Ese hombre era una bendición, un regalo caído del cielo! Y aunque no estaba en condiciones de recibir a nadie con dignidad, a Amanda le suponía una carga mil veces menor ofrecer té a un desconocido y fingir compostura que sufrir la odiosa —y cada vez más frecuente— presión del heredero de Charles. Con el tiempo, el marqués había mostrado interés y empeño por agenciarse algo más que las posesiones materiales de su difunto primo.

—¿De quién se trata, Donovan? ¿Le importaría decirme su apellido? —intervino Richard, sacudiéndose el polvo de la manga con un movimiento del dedo índice.

—Stenson, milord.

Richard dejó caer el brazo hacia atrás y enarcó una ceja, ofendido.

—¿Ese patán? ¿Aquí? ¿A estas horas?

Amanda miró sorprendida al marqués. Ese apellido no significaba nada para ella. ¿*Un patán*? He ahí una noticia que no le aportaba gozo. Sin embargo, puestos a elegir, prefería correr el riesgo de recibir la visita de un desconocido supuestamente poco cortés que soportar las insinuaciones —sin duda, inapropiadas— de un canalla incorregible en su propio tocador.

—Dígale que espere en el salón rosa, por favor —le ordenó Amanda, antes de que Richard se tomara la libertad de echar a aquel hombre, algo que sin duda no habría tardado en pedirle al mayordomo—. Me reuniré con él en cinco minutos.

Sin pedir permiso, Amanda rodeó el escritorio, se zafó del agarre de Richard, que le estiraba de la muñeca para retenerla, entró corriendo en su dormitorio y tiró de la borla dorada que colgaba de un cordón de seda con flecos, cerca del cabecero. Richard maldijo entre dientes y salió furioso del tocador.

Poco después, la doncella de Amanda, con vestido negro, delantal de encaje blanco y cofia a juego, entró en la habitación con un montón de ropa en la mano.

—¿Me ha llamado, señora?

—Sí, Betty. Me necesitan en la planta baja. Ayúdeme a arreglarme el pelo, por favor.

El mayordomo condujo a Jay a un salón decorado con sedas en tonos rosa, crema y verde pálido. Stenson observó el lugar: estaba adornado con delicadas molduras de mármol blanco, de las paredes colgaban acuarelas en tonos pastel y el ventanal² que daba al jardín interior estaba pintado de un rosa clásico, ligeramente anticuado. Todo en aquel salón, desde los cuadros de Fragonard hasta los dos sillones Luis XV y la porcelana de Sèvres, pasando por los tres retratos de Vigée-Lebrun, denotaba un gusto resolutivo, exquisito y muy femenino, y una clara debilidad por Francia.

Jay, al que habían dejado solo, recorrió la estancia lentamente. A su alrededor, una vieja meridiana³ de seda rosa, una butaca de cretona con motivos florales, un reloj esmaltado y una venus de mármol color marfil. Sobre una mesa de dibujo, algunos bocetos, unos cuantos esbozos. Y, en un caballete al fondo de la habitación, un óleo, abandonado, según parecía, desde hacía tiempo.

Pensativo, se apoyó en la repisa de la chimenea y aprovechó esos pocos instantes de soledad para repasar lo que sabía, gracias a la carta de Alexander y a sus propias investigaciones posteriores, sobre la dueña de la casa.

Lady Amanda Keat, veintiún años. Hija de un conde y la mayor de tres hermanos. Un

hermano, una hermana. Miembro del *Almack's* desde que entró en sociedad. Contrajo nupcias en mayo de 1818 con el joven marqués de Ettlesham. Fue un matrimonio de conveniencia: una unión que duró once meses. Huérfana desde hace un año, viuda desde abril. *Perfecto*. No tenía marido ni padres que le dijeran lo que tenía que hacer, que le advirtiesen sobre los advenedizos de su calaña u otras tonterías por el estilo. Y, sobre todo —Alexander no lo sabía; sin embargo, probablemente era el detalle más importante—, lady Amanda tenía un hermano en una situación económica delicada, lo cual era bastante frecuente en la alta sociedad.

No sabía mucho más —al fin y al cabo, con las prisas por presentar a Elisa a su nueva tutora, solo había tenido tres días para investigar—, pero con esa información le bastaba para convencer a una joven aristócrata de que trabajara para él.

Si resultaba no ser arrogante, pesada o un monstruo pretencioso, habrían dado con la adecuada: apenas mayor que Elisa, libre de ir y venir a su antojo y necesitada de dinero, aunque fuera para su hermano menor; si es que tenían una relación cercana, claro. Tan solo era una suposición.

Además, era viuda. ¡*Fabuloso*! Una joven inexperta no les habría servido de nada, y nunca le habrían permitido visitar la casa de un soltero, por muy loable que fuera el motivo de sus visitas, sin un ejército de carabinas colgando de sus enaguas. Lo cierto era que Jay no tenía ningún deseo de recibir en su casa a un escuadrón de viejas tozudas, cada una más ansiosa que la anterior por emitir juicios sobre él y, por desgracia, sobre Elisa.

Una solterona, en cambio, podría haber resultado útil desde el punto de vista didáctico. Sin embargo, la baja estima que la aristocracia tenía a las mujeres de esa condición habría perjudicado a Elisa. Para los solteros, carecían de la respetabilidad, la decencia y el conformismo que honraban a las mujeres casadas. Además, siendo sinceros, a Jay siempre le había parecido sospechoso que una mujer nacida con una cuchara de plata en la boca fuera incapaz de atraer a un marido. Para él, era la prueba evidente de que tenía algún deje despreciable o que ocultaba una oscura historia de honor y parentela. La belleza estaba descartada como motivo disuasorio, pues en el contexto de los matrimonios contraídos entre personas acomodadas, el atractivo de los cónyuges tenía una importancia más bien nula.

Si se hubiera tratado de una mujer casada, con toda probabilidad habría tenido demasiadas obligaciones sociales, o un hijo en el vientre, o un marido obtuso, o alguna otra buena razón para no poder comprometerse durante seis meses. Porque eso era lo que él esperaba de la futura mentora de Elisa: seis meses de tutoría, y puede que su misión se extendiera a los primeros pasos en sociedad. Debería acompañarla desde los inicios de la próxima temporada, en abril.

Por ello, una viuda estaba muy bien. Y una viuda necesitada... No podía pedir más. A Jay le gustaba tener ventaja sobre sus contactos y averiguar, antes de cualquier negociación, por qué las personas a las que acudía, y de las que esperaba obtener un favor, necesitaban su generosidad incluso más de lo que él precisaba la suya.

Un delicado carraspeo cerca de la puerta le hizo girarse.

—Ejem... ¿Señor Stenson?

Por una fracción de segundo, Jay perdió el hilo de sus pensamientos. Una mujer muy joven y de una hermosura insuperable estaba de pie junto a la butaca, apoyando ligeramente la mano en el respaldo de madera clara. Tenía rasgos delicados, la nariz pequeña, las cejas castaño claro y orejas cuidadosamente orladas. Su cintura, aunque ahogada en el gris perla claro de su vestido de gasa de medio luto, era fina, y sus pechos, realzados por la moda de la época, eran prominentes y firmes. El rubio aristocrático y luminoso de su cabello se veía realzado por el pañuelito de tul

gris plateado y de gran suavidad que adornaba y contrastaba con su recogido, un moño del que solo escapaban algunos mechones rebeldes que caían, ondulados, a ambos lados de su rostro. Su tez de porcelana, cremosa y untuosa hasta la saciedad, advertía una textura sedosa, como la piel de un recién nacido; y el gris azulado de sus ojos, acentuado por el duelo, adquiría matices lavanda bajo el efecto de las lágrimas que —a pesar de sus encomiables esfuerzos por mantenerse distante—, era evidente que acababa de derramar.

Un ángel.

Un ángel caído del cielo que ahora habitaba entre los mortales.

La criatura más hermosa que jamás había visto.

Con mano insegura sobre la barandilla de roble encerado de la escalera, Amanda descendió el último tramo de peldaños de mármol de Paros, se detuvo frente al espejo de John Gumley⁴ del gran salón y comprobó su atuendo por última vez. Los rizos se le escapaban del recogido, como de costumbre, pero Betty había hecho todo lo posible por adecentarla. En cuanto a sus ojos, si bien un brillo seguía delatando su desasosiego, esperaba que el rosa de sus párpados agitados pasara desapercibido. *¡Adelante, sin temor!* Los hombres no eran observadores y, además, ya había anochecido.

Con pasos silenciosos, se acercó a la puerta entreabierta del salón rosa, la empujó suavemente y entró en la estancia.

Un hombre de estatura considerable le daba la espalda, con el codo apoyado en la repisa de la chimenea y un aire despreocupado. Intrigada, Amanda se acercó. Dejando de lado el servicio doméstico, la joven nunca había recibido a un plebeyo en su casa. Aquel hombre sería, sin duda, el primero. A simple vista, se adivinaban sus orígenes. Vestía ropa refinada, botas de gamuza caras, pantalones beis de una boutique de Jeremyn Street y una levita muy ajustada de *Weston*, pero sus hombros eran demasiado anchos; su estatura, demasiado imponente; y sus piernas, esbeltas y firmes bajo los pliegues del pantalón, demasiado musculosas para tratarse de un aristócrata.

Como para confirmar su teoría, el hombre se dio la vuelta y le enseñó un pecho robusto, una cabellera rebelde y un rostro marcado por la vida al aire libre. Unos rasgos armoniosos, y era innegable, de cierta belleza —ruda y salvaje, sin duda, pero belleza, al fin y al cabo—, que podrían haber desbancado sus sospechas, de no ser por la cicatriz en la ceja y la marca de una nariz rota en el pasado, que confirmaron sus primeras impresiones. La piel mate, demasiado bronceada para un noble, incluso para un amante de los caballos, revelaba las jornadas en la cubierta de una goleta, en el muelle de un puerto mercante o en el pasto de la campiña con el fin de ganarse el pan.

Llevaba la corbata anudada con descuido, por lo que dejaba ver algunas zonas de piel bronceada entre las finas capas de batista⁵ blanca. Amanda se compadeció sin quererlo del sastre que había confeccionado su camisa, cuyas mangas apenas contenían unos brazos voluminosos, como los de un estibador, minero o jornalero de algún tipo. Las medidas fuera de lo común eran un martirio para los sastres del West End; de ahí su clemencia. Pero la prueba irrefutable eran sus ojos: vivos, oscuros, casi negros, que la examinaban concienzudamente de los pies a la cabeza y de la cabeza a los pies sin el menor pudor, y ya puestos a admitirlo, con un placer poco

disimulado.

Era evidente: aquel hombre no tenía nada de caballero.

Toda su persona desprendía una especie de fuerza bruta, un brío feroz y una virilidad genuina que llenaba la sala de un aura casi extraña. Tal era la garra de aquel hombre que desentonaba con la decoración exquisita y femenina de la estancia. Había algo casi incongruente en su presencia, masculina e inmensa, entre los grabados y la puntilla, entre el encaje y la seda.

Un poco intimidada, Amanda tosió con suavidad y decidió presentarse. Él ladeó ligeramente el cuello sin apartar los ojos de ella. Confundida, hundió los dedos en el respaldo acolchado de la butaca e intentó recuperar la compostura. Con la intención de que no la tomara por anfitriona maleducada, se recompuso de la ansiedad lo mejor que pudo, le enseñó una sonrisa afable y le señaló un cómodo sillón, el más grande de la sala.

—¿Puedo ofrecerle un té, señor Stenson? —dijo, mientras se sentaba en la meridiana rosa clásico, antes de tirar del cordón con borlas que colgaba a su alcance.

Jay la observó sentarse con aquella gracia innata que solo demostraban las mujeres de alto copete antes de dejarse caer en el sillón que ella le había señalado.

—No tendrá usted ginebra, ¿verdad?

Por si aún tenía alguna duda sobre su origen —aunque, evidentemente, no era el caso—, en cuanto aquel hombre abrió la boca, confirmó sus sospechas. Tenía el acento *cockney*⁶ más marcado que jamás había oído. No es que lo hubiera oído mucho antes, desde luego, pero... en fin, era bastante característico.

Jay remató su petición con una sonrisa y, sorprendida, la joven lo miró fijamente, con los ojos bien abiertos, antes de pestañear con delicadeza —lo que le confirió la apariencia de una sublime mariposa— y responder:

—¿Eh? ¿Cómo dice?

—¿Sí, *milady*?

—Ah, ¡Donovan! —exclamó con evidente alivio, lo que a Jay le pareció adorable—. Dígame, ¿tenemos, por algún casual, ginebra?

—¿Ginebra, *milady*?

—Sí, Donovan, ginebra... —repitió la joven, claramente avergonzada ante la idea de que aquel interludio pudiera incomodar a su invitado, lo cual no era, en absoluto, el caso.

Jay siempre estaba a gusto, algo que, paradójicamente, tenía un efecto colateral que le divertía sobremanera: solía robarles la confianza en sí mismos a los aristócratas con los que se codeaba. ¡*Qué infortunio!* Les sacudía donde más les dolía, en las costumbres, y lo hacía con tal naturalidad que perdían tanto el latín como la orientación. De hecho, a Jay nada le gustaba más que escandalizar a la gente de sangre azul. Desafiar las convenciones, cuestionar el *statu quo*, desempolvar los esqueletos... todo formaba parte del progreso. Por otra parte, Alexander y James disfrutaban con sus payasadas. Jay no se dejaba impresionar lo más mínimo por los de alto copete. Mantenía el listón alto en lo que a enfrentamientos se refería, y estaba dispuesto a oponerse a todo aquel que se creyera mejor que él. De hecho, el profundo malestar en el que sumía a los invitados de sus amigos aristócratas —y la facilidad desconcertante con la que cumplía, por no decir otra cosa— le había conseguido numerosas invitaciones por parte de ambos. Alexander y James se desvivían por conseguir permisos y pases especiales para él, siempre que se requiriera de su ilustre presencia en alguna recepción aburrida o en un acto oficial.

—Tal vez en la antecocina, señora... —respondió el mayordomo con cautela tras un instante

de vacilación—. O en la despensa. Veré lo que puedo hacer...

—Gracias, Donovan.

—¿Y para usted, *milady*? ¿Té con especias?

—¿Oh, para mí? Em... No, a esta hora, no. Earl Grey, por favor. Gracias, Donovan.

Unos segundos después, el criado abandonó la estancia y lady Amanda cruzó los deditos con calma sobre los pliegues de su vestido.

—Bien, señor Stenson —dijo al fin—, ¿podría aclararme el motivo de su visita?

—Por supuesto, *milady*. Faltaría más. De hecho, es muy sencillo: al parecer, según mis contactos, está usted dotada de ciertos atributos... que yo necesito con urgencia. Estoy aquí para discutir con usted el precio al que aceptaría ponerlos a mi disposición.

La joven, pillada por sorpresa y, como era de esperar, alterada por las formas de ese discurso prematuro, se puso ligeramente tensa —para la dicha del advenedizo, ese gesto hizo resaltar sus pechos, aunque ya estaba muy erguida— y frunció los labios, deliciosamente carnosos.

—Es un enfoque bastante... arrogante, ¿no cree, señor Stenson?

—Estoy acostumbrado a ir directo al grano.

—En efecto, esa es una manera de expresarlo.

—¿Le molesta mi franqueza?

—No confunda franqueza con grosería, señor Stenson.

Era perfecta.

Jay sonrió. Ella se sonrojó y apartó la mirada.

Sin duda, perfecta.

—Siento haberla ofendido, *milady* —continuó Jay, sin una pizca de arrepentimiento en la voz.

Ella no se dejó engañar y lo miró con recelo.

—No parece lo más mínimamente arrepentido —apuntó ella.

Jay ensanchó la sonrisa y ella se ruborizó aún más.

—Me temo que soy mal actor.

Durante un momento, se miraron en silencio. Una extraña tensión se dispersó por la habitación. Jay reconoció de inmediato el efecto de su insolencia, mientras la joven, confusa, parecía buscar las palabras adecuadas. En ese momento, una doncella hizo su aparición, lo que supuso una grata distracción. Jay se fijó, no sin gozo, en el plato de galletas glaseadas con azúcar y los pocos *macarons* que adornaban la bandeja de plata que traía la criada. Esta la colocó sobre el revestimiento de *pietra dura* florentina de la mesa de centro Luis XVI, que James, como gran amante del arte, enseguida habría identificado como obra del ebanista Joseph Baumhauer.

—Gracias, Gladys —dijo Amanda en voz baja, inclinándose hacia el té que le había traído—. Ah, veo que ha encontrado una botella de ginebra...

—Sí, señora... En las dependencias del servicio.

—Gracias, Gladys. Señor Stenson, ¿sería tan amable de servirse a su gusto?

—Por supuesto.

—Eso es todo, Gladys. Gracias.

—De acuerdo, señora...

La criada desapareció, y por un momento, Jay y Amanda se centraron en la bandeja de plata. Jay descorchó la botella de ginebra que estaba tres cuartos llena y se sirvió en la copa de cristal de Bohemia que le habían traído. Amanda vertió en la taza el té con un chorrito de leche y un terrón de azúcar. Cuando cogió una galleta, sus dedos se rozaron y la joven volvió a ruborizarse.

Jay sonrió. En el fondo, se regocijaba de que una mujer tan hermosa no fuera inmune a sus encantos.

Amanda dejó la galleta en el borde del plato, se arrimó al respaldo de la meridiana y se sentó perfectamente erguida.

—Quizá, señor Stenson, estaría dispuesto a... retractarse de sus palabras, y si es posible, suavizar la brutalidad... de sus insinuaciones.

Jay bebió un sorbo de ginebra, chasqueó la lengua —*¿De verdad se acababa de sobresaltar?* — y volvió a sonreír, divertido ante el exceso de modales.

Al fin y al cabo, para eso había venido.

—Con mucho gusto, *milady*. Dígame cómo y estaré encantado de complacerla.

Ella le dirigió otra mirada cargada de sospecha. Jay le dedicó su sonrisa más inocente y, tras sonrojarse, Amanda se vio obligada a contemplar su té, ensimismada. Al cabo de unos segundos, claramente decidida a no dejarse engañar, por fin levantó la cabeza, con aire desafiante.

—Quizá podría, por ejemplo, empezar por decirme a qué tipo de atributos se refería...

Jay asintió levemente antes de volver a llevarse el vaso a los labios.

—Entiendo por qué esa frase le ha podido parecer ambigua —afirmó finalmente con una sonrisa cómplice.

En sus ojos, centelleaba la picardía. Ella se ruborizó de forma abrupta y apartó la mirada.

—Oh, no, no... No quería decir que...

—Eso es exactamente lo que quería decir, lady Amanda.

—No, verá...

En evidente agonía, devolvió la taza al plato con un golpe más seco de lo que le habría gustado, cogió una servilleta y se secó los labios, aunque él habría jurado que aún no había bebido nada.

Apiadándose de ella —y sin querer ponerla en un aprieto, aunque la tentación de burlarse de una joven tan puritana era difícil de resistir—, Jay decidió liberarla de su miseria.

—Tengo una hermana, lady Amanda. Una hermana menor que pronto cumplirá veinte años —Su anfitriona pareció relajarse de repente y miró en su dirección—. Como puede imaginar, no somos de su mundo y Elisa está sufriendo las consecuencias. Necesito a alguien que pueda enseñarle las normas básicas de etiqueta y buenos modales. Alguien digno de confianza, de alta consideración moral, cuya respetabilidad esté por encima de toda sospecha y que, con el tiempo, pueda presentarla en la alta sociedad.

Amanda, estupefacta, lo miró sin decir palabra.

Ah, ¡conque era eso...! ¡No se lo esperaba!

Jay continuó:

—Mi hermana no sabe pintar, cantar, bordar ni tocar ningún tipo de instrumento. No se atreve a imponerse a los criados, no sabe dar órdenes, organizar fiestas o comportarse en sociedad. Le aterroriza la mera idea de salir conmigo, conocer a gente agradable, acompañarme a una cena o asistir a un baile. Necesito a alguien que le enseñe lo esencial y le infunda confianza.

Amanda, sin palabras, le dejó terminar de explicarse. Aquel hombre tenía una voz cálida, profunda y tranquilizadora y unos labios carnosos, masculinos y osados. Hablaba de su hermana con evidente amor y todo su ser, provocativo y detestable como le había resultado tan solo unos segundos atrás, vibraba con el instinto protector de un hermano mayor, que resplandecía en cada una de sus palabras.

Cuando pareció haber terminado, Amanda, desconcertada, se llevó la taza a los labios y

bebió un sorbo de té caliente para darse tiempo a asimilar la petición de aquel hombre. No la conocía, pero aquella muchacha, Elisa, ya le inspiraba simpatía. No podía imaginarse lo que suponía verse arrastrada a una clase que no era la suya, pero no le cabía duda de que aquella tortura la haría sentirse profundamente desarraigada. Sobre todo porque el ascenso social del señor Stenson, que no podía tener más de treinta o treinta y dos años, a pesar de la extraordinaria experiencia y fuerza de carácter que se le notaba en los ojos, debía ser muy reciente, y por lo tanto, cuando menos, brutal. Su acento, sus maneras, sus reflejos... todo apuntaba a un hombre de las clases bajas y aún peor: un hombre que había conocido la miseria absoluta, los barrios más peligrosos, la indigencia total.

Evidentemente, aquel hombre había conseguido, a base de esfuerzo, ascender desde el escalón más bajo hasta el estrato más alto de la sociedad en menos de quince años, puede que en diez. Si el ascenso a la cima de los Stenson hubiera comenzado una o dos generaciones antes, el hombre ahora sentado en su butaca no tendría un acento tan deplorable, un comportamiento tan inapropiado o una noción tan pobre de las buenas costumbres, y su hermana habría recibido desde hace tiempo la educación que correspondía a una señorita de la *gentry*², como mínimo.

Amanda volvió a dejar suavemente la taza en el platito y sopesó cuidadosamente sus palabras antes de hablar.

—Y la señorita Stenson...

—Walsh.

—¿Cómo dice?

—Walsh. Se llama Elisa Walsh.

Amanda lo miró sin comprender, atónita.

—Somos hermanos de distinto padre —aclaró finalmente.

—Ah, entiendo...

—Como su padre la abandonó antes de que Elisa naciera, mi madre prefirió ponerle su apellido de soltera, Walsh.

Amanda se llevó una mano a los labios.

¡Una hija ilegítima! Santo cielo, ¿cómo se las iba a arreglar esa chica? ¡Y aquel hombre lo admitía como si nada!

Amanda disimuló su confusión y reordenó sus pensamientos.

—Y bien, la señorita... Walsh, ¿dice? En fin, ¿sabe leer?

Jay asintió.

—Leer, escribir, contar... Eso se lo pude enseñar. Lee mucho. Es más, se pasa todo el día entre libros, pero el resto ya...

Amanda asintió distraídamente. No sabía muy bien por qué, pero aquella joven ya le caía en gracia. Por desgracia, sus propias preocupaciones no le dejaban mucho tiempo libre para ejercer de ángel de la guarda o entregarse a cualquier actividad que pudiera distraerla de su misión principal: encontrar a George —¡con urgencia!—, rescatarlo de las garras de ese tal Greystone, salvar la finca y dotar a Katy.

Con un nudo en la garganta, Amanda dio otro sorbo al té. La reconfortante calidez de esa bebida tan familiar la tranquilizó y, armándose de valor, dejó la taza sobre la mesita con un gesto comedido.

—Disculpe, señor, yo... estoy pasando por... ¿Cómo decirlo? Para mí, es un período difícil y no estoy realmente en condiciones de...

—La compensaré por sus servicios; de eso no le quepa duda —la interrumpió Jay, colocando su vaso sobre la mesa con un tintineo sonoro.

Las formas no eran las mejores y Amanda, algo ofendida porque su invitado hubiera malinterpretado los motivos de su negativa, se apresuró a corregirle:

—Oh, no es una cuestión de dinero, señor... Es... en realidad, lo siento en el alma, créame, pero... lo que sucede es que... no puedo hacer esto por usted...

—¿Por qué no?

Amanda se sobresaltó y cerró la boca de repente.

—Disculpe, pero no tengo por qué justificarme ante usted, señor Stenson. Prefiero guardarme las razones para mí.

—Le daré treinta mil libras⁸.

Amanda abrió la boca, molesta, pero no fue capaz de articular palabra. Jay la miró fijamente a los ojos, apoyó los codos en las rodillas, se inclinó hacia delante y, como hacía cada vez que iniciaba una negociación importante, repitió con voz firme:

—Le daré treinta mil libras por seis meses. Y treinta mil más si la acompaña durante la próxima temporada. Bailes, recitales, fiestas en exteriores... todo.

Amanda, sorprendida, no supo qué decir. Pestañeó una, dos, tres veces, y luego:

—Pero...

—Dudo que pueda buscarle muchos peros a mi propuesta, lady Amanda —respondió Jay con una sonrisa.

—¡Pero es imposible! —dijo al fin.

—¿Qué es imposible?

—Esa cifra... No puede...

—Y, sin embargo, se la he ofrecido.

—Señor Stenson, es una cifra claramente...

—¿Escandalosa?

—Esto... sí. Bueno, no, es decir... sí.

Amanda pensaba a un ritmo frenético, codeándose con la turbación. Con treinta mil libras, George podría cancelar las hipotecas de Steyn Manor y volver a poner en pie la finca. Con otras treinta mil, podría comprar una casa en Londres, reabrir la fábrica de Rye e invertir capital en la marina mercante. Katy tendría una dote digna de su posición y, al disponer de tanto tiempo, podría encontrar un buen marido. En cuanto a ella, por fin podría comprarse una bonita casa en St James's Street, dejar atrás la mansión Keat y poner la mayor distancia posible entre Richard y ella.

La idea de cobrar por un trabajo no era —desde luego— nada glamurosa. Amanda no había trabajado ni un solo día en su vida y jamás había pensado que algo así pudiera sucederle. Para una mujer de su estatus era humillante verse reducida a tales extremos, pero George, estuviera donde estuviera, la necesitaba, y Katy, también. Con esa cantidad de dinero, podría traer a la benjamina a Londres y llegado el momento, esta elegiría a un prometido entre la flor y nata de la aristocracia inglesa. En cuanto a Steyn Manor, recuperaría su antiguo fulgor. El propio George podría pensar en casarse y...

¡Santo cielo!

Si se supiera —y se sabría: en Londres no había ningún tipo de privacidad y nada complacía más a los residentes de Mayfair que difundir rumores—, su propia reputación se resentiría. Ya no

la recibirían en el *Almack's*.

¿Cómo? ¿Una dama como ella, trabajando? ¡Y lo que es peor, para un plebeyo! ¡Era denigrante!

Sin duda, la condenarían al ostracismo, al menos durante unos años. Pero, con el tiempo, se olvidarían del asunto y George...

—Lady Amanda, necesito que entienda una cosa —dijo Jay de pronto, como si le leyera la mente—: estoy dispuesto a hacer lo que sea para que mi hermana sea feliz. Doy por seguro que usted le hará mucho bien, y por ello, fijo ese precio a cambio de sus servicios. Diga que sí y le haré un primer pago de veinte mil libras en la cuenta que usted elija. Cumpla con su misión y recibirá las diez mil libras adicionales. Permanezca a su lado hasta el próximo octubre y recibirá otras treinta mil. No puede ser más fácil.

La cabeza le daba vueltas. Era... inesperado. Era... demasiado dinero. Era...

—¿Eso es un sí, lady Amanda?

Aquel hombre era formidable. La primogénita de los Keat entendía que tuviera tanto éxito en los negocios: con su brío, sus argumentos y ese encanto rústico del que tanto se aprovechaba, no le cabía duda de que aseguraba un contrato tras otro y conseguía todos los objetivos que se proponía.

Con la intención de no parecer completamente desesperada, de preservar su dignidad y, tal vez, de darse tiempo para pensar —desconfiaba de las decisiones tomadas de improviso, por muy tentadora que fuera su oferta—, intentó recuperar la compostura y adoptar una voz tranquila para preguntar:

—¿Me dará unos días para pensarlo?

Jay sonrió. Había ganado.

Desde luego, no esperaba que una *lady* de su posición cediera ante el efecto seductor del dinero sin un mínimo de moderación, por muy desesperada que estuviera en el plano económico. Pero Amanda iba a decir que sí; habría apostado la vida en ello. Lo menos que podía hacer era dejar que conservara su orgullo.

—Por supuesto. Aquí tiene mi dirección. Avíseme cuando haya tomado una decisión y esté lista para empezar. Le enviaré un coche.

Había pensado en todo.

¿Cómo iba a negarse?

De repente, Jay le tendió la mano para sellar el acuerdo. Ella lo miró un momento, sin habla. Un caballero nunca pedía la mano a una dama. Sin embargo, Amanda le ofreció la suya, pero en lugar de besarla, él cerró los dedos sobre ella en un apretón de manos muy profesional. Los deditos blancos de Amanda desaparecieron en la palma enorme y cálida de Jay y ella contuvo la respiración. Tenía unos dedos fuertes, una mano callosa y un apretón firme, aunque obviamente, tuvo cuidado de no apretarle demasiado la mano, cosa que ella agradeció.

Acto seguido, Jay cogió su sombrero —que había dejado sobre un velador—, hizo una reverencia y se marchó.

Se fue sin molestar a los criados.

Sin llamar al carruaje.

Y por supuesto, sin guantes.

¹ N. de la T. En inglés, *entail* o *fee tail*.

² N. de la T. En inglés, *bow-window*.

³ *N. de la T.* Un cheslón de gran tamaño.

⁴ *N. de la T.* Entre otras muchas cosas, era el dueño de una empresa británica de fabricación de muebles.

⁵ *N. de la T.* Un tejido muy fino con el que se confeccionaban pañuelos y otras prendas.

⁶ *N. de la A.* Acento popular de los habitantes del este de Londres, esto es, de la clase trabajadora.

⁷ *N. de la T.* Del inglés, nobleza de tipo medio y bajo. La *landed gentry* estaba integrada por la pequeña nobleza terrateniente, esto es, baronetes, caballeros y escuderos, entre otros.

⁸ *N. de la A.* A modo de comparación (para esta y futuras cifras mencionadas en esta novela), los ingresos medios de la época eran de 40 £ al año para un jornalero agrícola, 45 £ para un maestro de escuela, 150 £ para un alto funcionario y 350 £ para un abogado.

III

—Debo decir que estoy gratamente sorprendida, querida. Desde luego, no esperaba que aceptaras salir con tan solo una invitación. ¡No quepo en mí de gozo!

Amanda sonrió con modestia y ocupó su lugar en el banco de cuero color salmón donde su amiga, ya acomodada, daba toquecitos con la palma de la mano para animarla a sentarse. Un tanto cohibida, la joven agradeció que hubiera elegido una mesa en una alcoba de nicho aislada, ligeramente apartada del salón principal de *Dunfries*.

Hacía dieciocho meses que no pisaba el exterior, por así decirlo. Durante todo ese tiempo, se había alejado del mundo, había perdido ciertas costumbres y había vivido el luto. Sin embargo, en la alta sociedad nada había cambiado y todo le resultaba familiar. Dejó vagar su mirada desde las mesas doradas en forma de media luna hasta los adornos de estuco de las paredes y desde el suelo de mármol negro hasta las sillas tapizadas en brocado amarillo. Grandes espejos dilataban el espacio, lámparas de araña de cristal veneciano colgaban del techo y varias plantas verdes, repartidas con buen gusto por la estancia, aportaban un toque de frescura a los tonos cálidos del salón de té máspreciado de Mayfair, tanto por el sabor de sus pasteles como por su aspecto peripuesto y encantador.

No: nada había cambiado. Le resultó reconfortante a la par que confuso. Su vida había sido un huracán de confusión, drama y desasosiego desde el verano del 18 y, sin embargo, parecía que el resto del mundo no había cambiado en absoluto en esos últimos meses.

—Debo confesar... que al principio me sentí tentada a rechazar tu propuesta —se atrevió a admitir mientras se quitaba los guantes.

—Oh, querida, ¡ya me lo imagino!

—Pero necesitaba verte. Tenía que hablar contigo cuanto antes. Es una cuestión urgente.

—¿Tan urgente como para no poder esperar a mi visita del martes? ¿Como para arrastrarte fuera de casa? ¿Como para traerte hasta *Dunfries*?

—Sí, me temo que sí.

—¡Me intrigas, querida!

—Te necesito, Maggie.

—¡Tus palabras me colman de alegría! ¡Vamos, cuéntame qué sucede! Ah, no, espera: escojamos primero qué pedir, así ya lo tendremos claro. Parece que Janet ya viene a tomarnos nota... ¿Sabes ya lo que vas a tomar?

—Eh... no, la verdad es que no. Ya ni siquiera sé lo que sirven aquí...

—Entonces déjame elegir por ti. A ver, a ver... ¿qué tenemos en la carta? ¡Ah! Ya veo: ¿Babá al ron? Um, no. Demasiado alcohol para ti. ¿Crema de huevo? No, podrías mancharte. ¿Tarta de frambuesa? Ni pensarlo. *Clafoutis*¹, milhojas, carlota², tarta de queso...

—S-si te soy sincera, no tengo mucho apetito...

—¡Tonterías! Tienes que comer. Vamos, escoge: sabayón³ —si te lo pides, prométeme que no desfallecerás—, *trifle*⁴, crujiente⁵ o tarta de chocolate.

—Bien, pues... sabayón.

—¡Lo sabía! ¿Ha oído, Janet? Un sabayón para la señora, por favor. Y para mí, mmm... tráigame un plato de *scones*. Con nata montada y mermelada, si es tan amable.

—¿De limón o naranja amarga?

—De naranja amarga.

—Enseguida, lady Melcombe.

—Y una taza de su mejor té negro. ¡Ah, y ya que está, ponga un trozo de esa maravillosa tarta de limón que tiene en el mostrador! Lo compartiremos entre las dos. Gracias, Janet.

Unos segundos después, la camarera desapareció de su vista y la baronesa de Rothfield, un torbellino de pura energía, tomó las manos de Amanda entre las suyas.

—Ahora que estamos solas, cuéntame, Amanda.

La joven, agotada por una noche en vela y todo un día reflexionando, se tomó un momento para aclararse las ideas.

—Margaret, si me lo permites, me gustaría empezar con una pregunta. ¿Conoces a este caballero, o al menos has oído hablar de él?

Amanda sacó la tarjeta que Jay le había dado la noche anterior, en la que figuraba su dirección.

—Dios santo, ¿que si lo conozco? ¡No te imaginas cuánto...! —exclamó la baronesa, tras contemplar el rectángulo de papel Bristol con perplejidad.

—¡Oh!

Fue la única respuesta que Amanda fue capaz de pronunciar.

—¡Ay, querida...! Hace casi dos años que no sales. No obstante, cuando el señor Stenson entró en sociedad, tampoco era probable que te hubieras cruzado con él. ¡Es evidente que una debutante que busca marido y un hombre como Stenson no se codean en los mismos círculos!

—¿Qué? ¿Qué quieres decir, Margaret?

—Lo que quiero decir, querida, es que ese Stenson es un hombre con el que no te habría convenido cruzarte cuando aún conservabas tu inocencia.

—¿Por qué? ¿Te refieres a... su condición social?

—¡Ay, mi dulce Amanda, si solo fuera eso...!

—Me gustaría entenderlo...

—No hay nada más cierto que esto: no estáis hechos el uno para el otro. Eres demasiado pura para hombres como Stenson.

—Por favor, explícate, Margaret. Es muy importante que lo hagas. Luego te lo contaré todo.

—De acuerdo, Amanda. Si insistes... En primer lugar, debes saber que ese hombre no es un plebeyo cualquiera. Viene de los barrios bajos del East End y, según dicen, de los más peligrosos. Dios sabe cómo consiguió hacer fortuna en las ventas, la minería, la industria y el comercio marítimo. Algunos dicen que es autodidacta y un formidable hombre de negocios... En fin, además, está metido en política y lucha por mejorar las condiciones laborales de las clases trabajadoras.

—Hasta ahora... es una imagen que le honra, ¿no crees, Maggie?

—Desde luego, a primera vista, sí. El problema es que ese Stenson tiene a su merced a la mayoría de los miembros del Parlamento, tanto en la Cámara de los Comunes como en la de los Lores. Muchos de ellos le deben favores, han invertido en sus negocios o han sido lo bastante imprudentes como para mezclar capital con el suyo. Gracias a eso último, Stenson intenta proponer todo tipo de leyes, aprovechando a estos señores de bien como intermediarios. Sus

ideas son cada una más revolucionaria que la anterior.

—¿Re-revolucionarias, dices...?

—Sí, así es. Leyes contra la sobreexplotación de la mano de obra, para aumentar las medidas de seguridad en las fábricas, para la instalación del alumbrado público en las calles de Whitechapel, para adoptar medidas drásticas de higiene en la industria... Está a favor de los derechos de los trabajadores, la reducción de la jornada laboral a un máximo de doce horas diarias, la prohibición del trabajo infantil en las minas... ¡Y a saber qué más! No pasa una semana sin que se saque de la chistera alguna idea nueva. Bueno, más bien, de la gorra. Ese hombre llevará un sombrero de copa de Bond Street, pero ha pasado más años de su vida con una vieja gorra de *tweed* que con un sombrero de caballero, ¡créeme! Imagínate, ni más ni menos que el viernes pasado, me dijeron que pretendía conseguir el voto para las clases bajas... Sórdido, ¿verdad? En fin. Es un hombre peligroso, un activista, la clase de hombre que pondría el mundo patas arriba en un santiamén si le escuchase. Le importa un bledo la tradición y estoy segura de que pisotearía todos nuestros privilegios con el tacón de sus zapatos embarrados si se lo permitiéramos.

—¿No crees... que tiene razón en muchos aspectos? Después de todo, el trabajo infantil, la... la seguridad de los trabajadores... Todo eso son ideas muy buenas, ¿no crees?

—Lo único que sé es lo que Albert me cuenta tras sus sesiones parlamentarias. Y te lo repito tal y como me lo dice: el señor Stenson despliega peones a su gusto y tiene a ciertos señores de la Cámara de los Comunes bien cogidos de la levita a fin de obligarlos a proponer y defender sus proyectos. En la Cámara de los Lores circulan serios rumores al respecto. Es posible que algunas de las medidas que tanto se empeña en proponer acaben aprobándose. Y los pares del reino, que representan la oposición, ya no está tan unidos como antes, ¿sabes? Stenson ha conseguido meterse en el bolsillo a varios de ellos al reactivar sus finanzas de forma milagrosa. A otros les ha tentado con todo tipo de títulos y participaciones de mercado, y si esto sigue así, según Albert, no deberíamos apostar por la perpetuidad del mundo tal y como lo conocemos. Y hasta ahora, funciona muy bien, ¿no crees?

—Bueno, yo...

—También he escuchado decir que está haciendo construir nuevas viviendas para los empleados de sus fábricas. Y que les ofrece alquileres que desafían toda competencia o salarios que duplican los del mercado. Todo ello, supuestamente, para mejorar su nivel de vida y promover el crecimiento de la economía, o alguna estupidez similar. Dedicar su tiempo a construir escuelas, hospitales, hospicios y orfanatos por todo el sur y el este de Londres. En resumen, ese hombre va camino de la ruina. Albert no entiende cómo ha podido hacer fortuna con semejante propensión al despilfarro. El mes de julio, ¡hasta le salió una urticaria de pensar en todo esto! Espero que el aire fresco le haya sentado bien y que vuelva a mí como nuevo... ¡como el primer día!

—¿Por qué? ¿Dónde está ahora tu marido?

—Oh, de viaje por las Tierras Altas. Como sabes, nunca vuelve a Londres hasta que ha aniquilado al último urogallo común del condado de Ross.

—¡Ah, es cierto! Había olvidado que cazaba...

—¡Tres veces al año! Una verdadera bendición. ¡Qué deleite es no tenerlo cerca todo el tiempo! Ya verás, Amanda, cuando te vuelvas a casar... Atesorarás esos momentos en los que tu marido se pendonee y te dé un respiro en Londres.

Amanda sintió que el corazón le pesaba como si fuese de piedra.

—Oh, no sé si volveré a casarme, Margaret...

—¡Chis, chis! Eres joven. Muy joven, querida. Joven y hermosa. Yo misma conozco a más de una horda de caballeros que estarían encantados de verte de nuevo en sociedad, una vez cesaras el luto.

—¡Solo han pasado seis meses, Maggie!

—Así es, y me alegró ver que empezabas a llevar los tonos de medio luto el mes pasado. Por cierto, ese malva te queda precioso, querida.

—Gracias, pero...

—En cualquier caso, nadie se ofenderá al verte retomar tu lugar en sociedad antes de que acabe el año protocolario. Después de todo, vuestro matrimonio solo duró once meses y esa unión, convenida hace tiempo por vuestros respectivos padres, no era lo que ninguno deseabais: ni tú, ni el pobre Keat, en paz descanse.

—¡Charles fue un marido ejemplar!

—Sí, pero no lo elegiste tú. Nadie se sentirá insultado al ver que dejas de llorarlo unas semanas antes de lo que dicta la etiqueta. Y dada la situación en la que está tu hermano y la edad de tu hermana, todos entenderán que quieras volver a casarte... cómo decirlo... con mayor premura de lo que... establecen las buenas costumbres. Nadie te culpará por evitar que Steyn Manor acabe en una subasta y caiga en manos de alguien sin escrúpulos, como Stenson, o Dios no lo quiera, de un magnate estadounidense. ¡Ah, aquí están nuestros pasteles!

Algo aturdida por el torrente de información que le había soltado la enérgica lady Melcombe, Amanda dejó que Janet colocara el vasito de vidrio con el sabayón delante de ella, el plato de *scones* y la tarta de limón delante de Maggie y el juego de té entre ellas.

Mientras esperaban a que el té terminara de infundarse, Margaret separó un trozo de un primer *scone* con el pulgar y el índice y se lo llevó a la boca. El bollito aún estaba caliente y tenía el delicioso aroma de la harina tostada.

—¡Ah! ¡Maravilloso! Están recién horneados.

Amanda, desconcertada, humedeció distraídamente la cabeza de la cuchara en su vasito de cristal y se la llevó a los labios. El sabayón siempre había sido uno de sus dulces favoritos. El que elaboraban en *Dunfries* estaba especialmente bueno: era cremoso y suave, y a saber cómo, siempre iba acompañado de fruta cortada en daditos y perfectamente madura, aunque no fuera de temporada. La joven cogió una frambuesa entera y dejó que se le deshiciera en la lengua.

Sin embargo, era tarde: la curiosidad ya le había picado.

—Todo lo que me has contado ha sido muy esclarecedor, Maggie, pero hay algo que no entiendo. ¿Qué tienen que ver las actividades económicas, sociales e incluso políticas del señor Stenson con mi «inocencia»? Quiero decir... esa es la palabra que has usado...

—En efecto, me he desviado del tema. Me atrevería a decir que me sucede a menudo.

La baronesa de Rothfield cogió la tetera y sirvió té para las dos. Luego vertió los respectivos chorritos de leche, dejó que Amanda cogiese un terrón de azúcar y después se echó uno, dos y hasta tres terrones en su taza, que luego remató con una dosis de nata montada en su plato de *scones*... antes de añadir un poco más, por si acaso. Finalmente, Margaret continuó:

—Verás, querida, más allá de su activismo político y social, de un pasado turbio —se dice que empezó con la delincuencia, las peleas callejeras y los juegos de cartas ilegales, ¿te lo puedes creer?— y sus más que dudosos orígenes —¡como si tales vicios no fueran suficientes para un solo ser!—, la vida privada de este caballero es bastante... desorganizada.

La baronesa se llevó la taza a los labios y, al darse cuenta de que a su mezcla aún le faltaba

un toque esponjoso, se sirvió un poco más de nata —esta vez en la taza— antes de girar la cuchara en un arrebato febril, como si quisiera conjurar algún maleficio o ahuyentar a ese demonio de Stenson.

—A ese hombre le apasionan las mujeres, Amanda. ¡Y ay, si vieras cómo le devuelven la pasión, todas ellas...! Doncellas, mujeres de baja estofa, duquesas y cortesanas. Es un hombre muy apuesto, y aunque te cueste creerlo, tiene el éxito asegurado entre las mujeres de nuestra clase. Ya ves, a algunas les va el exotismo. O puede que se aburran. El señor Stenson es un grosero y las damas lo adoran. Por su parte, el muy animal se empeña en repetir, a todo aquel que quiera escucharle, que una mujer es una mujer y que no hay diferencia en la cama «entre una prostituta y una marquesa». Palabras tuyas. ¡Lo que hay que oír! En los corrillos se dice que ha habido más condesas en su lecho que mujeres de baja virtud en la cama del regente, lo cual me parece, a pesar de todo, cuando menos, improbable. Además, se ha abierto más de un libro de apuestas sobre su clase social predilecta, aquella a la que recurre para calentar sus noches. Pero eso sucede en los clubs de caballeros. Mi amiga Rebecca, cuyo marido frecuenta el *Brook's*, me lo comentó el otro día, y Albert, que es asiduo en el *White's*, me constató algo parecido. Por no hablar del *Boodle's*, otro notorio bastión *tory*⁶, del Marylebone Cricket Club o del Royal Thames Yacht Club, donde también tengo mis fuentes, como sabrás.

Lady Melcombe desmenuzó uno de los *scones* sobre su taza y procedió a pescar con la cucharilla los trocitos empapados que habían caído en su té negro con nata —o mejor dicho, en su nata aromatizada con té negro—. Amanda, sin embargo, había dejado de comer. Si bien los comentarios iniciales de su amiga sobre las reformas propuestas por el enigmático señor Stenson habían sido más bien favorables hacia él, esta última perorata le dejó un sabor bastante amargo en la boca.

—Ojalá se contentara con pasar las noches en la cama de las *demi-mondaines*⁷, como todos los demás. Al fin y al cabo, esas mujeres están para eso, y los mujeriegos de nuestra clase, a los que les sirven de salvoconducto —¡gentuza miserable!— se conforman con ellas. Pero este caballero, no. El señor Stenson las necesita a todas, sin distinción. Ricas o pobres, nobles o no, ¿acaso importa? Se atreve con todas, siempre y cuando le gusten. ¡Imagínate! Sin ir más lejos, en el reciente baile de Meltham, lady Longley lo vio coqueteando con la marquesa de Tannerton. ¡Qué escándalo! ¡Una mujer casada y con tres hijos! ¡Vergonzoso, deplorable! Repito, es imposible que en tu primera temporada te hubieras cruzado con él: ¡es el último hombre que una espera encontrar en el *Almack's*!

Para enfatizar sus palabras, lady Melcombe asintió y desmenuzó el tercer y último *scone* sobre su taza. Luego se sirvió un chorro más de té. Y de nuevo, el ritual: Leche. Azúcar. Nata. Cucharilla.

Amanda la dejó hacer, absorta en sus pensamientos. Luego dijo:

—¿Eso es... todo lo que puedes contarme de ese hombre, Maggie?

—¡Efectivamente! —La baronesa se llevó la cucharilla a los labios; en ella había un trocito de miga parduzca y empapada—. ¿Qué hay de ti, Amanda? Aún no me has contado. ¿A qué se debe este repentino interés por semejante personaje? Horripilante, ¿me equivoco?

Amanda se llevó lentamente la taza a los labios y dio un sorbo al té —*¿el primero, quizá?*—. Estaba tibio. Volvió a dejar la taza, hosca, y la apartó con un toquecito del dedo.

—Ayer vino a verme.

La baronesa se llevó una mano a los labios. Por poco se había atragantado.

—¿Un domingo?

—Sí. A las ocho de la tarde.

—¡Santo cielo!

—Me pidió que trabajara para él.

—¿Cómo dices?

—Me pidió que trabajara para él. Bueno, para su hermana.

—¿Tiene una hermana?

—Sí, tiene una hermana.

—Espero que te hayas negado.

—Aún no.

—¿Aún no? ¿Y bien, Amanda?

Obligada a explicarse, la joven le contó en voz baja la visita de Stenson, su indecente proposición y su intención de compensarla por sus servicios.

—¡Válgame Dios!

—Eso mismo pensé yo.

—Desde luego, esto lo cambia todo. Te lo advierto: ten cuidado, Amanda. Si aceptas, causarás un gran revuelo.

—Sí, lo sé.

—Te será difícil acallar las habladurías, incluso después de que termine vuestro acuerdo.

Margaret lo sabía bien. Para la baronesa, los cotilleos eran la sal de la vida y, hasta donde lograba recordar, ella era la correveidile más selecta de toda Londres. Sus rumores jugosos habían entretenido a Amanda semana tras semana desde la muerte de sus padres, y más tarde, tras el fallecimiento de Charles, y aunque la joven no compartía su gusto por el escándalo, había que reconocer que las eternas especulaciones de su amiga la habían sacado en muchas ocasiones de la melancolía. Con toda seguridad, el talento sin parangón que Margaret tenía para desenterrar los detalles más escabrosos había conseguido que la joven viera las cosas de otra manera en sus horas más oscuras.

No había duda: Maggie no tenía rival a la hora de informar sobre el último escándalo que asolaba los jardines de Vauxhall, de teorizar sobre una situación que estaba a punto de dar un giro incendiario o de estimar los progresos de un romance en ciernes entre un lord dispuesto a sucumbir y una debutante que, a todas luces era, cuando menos, avispada.

Ciertamente, su pasión por el cotilleo solo se equiparaba a su debilidad por el dulce, jerez incluido. Sin embargo, había una cualidad que no se le podía reprochar: el valor que le confería a la amistad. A diferencia de la mayoría de las damas chismosas, a las que, por lo general, les encantaba chafardear sobre sus amigas, Maggie solo criticaba a la gente que le traía sin cuidado... o a la que odiaba. Amanda nunca la había oído criticar a ninguno de sus amigos, fueran o no conocidos en común, y sabía que sus secretos, por sorprendente que pareciera, estaban a salvo con ella. Nunca había entendido cómo Maggie se las apañaba para contenerse en todo momento y no irse de la lengua, pero era un hecho que nunca había traicionado su confianza. La distinción entre la información que se podía regalar y la que no parecía estar arraigada en su mente de forma instintiva, y Amanda nunca la había oído meter la pata con las mujeres de su círculo ni con ningún miembro de su familia.

En ese sentido, no había nadie en el mundo que pudiera estimar de una forma tan precisa el daño que la propuesta del señor Stenson, si es que finalmente la aceptaba, podría causarle a ella y, en menor medida, a George y Katy.

—Y no olvides tu reputación —continuó—. Se verá afectada de forma inevitable. Si yo fuera tú, contaría con al menos un año de habladurías y desdén. Quizá dos.

—Soy consciente de ello.

—Y, por supuesto, esperarás que la sociedad asuma que, además de la tutora de su hermana, eres la amante de Stenson.

Amanda soltó un grito ahogado y derramó su taza de té. Janet se apresuró a limpiarla. La baronesa añadió:

—Querida, ¡es obvio! Después de todo lo que te acabo de explicar...

Con el corazón acelerado, Amanda recordó la sensual voz de aquel hombre que la había visitado la noche anterior, sus cálidas manos, su presencia varonil, su mirada ardiente...

—Tienes razón. He de tener en cuenta este tipo de... consideraciones antes de decidirme.

—Por otra parte, tengo que admitir que esta oferta parece una intervención divina.

—Sí, concuerdo.

—Por ese precio, quizás podrías sugerirle a Stenson que aproveche tus amables enseñanzas y aprenda por él mismo —La baronesa soltó una risita y atacó al fin la tarta de limón—. Si me preguntas, ese hombre es incorregible, tanto desde el punto de vista de los modales como desde cualquier otro. Espero por tu bien que esa joven no comparta las formas de su hermano —Margaret se tragó el primer bocado de tarta y cortó otro con el canto del tenedor—. Al menos no es uno de esos patanes que, armados con el poder de una fortuna y un imperio industrial, se compran cargos, títulos y propiedades en la campiña, se adueñan de los nombres de las tierras adquiridas a tocateja, se hacen llamar «milord» a diestro y siniestro con el pretexto de que se han visto obligados a ennoblecer, y no tardan en casar a sus hijas con terratenientes⁸ arruinados que poseen bellos y añejos escudos de armas o algún oscuro cargo de chambelán en la corte. Stenson está quizá demasiado orgulloso de sus orígenes, y sin duda, se complace en echárnoslos en cara con malicia. Es más, es consciente de ellos y no tiene la arrogancia de inventarse unos nuevos, como muchos otros. Ya sabes, como esos nuevos ricos que construyen desde cero sus propios linajes de prestigio, que compran retratos de personajes ilustres anónimos en anticuarios y luego... En fin, he vuelto a divagar. Y George, ¿qué dice de todo esto? Seguramente se sienta aliviado. ¿Has hablado con él al respecto?

Amanda tragó saliva con aire pesaroso. La desaparición de George era lo único que no se había atrevido a confiarle a Margaret. De hecho, no se lo había contado a nadie. Le aterrorizaba que su hermano hubiera caído en los excesos, que hubiera huido al continente o, peor aún, que hubiera acabado con un cuchillo clavado en el vientre por alguna deuda de juego. Por ello, no se había atrevido a hablar del tema con nadie. Temía provocar un escándalo y ver, tarde o temprano, cómo algún depravado bien informado confirmaba sus conjeturas.

—Pues verás...

Siguió un largo silencio.

Lady Melcombe se había terminado la tarta de limón. Nadie esperaba que la compartiera: el servicio del *Dunfries* sabía que no era más que una de las innumerables tretas de la baronesa para obsequiarse con dos dulces sin parecer —a su juicio— una glotona incorregible. Margaret puso el ojo en el vasito de vidrio de Amanda, en el que asomaba un postre de huevo y frambuesa.

—¿No vas a terminarte el sabayón? ¡Santo cielo, Amanda! ¡Te has puesto pálida de repente! ¿Te encuentras bien?

—¡Ay, Maggie...! —gimió Amanda, a quien se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¡Amanda! ¡Amanda, querida! ¿Qué sucede? Puedes contarme cualquier cosa, ¡lo sabes!

—Maggie, no te he dicho nada. Lo siento... ¡Me avergüenzo de no haberlo hecho! ¡Tengo tanto miedo...!

—¿Miedo? ¿Por qué, querida? ¿Es por lo de Charles? ¿O por George? ¿Qué ocurre?

—Oh, Margaret, es horrible... George... George ha...

—¿Sí?

—Ha... desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Qué quieres decir con «desaparecido»?

—Lleva desaparecido cinco meses.

—¡Santo Dios!

—Ni una carta. Ni una palabra. No le han visto por ninguna parte. Simplemente... se ha esfumado.

—Pero ¿cómo es posible?

—No lo sé, Maggie, no lo sé, pero me temo lo peor...

—Quiero decir, ¿por qué huiría? O ¿por qué... por qué iban a...? ¡En fin, ese chico era un ángel! ¡Un santo! ¿Quién podría querer hacerle daño?

—¡Lo ignoro, Maggie! Verás, una noche vino a verme a casa, bueno, a Keat Hall, y... ¡Dios, este asunto me consterna! Me confesó que había... apostado lo que quedaba de la herencia con la esperanza de doblar su apuesta y salvar la finca, pero...

—¡Dios bendito! ¡¿No se atrevería a hacer algo así...?!

—No lo sé. Parecía tan angustiado... No es propio de él, pero se le veía desesperado. Temo que... En fin, me rogó que le perdonara y luego desapareció.

—¿Se marchó y no volvió? ¿Así, sin más? ¿De la noche a la mañana?

—De la noche a la mañana, sí.

—¿Sin siquiera darte tiempo para buscar una solución?

—Eso me temo. Dijo que lo había perdido todo, que había empeñado la última fábrica y, con ella, los pocos ingresos que nos quedaban. Que se había apostado hasta el último chelín, que había arruinado su última oportunidad de salvar Steyn Manor y que, dentro de un año como mucho, sus acreedores se lo embargarían todo: los muebles, las granjas, las tierras...

—¡Al menos no se jugó la finca y el castillo!

—No estoy tan segura de eso, Maggie. Fue todo muy confuso y... lo tiene todo hipotecado, por lo que estamos en las mismas. Dos veces lo ha tenido que hipotecar...

—¡Por el amor de Dios, Amanda, deberías haberme contado esto mucho antes! ¡Podría haberte ayudado, haber iniciado una búsqueda!

—Es que... estaba demasiado asustada para salir de dudas. Después de lo de Charles, mis padres... ¡Oh, Maggie! ¡Si descubriera que George ya no está con nosotros, jamás lo superaría!

—Vamos, tranquila, estoy segura de que... Respira. Es hora de recomponerse. En primer lugar... bueno... ¡Cielos! Creo que necesitamos más té. ¡Janet! ¡Janet! Traiga otra tetera, por favor. Y un trozo de esa tarta de naranja. Vamos a necesitar fuerzas. ¡Gracias! —La baronesa se recompuso y se dirigió a su amiga—. En vista de lo que me acabas de decir, me temo que vas a tener que... y me avergüenza decirlo, créeme... considerar la propuesta de Stenson. Es un granuja, pero uno de los ricos. Si hay una dimensión en la que puedes confiar en él, es la del dinero. Si te ha prometido esa cantidad, ten por seguro que la conseguirá con tan solo chasquear los dedos. Échale en cara lo que se te ocurra, pero no será por falta de fondos. Vas a tener que tomar algunas precauciones para conservar tu reputación en la medida de lo posible, por

supuesto, pero... ¿te ha prometido un adelanto, querida?

—Veinte mil libras. Inmediatamente, si acepto.

—¡Santo cielo! No se me ocurren más de quince o veinte personas en toda Londres que puedan disponer de esa cantidad de dinero como si nada. ¡Pues bien! Lo que tienes que hacer es pagar las deudas a las personas adecuadas de inmediato: acreedores, bancos, usureros, lo que sea, para cancelar las hipotecas de Steyn Manor. Me parece que es lo prioritario, así podrás ponerlo todo en marcha de nuevo. Cuando cobres el resto en abril, podrás comprar una fábrica, quizá dos, o invertir en la mina, o en hilanderías. Puede que te convenga buscar una plantación de azúcar en las colonias. En fin, poco importa la naturaleza de la inversión, debe ser algo que proporcione ingresos a tu hermano y le permita mantener la hacienda y ocuparse de las reformas necesarias. Y si tienes el valor de servir a este zafio durante toda la temporada, bueno... ¡Podemos afirmar sin temor alguno que tu familia saldrá de la ruina para siempre! Por lo pronto, debemos encontrar a George.

—¡Si es que aún vive...! —gimió Amanda, a punto de derrumbarse.

—Claro que está vivo —soltó la baronesa, con más convicción de la que realmente sentía—. No te quepa la menor duda. Y para asegurarnos, voy a poner a Robinson a investigar el caso.

—¿Cómo, a Robinson? ¿Tu imán de cotilleos?

—El mismo. Ese hombre es, ante todo, un detective, y tengo la intención de que se concentre en este caso hasta que lo resuelva.

—¿Acaso es detective privado?

—¡Por supuesto que lo es! ¿Cómo crees que me entero de todo? ¡Solo tengo dos orejas! Pero si contamos con las de Robinson, ya son cuatro.

—¿Crees... que será capaz de averiguar algo?

—¡Estoy segura de que sí! Si hay una persona capaz de encontrar a tu hermano, con independencia de dónde se esconda: en Mayfair, Marylebone o en St James, es Robinson. Ese hombre conoce nuestros barrios como la palma de su mano.

—¿Y si está en otro sitio?

—Por el amor de Dios, Amanda, ¿dónde va a haber ido si no? Ese chico no sabe nada del mundo, ¡todavía estaba en Oxford cuando heredó las deudas de tus padres! No puede haber ido muy lejos.

La confianza con la que su amiga pronunció esas palabras hizo que Amanda se sintiera un poco más esperanzada.

—¡Ay, Maggie! ¿Crees que es posible que George esté sano y salvo y que le contemos las buenas noticias cuando vuelva? ¡Dios, eso me haría tan feliz...! ¡Sería el fin de esta pesadilla!

—Confía en mí, querida. Robinson no tardará en decirnos dónde está el pobre George. Y con tu amor incondicional de hermana mayor, irás a buscarlo y lo traerás de vuelta.

—¿Y aceptó?

—Esta misma mañana, caballeros.

—¡Cielo santo, Stenson! ¿Qué le has prometido a una mujer tan joven para que haya accedido a trabajar contigo?

—Una cifra suficiente como para salvar a su hermano menor de la ruina.

—Un argumento convincente, sin duda.

—¿Tal era la insolvencia del chico?

—Estaba totalmente sin blanca.

—¡Vaya! ¡Pues ya puede presumir de amor de hermana! No conozco a muchas *ladies* dispuestas a rebajarse a tal trato. Y menos aún a una *lady* intachable, tal y como tú me pediste...

—A veces conviene indagar a tus futuros aliados antes de emprender las negociaciones, Ashford. Otro año como este y los Steyn perderían el derecho a la hipoteca y les embargarían hasta el último sofá. Lady Amanda Keat no tenía muchas opciones.

Sentados a su mesa de siempre en el *White's*, Jay, James y Alexander disfrutaban de su última copa juntos antes de que el conde de Ashford y su esposa partieran hacia Liverpool, y de allí, a su larga luna de miel en América.

—Bueno, enhorabuena, amigo mío —dijo Alexander poco después de agitar el *whisky* en su vaso de cristal tallado—. Cuando te di su nombre, dudé que fueras capaz de persuadir a una dama del renombre de lady Keat para que te concediera sus favores, ¡pero debo decir que me has impresionado!

—Solo le he pedido un favor, Ashford. Un favor para Elisa, nada más.

—¡Por algo se empieza, Stenson! —intervino James—. He oído decir que esa joven es absolutamente exquisita. No dudo ni por un momento que pronto querrás algo más que unas cuantas lecciones de buenos modales. Al fin y al cabo, tanto en este terreno como en otros, tú no haces distinción, ¿verdad?

—Es cierto, pero eso no forma parte de nuestro acuerdo.

—Bien por ti, Stenson, porque si hubieras sido tan imprudente como para sugerir lo contrario, créeme, ¡no estarías en esta posición, disfrutando de la victoria! Sin duda, esa joven te habría echado de su casa como el despojo que eres. Aunque, pensándolo bien, con tu labia legendaria, no me extrañaría que hubiera accedido a incluir esa cláusula en vuestro pliego de condiciones...

—Creedme, caballeros, no necesito condiciones ni contratos para que las mujeres que anhelo se me entreguen por voluntad propia...

—Ya nos lo has demostrado en más de una ocasión. Y sabes que, por ello mismo, te guardamos gran estima. Nos divierte sobremanera ver a mujeres de nuestra casta sucumbir a tus encantos plebeyos.

—Por cierto, ¿qué tal el baile en Meltham Place, Eastlake?

James se reclinó en la silla y cruzó una pierna sobre la otra.

—Maravilloso, como siempre. Las *ladies* te echaron de menos, Ashford...

—¿Y qué esperaban? Van a tener que acostumbrarse...

—Me sorprendes, amigo mío. Por muy embelesado que te tenga tu esposa, jamás habría puesto la mano en el fuego por ti. ¡No me esperaba que no movieras ni un músculo tras tus nupcias! —continuó James.

—Yo sí —intervino Jay.

—Tu astucia solo es comparable a tu talento para leer a la gente, Stenson —replicó James, sin una pizca de ironía. Jay era perspicaz como ningún otro y, sin duda, su célebre intuición le había valido gran parte de su fortuna, al igual que su envidiable propensión a ganar a las cartas—. En lo que a mí respecta, si me tuviera que basar en nuestras experiencias comunes, y sobre todo, en las vivencias de Ashford y mías...

—Reconozco que fui el primer sorprendido —confirmó el conde de Ashford.

—Admito que yo sigo sin creérmelo. Si yo fuera tú, no creo que pudiera guardar las formas.

—Eso es porque nunca has estado enamorado, Eastlake —respondió Jay, antes de terminar su vaso de ginebra y hacer señas al camarero para que le trajera otro.

—¿Estás de broma? ¡Estoy enamorado todo el tiempo, amigo mío!

—No como Ashford lo está de su mujer...

—¡Por supuesto que no! Amar a las mujeres ya es agotador de por sí, pero amar a una sola, en cuerpo y alma... —Se estremeció—. ¡Dios no lo quiera!

De hecho, desde que se había enamorado de Jade, la vida de Alexander había dado un giro de ciento ochenta grados. Después de casi cinco años como uno de los casanovas más impenitentes de Londres, había sentado la cabeza a la velocidad del rayo, y todo por ella. No había sido fácil admitir que había caído bajo el hechizo de su tutelada de diecinueve años, pero Ashford era un hombre inteligente. Con unos cuantos empujoncitos, había acabado por aceptar lo evidente y le había pedido que se casara con él. Desde entonces, el seductor empedernido se había convertido en un marido tan cariñoso como fiel, y durante seis meses, su principal preocupación diaria ya no había sido a qué bailarina cortejar, sino si Bruno o Cupido⁹ ganarían el próximo premio en Ascot. Al igual que a su esposa, a Alexander le encantaban los caballos.

Sin embargo, James jamás podría estar satisfecho con una sola mujer.

—Aun así, fuiste una pérdida muy dolorosa para nuestras queridas adúladoras. Por suerte, Stenson y yo siempre estaremos ahí para consolarlas. ¿No es así, Stenson?

—Efectivamente. ¡Gracias a Dios...!

Jay se inclinó hacia la mesa de caoba, cogió la última de las frivolidades¹⁰ y se la comió de un mordisco.

—¡Finley! ¡Traiga más canapés! ¡Y más grandes, por favor! ¡Y añada algún que otro *croque-monsieur*¹¹ de paso! ¡Y lonchas de rosbif! ¿Qué sucede, andan escasos de comida en este club?

Alexander miró a Jay con incredulidad durante unos instantes. Había cosas a las que uno jamás se acostumbraba.

—Es tu cuarto plato, Stenson... —comentó por fin.

—¿Has visto el tamaño de los sándwiches?

James reprimió una sonrisa, se reclinó para acomodarse en su silla y bebió otro sorbo de *whisky*.

Jay siempre sería Jay. Él y su fuerza sobrehumana, su ingenio para los negocios. Sin embargo, no había que olvidar que también era el hombre que, durante los primeros veinte años de su vida, había estado a punto de morir de hambre en más de una ocasión. James sospechaba que se había privado de comer más de una vez para ayudar a su hermana, diez u once años menor que él.

El tremendo apetito del que hacía gala a diario no era más que uno de los innumerables vestigios de su pasado: la miseria y sus humildes orígenes habían dejado huella en el Stenson que todos conocían. A James siempre le había parecido que los gestos de su amigo, desde la forma en que miraba a los demás hasta su costumbre de sentarse siempre de cara a la entrada o de buscar las salidas de incendios, eran actos reflejo del niño que se había criado en la calle. Asimismo, era evidente que la fuerza de sus piernas, la anchura de su cuello y el volumen de sus brazos aún delataban al estibador que, en el fondo, nunca había dejado de ser; y que la forma en que peleaba en el *Gentleman Jackson's Boxing Gym* no se parecía en nada al arte pugilístico que se enseñaba a los aristócratas. De hecho, era extremadamente difícil luchar contra Jay.

Por otra parte, cuando tomaba una copa, era de ginebra, nunca de *bourbon*, coñac, brandi o

cualquiera de esos deliciosos licores que con los que se deleitaba la élite. Jay no admitía la variedad. Le bastaba con un colocar una mano sobre la otra para contarse los nudillos con discreción y asegurarse de que estaban todos en su sitio. Cuando soltaba una carcajada sonora, se escuchaba en todo el *White's*. Por no hablar de esa tendencia a usar la mano izquierda, ya fuera para escribir, comer, abrir puertas o descorchar una botella...

¡Espantoso!

Todo en él delataba al hombre de la calle.

¡Fascinante!

En este sentido, las damas no se equivocaban: zumbaban a su alrededor como un enjambre de abejas. Debía de proyectar esa virilidad bruta, esa rusticidad intimidatoria y ese vigor de hombre hosco que tanto atraía a las mujeres, desde los salones a los burdeles y desde los tocadores hasta los callejones.

A todo lo anterior, además, había que añadirle su recio aspecto y, sobre todo, el carisma que le otorgaba que su éxito fuera, exclusivamente, mérito propio. En una palabra, Jay era encantador, y no solo solo para las mujeres. Porque si bien estas últimas, ya fueran duquesas o sirvientas, codiciaban su compañía, los caballeros de la clase alta, en su propio interés, no lo buscaban menos. Le preguntaban por sus planes, imitaban sus inversiones, se inspiraban en sus proyectos, copiaban sus movimientos financieros y buscaban su consejo. Despreciaban al advenedizo a puerta cerrada, criticaban al oportunista y rechazaban al nuevo rico; sin embargo, eran los primeros en consultarle y en vigilarle de cerca. Jay incomodaba a la mayoría de sus homólogos, pero Ashford y Eastlake saboreaban su compañía como un manjar prohibido.

Alexander seguía mirándolo con aire pensativo. James dedujo que había tenido una ocurrencia brillante y súbita y que la compartiría en voz alta en cualquier momento. De hecho, el conde no tardó en sugerir:

—¿Sabes, Stenson? Por muy entretenida que sea tu falta de modales, y por mucho que a James y a mí nos encantaría que no cambiaras por nada del mundo, quizá deberías, por tu propio interés, plantearte corregir un poco tus maneras. ¿Por qué no aprovechas para que lady Keat te enseñe a ti también, ya puestos?

Jay miró fijamente a Alexander, luego a James.

—Para vuestra información, caballeros, mientras algunos de vosotros pasáis los días en la cama de vuestra esposa; sí, Ashford, me refiero a ti; o en el caso de Eastlake, en las galerías de arte de nuestra querida capital, cuando no estás en la cama de una de tus amantes, yo paso la mayor parte del tiempo ocupado con mis negocios, ya sea en la City, en casa o en los muelles. Tengo otras cosas que hacer, creedme, antes de dejar que me lustren y abrillanten para la alta sociedad. Hasta que se demuestre lo contrario, puedo prescindir de ello sin problemas.

—Cierto, cierto. Era una idea como otra cualquiera, amigo mío... —concedió Alexander con una sonrisa autocomplaciente, probablemente más inspirada por la repentina imagen de su esposa que por las palabras de Jay—. No obstante, quizá sea una buena forma de... invertir tu tiempo. Como ves, en tu presencia usamos ciertas expresiones perniciosas. En fin, puede que debieras tomarte la molestia de considerar dicha propuesta. Los buenos modales te abrirían muchas puertas, ¿sabes?

—Dime una maldita puerta que el dinero no me abra ya.

—¿La felicidad de tu hermana?

—Eso está por ver. Tengo grandes esperanzas de que, con lady Amanda Keat, esa puerta se haya abierto también.

—Sabes, puedes pagarle todas las tutoras que quieras; eso no lo hará mejor. El problema es, Stenson, que tus payasadas, tu tosquedad y tu evidente desprecio por el protocolo de nuestro mundo perjudican a tu hermana —y así seguirá siendo—, casi tanto como le frena en este momento el desconocer las buenas costumbres. Por mucho que la tutora consiga pulir la apariencia de tu hermana, si no la acompañas en su viaje, sufrirá tanto por tus futuras indiscreciones como por las meteduras de pata que cometería si entrara hoy mismo en sociedad. Si no lo haces por ti, hazlo por ella, Stenson.

James se había quedado quieto, con las cejas arqueadas, el codo levantado y el vaso en el aire.

—¿Tienes a menudo destellos de genialidad como este, Ashford?

—Cada vez me sucede con mayor frecuencia.

—¡Es evidente que el matrimonio te ha funcionado!

—Concuerdo —respondió Alexander.

—¿Has oído eso, Stenson?

—Ajá...

—Yo diría que eso es un sí de los barrios bajos, Ashford.

—En efecto, dado el tiempo en el que nos hemos codeado con semejante caballero, creo que podemos tomarlo como un sí.

—¡No siempre es fácil de descifrar, el muy soez!

—¿Qué esperabas? El don de la elocuencia es para aquellos que se lo merecen... —añadió Alexander.

—¡Eso es! ¡Reíd, señores! Reíd a carcajadas mientras aún tengáis los dientes en su sitio...

—¿Crees que es una amenaza, Eastlake?

—Me temo que sí, amigo mío. Nunca es buena señal que su acento se haga aún más evidente...

Jay se preguntó qué cara, si la de Eastlake o la de Ashford, probaría su puño en primer lugar en cuanto le trajeran la bandeja de comida.

—¡Ah, aquí está lo que has pedido, Stenson! ¿Sabes que sospecho que la señora Crookshank está encantada de que la condesa y yo nos vayamos? En secreto, sueña con pasar seis meses sin el temor de que aparezcas a cualquier hora del día o de la noche para saquear su cocina o darle el triple de trabajo. Jade siente tanta lástima por ella que casi me ha implorado que contrate a una segunda cocinera para ayudarla...

—¡Estoy seguro de que lo dice en serio, Stenson!

—Siempre hablo en serio —se regodeó Ashford.

Jay sonrió, muy a su pesar, ante las bufonadas de sus amigos, pero tan solo la calidad del rosbif frío que le habían servido le devolvió el buen humor.

—Por cierto, ¿cuándo empieza tu «preceptora»?

—Mañana por la mañana.

—No pierdes el tiempo, ¿me equivoco?

—La próxima temporada comienza en menos de seis meses. No es mucho si queremos que lo aprenda todo.

—¿De verdad pretendes presentar a Elisa en sociedad al llegar la primavera?

—Va a cumplir veinte años. Es hora de que su vida comience.

—No tienes piedad, Stenson...

—Todo lo contrario. Quiero a mi hermana más que a nada en el mundo.

¹ *N. de la T.* Una típica tarta francesa que se elabora con cerezas bañadas en una masa líquida similar a los crepes, para luego hornear el conjunto en un molde.

² *N. de la T.* Del francés, *charlotte*, es una tarta que se elabora con una base de bizcochos de soletilla y se sirve en frío.

³ *N. de la T.* Postre elaborado a base de huevo y vino dulce (de ahí que Margaret recele, por si la joven no está acostumbrada al alcohol).

⁴ *N. de la A.* Postre elaborado a base de crema pastelera, bizcocho genovés, nata montada, fruta y gelatina.

⁵ *N. de la T.* Suponemos que se referirá al crujiente de manzana (*apple crumble*).

⁶ *N. de la T.* Del inglés, *conservatory* (*conservatories* en plural), esto es, los conservadores británicos.

⁷ *N. de la T.* En la época, se denominaba así a una serie de mujeres cuya condición oscilaba entre una prostituta de lujo y una amante mantenida por un hombre adinerado.

⁸ *N. de la A.* Caballero rural de la baja nobleza.

⁹ *N. de la T.* Se trata de traducciones aproximadas de los nombres de los caballos; en francés, Noiraud et Cupidon. *Noiraud* significa «moreno», «oscuro», de ahí, *bruno*, con la acepción de «negro».

¹⁰ *N. de la T.* Minisurtido de pasteles.

¹¹ *N. de la T.* En esencia, un sándwich mixto al horno.

IV

El número 3 de Charing Cross Road era un edificio opulento pero discreto. De tres plantas de altura y ligeramente apartado de la calzada, parecía haberse colado entre el 1 y el 5, como si no deseara ocupar ese lugar en la calle. Un camino de grava conducía hasta su sobria fachada de piedra blanca y gris, y solo un jardincito rodeado de vallas de hierro forjado recordaba que se trataba de una dirección en toda regla. Por decirlo de algún modo, Jay Stenson no hacía alarde de su riqueza, al menos no desde fuera. Su casa prometía intimidad, lejos de todo amaneramiento.

Amanda llamó dos veces a la puerta y esperó a que le abrieran.

Para su sorpresa, fue el propio señor Stenson quien la recibió. Un mayordomo en frac apareció jadeante por la escalera de servicio y fulminó con la mirada a su señor, que le respondió con una sonrisa pícar.

—Parece que a Stearn se le ha metido en la cabeza que olvidé cómo abrir una puerta en el momento en que lo contraté —explicó simplemente Jay, como para aumentar el desconcierto del hombre, que tensó la nuca y enderezó la barbilla con dignidad pontifical, pero no se permitió replicar—. Pase, Amanda. Pase, por favor —añadió, tendiéndole la mano—. ¿Le importa si la llamo Amanda?

—Em, yo...

—Venga, Stearn, quítele a *milady* la capa, la capota¹ y los guantes.

Stearn estuvo a punto de responder que sabía perfectamente cómo hacer su trabajo siempre y cuando se le permitiera, pero la mirada de simpatía que recibió de la joven, a la que su insufrible señor ya conducía por el pasillo, bastó para apaciguarlo.

—Venga, le presentaré a Elisa. Está leyendo en el salón.

Mientras intentaba acompasar la velocidad de sus largas zancadas —*Santo cielo, ¿siempre caminaba así de rápido?*—, Amanda dejó que su mirada recorriera las habitaciones por las que iban pasando.

Los interiores de la vivienda del señor Stenson no eran lo que ella había esperado teniendo en cuenta su fortuna. Amanda no encontró obras maestras en las paredes, ni aparadores o anaqueles repletos de bienes preciosos, ni objetos de coleccionista sobre veladores, ni tapetes en las mesitas. Tampoco había jarrones japoneses, alfombras de Jorasán, platería georgiana u onerosos relojes de péndulo. En su lugar, había sobrias estancias decoradas al estilo Robert Adam, con paredes blancas, grises y verde manzana, sillas Hepplewhite, bibelots² que podían contarse con los dedos de una mano y muebles de austera calidad. La única pieza de valor en la que reparó fue un gran reloj de pie de la firma Hanley. De hecho, aquel lugar rebosaba estatus y abundancia, pero sin resultar ostentoso.

Algo desconcertada, siguió obedientemente a su guía hasta una acogedora sala de lectura que se abría a un jardincito de invierno a través de dos altas ventanas con imposta.

En el centro de la sala había una muchacha joven, de ojos tan oscuros como su cabello, con aspecto tenso y los brazos extendidos a lo largo del cuerpo. En realidad, la señorita Walsh no estaba leyendo. Estaba nerviosa, jugueteando con las solapas de su vestido de percal azul, y

cuando Amanda entró en la sala siguiendo a Jay, la joven se aventuró con una torpe reverencia antes incluso de que la hubieran presentado.

—Amanda, permítame que le presente a mi hermana Elisa —no tardó en anunciar Jay—. Está deseando empezar las clases con usted —añadió, poniendo una mano paternalista sobre el delgado hombro de la chica.

Elisa era alta, muy delgada y de piel clara. Había una conmovedora mezcla de aprensión y esperanza en sus grandes ojos almendrados, y unas pequitas asomaban en su enjuta nariz, lo que le confería un aire de un ratón asustadizo.

Amanda extendió ambas manos con las palmas hacia arriba y, mientras tomaba sus dedos fríos y temblorosos, ofreció su sonrisa más cálida —y esperaba, tranquilizadora— a su nueva alumna.

—Encantada de conocerla, Elisa. Estoy segura de que nos llevaremos muy bien.

—Gra-gracias, señora...

—Oh, por favor, llámeme Amanda. Al fin y al cabo, su hermano ya se ha atrevido a hacerlo —añadió, dirigiéndole una mirada tácita.

—Gracias, señora. Quiero decir... Amanda. Me honra que... esté dispuesta a ayudarme. Espero... espero ser digna... de su confianza.

Como nadie movió ni un músculo tras esas palabras, Amanda decidió tomar las riendas del asunto.

—Mmm... Elisa, creo que tenemos mucho trabajo por hacer. Su hermano me comentó que quería que abordáramos un programa bastante extenso. ¿Le gustaría... empezar por... mandar que nos traigan un poco de té?

—¡Excelente idea! Elisa, llama a los sirvientes —dijo Jay.

—Pero... —añadió la joven.

—No creo que *milady*, aquí presente, te permita bajar a la despensa y servirte por tu propio pie. ¡Vas a tener que cambiar de costumbres, hermanita!

—No se preocupe —intervino de inmediato Amanda, que ya veía que la joven entraba en pánico—, avanzaremos poco a poco. Con calma. Hay muchas cosas que no necesita aprender. La música y el dibujo, por ejemplo. No es obligatorio que sepa tocar el arpa, recitar a Shakespeare de memoria o hablar francés para ser una joven respetable. Debemos centrarnos en lo básico. Lo que, por desgracia, significa, como mínimo, saber dar instrucciones al servicio, proferir órdenes con mesura... y pedir el té.

De mala gana, la joven estiró del cordón de seda que colgaba junto a una otomana con cojines de damasco.

—Quizá también podría... invitarme a tomar asiento, Elisa —añadió en voz baja, señalando los sillones.

—¿Desea sentarse, señora? Quiero decir... ¿Amanda?

—Sí, por favor. Gracias, Elisa.

Jay no pudo evitar observar cómo se sentaba la joven tutora, con esa gracia que parecía innata en ella y que tanto le había encandilado ya una semana antes.

A su pesar, y no sin algunos tartamudeos, Elisa pidió entonces té y pasteles a la criada de bonete plisado que se presentó en la estancia, y Amanda, con una sonrisa satisfecha en los labios, sacó un pequeño cuaderno de los pliegues de su chal.

—Tengo una lista de cosas que me parecen, digamos, prioritarias. Primero, unas consideraciones generales sobre los propios conceptos de cortesía y educación. Luego, las

costumbres de la ciudad y las del campo. Modales en el exterior, etiqueta en el interior, salidas sociales, títulos y apellidos, el arte de recibir invitados, servir el té y organizar una cena... También nos ocuparemos de cómo conversar sobre la monarquía y, por supuesto, del flujo de correspondencia: deberá informar a sus círculos de las novedades en su vida, mantener ciertos vínculos sociales y familiares y, el día en que se case... De hecho, ¿dispone de una escribanía, Elisa?

—Em, no, seño... *mila*... Amanda.

—Necesitará una con todo lo necesario para la correspondencia: tintero, plumier, plumas, limpiador, papel secante y una salvadera³. ¿Se ocupará de eso, señor Stenson?

—Sí, por supuesto.

—Se lo agradezco. También necesitará tarjetas de visita con su nombre. Deduzco que aún no tiene ninguna, ¿me equivoco?

—Eh... no, tampoco.

—Estas tarjetitas le serán indispensables tarde o temprano: para enviar una breve felicitación, un sucinto pésame, una mera invitación, un saludo, para zafarse de una visita tediosa o para disculparse por su ausencia en algún compromiso. También le servirán para acompañar un regalo, como dulces o bombones que haga entregar. Eso sí, no encargue más de la cuenta: necesitará otras cuando se case.

—Está bien. ¿Jay...?

—Yo me encargo, Elisa. Iré a que te las imprimen.

—En cuanto dispongamos de todo esto, nos ocuparemos de las fórmulas de cortesía. Estas variarán en función del grado de familiaridad que tenga con quien se escriba y el título de dicha persona. En particular, veremos las expresiones que debe evitar, como «Su Señoría», que se reserva al servicio, o «mi querido señor», que resulta cuando menos descortés. En cuanto a usted, señor Stenson, espero que nunca le haya presentado sus respetos a una joven⁴, ya que sería totalmente inapropiado.

—¿Disculpe?

—Supongo que no será el caso, pero ya volveremos a esto. Por último, si tenemos tiempo, veremos algunos casos especiales como las visitas al teatro o a restaurantes, las recepciones en la corte... ¡Nunca se sabe! Por no hablar de las invitaciones a bodas, lugares de veraneo y... ¡Ah, casi lo olvido! A los bailes. No es necesario que sea una gran bailarina, pero si quiere conocer a los jóvenes adecuados, Elisa, es muy probable que el vals la ayude a conseguirlo. ¿Baila usted, señor Stenson?

—Me temo que no muy bien.

—Bien, dado que Elisa tiene derecho, por supuesto, a un maestro de danza, tal vez esta sea una oportunidad para que usted... ¿mejore?

—Lo dudo.

—Elisa necesitará una pareja de baile, señor Stenson.

—Dé por seguro que le encontraremos una.

—De acuerdo. Nos ocuparemos de eso más tarde; no es lo más urgente. En fin, no se preocupe, Elisa. Bailar es de lo más agradable. Además, nos aseguraremos de que conozca todas las actividades populares entre las damas, como el bingo, el mus, el *whist*...

—¡Oh, el *whist* se me da muy bien!

—¿Sabe jugar?

—Sí, Jay me ha enseñado a jugar a las cartas: domino el *cribbage*, el *lansquenet*... También me desenvuelvo con la baraja imperial, y con el *écarté*⁵, el *chien vert*⁶... Sé cómo conservar una mano, detectar a los jugadores deshonestos y conozco alguna que otra táctica de farol.

—Ya veo —Amanda suspiró—. ¡Bien! Creo que todo eso le será muy útil en los salones. Al fin y al cabo, son lugares conocidos por su duplicidad sin igual, y las duquesas viudas suelen ser las tramposas más temidas. Ese talento le será muy útil, Elisa.

Alborozada, la joven se volvió hacia su hermano con una sonrisa radiante en los labios. Jay se volvió hacia Amanda y ella, a su vez, se alegró al ver su gratitud.

—Oh, aquí está nuestro té. Elisa, como anfitriona, ¿le gustaría servir el té? Le encantará saber que el té es una ceremonia íntima que no requiere la presencia de sirvientes, salvo en ocasiones especiales. Si estuviéramos en compañía más numerosa, si fueran las seis de la tarde y usted recibiera a unas cuantas parejas, su hermano se encargaría de servir los licores, madeiras, *banyuls*, moscateles, *whiskies* y coñacs. Pero el té, salvo en contadas excepciones, siempre lo sirve la señora o señorita. En este caso, usted, Elisa. Enséñenos cómo lo hace.

Jay, que a pesar de todo se sentía intrigado, observó la escena en silencio. Amanda era dulce, pero tenía clase y se mostraba segura de sí misma. Parecía haberse tomado su papel muy en serio y había elaborado un programa. Sabía cómo dirigirse a Elisa y no dudaba de que esta última pronto superaría su timidez. Era evidente que a su hermana ya le gustaba su tutora. La admiraba; se le notaba en los ojos. Además, ¿cómo iba a ser de otro modo? La joven viuda Keat era la viva imagen de la elegancia y la distinción y, probablemente, un dechado de virtudes.

—¡Ah! Primer error —comentó Amanda con una sonrisa—. En primer lugar, debe preguntarme cómo tomo el té. Nunca dé por sentado que sus invitados toman leche, nata o azúcar. Los gustos varían. Además, es importante que empiece por el té. Servir primero la leche delatará sus modestos orígenes, a menos, claro, que sea irlandesa.

—¿Primero... el té?

—Sí, Elisa. Su hermano puede permitirse una vajilla fina y de calidad, resistente a los golpes y a cambios bruscos, como el agua hirviendo. Así que empiece con el té, luego la leche, si es el caso, y termine con tantos terrones de azúcar como pidan sus invitados. Solo las clases trabajadoras se sirven primero la leche, para bajar la temperatura del té y evitar dañar la vajilla o correr el riesgo de romperla. Si no tiene cuidado, pronto la llamarán «la señorita que echa la leche primero». En otras palabras, creerán que es una mujer de clase baja. O de linaje insuficiente. Mis semejantes pueden ser... muy duros, en ocasiones. No les dé ninguna excusa para hacerlo. Así estarán obligados a pensar bien de usted. Vamos, hágalo de nuevo. Ya está. ¡Mucho mejor! Tomaré un terrón de azúcar. ¡Cójalo con las pinzas, por supuesto! ¡Perfecto! Muchas gracias.

—¿Jay?

—No, gracias, Elisa, no me pongas mucho. Me tomaré los pasteles y un buen vaso de...

—Para su hermano, un té sin azúcar con un chorrito de leche, por favor, Elisa. Es para el ejercicio, señor Stenson. Haga un esfuerzo; se lo ruego.

Sorprendido, Jay no reaccionó. Le asombraba la autoridad natural de aquella joven. Cuando había ido a visitarla sin avisar un domingo por la noche, le había parecido frágil, casi quebradiza, vulnerable. Pero a plena luz del día, en su elemento, era majestuosa, segura de sí misma y de sus modales. Una verdadera dama.

Perfecta.

—Eeeeso es. ¡Excelente! —continuó ella—. Bien, la próxima vez, nos aseguraremos de que sus sirvientes escalden la tetera con un samovar² antes de llenarla. Y de que no la limpien después de usarla. Nunca se debe enjuagar una tetera, Elisa. Con el tiempo, en las paredes de la tetera se deposita una fina capa de tanino que contribuye a la excelencia de la bebida: cuanto más tiempo se haya utilizado una tetera, mejor será el té. También veremos el tiempo de infusión ideal para los distintos tipos de té. La máxima elegancia consiste en ofrecer tres teteras: una de té chino (Pekoe o Souchong, a su elección), otra de té de Ceilán y otra de té verde a la menta. Sin embargo, esto no se aplica a una visita rutinaria, claro está. A continuación, analizaremos el orden en que deben servirse los dulces, en caso de que se ofrezca más de un tipo: pasteles, pastas, bocaditos... Todo esto lo veremos con más detalle en su momento. Bien, creo que se ha ganado un descanso. Ahora disfrute de su té. ¿Y bien, señor Stenson? ¿No se lo va a beber?

—Nunca bebo té.

—Oh. ¿Entonces qué toma a media mañana? Ciertamente, espero que no ginebra. ¿Un chocolate, quizás?

—Café.

—¿Café? —repitió incrédula.

—Sí, café.

Amanda hizo un leve mohín.

—Si quiere ayudar a su hermana, quizá tenga que cambiar algunos de sus hábitos, señor Sten...

—Y luego, ¿qué?

Amanda se puso imperceptiblemente rígida.

—No es necesario que se muestre tan airado. Solo era una sugerencia. Bien, ¿les gusta el programa de las lecciones?

—Convendría que se lo preguntara a Elisa.

—Pero usted vino a verme, señor Stenson. Por eso se lo pregunto a los dos.

—A mí me parece perfecto. ¿Elisa?

—Si... si cree que me las arreglaré... para...

—¿Asimilar toda la información? No se preocupe, Elisa. Estoy segura de que llegará a ser una alumna excelente.

La chica se sonrojó ante el cumplido. Jay se inclinó hacia la mesita y cogió un trozo de galleta de mantequilla, a la que dio un solo mordisco, antes de dar un segundo, que amenazaba con correr el mismo destino antes incluso de que se hubiera tragado el primero.

—Señor Stenson, ¿me permite?

—¿Qué sucede? —respondió, suspendiendo el gesto y alojando la primera galleta, tres cuartas partes de la cual habían sido aplastadas por su poderosa mandíbula, en el interior de la mejilla.

—Sería preferible que no se comiese la galleta de golpe. Debería darle, al menos, dos mordiscos. Idealmente, tres.

—Es una broma, ¿verdad?

—En absoluto, ¿por qué lo pregunta?

—Estas galletas son minúsculas, ¿cómo pretende que me las coma en dos bocados?

—En tres.

—¡Peor me lo pone!

—¿Quiere que le enseñe?
—No hace falta, gracias. Creo que lo he entendido.
—Ese es el espíritu, señor Stenson. Muy importante, Elisa: nunca ponga tanta comida en su boca como esta pueda contener.
—Bueno, dicho esto, dejaré que las señoras sigan con sus lecciones...
—¿No quiere asistir a la clase, señor Stenson?
—Hoy, no. Tengo otros compromisos. Puede que en otro momento.
—Como quiera.
—¿De qué hablará hoy?
—De los fundamentos de la cortesía.
—Muy bien. Deberá proseguir sin mí.
—¿Seguro que no quiere aprovechar?
—¿Qué se supone que debo entender? —preguntó Jay, dirigiéndole una mirada sarcástica.
—Nada más que lo que acabo de decir, señor Stenson —respondió ella con su mejor sonrisa.
—Pues muy bien. En ese caso, si me disculpa, *milady*...
—Querrá decir *miladies*. También debe dirigirse a su hermana.
Jay la fulminó con la mirada y, con un gruñido, obedeció antes de salir de la habitación.
—¡Muy bien, querida Elisa! Solo quedamos nosotras dos...

Amanda se sentía en la gloria. Elisa era una joven encantadora, tímida y reservada, pero llena de buena voluntad. Margaret había prometido poner no solo a Robinson, sino también a su socio, el detective Hawkins, tras la pista de su hermano. Y antes de comenzar las lecciones, sus abogados le habían informado de que había recibido el pago del primer plazo de veinte mil libras. Rápidamente, había hecho transferir el dinero a las oficinas del Lloyds Bank, en el número 36 de Piccadilly, y había dispuesto lo necesario con sus abogados para cancelar las hipotecas sobre Steyn Manor y pagar las facturas más urgentes. Había escrito al administrador de su finca en Sussex y había dado instrucciones a sus representantes para que tomaran algunas medidas de emergencia hasta que regresara el joven conde y se encontraran nuevos fondos para eximirlo de una vez por todas de sus últimas deudas, o mejor dicho, de las de su padre.

Jay Stenson era un hombre de palabra.

George volvería pronto.

Había esperanzas para la mansión Steyn.

Y todo aquel largo período de dolor e infelicidad pronto sería cosa del pasado.

En realidad, entre la inesperada oferta del acaudalado señor Stenson, el reencuentro en el salón de té, la energía y comprensión sin límites de Margaret —que, en cierto modo, le había dado su bendición para aceptar el trato propuesto por el mismísimo Creso⁸ y le había asegurado su apoyo, lo cual, en pleno período de dudas y penurias, había significado para Amanda más de lo que jamás habría sido capaz de expresar—, de repente se había sentido renacer. Por no hablar de la plena sensación de alivio que le proporcionaba contar por fin con ayuda profesional en la búsqueda de su hermano...

Era ciertamente tranquilizador.

Amanda, llena de una esperanza insospechada, se había presentado aquella mañana en el

número 3 de Charing Cross Road con un entusiasmo que no había conocido en mucho tiempo. De repente, la vida le sonreía. Su pena parecía menos pesada; su futuro, menos sombrío; su situación, menos crítica. Y su primer día con la hermana de Jay Stenson había sido una maravilla. La joven, aunque discreta, era una compañía muy agradable y, como asidua lectora, tenía el don para la conversación, siempre y cuando se supiera cómo animarla a hablar.

En cuanto Elisa hubo servido el té y el señor Stenson se hubo despedido para ocuparse de sus asuntos, ella le había explicado, punto por punto, los grandes principios de urbanidad que regían las relaciones en el seno de la alta sociedad. Luego habían comido juntas a una hora sorprendentemente temprana. *Después de todo, ¿a qué hora se desayunaba y, por consiguiente, se levantaba la gente en aquella casa?* Más tarde, habían salido a mirar escaparates, aunque al principio Elisa se había mostrado reacia a recorrer las pudientes Oxford y Newman Street.

Ambas habían vuelto a la hora del *high tea*⁹ y Amanda había reanudado sus lecciones. Estaba anocheciendo y era hora de extraer conclusiones tras todo un día de aprendizaje.

—En pocas palabras, todo se resume a perspicacia y cautela. La cortesía da al hombre —y a la mujer— de la alta sociedad una apariencia ilusoria de las cualidades que deberían poseer: bondad, equidad, temple, modestia y gratitud. Un «caballero», al fin y al cabo, es, de base, un hombre eminentemente gentil, amable, cortés, de buenos modales y dotado de tantos o más deberes que privilegios: el deber de ser honesto, correcto, ejemplar y benévolo en todo. Debe recordar, Elisa, que todo es cuestión de tacto, corrección, decencia y costumbre. Una dama debe ser distinguida y, sobre todo, hacer gala de la mayor discreción posible. Anoche me tomé la libertad de escribirle un pequeño resumen de lo que me gustaría llamar, si me lo permite, «los diez mandamientos de la dama de hoy». Aquí los tiene.

Amanda sacó de su cuaderno una hoja doblada con riguroso cuidado y se la entregó a Elisa, que la desdobló y hojeó con ansia su contenido.

1. *Evitemos la vanidad; siempre resulta vulgar.*
2. *Esforcémonos por llegar a ser lo que debemos ser, antes de juzgar a los demás conforme a nuestro carácter.*
3. *Sepamos reír en el momento preciso, sonreír de vez en cuando y responder con gracia.*
4. *Sin tacto, las relaciones sociales no existen.*
5. *La urbanidad es inmutable en sus principios, pero fluctúa en sus costumbres. Sepamos adaptarnos.*
6. *Intentemos, en la medida de lo posible, tener suficiente ingenio para hablar bien y, aún mejor, suficiente juicio para saber callar.*
7. *Si la naturalidad debe volver, que lo haga solo en la más estricta intimidad.*
8. *Es preferible callar lo que se sabe antes que decirlo en el momento menos oportuno.*
9. *Recelemos de los aduladores. Recuerde las palabras de un escritor francés: «La adulación es una moneda falsa que tiene curso gracias solo a nuestra vanidad»¹⁰.*
10. *Seamos naturales sin pretensiones, amables sin hipocresía, coquetas sin alardes y deferentes sin obsecuencia.*

—Dado su carácter, no me cabe duda de que dominará todos estos principios sin el menor problema, Elisa. No puedo decir lo mismo de su hermano, que parece tener un temperamento

muy diferente al suyo, pero gracias a Dios, no esperamos que se convierta en una perfecta dama, ¿verdad?

—No, desde luego —rio alegremente la joven.

—Dígame una cosa más, Elisa. No hay prisa, por supuesto, pero dentro de unas semanas me gustaría llevarla de compras al Strand. ¿Cree que su hermano estará de acuerdo? —Al ver que a la chica le entraba el pánico al oír la palabra «Strand», se apresuró a tranquilizarla—. Nada de grandes almacenes, solo una visita a mi modista. Tan solo pretendo que le tome las medidas para un par de atuendos, que seguro harán que se sienta más confiada.

—¿Ropa? ¿Cree usted que eso me ayudará?

—Ciertamente, sí. Su vestido es muy bonito, pero ahora que la veo... tengo algunas ideas en mente. Creo que el rosa, el malva y el lila le sentarán especialmente bien. Si le gustan esos colores, claro está.

—Oh, sí, lady... ¡Amanda!

—Una mujer solo puede ser realmente ella misma y sentirse plena cuando dispone de ciertos atuendos a medida que han sido confeccionados exclusivamente para ella y que realzan sus encantos naturales. Mi modista tiene buen ojo. Es espléndida. Estoy convencida de que, con unas cuantas sesiones de prueba, conseguiremos satisfacerla. Sin embargo, no quisiera que su hermano lo juzgase baladí...

—Si la recomendación viene de usted, ¡dudo que piense que es un gasto innecesario!

—Yo tampoco lo pensaba antes de venir esta mañana, pero... cómo decirlo... Al ver esta casa, yo... En fin, mi impresión es que el señor Stenson desprecia lo superfluo, por lo que...

—Ah, ¿se refiere a los muebles?

Amanda asintió con una sonrisa contrita. Elisa le respondió con el mismo gesto antes de explicarse:

—Sabe, Jay no rehúye ningún gasto que, a su juicio, merezca la pena, y su generosidad no tiene límites. No escatima en sueldos, ni en mi comodidad o la de los criados. Sin embargo, no le importan las apariencias ni demostrar hasta dónde ha llegado. No le ve sentido a vivir a lo grande, y yo, tampoco. No somos de su mundo, ¿sabe? No tenemos las mismas... necesidades. Además, él siempre dice que hay cosas mucho mejores que hacer con el dinero que despilfarrarlo como todos esos nobles que... Oh, discúlpeme, *milady*.

Amanda sonrió.

—No pasa nada, Elisa. Continúe, ¿qué dice su hermano?

—Oh, pues... es solo que... bueno, que prefiere hacer algo honorable con sus ganancias. Como invertirlas en mí, por si le sucediera algo, o en construir hospitales, orfanatos, comedores sociales, fondos comunes para las viudas... Ya sabe, en lugar de malgastarlas en cuadros, lujos que solo llevan a la ruina, florituras, decoración de interiores... y todas esas cosas inútiles.

—Donde se incluye todo aquello que gira en torno a la feminidad, imagino.

—De nuevo, no si la idea viene de usted. Yo nunca he mostrado el menor gusto por esas cosas, y tiendo a estar de acuerdo con él en... la mejor manera de gastar su dinero. Pero si cree que es importante, él accederá. Mi hermano le tiene mucho aprecio, ¿sabe?

—Apenas me conoce.

—Jay es bastante perspicaz. Juzga muy rápido el carácter y nunca se equivoca. Creo que le gustó desde la primera vez en que hablaron. Bueno, disculpe, quería decir... que la tiene en gran estima... dentro de los límites de lo razonable.

Amanda sintió un repentino sofoco que se despertaba en su estómago.

—Oh, bien... Me siento halagada, supongo. Espero no decepcionarlo, entonces.

—Lo dudo. Como le digo, Jay nunca se equivoca.

—No sé qué decir, Elisa. Estoy conmovida, créame. En fin, se está haciendo tarde. ¿Nos vemos mañana a la misma hora?

—Sí, me encantaría. Gracias, Amanda. ¿La acompaño a la puerta?

—Muy considerado por su parte, Elisa. Un gesto digno de una verdadera dama. Muchas gracias.

Antes de que hubieran llegado al vestíbulo, apareció el mayordomo, riguroso y moderado, tan solemne como un sumo sacerdote.

—¿Le pido un carruaje, señora?

—No, gracias... Stearn, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Gracias, Stearn. Prefiero caminar.

—De acuerdo, señora. Permítame.

Amanda dejó que la ayudara a ponerse la capa y luego cogió los guantes y el sombrero, que este último le entregó.

—Gracias, Stearn. Elisa, mientras estoy fuera, no dude en hacerle al señor Stearn cualquier pregunta que tenga. Estoy segura de que estará encantado de hablarle sobre costumbres, convenciones y modales, y le dará excelentes consejos. ¿Verdad, señor Stearn?

El mayordomo se regocijó tras escuchar esas palabras.

—Será un honor, *milady*.

Amanda le sonrió amablemente y se despidió de Elisa con renuencia.

Ya era de noche. Los charcos indicaban que había caído un chaparrón a última hora de la tarde y las luces amarillas de las farolas se reflejaban en ellos como otras tantas motas de luz que se extendían a lo largo de la acera. En una sucesión de faroles, una desmesura de estiércol y una cacofonía de gritos y relinchos, un atasco de tálburis¹¹, *breaks*¹² y cabriolés obstruía Charing Cross Road. Los postillones atacaban a los cocheros y los lacayos en tricornos bajaban la escalerilla para informarse de lo que sucedía. Amanda se ciñó más la capa sobre los hombros y se apresuró a girar la esquina para entrar en Oxford Street cuando de repente:

—¡Amanda!

La joven viuda se giró y vio a Jay Stenson acercándose a ella a toda prisa. En unas cuantas zancadas, se detuvo a su lado.

—¡Ah, señor Stenson! ¿Ha tenido un buen día?

—Sí, gracias. ¿Y usted?

—Maravilloso, gracias. Su hermana es encantadora. ¿Vuelve de la City?

—En efecto.

—¿A pie?

—Como siempre.

—¡Es un largo camino!

—En realidad, no.

—¿Por qué no coge uno de sus carruajes?

—Para cuando quisiera preparar los caballos, atarlos y ponerlos en marcha, ya habría llegado a mi destino.

—Está exagerando, señor Stenson...

—No crea...

—Estoy segura de que, en realidad, le gusta caminar.

—Ciertamente. Además, me libra de los atascos, cuando los hay —añadió señalando la calle con la barbilla—. Supongo que vuelve a Cavendish Square.

—Sí, ha acertado. Es un poco tarde, me temo, pero su hermana y yo teníamos mucho que ver. ¡Lo propio para un primer día de lecciones! Espero no haberla cansado demasiado.

—Seguro que no. ¿Stearn no le ha pedido un carruaje?

—Se ofreció, ciertamente, pero me gusta caminar.

—Déjeme que la lleve a casa.

—Oh, es muy amable por su parte, señor Stenson, pero no hay necesidad; se lo aseguro. Marylebone no está lejos y seguro que tiene cosas mejores que hacer que...

—Insisto.

Y, como si quisiera pasar de las palabras a los hechos, Jay le tendió el brazo. Un brazo recio y poderoso oculto bajo la tela de su levita gris hecha a medida. Ella dudó un momento, luego rodeó el interior de su codo con los deditos enguantados y él la condujo por Oxford Street.

Pasaron por delante de la perfumería francesa del señor Victorien, las galerías de anticuarios, la oficina de inversiones Brewstead, una joyería de lujo, el *Donnegan's*, donde Amanda había disfrutado de una cena en alguna ocasión, una relojería de alta gama flanqueada por dos guardias de seguridad con sombrero de copa que les saludaron al pasar, y entonces...

—Señor Stenson, ¿siempre camina tan rápido?

—Me temo que sí, ¿por qué?

—¡Corre como si le persiguiera el diablo!

—¡En absoluto!

—Un caballero siempre camina despacio, ¿sabe?

Jay le dirigió una mirada sardónica.

—Por si aún no se ha dado cuenta, no soy un caballero.

—¿Y no le gustaría serlo? —replicó ella, ignorando el sarcasmo.

—Amanda, por mucho que lo intente, nunca seré un caballero como Dios manda.

—¡Ni siquiera lo ha intentado! —replicó ella, dándose cuenta de que él apenas había aminorado el paso.

—Una de las ventajas de la vida en la calle es que descubres rápidamente tus puntos fuertes, pero también tus límites, y sobre todo, cómo tenerlos en cuenta. Por ello, le aconsejo que no pierda demasiado tiempo intentando reeducarme. Será mejor que concentre sus esfuerzos en mi hermana. Le aseguro que tendrá mucho más éxito con ella.

—Entretanto, ¿podría adaptar su paso al mío? Parece que le ha surgido algún imprevisto o que huye de una tienda en la que ha cometido un delito. Oh, gracias. Mucho mejor.

—A este paso, no llegará a casa antes de mañana por la mañana. Será mejor que dé media vuelta y reanude sus lecciones con Elisa directamente.

—Se equivoca, señor Stenson. He caminado muchas veces hasta Covent Garden, así que le aseguro que estaremos en casa en poco tiempo.

—Si usted lo dice...

—Pero con gusto lo liberaré de su deber de escoltarme si...

—No diga tonterías, Amanda. Sabe que no me refería a eso —replicó, colocando su cálida (y desnuda) mano sobre la de Amanda para impedir que la retirara.

Perturbada por ese contacto repentino, la joven guardó silencio.

Los dedos de Jay Stenson ardían a pesar de la tela de sus propios guantes y, a cada paso, bajo los pliegues de su manga, los abultados bíceps de aquel hombre jugueteaban con la yema de su dedo índice. Amanda sintió que se apoderaba de ella una especie de pánico. Su respiración se hizo más pesada y los latidos de su corazón, más erráticos. Charles no tenía ese brazo y su presencia era mucho menos imponente cuando paseaban. Por no decir que jamás salía sin guantes...

Bajo tensión, Amanda buscó algo que decir para desterrar el silencio, para alejar sus pensamientos del brazo de Jay, de aquel brazo fuerte y poderoso, acostumbrado al trabajo duro, y de aquella mano cálida y ligeramente áspera con la que estrechaba la suya.

—Para su información, señor Stenson, y ya que estamos los dos aquí, un caballero tampoco visita a una dama en domingo, y menos por la noche...

Jay se volvió hacia ella y enarcó una ceja.

—Me recibió de todos modos, ¿no es cierto?

—Sí, pero... podría haberme... molestado o... podría haberse tratado de un momento inoportuno...

—¿Quiere decir que podría haberla sacado de la cama, *milady*?

Ella se sonrojó, confusa.

—Oh, no, claro que no, pero... Oh, señor Stenson, me está tomando el pelo, ¿no es cierto?

—Lo admito.

—Las primeras visitas se anuncian, señor Stenson. Si es necesario, con unos días de antelación. Y, sobre todo, nunca ocurren un domingo o a una hora intempestiva. Todo a su debido tiempo.

—¿Y cuándo es «a su debido tiempo»? Se lo ruego, dígamelo.

—Nunca llegue antes de las nueve de la mañana. Si es posible, preséntese a las diez.

—¡Oh, pobre Ashford...!

—Y nunca se quede a tomar el té después de las siete de la tarde, a no ser que le hayan invitado a cenar, claro. Incluso en ese caso, lo mejor es excusarse, ir a casa a cambiarse y volver a la hora acordada, en lugar de ser un estorbo para los anfitriones hasta la hora de la cena.

—¡Eso sí que es un comportamiento irreprochable!

—Así lo recomiendan los modales de la alta sociedad, señor Stenson.

Amanda se relajó. Esta breve conversación había bastado para distraerla. Subieron por Oxford Street en dirección a Hyde Park y luego, para evitar el bullicio de Oxford Circus, tomaron Portland Street a su derecha, antes de girar a la izquierda.

Con la mano apoyada elegantemente en el codo de Jay, Amanda inclinó ligeramente el rostro hacia atrás y saboreó el frescor de la noche. ¿Cuánto tiempo hacía que no caminaba así, de noche, por las calles empapadas de Londres? ¿Cuánto hacía que no sentía el latido de la ciudad, que no caminaba entre sus charcos y se dejaba impregnar por sus olores? ¿Cuánto hacía que su cuerpo no sentía un cosquilleo por algo que no fuera angustia, pérdida, vergüenza o pena?

El frío, la brisa, la llovizna, los colores otoñales... ¡Ah, y las hojas rojizas de los castaños! Castañas esparcidas por el suelo. El repique seco de los cascos sobre el pavimento, el olor a musgo alrededor de los muretes, los setos de los jardines y sus sombras íntimas...

¡Cómo lo había echado de menos!

Junto a ellos, una pareja de enamorados saboreaba el aire del atardecer. Más allá, un chico con gorra vendía la letra de una nueva canción de amor a dos peniques el libreto. Otro ganaba unas monedas vigilando carruajes en una fiesta privada. Las ardillas se entretenían en las ramas

de los plataneros, los tejados mojados brillaban a la luz de la luna y de las chimeneas de ladrillo salía un ligero olor a hollín. Las calles palpitaban con esa atmósfera única y especial que solo se veía en Londres, y Amanda, nostálgica, recordó la época en que Charles y ella disfrutaban del latir de la ciudad justo después del crepúsculo.

Charles era dulce. Delicado. Un poeta. Tenía buen gusto y adoraba pasear por las tardes. Se llevaban bien y charlaban amistosamente. Era demasiado joven para morir. Demasiado considerado, también. No se merecía...

—Aquí estamos, si no me equivoco.

—Oh, sí, cierto. Gracias, señor Stenson. Gracias por acompañarme a casa.

Se detuvieron frente a la entrada y Jay se volvió hacia ella.

—Por favor, Amanda, llámeme Jay.

La joven se alteró por la cercanía de sus cuerpos y bajó la vista. El tono de voz de aquel hombre era como una caricia. Su complexión la intimidaba y todo su cuerpo emanaba una especie de calor difuso que le resultaba terriblemente agradable, así como un aroma tibio, dulce y embriagador a la vez, que le hacía desear no separarse nunca de él.

—Oh, no. N-no sería apropiado, señor Stenson... —tartamudeó al fin, en el culmen de la emoción.

—Yo la llamo Amanda, ¿no es cierto?

Un poco nerviosa, soltó una ligera carcajada para ocultar su confusión.

—No me ha dejado pronunciarme al respecto, señor Stenson...

—¿Preferiría que la llamara lady Keat, Amanda?

Desde luego que no...

Por indecente que pareciera, a Amanda le gustaba que la llamara por su nombre de pila. Le gustaba cómo lo pronunciaba, el tono delicioso con el que lo decía, e incluso los peculiares sonidos que le confería su confuso acento de los barrios bajos. Pero apenas se conocían y no podía permitir que un completo desconocido...

Jay le pasó el dedo índice por debajo de la barbilla y le levantó el rostro. Desconcertada, Amanda sintió como si un abismo se abriera dentro de ella y sus entrañas se consumieran. Con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada, le miró sin mediar palabra.

Dios mío, ¿qué estaba haciendo? No iría a... No, no se atrevería... No podía...

—¿Preferiría que lo hiciera, Amanda?

—Discúlpeme, ¿qué?

Él sonrió, sin duda consciente de su confusión.

—Que la llame por su apellido.

—Oh, esto... No, yo...

Jay volvió a sonreír, le acarició suavemente la barbilla con el pulgar y luego dejó caer la mano.

—Bien, ¿nos vemos mañana?

—Sí, mañana.

—Buenas noches, Amanda.

—Buenas noches...

Dicho esto, Jay se dio la vuelta y se marchó.

Aturdida, Amanda se apoyó con una mano en el picaporte de cobre brillante. Se tomó cierto tiempo para recuperar la cordura y entró discretamente en la casa. Aún estaba confusa por lo que acababa de ocurrir. *De hecho, ¿qué había sucedido exactamente?* No estaba segura.

La joven subió las escaleras sin hacer ruido y se apresuró a llegar a su dormitorio. Los criados estaban ocupados en el sótano —desde allí se oía el tintineo de la vajilla— y Richard debía de estar todavía en el club. Mejor, porque necesitaba un momento de paz y tranquilidad antes de la cena. Para descansar, peinarse y... dejar atrás sus emociones. Cerró la puerta tras de sí y, con un suspiro de alivio, se apoyó en el marco con los ojos cerrados. Luego, aprovechando la luz de la luna que entraba por la ventana, se acercó al tocador, se quitó los guantes y desató las cintas del sombrero.

—¿Qué hacía con ese hombre, Amanda?

La joven jadeó y ahogó un grito. Temblorosa, buscó en la penumbra con la mirada. Arrellanado en una butaca en un rincón oscuro de la estancia, el marqués de Ettlesham la miraba con ojos sombríos.

—¡Santo cielo! ¡Dios mío, Richard! ¡Me ha dado un susto de muerte!

—¿Se siente culpable, Amanda?

—N-no, pero...

Roja por el desconcierto y con el corazón desbocado, Amanda trató de recuperar el aliento.

—Permítame que insista, Amanda —dijo el marqués con voz apagada mientras se levantaba y daba un paso hacia ella—, ¿qué hacía con ese lázaro ¹³en la puerta de mi casa?

—Yo... veré, el señor Stenson no es un «lázaro», como usted dice, Richard. En realidad, me está ayudando con un asunto... Pero ¿acaso le incumbe todo esto? Y es más, ¿qué hace en mi habitación? —repuso finalmente Amanda, a quien no le agradaba la sensación de ser vilipendiada cada vez con mayor frecuencia.

Ahora que se le estaba pasando el miedo, la joven sentía que le hervía la sangre.

—¿Se ha acostado con él?

En la cumbre de la humillación —o de la rabia y el pavor, no sabría decirlo con exactitud—, Amanda señaló la puerta.

—Váyase. Se lo ruego.

Sin embargo, Ettlesham la ignoró y, con los puños apretados y la mandíbula desencajada, dio otro paso hacia ella. Al ver que Amanda se dirigía hacia la puerta, él la alcanzó, la agarró bruscamente por el codo y la obligó a girarse para mirarla a los ojos.

—¡Basta! Richard, ¿qué le ocurre?

—Le prohíbo que vuelva a verle.

Aquello fue demasiado. Amanda, presa del pánico, se apartó de un tirón.

—No puede prohibírmelo, Richard. No tiene ningún derecho sobre mí.

—Por supuesto que sí, Amanda. Han pasado seis meses. Llevo seis meses garantizándole un lugar en que vivir, tolerándola, permitiendo que se pavonee por esta casa y esperándola. Seis meses en los que le he mostrado mi afecto, la he colmado de atenciones y le he ofrecido mi protección.

—¡Y a qué precio, Richard!

—Sí, exacto. Es hora de que pague sus deudas. La deseo, Amanda.

—¿Está usted loco?

—¡Sí, Amanda, lo estoy! ¡Usted me vuelve loco! Lleva meses rechazándome, restregándome su duelo con cintas negras y velos de crespón, usándolo como excusa para alejarme de su cama, ¡y revolcándose como una fulana con el primer hombre que se cruza en su camino!

—¡No me revuelco con nadie, Richard! ¡Ni con usted, ni con él! ¡Con nadie!

—¡Es usted una fulana! ¡Una verdadera fulana!

—¡Está perdiendo las formas, Richard! Cálmese, se lo ruego.

—Le ha pagado, ¿no es cierto? ¿Le paga a cambio de sus favores? ¡Contésteme!

—No me rebajaré a responder a tal...

—He visto cómo la acompañaba a casa. He visto cómo la tocaba... ¡y usted se lo permite!
¡No es más que una puta, Amanda! Una vulgar puta...

—¡Es suficiente, Richard! ¡Váyase! ¡Salga de mi habitación de inmediato!

—Oh, no. No me iré a ningún lugar, Amanda. Yo también he pagado.

Ettlesham la agarró por la muñeca y, con un movimiento brusco, la lanzó hacia la cama antes de echarse encima de ella y aplastarla con todo su peso.

—¡Richard! ¡Por favor, no lo haga!

—Demasiado tarde, Amanda. ¡Jamás volverá a negarme lo que le da a los demás!

—¡Se equivoca, Richard! ¡Se equivoca!

—¡Silencio!

—¡Suélteme! ¡Suéltame o gritaré!

Consternada, sintió cómo el cuerpo plúmbeo de Richard se sacudía contra el suyo. El muy necio se dejó llevar en una larga carcajada. Una carcajada sonora, diabólica, casi infernal. Ella se quedó paralizada de horror y le miró fijamente en la oscuridad.

—Por favor, grite cuanto quiera, Amanda. Avise a todo Mayfair, si le place. Cuando amanezca, será usted quien se avergüence.

—¡Richard, se lo ruego!

—¡Ya basta! Esta noche será mía, le guste o no. Es libre de decidir si hacerlo público o guardárselo, Amanda...

—¡Richard, le juro que gritaré!

—Nada me gustaría más que eso. Ya he tenido suficiente de sus aires esquivos. Pensé que sería más discreta, pero adelante, hágalo público si tanto lo desea.

—Rich...

Pero él no esperó: apretó sus labios contra los de ella y siguió palpando su cuerpo. Ella trató de apartarse, pero él le bloqueó las muñecas con una mano y con la otra hurgó en sus enaguas. Amanda le pegó un mordisco en el labio y él retrocedió bruscamente.

—¡Zorra!

—¡Donovan!

Ettlesham le asestó una bofetada magistral. Aturdida, Amanda se quedó sin aliento, pero él no tardó en volver a la carga.

—¡Donovan! ¡Betty! ¡Donovan, por Dios se lo pido!

—¡Cállate, puta! ¡Vas a despertar a todo el vecindario! —exclamó Ettlesham, que ya no le guardaba ningún respeto y había pasado a tutearla.

—¡DONOVAN!

De repente, la puerta se abrió de golpe y el mayordomo, flanqueado por dos lacayos, irrumpió en la habitación. Los sirvientes dudaron unos instantes, como presos de un dilema irresoluble, antes de precipitarse hacia la pareja. Los hombres agarraron a Ettlesham por la cintura y apartaron a Amanda. Betty entró en la habitación, jadeante, con aspecto angustiado y la mano sobre el corazón.

—¡Señora! ¡Cielo santo, señora!

—¡Llévesela, Betty! ¡Sáquela de aquí!

—Yo... ¡Dios santísimo! ¡Venga, señora!

Amanda, despeinada y con lágrimas en los ojos, se dejó arrastrar fuera de la habitación. Betty cogió un chal de camino y se lo puso sobre los hombros, aunque Amanda aún llevaba la capa puesta. Las dos mujeres bajaron corriendo las escaleras, pero una vez en el vestíbulo, la criada no supo qué hacer. Amanda tenía la mirada perdida hacia la pared y los brazos cruzados sobre el pecho. Afortunadamente, el viejo mayordomo no tardó en reunirse con ellas y, como era el hombre indicado para estas situaciones, cogió a la joven viuda por el codo antes de añadir:

—Vamos, señora. Salgamos de aquí cuanto antes.

Se reunieron en la entrada y bajaron los escalones que conducían a la calle. Donovan giró a la derecha, luego a la izquierda, llamó a un carruaje y ayudó a Amanda a acomodarse, luego a Betty, antes de subir también.

—Señora, ¿a dónde puede ir? ¿Me oye? ¿Me oye?

Amanda sintió que un largo escalofrío le recorría la espina dorsal, y de pronto, sus manos se estremecieron con temblores nerviosos.

—¿Señora?

—Em... Maggie... Quiero decir... lady Melcombe... Lléveme a casa de lady Melcombe.

—¿Sabe si lord Melcombe está en casa, *milady*?

—¿D-disculpe...?

—Lord Melcombe, *milady*, ¿sabe si está también en casa?

—N... yo... todavía está en Escocia... ¿Por qué, Donovan?

—Necesita la protección de un caballero, *milady*. Lord Keat está fuera de sí y conoce bien a lady Melcombe: la señora ha venido a verla tantas veces... Melcombe Place es el primer lugar donde la buscará. Si el barón no está allí, preferiría... no dejarla sola... ¿Tiene... otra dirección, *milady*?

—No... no se me ocurre, Donovan... No sé... No conozco otra...

—¿Lawrence Hall, quizás?

—Sí... No, el... el conde y la condesa están en Francia... Yo...

—¡Debemos irnos, señora! ¡Dese prisa, por favor! ¡Dudo que Tom y Jonathan puedan contener a lord Keat mucho más tiempo!

—Ch... Charing Cross Road... —dijo finalmente en un susurro.

—¿Charing Cross Road?

—S... sí. El número 3 de Charing Cross Road...

—¡Cochero! ¡Al número 3 de Charing Cross Road! ¡Al Soho! ¡Y deprisa!

Jay, con las manos en los bolsillos, silbaba, satisfecho en gran manera con su día. Sus últimas especulaciones financieras habían resultado exitosas —no es que le sorprendiera, pero siempre le complacía comprobarlo— y las cifras de sus emporios en Malaca eran incluso mejores de lo que había esperado. Había conseguido que dos de sus socios firmaran un ambicioso plan de inversión que acabaría duplicando los beneficios de su fábrica de tejidos de Leicestershire. Además, Elisa parecía encantada de que la hubiera dejado al cuidado de Amanda esa mañana; y no cabía en sí de gozo tras su charla nocturna con la bellísima tutora de su hermana.

Amanda era dulce, ingeniosa, tenía clase y no le cabía duda de que acabaría deleitándose con ella. Era un poco mojigata, sin duda, y estaba obligada a rechazar sus insinuaciones, pero no era

indiferente a sus encantos, y su renuencia, cuando menos encomiable, solo duraría un tiempo. Jay sabía perfectamente cuando una mujer lo deseaba —o, al menos, cuando se mostraba receptiva a sus insinuaciones— y lady Amanda Keat, pese a su modosidad, era sin duda una de esas mujeres.

Y como para él era deslumbrante, no veía por qué no dar el paso y mezclar los negocios con el placer, al menos mientras durara su trato. Además, no estaba seguro de que ella hubiese forcejeado si él hubiera intentado besarla justo antes de despedirse. Aún era demasiado pronto, por supuesto, y habría corrido el riesgo de provocarla, pero se había sentido muy tentado, y no descartaba que ella se lo hubiera permitido, aunque solo fuera por debilidad, o por miedo al escándalo.

La noche era fresca y el cielo estaba lleno de estrellas. El olor a castañas asadas, musgo y hojas secas flotaba en el aire, y Jay se desvió por las rubescentes plazas de Bloomsbury y las solitarias inmediaciones del British Museum antes de regresar al Soho. Sonriente, se adentró por fin en Great Russel Street, luego Bedford Avenue, antes de dirigirse por Tottenham Court Road al cruce de Oxford Street y Charing Cross.

Las calles estaban casi desiertas. Solo algún coche de plaza seguía circulando. Cruzó la intersección, pasó por delante del primer edificio de la calle y subió por el camino de grava hacia el número 3. Sin embargo, de repente, un carruaje a todo galope irrumpió en Oxford Street, giró bruscamente hacia Charing Cross, a riesgo de volcar de lado, y se detuvo bruscamente detrás de él.

Jay se giró sorprendido al ver al mayordomo del número 6 de Cavendish Square salir del coche, correr hacia la puerta y ayudar a su señora a bajar. ¡*Dios mío, era ella!* Amanda se tambaleó y tropezó al poner los pies en tierra. Jay se apresuró a sostenerla. Ella volvió la cabeza hacia él, lívida, y lo miró con desconcierto. Tenía el pelo enmarañado, los ojos enrojecidos por las lágrimas y una gran marca escarlata en la mejilla derecha.

—Maldición, ¿qué le ocurre, Amanda?

—Lo... lo siento, señor Stenson. Lo siento mucho, yo...

—No, no, no me pida disculpas. ¡Maldita sea, si apenas puede mantenerse en pie! ¡Tiene las manos heladas! Venga, venga, pase...

Jay le rodeó la cintura con el brazo para sostenerla e intentó serenarla antes de volverse hacia el vetusto mayordomo.

—Ya nos conocemos. Usted es el mayordomo de lady Keat, ¿me equivoco?

—Sí, señor. Bueno, de lord Keat, para ser precisos...

—¿Y usted es la doncella de su señora?

—Sí, señor —dijo Betty, inclinándose ligeramente, antes de cruzar los dedos delante del delantal.

—Tome —Jay metió la mano en el bolsillo y sacó unas monedas—, pague el viaje, Donovan, y luego síganme a dentro, si les parece.

Amanda se llevó una mano a la sien y soltó un gemido sordo. Jay no esperó: se agachó con cuidado y la cogió en brazos justo antes de que se desmayara.

¹ N. de la A. Sombrero femenino de la época de la Regencia (equivalente a la época del Imperio en Francia), cuya forma redondeada enmarcaba el óvalo del rostro y se ataba bajo la barbilla con cintas. La parte trasera de este sombrero, en forma de concha, estaba diseñada para rodear y ocultar el moño.

² N. de la T. Según el DLE, «Figura pequeña de adorno».

³ *N. de la T.* Pequeño recipiente que contenía arena secante para aplicar sobre la tinta.

⁴ *N. de la T.* Se refiere a besar la mano a una joven. Más adelante, se explica por qué.

⁵ *N. de la T.* Juego de naipes francés con una fase especial de descarte.

⁶ *N. de la T.* Juego de naipes de 8 a 9 jugadores en el que la sota de picas (una carta a la que se conoce como *chien vert*, esto es, «perro verde») es la carta que se lleva todas las apuestas de la mesa. Quien consigue esta carta, tiene altas probabilidades de ganar.

⁷ *N. de la T.* Según el DLE, «Recipiente de origen ruso, provisto de un tubo interior donde se ponen carbones, que se usa para calentar el agua del té.»

⁸ *N. de la T.* Último rey de Lidia de la dinastía Mermnada, cuyo reinado estuvo marcado por los placeres y las artes.

⁹ *N. de la A.* Moda que se instauró a finales del siglo XIX y que consistía en tomar el té a última hora de la tarde acompañado de numerosos minisándwiches, pasteles y otros dulces. A veces, sustituía a la comida. En la alta sociedad, la cena se servía muy tarde por la noche.

¹⁰ *N. de la T.* Traducción oficial de la cita de François de La Rochefoucauld.

¹¹ *N. de la T.* Según el DLE: «Carruaje de dos ruedas grandes, ligero y sin cubierta, a propósito para dos personas y tirado por una sola caballería».

¹² *N. de la T.* Carruaje de cuatro ruedas equipado con un asiento delantero para dos plazas y dos asientos a los lados.

¹³ *N. de la T.* De acuerdo con el DLE: «Pobre andrajoso».

V

—Y... ¿después?

—El señor Stenson le prometió al señor Donovan que le encontraría un trabajo en una semana. Un puesto al menos tan bueno como el que tenía en la residencia Keat, *milady*. También dijo que le pagaría el salario que se le debiera, así como la cifra que perdería mientras esperaba a asumir sus nuevas funciones, y que le compensaría por los daños y perjuicios.

—Oh, eso es muy generoso por su parte...

—Sí, señora. También encargó al señor Donovan que transmitiera al servicio de lord Keat que estaba dispuesto a ofrecer las mismas condiciones a Tom y Jonathan, a quienes milord seguramente ya haya echado, así como a cualquier otro que, a raíz del incidente, desee dejar el servicio.

—Ay, Betty, ¿cómo podré agradecerle lo que hizo por mí... por todos nosotros?

—No lo sé, *milady*, pero es un buen hombre. Hasta se ofreció a duplicar mi salario si me quedaba aquí con usted.

—¿Y qué le dijo?

—Que no necesitaba un incentivo y que lo único que quería era quedarme y servirle, *milady*.

—Ay, mi Betty, ¿qué he hecho para merecer todo esto, a alguien como usted?

—Siempre ha sido buena con nosotros, *milady*. Buena y justa. Cualquiera soñaría con servir a alguien como usted.

Amanda le sonrió con lágrimas en los ojos y tomó las manos de la doncella entre las suyas. Luego dirigió la mirada —en un gesto casi mecánico— hacia el espejo del tocador de marquetería de la habitación donde la habían acostado la noche anterior y reprimió una mueca.

—Dios mío, ¡tengo un aspecto deplorable! ¡No puedo bajar con una apariencia tan descuidada!

—¿No desea... quedarse en la habitación, señora? Al menos por hoy.

—¡Oh, no, no, desde luego que no! Tengo compromisos que cumplir y ya he molestado demasiado al señor Stenson. ¡Oh, cielos! ¡Este vestido está todo arrugado! Y mis pertenencias están...

—No se preocupe por eso, señora. Esta mañana, al alba, el señor Stenson nos mandó al señor Donovan y a mí a Cavendish Square con un escolta. Le preparé una maleta con algunos efectos personales y le he traído su vestido lavanda.

—¡Oh, Betty! —La criada desapareció unos instantes en el armario, solo para reaparecer con el vestido en la mano—. Betty, ¡es usted un ángel! Me ha salvado. Por segunda vez en pocas horas, si no me equivoco. Se lo ruego, ayúdeme, deprisa. No quiero hacer esperar más a mi anfitrión.

—Son solo las siete y media de la mañana, señora...

—Sí, pero me temo que el señor Stenson es madrugador. Me gustaría expresarle mi gratitud antes de que se vaya a... lo que quiera que haga. Rápido, quítame este vestido y ayúdeme a estar presentable. ¿Ha cogido, por algún casual, mi estuche de aseo? ¿Mis polvos? ¿Mis cepillos?

—Sí, señora, lo hice.

—¡Gracias a Dios! Tengo los ojos hinchados, unas ojeras terribles y me temo que pasarán días antes de que desaparezca esta infanda marca roja de mi rostro. Voy a necesitar todo su talento, Betty...

Unos minutos más tarde, Amanda bajó las escaleras con la mano apoyada en la barandilla de madera pulida. Se sentía renovada y, para la hora que era, totalmente despierta y, por ende, en condiciones darle clase a Elisa. Era realmente lo mínimo que podía hacer, después de la forma en que su hermano la había ayudado.

Betty había tenido especial cuidado con su cabello y había cubierto lo mejor que había podido las cicatrices del día anterior. Amanda se había puesto su vestido de muselina color lavanda, un atuendo ligero, vaporoso y elegante con escote bajo y pequeños volantes de gasa en un tono más claro. Esperaba en secreto que Jay comentara que aquel tono hacía juego con el color de sus ojos. Se había cubierto los hombros con un fino chal de cachemira azul y se había colocado un velo de crepón y encaje a juego en el pelo, en señal de medio luto. Había recuperado la confianza en sí misma y se sentía preparada para afrontar el nuevo día.

Stearn la saludó al pie de la escalera y la condujo al salón matinal, cuyos muebles estaban cubiertos en terciopelo verde y donde habitualmente se servía el desayuno. Elisa estaba sentada frente a una mesita redonda, con una taza de chocolate delante y un libro en el regazo. Al verla llegar, la saludó de manera cordial. Luego Amanda se volvió hacia el aparador que, cubierto con un sencillo mantel blanco, se extendía a lo largo de la pared. Desde allí, Jay la observaba con un plato en la mano. Con una elegante sonrisa en los labios, se acercó, agradecida, pero él frunció el ceño.

—Buenos días, Amanda. ¿Acaso ha dormido mal?

La joven se sorprendió por una pregunta tan inesperada.

—Buenos días, señor Stenson. Oh, no, al contrario. Su ropa de cama es excelente. ¿Por qué lo pregunta?

—Tiene usted un aspecto horrible.

Amanda frunció el ceño. Si quería cumplidos, tendría que volver más tarde. Aunque estaba enojada hasta la médula, esbozó una sonrisa afable —y algo tensa— y contestó con su voz más dulce:

—Gracias, señor Stenson. Me ha dado pie a introducir el tema de nuestra lección de hoy: el tacto.

Él arqueó una ceja sorprendido y contuvo una carcajada.

—¿La he ofendido, Amanda?

—En absoluto, ¿por qué iba a ofenderme?

—No tengo la menor idea, pero se la ve disgustada.

¡Sin duda, ese hombre era un grosero!

Amanda se sonrojó desde la barbilla hasta la raíz del pelo. Sin embargo, decidió ignorarlo y se volvió hacia el aparador. Recorrió con la mirada las bandejas de arenque ahumado, filetes de trucha y caballa, *bacon*, huevos revueltos, fruta fresca y un hermoso surtido de bollos en busca de una tetera, que finalmente encontró detrás de una monstruosa cafetera de esmalte blanco. Llenó la taza hasta arriba y, con la espalda recta, se unió a Elisa.

—Verá, querida Elisa, el tacto es esa intuición tan útil que le indica cómo debe actuar en todas las circunstancias, sin que nadie se lo tenga que advertir y sin ningún tipo de ayuda externa. Ese formidable instrumento de adivinación le permitirá juzgar por usted misma lo que, en su actitud, gestos o palabras, podría herir a los demás. Sin tacto, no puede haber buenas relaciones sociales. El propio Napoleón dijo: «Incluso la guerra es una cuestión de tacto¹».

Jay se acercó y, sin preguntar a las señoras, puso su plato sobre la mesa, acercó una silla y se sentó.

—¿Se refiere a mi comentario acerca de su mal aspecto?

—¿Sabía, Elisa, que su hermano es sagaz como ningún otro? ¡Me asombra su perspicacia!

—¿Habría preferido que le mintiera, Amanda?

La joven apartó los ojos de Elisa y fulminó a Stenson con la mirada antes de responder:

—En este caso, tal vez habría preferido que no hubiera dicho nada en absoluto.

—Ah, ¡la hipocresía de los de su clase!

Amanda estaba indignada y no pudo resistirse a replicar:

—¡No es hipocresía, señor Stenson, es delicadeza!

—Qué bella cualidad... ¿Y cuál es la diferencia?

—Desde luego, no esperaba que fuese capaz de determinarla usted mismo.

—Bien, ¿quizá sea tan amable de iluminar esta tosca mente mía?

Amanda se encogió de hombros y se volvió hacia Elisa, que los miraba a ambos con curiosidad.

—Recuerde mis palabras, Elisa: la sinceridad es siempre preferible, mientras no esté inspirada por la estupidez, la torpeza, el gusto por la paradoja o un interés malsano por la provocación.

—Yo, sin embargo, siempre digo lo que pienso —intervino Jay, untando su tostada con mantequilla.

—Creo que lo hemos entendido, señor Stenson —A continuación, Amanda, que se fijó al fin en el copioso plato de comida que su anfitrión estaba a punto de engullir, decidió intervenir—. ¿De verdad piensa comerse todo eso?

—Es su tercer plato —respondió Elisa.

Amanda miró a la jovencita con ojos atónitos. Luego, mientras el susodicho atacaba sus huevos cocidos con gusto, observó su poderosa mandíbula enfrentándose con ferocidad a una loncha de pierna de cordero y recordó algo que había dicho Maggie —a su pesar, porque se ruborizó de inmediato—: «Los hombres comen igual que hacen el amor, Amanda. Observa a un hombre comer y sabrás a qué atenerse».

Impulsada por una especie de fascinación impotente, lo observó, durante unos segundos, trincar la carne con convicción, llevarse un bocado a los labios y luego un segundo, antes incluso de tragar el primero, untarse con mantequilla una nueva tostada y morderla.

¿El tercer plato, decía?

—¿En qué piensa, Amanda? —La voz profunda y divertida de Jay sonó de repente.

Amanda sintió que se sonrojaba y apartó la mirada.

—Oh, em... No merece la pena saber lo que pienso, se lo aseguro.

—Sin embargo, teniendo en cuenta la expresión de su rostro, habría jurado lo contrario.

—Pues se equivoca —Luego, para evitar que la contradijese, se volvió hacia Elisa. La joven pupila giraba la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, como el público en un juego de

palma²—. En cualquier caso, Elisa, tenga cuidado con la sinceridad. Si cree que sus comentarios pueden resultar hirientes, absténgase de decir la verdad. Sobre todo con sus amigos.

—Pues yo diría más bien que debes ser sincera en cualquier circunstancia —contestó Jay.

—¿Incluso con sus amigos? —preguntó Amanda.

—Incluso con sus amigos. Yo lo hago.

—¿Aun si se arriesga a ofenderlos?

—Sobre todo si me arriesgo a ofenderlos. Las cosas importantes de la vida residen en las verdades sin tapujos. Piénsalo, Elisa: si no se lo dices a tus amigos, ¿quién lo hará?

—Tal vez no necesiten que se les diga, señor Stenson...

—Créame, la mayoría de las veces la gente necesita que le digan las cosas de forma explícita.

—Pero no se puede decir ese tipo de cosas en cualquier momento y de cualquier manera, y menos a todo el mundo. Especialmente a los aristócratas.

—¿Habla por usted?

—Creo que hablo en nombre de toda la nobleza británica.

—Una vez le dije a Ashford que era un imbécil.

—¿A Ashford? ¿Se refiere... al conde de Ashford?

—Ese mismo, sí.

Amanda se quedó atónita. Alexander Hemsworth era un hombre muy importante, al que la alta sociedad guardaba cierto aprecio y que, además, asistía a las reuniones del Parlamento. Era una de las personas más importantes de Mayfair.

—Pensaba que era su amigo...

—Y por eso mismo se lo dije.

—No le entiendo.

—Ashford se había encaprichado de una mujer y estaba convencido de que no la merecía. De hecho, ni siquiera podía admitir que estaba enamorado de ella y que quería pedirle que se casase con él. Eastlake y yo tuvimos que darle un empujoncito. Créame, todavía nos está muy agradecido.

—No se puede generalizar a partir de un caso particular, señor Stenson. Si dijéramos siempre todo lo que pensamos, no nos quedarían muchos amigos.

—En su mundo, tal vez.

—Pues es el mundo que conozco, señor Stenson. Y para el que, le recuerdo una vez más, me pidió que preparara a Elisa. La alta sociedad, por desgracia, a veces requiere la habilidad de disfrazar la verdad. Mi abuela solía decir: «Si una *lady* no miente, de una forma u otra, al menos cien veces al día, no es una verdadera *lady*. En el transcurso de ese mismo día, inevitablemente, habrá hecho daño a alguien».

—Qué revelación más prometedora. En fin, ¿no le apetece comer algo?

Confundida por aquel repentino cambio de tema, Amanda no sabía si sentirse ofendida o agradecida. Jay, sin embargo, no pareció darse cuenta. Ya estaba terminando su plato y sostenía un trozo de miga con el que rebañaba los restos. Ansiosa por izar la bandera blanca, la joven viuda optó por una respuesta neutra:

—No, gracias. No como mucho por la mañana.

—Estupendo.

Jay se limpió los labios, dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó, antes de tenderle la mano a Amanda.

—Venga —le dijo.

Interesada, ella le dio la suya sin pensárselo, antes de preguntar:

—¿A dónde?

—A por sus cosas.

—Disculpe... ¿qué?

—Llame a Betty y póngase el abrigo. Vamos a buscar sus efectos personales.

—Pero... ¿cómo? ¿A dónde?

—A Cavendish Square.

—Pero Betty y Donovan ya han...

—Me refiero a recoger todas sus cosas.

Por una fracción de segundo, Amanda no supo qué decir. Luego continuó:

—Señor Stenson, ¿puedo hablar con usted en privado?

Él no parecía creer que hubiera nada que discutir, pero extendió la palma de la mano y dijo:

—Por supuesto.

—Se lo agradezco.

La guio hasta su despacho y cerró la puerta tras ellos.

—Señor Stenson, deseo expresarle mi gratitud por todo lo que ha hecho por mí. Por mí... y por mis sirvientes. Bueno, los del marqués de Ettlesham.

—Ese hombre no sabe lo que le espera.

Amanda se puso pálida.

—¿Qué? ¿Cómo dice?

—Donovan me lo contó todo.

—Oh, no... ¡Pero podría haber...!

—Insistí, Amanda. Créame, no le dejé otra opción.

En eso último estaba dispuesta a conceder. Cuando el señor Stenson quería algo, nada ni nadie parecía poder interponerse en su camino.

—Yo... Si no le importa, señor Stenson, me gustaría dejar de hablar de lo que pasó anoche.

—Está bien.

—No quiero que se corra la voz.

—No se preocupe por eso. Ya he pagado a los sirvientes de ese canalla. Salgan o no de su casa, mantendrán la boca cerrada.

—Oh, yo... Gracias, señor Stenson. Lo siento muchísimo.

—No siga.

—Claro que sí. Le estoy muy agradecida, pero he abusado de su hospitalidad. Si me lo permite, escribiré a mi amiga lady Melcombe y...

—No.

—¿Cómo dice?

—Donovan me contó lo que tenía en mente. Ambos estamos de acuerdo: lo mejor para usted es que se quede aquí, con Betty, Stearn, Elisa... y conmigo.

—Pero...

—No hay peros, Amanda. Conozco a los hombres de esa calaña. Ricos, pobres, nobles o mendigos, son todos iguales. Son peligrosos. Entre su frustración y la humillación que sufrió frente al servicio, créame, será mejor que se mantenga alerta.

—Señor Stenson...

—Amanda, de verdad creo que la opción más segura para usted es que se quede aquí. A

menos, por supuesto, que su hermano le ofrezca un lugar en el que refugiarse. A pesar de su edad, está en posición de garantizar su protección. ¿Qué le parece?

Un dolor agudo despertó en el pecho de Amanda.

—Eh, yo... Verá, George, no... George está fuera de la ciudad en este momento.

—Entonces está decidido. Se quedará aquí hasta que su hermano regrese.

—Pero señor Stenson, las convenciones sociales...

—¡Al diablo con las convenciones, Amanda! ¡Ese hombre prácticamente la violó!

Amanda miró horrorizada hacia la puerta.

—Señor Stenson, por favor, no diga esas cosas...

Jay levantó las manos.

—Amanda, por favor, por una vez, escúcheme y afronte la realidad.

Ella se calló y, para ocultar su confusión, hizo amago de buscar su pañuelo.

—Aquí tiene.

—Gracias.

Amanda se secó suavemente el rabillo del ojo y se lo devolvió. Por una fracción de segundo, Jay vio a Elisa, en vez de a lady Keat, sonándose la nariz de forma sonora y devolviéndole el pañuelo de unos días antes. Sonrió y volvió a guardar el cuadrado de lino blanco en el bolsillo. Luego se acercó a Amanda y, cogiendo un rizo rubio rebelde entre los dedos, se lo colocó de forma orlada detrás de la oreja. Amanda se quedó inmóvil, sin aliento.

—Oiga...

—¿Sí?

—Señor Stenson...

—¿Sí, Amanda?

—Yo...

Consciente de que estaba haciendo el ridículo, Amanda sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

—También podría usar... parte de su generoso adelanto para comprarme una casa. Así no tendría que...

—Amanda, de ninguna manera dejaré que viva sola. Su hermano me mataría si supiera que se lo permito, y tendría razón. Yo haría lo mismo por Elisa.

—Pero, señor...

Jay le llevó un dedo a los labios.

—Amanda, por el amor de Dios, no diga nada más. Esta discusión ha terminado. Se mudará con nosotros.

Entonces su pulgar se paseó con dulzura por la boca de la joven y ella abrió los ojos de nuevo. Dos océanos de lavanda. Ingenuos. Inocentes. Ligeramente tristes. Y del tono exacto de su vestido vaporoso... tan deliciosamente escotado.

—Y tenga piedad: deje de llamarme «señor».

—Lo ideal, pues, y con esto resumimos lo más importante, es invitar a damas y caballeros en múltiplos de cuatro; tantos hombres como mujeres, sean parejas o no. Invítelos por carta, así les dará la oportunidad de rechazar la ocasión sin que ninguna de las partes se sienta avergonzada. Evite convidar a la misma cena a ministros de diferentes religiones, esto es, un pastor, un sacerdote y un rabino, ya que esto plantearía un problema irresoluble en el ámbito de la gestión

de prioridades y en la asignación de asientos en la mesa. Mencione la naturaleza del evento que esté planeando —una comida íntima, una cena de la alta sociedad, una recepción...— y el código de vestimenta que se requiere para asistir, para que sus invitados no incurran en discordancias. Siente al hombre de mayor edad o importancia a su derecha, y al que le suceda siguiendo la misma lógica, a su izquierda. Su hermano, por su parte, o su marido, llegado el momento, harán lo propio con las *ladies* —a priori, las esposas de los ya mencionados—. Si durante esta delicada misión debe decidir entre dos caballeros igualmente importantes, su hermano (o su marido) colocará a su derecha a la esposa del caballero que haya colocado a su izquierda, y viceversa, para equilibrar los honores. ¿Hasta aquí, lo ha entendido?

—Sí, creo que sí.

—Bien, de cualquier modo, estas cuestiones son siempre intrincadas y deben sopesarse en cada caso. La señora de la casa siempre entra primero en el comedor, y su marido la sigue. Además, en su caso, le tenderá el brazo al caballero que reciba los honores esa noche. Por último, desde el punto de vista del servicio, nunca se debe reñir a un criado en público, aunque haya cometido un error intolerable. Ahórrele la humillación, y a sus invitados, la molestia de presenciar la escena. Todos se lo agradecerán.

El día había transcurrido a una velocidad vertiginosa. Escoltada por Donovan, Betty y el propio Jay, Amanda había regresado a Marylebone para recoger sus cosas. El marqués, gracias a Dios, no estaba —Jay se había ofrecido más de una vez a ajustar cuentas con él, y Amanda no tenía ninguna intención de que el asunto se resolviera a la manera del East End—, y los múltiples criados de la mansión Keat no habían tardado más de dos horas en empaquetar los baúles de su antigua señora y despedirse de ella. Jay había aprovechado la oportunidad para resolver ciertos detalles de los que había prometido ocuparse. Había comprado el silencio de los últimos sirvientes presentes aquella noche y se había hecho cargo de los que habían renunciado a seguir trabajando para lord Keat. Más tarde, el grupito había regresado muy cargado a Charing Cross Road. Amanda y Jay habían ido en la berlina de este último, y los pocos sirvientes que los habían seguido, en un coche simón³. Jay se había ofrecido a que su propio personal compartiera las zonas comunes con estos últimos hasta que les hubiera encontrado un nuevo puesto de trabajo.

Preocupado por no dejar a Amanda sola con Elisa «hasta que las cosas se calmaran», palabras textuales, Stenson se había tomado el día libre y, mientras sorbía alguna que otra taza de café —lo que le había valido más de una mirada disconforme de la joven dama, algo que él disfrutaba sobremanera—, había prestado cierta atención, aunque fingía estar distraído y tenía un periódico desplegado en el regazo, a las lecciones que lady Amanda impartía a su hermana.

Por su parte, Amanda, que no deseaba estar aún más en deuda con Jay, había preferido compensar las horas perdidas de la mañana y había continuado las clases durante la cena y, más tarde, a la hora del digestivo. Jay le había servido un jerez antes de proceder con su copa y la de su hermana, que en este caso, serían de ginebra. Amanda se había aclarado suavemente la garganta y Elisa había optado finalmente por una copa de jerez, lo que había dibujado una sonrisa alentadora en el rostro de su tutora.

El fuego crepitaba suavemente en la chimenea y Jay había abierto su quinto periódico del día: ¿*The Financial Times*? ¿*The Morning Post*? ¿*The Guardian*? ¿*The London Chronicle*? Hacía tiempo que Amanda había perdido la cuenta, así que decidió aprovechar la oportunidad para recapitular las lecciones básicas del día (aparte de la del tacto): el arte de recibir invitados y el arte de ser invitado. Elisa era concienzuda y tomaba notas en su cuaderno. Amanda le dictaba

los puntos clave en voz alta y clara. La joven viuda miraba a Jay cada cierto tiempo, con la esperanza de que a él también le resultara útil aprender de sus virtudes.

—Por último, por otro lado, si la invitan, no lo olvide: responda a la tarjeta de invitación en un plazo de tres días, ponga el dedo en el borde de la copa de vino para indicar que ya ha bebido suficiente, nunca doble la servilleta al final de la comida, déjela arrugada sobre el mantel y jamás rebañe el plato. ¿Ha oído, señor Stenson? Nunca utilice el cuchillo como tenedor, ni se lleve la punta a la boca: sería un gesto poco elegante. Jamás se incline hacia la cuchara, llévela hacia la boca, ni tampoco recline el plato hacia usted, sino hacia el centro de la mesa, pero eso solo en Inglaterra, nunca en el continente. Nunca pida que le echen más comida en el plato. Señor Stenson, ¿sigue ahí? Y, por último, nunca muerda el pan. Ha de partirlo de trocito en trocito, y solo si es necesario. ¿Quiere que se lo repita?

—Em... No, gracias, Amanda, creo que lo tengo todo.

—¡Perfecto! Es usted una alumna muy aplicada, Elisa. ¡Mejorará muy rápido, se lo aseguro!

—Lo espero de corazón.

—Bien. Mañana veremos cómo comer espárragos, alcachofas y papillotes, pelar fruta jugosa o con gajos, decorar la mesa, juzgar un arreglo floral, usar un cuenco para lavarse las manos y pelar langostas, cigalas y cangrejos de río sin mancharse el vestido... o el atuendo de los demás comensales. Tal vez le interese, señor Stenson. Por supuesto, también aprenderemos a utilizar los diferentes tipos de cubiertos: tenedores para ostras, caracoles, para ensalada o bogavante; cubertería para el pescado, la tarta o el queso; cucharas de moka, de helado, soperas... Si no tienen en casa, les traeré algunas del *Donnegan's*. Por último, empezaremos a trabajar en... bueno, en modular su entonación.

—¿Mi... qué?

—Su entonación, Elisa. Su elocución. La forma de hablar, si lo prefiere. Tan solo lo suficiente para... ocultar de dónde viene. Oh, le aseguro que no debería ser muy difícil: su acento no es, ni de lejos, tan catastrófico como el de su hermano... que, por cierto, finge no escucharnos.

Elisa soltó una risita. Jay, desplomado en un sillón, dobló hacia atrás la parte superior del periódico antes de añadir:

—Oh, querida, mi hermana es libre de engalanarse con la entonación rimbombante que quiera, siempre y cuando no pierda su esencia. Por lo que a mí respecta, mientras mi espantoso acento les guste a las damas de la alta sociedad, no veo por qué esforzarme en cambiarlo. En ese sentido, *miladies* —añadió, acentuando el plural y mirando sarcásticamente primero a su hermana y luego a Amanda—, creo que dejaré que disfruten de su cháchara. Mañana vienen tres de mis abogados, así que me espera un gran día. Buenas noches, señoras.

Amanda asintió amablemente y le siguió con la mirada mientras se alejaba. Luego se volvió hacia Elisa, se inclinó en su dirección a y le dijo con complicidad:

—Sabe, Elisa... ¡Quizá su hermano no sea una causa perdida después de todo!

¹ N. de la T. Traducción no oficial de la cita de Napoleón Bonaparte.

² N. de la T. Antecesor del tenis y puede que de la pelota vasca y valenciana.

³ N. de la T. También conocido como «coche de plaza», se trataba de un carruaje dispuesto para alquilarse.

VI

Pasaron dos semanas.

La rutina se instauró rápidamente. Elisa y Amanda trabajaban de la mañana a la noche y remataban sus días con pequeñas excursiones, como ir al salón de té, pasear por St James's Park o ir de compras por Mayfair. Poco a poco, su joven alumna fue ganando confianza y se relajó en público. Amanda estaba encantada y no dejaba de felicitarla.

Habían estudiado el lenguaje de las flores y los tipos de jarrón, del acabado esférico al cilíndrico y de la forma cuadrada a la cónica, entre las cuales se escogía según la variedad. Sin duda, algún pretendiente ofrecería pronto magníficos arreglos a Elisa, y se entendía que —en ausencia de su hermano, que la representaría, pero que, inmerso en su periódico, apenas parecía escuchar— sabría descifrar los mensajes que le enviarían sus pretendientes, ya fueran galanes, recatados, modestos o atrevidos.

Más tarde, repasaron todas las tareas domésticas que la joven, como futura señora de la casa, tendría que supervisar: remendar, zurcir, coser, lavar la ropa, limpiar el polvo, encerar y planchar, tanto en frío como en caliente. Sin olvidar la sacudida de alfombras y tapices y el cuidado de la latonería, la porcelana, la platería, los inventarios y, por supuesto, el mantenimiento de estufas y chimeneas. Y la preparación de menús. Y la costura. Y la...

Al principio, Elisa había temido no ser capaz de recordarlo todo, ni de juzgar el trabajo de los demás. Amanda la había tranquilizado y le había explicado que su tarea principal consistiría en supervisar al ama de llaves, que por su parte, ya dominaba su trabajo a la perfección. Jay tenía buen instinto —al parecer, una vez más— para contratar personal doméstico competente, lo cual llenó de gozo a la joven.

Y luego estaba la cuestión de distinguir entre crema, salsa, sabayón¹ y zumo; entre sopa, caldo, consomé y potaje. También debía aprender, en teoría por supuesto, a contratar y despedir sirvientes, una tarea delicada donde las hubiera. Sin embargo, como su hermano lo hacía muy bien, Elisa no tenía por qué preocuparse de momento. Cuando se casara, no obstante...

Durante los primeros días tras el incidente, Jay se quedó en casa, como había prometido. Sus empleados —representantes de ventas, comerciales, abogados y gestores del negocio— habían acudido a él y había cambiado el lugar de encuentro de muchas citas para asegurarse de estar allí en caso de que Ettlesham intentara acercarse de nuevo a Amanda. Pero aunque se había extendido el rumor de que lady Keat se alojaba en casa de Jay Stenson y su hermana Elisa, no había habido ningún contratiempo. En este sentido, en cuanto hubo transcurrido la semana de rigor, pudo cumplir con sus diversos compromisos y reanudar sus visitas a la City cada dos días más o menos —de nuevo, no siempre, por seguridad—. Tanto si se quedaba en casa, donde seguía la bolsa, leía los periódicos financieros y se ocupaba de su correspondencia; como si se desplazaba por Londres, desde sus oficinas de Leicester Square hasta los comercios de la City y desde los muelles del este de Londres hasta el Parlamento en Westminster, siempre se levantaba muy temprano. Es más, en caso de que saliese, siempre caminaba, por muchos kilómetros que tuviera que recorrer para acudir a sus citas.

Cuando se quedaba con las señoras, aunque siempre fingía estar muy ocupado, parecía disfrutar trabajando en la misma sala que ellas y gozaba de su agradable compañía. Amanda seguía sin entender cómo podía concentrarse en su tarea sin que le molestaran sus incesantes charlas, y a veces sospechaba que escuchaba, aunque distraído, el contenido de sus lecciones. Un suspiro, un amago de sonrisa, un comentario inocente, un tic en la nariz, una mirada irónica... A menudo, sus gestos le delataban.

Jay también había cumplido su promesa con respecto al servicio y había logrado encontrar trabajo para Donovan, Tom y Jonathan, así como para Jessie y Polly, dos criadas que, sin duda temiendo por su virtud, habían preferido no permanecer al servicio de lord Keat. Lo había conseguido en menos de dos semanas, toda una hazaña, gracias a las laudatorias cartas de recomendación de lady Keat, por supuesto. En cuanto a Betty, había optado por seguir sirviendo a Amanda y se le había concedido una habitación propia en el ático de servicio del señor Stenson. Era la primera vez en su carrera que disfrutaba de semejante lujo y no perdía ocasión de extasiarse, llena de gratitud, mientras peinaba a su señora por las mañanas, corría las cortinas del dormitorio, zurcía las medias o ahuecaba las almohadas.

En cuanto a Stearn, estaba claramente encantado de dejar de ser la única figura respetable en el número 3 de Charing Cross Road, de no tener que subsanar él solo la —más que dudosa— reputación de la casa y de tener por fin una *lady* digna de ese título a la que servir —lo cual era, todo sea dicho, mucho más acorde con la buena opinión que tenía de su trabajo y sus referencias que los honorarios monstruosamente altos que le pagaba su patrón—. Stearn, por tanto, sentía que se había superado.

Claro está: durante tres largos años, había dirigido aquella casa con mano dura, con la ayuda de la señora Kitting —el ama de llaves, una mujer con aire circunspecto— y desde luego, había cumplido sus funciones con todos los honores... Sin embargo, era evidente que la presencia de Amanda le llenaba de dicha, y se deleitaba oyéndola prodigar consejos a la joven señorita Walsh cuando caminaba por los pasillos. Sin duda, se regodeaba al pensar que los exquisitos modales de lady Keat —«la marquesa», como la conocían en el servicio, aunque solo lo fuera desde hacía seis meses— acabarían por contagiarse a su señor, a quien veía, con el paso de los años, cada vez más rudo. Era desesperante. Jay, por su parte, ignoraba sus miradas, la forma en que fruncía los labios y la manera elocuente en la que arqueaba las cejas y lo trataba con la mayor impertinencia, lo que divertía enormemente a Amanda. Era un granuja. Un sinvergüenza. Un tunante. Un auténtico canalla, un alborotador insoportable que se complacía, al parecer, en hacer exactamente lo contrario a lo que el mayordomo esperaba de él: se vestía solo, iba por casa sin corbata, ponía los pies sobre el escritorio y comía sin modales.

De hecho, Jay alteraba a Amanda más de lo que le hubiera gustado admitir. A menudo andaba en mangas de camisa, lo que le concedía la oportunidad de admirar sus musculosos antebrazos, y cuando, por casualidad, se engalanaba ligeramente, tiraba tan a menudo de la corbata que siempre acababa pareciendo una bufanda vieja y arrugada, con lo que dejaba entrever la piel morena de su cuello. Al caer la noche, se deshacía por completo de ella, la arrojaba al respaldo de algún diván, se desplomaba en un sillón, colocaba una pierna sobre el reposabrazos, se servía una copa de oporto —o de ginebra— y se desabrochaba —como mínimo— el cuello de la camisa. Por mucho que Amanda se ofuscará, no podía resistirse al magnetismo que ejercía sobre ella el deje de su camisa. Muy a su pesar, se había sorprendido a sí misma en más de una ocasión contemplando aquello que revelaba la ausencia de tela: sus clavículas prominentes, la llanura inicial de su torso y, finalmente, el realce de sus pectorales...

Además, el señor Stenson tenía la molesta costumbre de mirarla fijamente mientras se apoyaba en el marco de una puerta, en la repisa de la chimenea o en el respaldo del sillón. Otras veces, se metía las manos en los bolsillos, algo que, junto con su pelo enmarañado, las finas arrugas de sus ojos —expuestos durante años al sol sin un sombrero digno de tal nombre—, el cuero curtido de su cuello y la pelusilla marrón de sus antebrazos, le daban la impresión de que, en realidad, estaba frente al estibador que había sido antaño: pantalones de pana, una basta camisa de lino y una gorra ladeada. Pero extrañamente, en lugar de repelerla, todo aquello la estimulaba hasta la médula: aquel hombre hacía gala de un valor y una fuerza loables, y el mérito era solo suyo.

Noche tras noche, junto a la chimenea, Elisa le contaba historias de su hermano con las que no podía sino reafirmar la forma en que lo concebía. En todo caso, sus relatos alimentaban su imaginación incendiaria. Porque la joven, maravillada de encontrar en su tutora un oído atento, una sutil apertura de mente y una benevolencia inesperada —todas cualidades, por otra parte, que ella alababa en una *lady*—, se lanzaba en ocasiones a la narración nostálgica de un pasado remoto, deseosa como estaba, al parecer, de hacer comprender a Amanda el mundo del que venían y la felicidad sin par (y casi irreal) que sentía de tenerla con ella, bajo su techo.

Se lo contó todo: le habló del mercado de Angel Lane y los días de ejecución en la prisión de Newgate, con mucho las mejores ocasiones para estafar a la burguesía y «escamotear pelucos²»; también de las peleas en el *Ox Row Inn*, el *King's Head*, el *Black Horse* y el *Old Shepherd's Tavern*, que siempre acababan a tiro limpio y con cuerpos arrojados al río; de las calles mugrientas, los pasadizos oscuros, los edificios en ruinas, los almacenes en desuso y los tugurios carcomidos por los gusanos de los barrios bajos. Le habló de las hordas de niños pobres que pedían limosna a diestro y siniestro, tallaban madera de roble y, cuando se presentaba la ocasión, «embetunaban los *guardapiés*³» de los escasos hombres de bien que se atrevían a explorar los suburbios en nombre de Su Majestad, antes de huir con la cartera de caballero en la mano. Pero sobre todo le había hablado de las noches de niebla, cuando la bruma surgía del río e invadía el laberinto de calles de los bajos fondos. Eran las peores noches: los bandidos, perros de caza, presidiarios y asesinos de todo tipo invadían los patios y las callejuelas como una marea del terror. Como demonios surgidos de los infiernos, salían de sus horribles guaridas, invadían los suburbios y atacaban sin distinción: degollaban a las mujeres, apuñalaban a los hombres, apaleaban a los vagabundos y estrangulaban a los niños. En esas noches, solo había una cosa que hacer: esconderse y esperar a que amaneciera.

¡Pero también habían vivido momentos maravillosos! Por ejemplo, la vez en que Jay, después de estar fuera veinticuatro horas —a menudo aceptaba turnos dobles, lo que les permitía comer carne, normalmente de cordero, al menos una vez cada quince días—, había vuelto con un par de zapatos de verdad para ella, a diferencia de esos viejos jirones de lana que solía llevar como polainas. O aquella vez en que, sin ayuda de nadie, su hermano había dado la paliza de sus vidas a ese viejo canalla de Dawns y a su banda de matones. Nunca más volvieron a molestarles. O la noche en que había ganado una fortuna en el *whist* contra un barón del West End que había ido al pub a echarse a perder. Gracias a su ingenio, Jay le había comprado un vestido, un abrigo, ambos se habían deleitado con un plato de comida caliente y él se había pagado sus primeras lecciones.

También recordaba con gozo los campeonatos de pulsos —que Jay había empezado a ganar a los 16 años— y la forma en que sus congéneres sopesaban las posibilidades —sus ojos no

mentían— la tarde que le había permitido acompañarle. Claro que la competición había derivado en una pelea a puñetazo limpio, y como ella casi había resultado herida, Jay no había querido llevarla nunca más.

Elisa guardaba un bello recuerdo de las mañanas soleadas en los muelles en las que Jay no tenía trabajo —cosa que, gracias a Dios, rara vez ocurría— y ambos se sentaban con las piernas colgando sobre el río, observando el incesante balé de barcos de tres mástiles cargados de especias, índigo y preciadas mercancías que iban y venían por las orillas y los muelles. También recordaba, cómo no, su primera pelea callejera. Jay había vencido sin dificultad, y aunque había acabado con un ojo morado, una costilla rota y el labio partido, había ganado dos veces su sueldo en un solo combate.

Pero sobre todo, Elisa jamás olvidaría la famosa mañana en que volvió con la nariz rota — por tercera vez, al menos— y una oreja ensangrentada, pero con una cifra exorbitada de dinero en las manos. Aquel día habían reunido sus pocas pertenencias, sus zapatos, sus ahorros, la había cogido en brazos y había subido Tower Hill⁴.

—¿Adónde vamos? —había preguntado ella, rodeando con los bracitos su cuello recio y sudoroso.

—A un lugar lejos de aquí —respondió él—. Al oeste.

Elisa no había vuelto a pisar Whitechapel.

Cada noche, Amanda escuchaba una historia diferente de sus labios. Cada vez, lo que descubría sobre sus anfitriones le parecía aún más increíble que las anécdotas de la noche anterior. Las historias de Elisa, conmovedoras y auténticas, despertaban en ella un torbellino de emociones día sí y día también. Miedo, pena, lástima y, a veces, también alegría.

Jay, que llegados a ese punto solía estar absorto en el periódico, no decía nada, pero tampoco lo negaba. Dejaba que Elisa lo contara como le pareciera; no interrumpía ni se entrometía. Amanda, fascinada y a veces aterrorizada por alguna historia particularmente siniestra, lo miraba de vez en cuando, como esperando que su hermana exagerara y que él atemperara sus palabras, introdujera un matiz, expresara ciertas reservas. Pero jamás lo hacía. Su vida había sido tal como la describía Elisa, sin edulcorar. Y Jay lo aceptaba: jamás censuraba a su hermana. No sentía vergüenza cuando hablaba de su violencia, sus trifulcas o la forma en que robaba comida. Reconocía los hechos y se mostraba tal como era: un niño «amigo de lo ajeno», un adolescente en los muelles, un hombre que había luchado para estar donde estaba. Jay era el obrero, el peón, carne de tugurio, el luchador callejero, el hombre de clase baja, el huérfano, el hermano.

En definitiva: aquel hombre la desconcertaba. Tenía un brillo feroz y permanente en sus ojos oscuros, un resplandor casi animal. Sus iris, además, lejos de ser negros como ella había pensado al principio, eran de un marrón muy denso, que a veces cobraba vida con destellos de ámbar: cuando estaba junto al fuego, cuando bromeaba, o cuando la miraba, algo que hacía a menudo.

Era un bruto sin modales. No tenía tacto, era directo y muy tosco con ella. Su lenguaje era vulgar; su forma de hablar, franca; sus gestos, sencillos y naturales. A veces la desquiciaba: parecía esforzarse por ser un mal alumno, pero Amanda admiraba su orgullo, su obstinación, su terquedad, su forma de asumir plenamente el pasado y no fingir ser otra persona, ya fuera mediante modales prestados, linajes ficticios o arrepentimientos fingidos.

A decir verdad, le sorprendía sentirse atraída —pues no nos engañemos, era lo que sucedía, dado que ya no tenía la inocencia de sus dieciocho años, y aunque su experiencia carnal era escasa, había leído muchas novelas— por un hombre tan crudo, tan «natural», uno que alardeaba

de tener los pies en la tierra. En definitiva, alguien completamente ajeno al ideal de finura que representaba Charles.

Porque no había nada —insistimos, absolutamente nada— de refinado en Jay Stenson. No era gentil ni cortés. Sin embargo, Charles, como perfecto caballero, siempre había sido distinguido y exquisito, desde su pelo impecablemente engominado hasta sus uñas saneadas con cuidado. De hecho, Jay era tan diferente a su marido que, por el mero hecho de que este primero le atrajera, sentía que le estaba siendo infiel a Charles y a ella misma, a su rango y clase. Puede que incluso a su educación. A los principios de su casta.

Se sentía impotente. Lo deseaba de una forma bizarra, imperiosa, perturbadora, algo que nunca le había sucedido con Charles. Por otra parte, nunca le habían gustado mucho las intrusiones de su marido. En realidad, había sido considerado, siempre muy educado, y había respetado la frecuencia que habían acordado —dos o tres veces al mes, el ritmo recomendado para concebir un heredero—, así que ella había cumplido con su deber conyugal con bastante elegancia. Su marido jamás se lo había impuesto y, cuando ella sentía alguna molestia, dolor de cabeza o indisposición, le besaba la mano con galantería y la dejaba descansar. Era su amigo. Tanto era así que nunca había sentido la necesidad de quejarse de él, a diferencia de muchas de sus amigas y conocidas —empezando por Maggie—, a las que oía a menudo lamentarse de las exigencias de sus maridos.

Jay, en cambio, la perturbaba. Bastaba una mirada para que todo su cuerpo reaccionara. Un gesto burlón le provocaba un nudo en el estómago. Una caricia, solo una, un poco más larga de lo necesario, y ella se derretía; era como si la evisceraran. El saber que estaba presente a veces hacía que perdiera los nervios y el olor varonil que dejaba a su paso siempre agudizaba sus sentidos.

Sí, Jay la confundía. Y cada día que pasaba bajo su techo, el sentimiento iba a más.

—Repitémoslo una vez más, ¿le parece, Elisa? Agitamos el abanico lentamente, así. Eso significa «Estoy casada» o «No pierda el tiempo». Su turno.

—El abanico plegado frente a la barbilla quiere decir «Acérquese y hable conmigo».

—Muy bien.

—El abanico plegado y apoyado en la oreja en posición horizontal es un «Déjeme en paz».

—Excelente.

—Mmm... El abanico desplegado y presionando la mejilla derecha es un no; mientras que en la mejilla izquierda es un sí.

—No, es al revés.

—Oh, vaya. Bien, pues... el abanico apoyado en los labios, así, significa «No me creo sus palabras»...

—Exacto.

—Y cuando golpeamos el abanico contra un objeto... «Estoy impaciente».

—Muy bien. Pero se utiliza con moderación, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto, Amanda. El abanico en la mano derecha y dejándolo caer es un «Estoy prometida».

—¿O...?

—Esto... Ah, sí: «Es mejor que sigamos siendo amigos»⁵.

—Bien, entonces. Continuemos.

Jay, fascinado, observaba a las dos mujeres. Durante casi una hora, habían estado trabajando en el experimentado lenguaje del abanico. ¡*Oh, un arte de infinita destreza!* Amanda tenía una increíble colección de abanicos y le había regalado cuatro a Elisa: uno de encaje blanco, uno de plumas de pavo real, uno de estilo chino y uno de seda negra. La joven estaba encantada y había puesto todo su empeño en ello. Jay, con el corazón henchido de felicidad, vio a su hermana florecer. Cada día parecía más abierta, más segura de sí misma y radiante. Amanda era amable, una mentora excelente y alentadora y, en su compañía, su joven hermana, que antes había sido tan reservada, prosperaba como nunca.

Y allí estaba ella, riéndose a carcajadas ante alguna metedura de pata —Jay no dudaba que se había vuelto a equivocar de mano, un gesto que convertía un «No estoy disponible» en un «Me gustaría conocerle»— antes de plegar el abanico y mirar directamente a un pretendiente ficticio.

—Pienso en usted día y noche.

—Muy bien. ¡Es evidente que debe usar ese gesto en el momento oportuno!

—Sí, cierto.

Elisa colocó su elegante accesorio medio plegado a la derecha del rostro y luego lo movió hacia la izquierda.

—Este gesto significa «No puedo».

—Excelente, Elisa.

Volvió a desplegarlo lentamente.

—Y este, «Espéreme».

—Perfecto.

Por último, la joven abrió el abanico y lo sostuvo delante de ella con ambas manos:

—Le ruego me disculpe.

Amanda asintió. Entonces Elisa levantó la barbilla, fingió un aire altivo y se golpeó la mano izquierda con el abanico plegado.

—¡Escríbame!

—Muy bien. La actitud esnob no es indispensable, pero veo que ha captado la idea.

Elisa se rio. Luego amenazó a su hermano con el abanico plegado y dijo:

—No sea usted tan atrevido.

Amanda se rio.

—Muy bien. ¿Y qué más?

Elisa se pasó el abanico de una mano a otra y volvió a mirar fijamente a su hermano antes de añadir:

—Le he visto mirando a otra mujer.

—Sí.

Jay sostuvo la mirada burlona de su hermana, pero Amanda no pareció darse cuenta y la felicitó. De repente, Elisa, como presa de una súbita inspiración, se tocó el labio inferior con el abanico abierto y puso cara de súplica.

—¡Bésem!

Amanda ahogó un grito.

—¡Elisa! ¿Dónde ha aprendido tal cosa?

—En un libro, en la biblioteca.

—¡Me ha ocultado que ya había investigado sobre el tema!

—¡Oh, no! ¡No es cierto, Amanda! Fue hace mucho. Solo vi unos grabados en un libro de texto y... y me llamó la atención el gesto. Eso es todo. Además, en aquel momento, no tenía abanico. He olvidado todo lo demás, lo admito.

—Muy bien. En cualquier caso, le aconsejo que no use ese último, a no ser que el mensaje vaya dirigido a su marido, una vez la unión esté consagrada. Mientras tanto, tenga cuidado con las señales que envía a sus pretendientes, Elisa, y asegúrese de que no malinterpreten sus intenciones. Los hombres tienen la desagradable costumbre de entender solo lo que les conviene. En la misma línea, le recomiendo que nunca confíe su abanico a uno de sus chichisbeos⁶, ya que podría tomárselo como una admisión demasiado directa de sus buenas intenciones hacia él. Asimismo, nunca se pase el abanico por la mejilla, ya sea plegado o desplegado, ni siquiera cuando una mota de polvo le haga cosquillas; de lo contrario, podría verse en una posición incómoda. Por otra parte, tenga cuidado de no mover el abanico demasiado deprisa si un caballero la mira fijamente, o de agitarlo bajo la nariz antes de retirarse. En el primer caso, podrían pensar que está interesada, y en el segundo, que está celosa, y quizá se les ocurra la brillante idea de seguirla adonde vaya. Por otra parte, tampoco es necesario que exprese su odio, así que absténgase de lanzar el abanico, jamás lo arrastre por la palma de la mano y nunca se lo apoye en el hombro: es vulgar y absolutamente indigno de una dama. ¿Me entiende, Elisa?

—Sí, Amanda. ¿Continúo?

—Sí, por supuesto. Todavía tenemos que repasar algunos gestos.

Elisa cerró los ojos, se concentró, volvió a sonreír y tocó el borde de su abanico con el dedo.

—Quiero hablar con usted.

—Muy bien. También puede hacerlo así, desplegando el abanico con la mano izquierda, o simplemente plegándolo, o de nuevo, *non plus ultra*⁷, de esta forma, fíjese —Amanda pasó suavemente los dedos por el borde de su propio abanico para mostrárselo.

Jay, siempre atento y embelesado por la agilidad de sus finas manos de marfil, se preguntó cómo sería dejar que unos dedos tan hermosos recorrieran su cuerpo. Había conocido a muchas mujeres, pero no recordaba haber poseído nunca una tan grácil, tan etérea y tan deliciosamente femenina. Tampoco haber sido acariciado con tanta ligereza, para el caso. Dejando vagar sus pensamientos, como tantas otras veces últimamente, Jay volvió a mirarla.

¿Cómo sería acostarse con ella? ¿Cómo se sentiría entre sus brazos? ¿Tendría miedo de hacerle daño? ¿Se sentiría tentado a tratarla con ternura? ¿Sería capaz de controlarse? ¿Sería reflexivo, como claramente ella querría que fuera, o impaciente y febril? ¿Perdería la compostura, la tomaría con avidez e, incapaz de contenerse, la haría suya sin piedad, como soñaba hacer?

Amanda le gustaba —más que eso, le helaba la sangre— y la continua presencia de la joven bajo su techo empezaba a atormentarle. Por supuesto, era terriblemente excitante provocarla y verla, en cada avanzadilla, luchar valientemente entre su propia conciencia y sus instintos más bajos, entre la tentación y la moralidad. Jay se deleitaba con sus interacciones, a veces ambiguas, pero siempre ingeniosas, y le encantaba percibir cómo ella, día tras día, se debilitaba y cedía ante sus impulsos.

Pero cada mañana la encontraba aún más deseable que el día anterior y le resultaba más difícil no recurrir a medios desleales para conseguir que ella se entregara a él. Porque cada vez tenía más claro que ya no era cuestión de si ella se entregaría, sino de cuándo, y tenía que admitir

—aunque se enorgullecía, a la luz de su experiencia, de controlar bastante la situación— que se le estaba agotando la paciencia.

Por supuesto, podría haberla presionado un poco. En los negocios, Jay tenía la costumbre despiadada de forzar a sus socios potenciales en vez de ceder él mismo. Sin embargo, en los amoríos, tal vez por orgullo, siempre había sido muy paciente. Las mujeres acudían a él por voluntad propia y nunca había tenido que recurrir a la insistencia. Con Amanda, sin embargo, la espera se le hacía eterna. Era preciosa, pudorosa hasta el horror y tenía esa desagradable tendencia femenina a evadirse, ser huidiza y esquiva frente a sus insinuaciones mediante todo tipo de piruetas. Fingía no entender sus señales silenciosas y tenía cierto talento para no encontrarse nunca a solas con él en una habitación cerrada. Por no hablar de las innumerables veces en las que, claramente muy a su pesar, la joven viuda llevaba su deseo al límite, como cuando, mientras se humedecía los labios, se apartaba distraídamente el pelo rubio de la frente.

¿Acaso no acababa de decir que era un gesto coqueto con cierto significado sensual?

Amanda se reía de sus payasadas, sobre todo de las que iban dirigidas al pobre Stearn, o le dedicaba un guiño travieso, como en ese preciso instante: con ojos picarones, Amanda lo miró fijamente mientras se pasaba suavemente el abanico de nácar por la frente.

—Esto, mi querida Elisa, significa «Nos están observando». Creo que aún no hemos hablado de ello. Es muy útil en sociedad —añadió, dedicándole a Jay una sonrisa burlona.

Qué delicia.

Elisa soltó una risita y la imitó, una vez, luego dos, hasta que le pilló el truco. Pero Jay, dominado por sus pensamientos, miró a lady Amanda fijamente a los ojos, decidido a decirle lo que pensaba.

—Dígame una cosa, Amanda: ¿cómo se dice «le deseo» con un abanico?

La sonrisa de la joven se tornó helada. Jay habría jurado que oyó cómo su corazón emitía un latido de más. Sin embargo, Amanda se recuperó rápidamente y, tratando de mantener las apariencias delante de Elisa, contestó:

—Una dama no dice esas cosas, señor Stenson —Amanda no iba a permitir que se saliese con la suya.

—Estoy seguro de que sabrá que las cortesanas también tienen abanicos —objetó— y no son pocos los mensajes que transmiten con ellos —Como ella no le contestó, claramente porque buscaba una réplica mordaz, él decidió presionarla un poco, solo por diversión—. ¿Y bien?

Ella le dirigió una mirada que haría cuajar la leche antes de contestar:

—¡Señor Stenson, no voy a enseñarle a su hermana ese tipo de cosas!

—Así que conoce esas prácticas...

—¡Yo no he dicho eso!

—Vamos, no sea mojigata.

—¡Pero bueno...!

—A mí sí me interesan.

—Señor Stenson, nos estamos desviando del tema.

—Al contrario, creo que por fin hemos descubierto algo importante. Enséñeme cómo se dice.

—¡Ni hablar!

—¿Tiene miedo?

Jay sonrió. Había dado en el clavo. Vio cómo Amanda contraía un músculo de su delicada mandíbula. Sonaba irritada, lo que le resultó encantador. Finalmente, lo miró con odio e, impertérrita, se tapó la cara con el abanico desplegado hasta que solo se le vieron los ojos. Jay

contuvo la respiración y tuvo que recordarse a sí mismo que Elisa estaba en la habitación —de hecho, muy atenta al duelo que se desarrollaba frente a ella— para no abalanzarse sobre Amanda y hacerla suya en el acto. Allí mismo, en aquel saloncito. En el sofá familiar, o en el parqué, le traía sin cuidado.

Confundida de igual modo —aunque ahora sus ojos eran menos lóbregos y pestañeaba una y otra vez, como si quisiera recuperar la compostura—, Amanda plegó finalmente el abanico con un gesto medido y luego se volvió hacia Elisa.

—En fin, ya está bien de tonterías por hoy. Tomémonos un descanso. Luego hablaremos de los besos en la mano.

—Por favor, Amanda, no estoy cansada... ¡Sigamos hablando!

—Oh, yo, em... ¿En serio? —La joven viuda parecía molesta. Obviamente, necesitaba un descanso. Poco dispuesto a ayudarla, Jay, con una media sonrisa irónica en los labios, la dejó lidiar con la situación por su cuenta—. Bien... En ese caso, primero recuérdeme los dos preceptos clave de esta mañana y las anécdotas que los ilustran. Si los recuerda, pasaremos de inmediato a los besos en las manos...

Sobreexcitada, Elisa se agitó en su asiento y levantó un dedo.

—Uno: un caballero —o una dama— nunca debe comportarse como alguien superior, sino tratar a aquellos de menor estatus con la misma cortesía que a sus semejantes. Debe hablarles como si fueran seres humanos y no limitarse a darles órdenes. Una anécdota para recordarlo: en Francia, el propio Luis XIV era el primero en saludar a las sirvientas que trabajaban en sus jardines de Versalles, aunque fueran simples jardineras.

Jay, que había pasado la mañana reunido por trabajo, se había perdido esa parte. Las palabras de su hermana hicieron, extrañamente, eco en él. En realidad, James y Alexander eran —al menos desde ese punto de vista— unos perfectos caballeros: Alexander llamaba regularmente a Wiggins, su mayordomo, cuando a él, a Jay y a James les apetecía jugar a las cartas y les faltaba un jugador de *whist*. En cuanto a James, coqueteaba sin pudor con su ama de llaves —una mujer regordeta de unos cincuenta años— con el simple objetivo de forzar a su mayordomo a que se le declarase de una vez por todas.

Mientras él le daba vueltas al asunto, Elisa ya había levantado un segundo dedo.

—Dos: el arte de la conversación femenina puede parecer trivial, pero es absolutamente esencial. Es fundamental saber hablar de cosas sin importancia para reavivar una conversación que parece llegar a su fin, para romper un silencio pesado y aligerar el ambiente. Una gran dama francesa dijo una vez... Lo siento, he olvidado su nombre... «Las mujeres ocupan en la conversación...». Em...

—Ya sabe, las cajitas de porcelana...

—¡Ah, sí! «Las mujeres ocupan en la conversación el lugar de las plumas en las cajitas de porcelana: no se les presta atención, pero en el momento en que se prescinde de ellas, todo se hace añicos⁸».

—Muy bien, Elisa. Tiene una memoria excelente.

—¡Créame, la de Jay es mucho mejor!

—Si además de eso nos hiciera el honor de mostrar un poco más de etiqueta, ¡seríamos tan afortunadas...!

—Bueno, ¿entonces lo he conseguido? ¿Pasamos a los besos en las manos?

Amanda sonrió, incapaz de resistirse al entusiasmo de su alumna.

—Me temo que esta lección la decepcionará. En primer lugar, debe saber que esta enseñanza será puramente teórica, y muy prematura, me temo: solo una mujer casada (o viuda) tiene derecho a que le besen la mano. Un caballero nunca besa la mano de una joven casadera.

—¡Oh!

—No hay lugar para la decepción. Tendrá tiempo de sobra para recibir los respetos de un caballero una vez casada. No obstante, como me he comprometido a prepararla para todas las facetas de la vida de una dama, le contaré lo esencial. Por cierto, señor Stenson, tal vez le interese esta parte...

Stenson volvió a coger el periódico y se encogió de hombros antes de añadir:

—No tengo por costumbre besar la mano de una dama. Al menos, no fuera de la cama...

Las mejillas de Amanda se tiñeron de un tono escarlata.

—¡Señor Stenson!

—¿Qué?

Por una fracción de segundo, Amanda no dijo nada. Luego continuó:

—Bueno, hagamos como si no hubiera pasado nada. En fin, Elisa: en primer lugar, conviene que sepa que un caballero nunca debe pedirle la mano: es usted, y solo usted, quien debe ofrecérsela. Asegúrese de no llevar el guante: nunca se besa una mano con guante. Y casi nunca se besa una mano al aire libre, siguiendo la misma lógica que hemos aplicado en otras lecciones. Así que deberá extender la mano —solo un poco, ¿de acuerdo?— al caballero en cuestión, así. Pero no levante la mano hacia su cara. Hágalo ligeramente, con eso bastará. El caballero se inclinará de forma sutil, tomará su mano y se llevará sus dedos a los labios. Este no deberá inclinarse demasiado, ni tirarle del brazo, ni besarle las uñas, ni siquiera besarle como tal. Ni mucho menos usar las dos manos. No necesita tocarla en absoluto, tan solo acercarse ligeramente. Bien, así será. ¿Seguro que no quiere probarlo, señor Stenson?

—Pensaba que había dicho que una joven casadera no debía dejar que le besaran la mano...

—¿Estaba escuchando?

—Solo a ratos.

—Lo permitiremos solo esta vez, señor Stenson. Por Elisa. Deje que al menos lo experimente una vez con un hombre, para que sepa qué esperar y no esté demasiado tensa cuando llegue el momento.

—Buen intento, Amanda.

—Pero...

—No cuente conmigo, *milady*. Me parece un gesto servil y no tengo ninguna intención de actuar de esa forma. Además, es usted una tutora impecable. Seguro que Elisa sabrá cómo abordar la situación llegado el momento.

—Es usted insufrible.

—No. Lo que sucede es que estoy ocupado —Dobló el periódico y se levantó—. Las dejo con el asunto del besamanos, señoras. Tengo que ocuparme de mi correspondencia. Si me disculpan...

Dicho esto, Jay se esfumó.

Mi querida Amanda,

Te escribo esta breve misiva para informarte sobre nuestros progresos en el caso.

Hawkins y Robinson están tras la pista de ese maleante de Greystone. El nombre de tu hermano se ha mencionado en varias ocasiones, lo que sugiere que no solo hubo de vérselas con ese canalla —y sus compinches— justo antes de desaparecer, sino que puede que siga vivo, y en Londres.

Por el momento, eso es todo lo que sabemos, pero hay esperanzas, y pensé que te gustaría que te lo notificara cuanto antes, aunque sé que estás muy ocupada.

Hasta pronto, mi querida amiga.

Te deseo lo mejor,

Maggie

Vivo. ¡George estaba vivo! Amanda, con los ojos húmedos, estrujó la carta de Maggie contra su pecho, junto al corazón. No había visto a su amiga desde su encuentro en el salón de té, pero esta había prometido mantenerla informada. También habían acordado verse en cuanto Amanda encontrara un poco de tiempo más allá de su cometido. Sin embargo, la joven viuda era meticulosa y, hasta ahora, había dedicado los domingos —aunque en teoría los tenía libres— a preparar sus lecciones para Elisa. En todo caso, las dos amigas tenían la intención de verse en cuanto los detectives privados que Margaret había contratado tuvieran algo concreto que contarles.

Algo más serena por aquella noticia, Amanda dio las gracias a Stearn, que acababa de traerle el sobre —estaba tan impaciente que no había subido siquiera a su habitación para descubrir el contenido de la misiva— y volvió a centrar su atención en Elisa, que, tras guardar los abanicos, practicaba ahora la última lección del día: el menú. Jay llevaba ya un rato fuera y estaba oscureciendo. Elisa, diligente, dio los últimos retoques a la hoja en la que había redactado el menú y se la entregó muy orgullosa a Amanda, que la ojeó sin más dilación.

Crema de acedera y berros

Bisque de langosta

Pato a la naranja

Pollo al estilo Somerset y verduras en juliana

Surtido de quesos franceses, ingleses y holandeses

Postres

Crème brûlée de vainilla con coulis de caramelo

Fruta de temporada

Té, infusiones, licores

A última hora de la tarde: naranjada, limonada,

cóctel de fruta fresca.

Amanda dobló la hoja y se la devolvió, un poco distraída.

—Muy bien, Elisa. No obstante, evite ofrecer dos platos de ave de corral en la misma comida. Sustituya el segundo plato por otra carne: cordero a la menta o ternera salteada, por ejemplo. Y será mejor que excluya el pollo de sus costumbres: el pichón, un filete de faisán o un capón⁹, en todo caso, darán mejor imagen.

—Oh, entiendo...

Elisa volvió a coger la pluma y tachó el pollo de la lista.

—Y se ha olvidado de los vinos.

—Ah, cierto...

Elisa cogió otra hoja de papel y se dispuso a elegir los vinos que maridarían mejor con su menú imaginario. Para ello, Amanda le había dado una lista bien refinada. Esta última seguía sentada en su silla con la espalda recta y los ojos desenfocados.

En Londres. Su hermano estaba en Londres. ¡Y vivo! Pero ¿dónde? ¿Dónde?

Hacía meses que nadie hablaba de él. No lo habían visto en ninguna parte y Maggie, que salía constantemente y asistía a todos los eventos, jamás le había mencionado que lo hubiera visto en los lugares que tanto frecuentaba. No había ido al baile de Sandrigham. Hacía una eternidad que no se presentaba en el *Almack's*, ni siquiera los miércoles por la noche. Nadie lo había visto en *Brook's*, ni en su gimnasio de esgrima, ni en ningún lugar de Mayfair, St James's o Marylebone.

Entonces, ¿a dónde había ido? ¿Más al oeste? ¿Más allá de Hyde Park? ¿A Kensington? ¿Chelsea? ¿Al otro lado del Támesis, a los jardines de Vauxhall?

No. Aquellos lugares eran populares entre la gente de clase alta, y de ser el caso, alguno de sus amigos lo habría visto por allí. ¡Era inevitable!

¿Dónde estaría?

Amanda se sintió acalorada de repente. La cabeza le daba vueltas. Necesitaba un poco de aire fresco.

—Elisa, ¿le importa si la dejo a solas durante una hora? Me gustaría llevar la cubertería al *Donnegan's*.

—¿No prefiere enviar a Clara? ¿O a Astrid?

Amanda sonrió. Elisa estaba adquiriendo buenos hábitos y, en realidad, ese trabajo era más propio de una pinche de cocina que de una dama.

—No, me gustaría ir yo misma. Así podré darle las gracias al señor Willford en persona; es un viejo conocido.

—Oh, muy bien.

—Mientras tanto, ¿podría preparar un menú francés, uno ruso y uno italiano?

—¿Todos?

—Sí, todos. Tiene sugerencias aquí... y aquí. Todo está traducido al inglés.

—Ah, muchas gracias.

—Seguro que no habrá terminado cuando vuelva. No tardaré.

—¡Gracias, Amanda! Nos vemos en un rato.

Amanda subió a su habitación, guardó la carta de Maggie en un cofrecito en su mesita de noche, llamó a Betty y se vistió para salir. Antes de bajar las escaleras, la doncella le puso una

pelliza, unos guantes blancos y una capelina¹⁰. Una vez en la planta baja, la joven hizo subir de las cocinas la caja de caparazón de tortuga que le habían prestado en *Donnegan's*, comprobó el contenido y luego se dirigió al vestíbulo. Estaba a punto de salir cuando un ruido en el despacho de Jay, seguido por supuesto de un improperio, llamó su atención.

Amanda vaciló, sacudió la cabeza, se volvió de nuevo hacia la puerta principal, puso la mano en el picaporte, se detuvo y luego se dirigió al estudio. Finalmente, haciendo acopio de todo su valor, levantó el brazo, dobló los dedos y llamó dos veces a la puerta del estudio con discreción.

—¡Adelante!

El corazón le latía desbocado en el pecho. Amanda cerró la mano sobre el pomo de cobre y lo giró. Avanzó un paso en la habitación y luego se quedó quieta, indecisa. Sentado tras un imponente escritorio de madera de cerezo y con la espalda encorvada, Jay comprobaba el estado de las cuentas.

—¿Qué quiere, Stearn? —preguntó sin levantar la vista de sus papeles.

De repente, sintió cierto reparo. *¿Acababa de entrar sola en el despacho de un hombre? Peor aún, ¿de un hombre que la perturbaba?* Lady Amanda dudó y dio un paso atrás.

Sorprendido al no recibir respuesta, Jay levantó la vista y su rostro se distendió de inmediato.

—¿Amanda?

Confundida, la joven murmuró una disculpa e hizo amago de marcharse. Él se levantó rápidamente y extendió la mano por encima del escritorio para detenerla.

—No, quédese. ¿Quería hablar conmigo?

—No, yo... bueno, sí, pero... volveré más tarde.

Jay enarcó una ceja con aire burlón.

—¿Por qué más tarde? Estoy aquí, ¿no es cierto?

—Sí, pero... no quisiera molestarle...

—Ya es tarde para eso, ¿no cree? —respondió con una sonrisa divertida pero llena de ternura.

Incómoda, Amanda sintió que una oleada de bochorno le subía al rostro. Le temblaban las manos, así que se apresuró a colocar la caja de cubiertos en un velador cerca de la puerta para no cometer alguna torpeza aún más desastrosa. Luego dio otro paso hacia el interior del estudio — Jay se dio cuenta de que tuvo la precaución de dejar la puerta entreabierta— y se apretó las manos nerviosamente.

—Señor Stenson...

—Jay.

—¿Cómo dice?

—Le dije que me llamara Jay.

—Sí, pero... no. Quizá más adelante. No me distraiga, por favor.

Jay enarcó una ceja intrigado. Amanda parecía especialmente nerviosa. *¿Era por lo que había dicho antes, en la lección sobre los besos en las manos? ¿Por su presencia en esa habitación? ¿O traería malas noticias? ¿Quizá un favor que pedirle?* Stenson se sentó despreocupadamente en una esquina de su escritorio y extendió las palmas de las manos para invitarla a hablar sin miedo.

—Soy todo oídos.

Amanda se mordió el labio. En realidad, no era el momento apropiado para mantener esa conversación. Acababa de leer la carta de Maggie, necesitaba un poco de aire fresco y, sin

embargo, había elegido ese preciso momento para estar a solas con el señor Stenson.

Santo cielo, ¿en qué estaba pensando?

—Bueno, em... Ya hablamos de esto, aunque brevemente, pero... me temo que no escuchó los argumentos que le di aquel día —Jay enarcó la otra ceja, desconcertado esta vez. Amanda volvió a juntar las palmas de las manos, se aclaró las ideas y decidió proseguir—. De hecho, no parece haber comprendido cuánto... cuánto pueden... perjudicar sus modales a su hermana.

¿Qué? ¿Por eso estaba ahí? ¿Quería insistir en lo que el propio Alexander le había recomendado? ¿Se había corrido la voz o qué?

Amanda no había terminado.

—Verá, creo sinceramente que mejorar... sus apariencias le abriría muchas puertas. Puede que incluso le ayudase con su negocio —Era cierto. Ashford le había aconsejado al respecto—. Sin embargo, me temo que, sin su apoyo e implicación, Elisa podría acabar viéndose... limitada en algún momento de su progreso. Tiene usted una presencia considerable, mucho carisma, pero sin un mínimo de... elegancia, es probable que... eclipse su luz en algún momento.

—Sea elegante o no y, con independencia de que consigamos esa apariencia, no nos engañemos, Amanda: los de su clase ya se han formado una opinión sobre los de mi calaña. Aunque cambie mi comportamiento, todo seguirá igual.

—Se equivoca, señor Stenson. Las apariencias, la vestimenta y los modales son fundamentales. Sus orígenes no se intuyen únicamente al ver su rostro... —Jay levantó una ceja escéptico, como retándola a repetir lo que acababa de decir. Ella guardó silencio, de repente consciente de su error—. Bueno, es cierto que en su caso...

Lady Amanda había caído en su propia telaraña. *Qué emocionante*. Como para aumentar la presión, Jay separó imperceptiblemente la cadera del escritorio y dio un paso hacia ella.

—¿Y bien...?

Ella intentó no moverse.

—Bueno... Su nariz, sus cicatrices... En fin, no importa. Los nobles a veces tienen accidentes de equitación y...

—Le agradezco la comparación.

—No se ofenda tan pronto, ambos sabemos que no fue su caso.

Jay sorprendido, se rio a voces y le guiñó un ojo.

—Parece que empieza a conocerme...

—Insisto: por favor, no me distraiga.

—¿La distraigo?

Ella ignoró de forma manifiesta su pregunta —que en realidad no lo era en absoluto— y se apresuró a continuar:

—Bien, como decía, en todo caso, un aristócrata también puede sufrir... los estragos de la vida.

—Qué bellas palabras.

—En cuanto a su estatura, es... ciertamente... bueno, no es común entre nosotros, pero... En fin, tiene las muñecas, los codos y el cuello demasiado gruesos, y los hombros, demasiado anchos.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Piense lo que quiera, pero por favor, déjeme terminar. Es usted excesivamente alto y... musculoso. Y tiene demasiado...

Le señaló los brazos con el dedo índice, pero no se atrevió a mirarle.

—¿Qué? ¿Se refiere a los bíceps?

—Sí. En fin, desde luego, su figura no habla en su favor.

—Extraña conclusión...

—Por supuesto, no dudo que en ciertos aspectos de la vida le venga bien...

—¿De qué está hablando, Amanda?

—No se haga el tímido conmigo, sabe perfectamente lo que quiero decir.

—Pero me gustaría oírsele decir.

—Me está haciendo perder el hilo...

—Me halaga, Amanda.

—Bien, puede que su estatura le ayude a... atraer los favores de las mujeres, de todas ellas, ya que le agrada tanto oírlo...

—¿De todas, dice?

—Bueno, ya basta. Pese a todo lo anterior, ciertamente su altura no es típica de las clases altas y revela sus orígenes humildes. No obstante...

—¿No obstante...?

—No obstante, estoy segura de que son sus modales los que delatan su estatus en mayor medida, señor Stenson. Su acento, su forma de hablar, su brusquedad...

—¿Cree que soy grosero, Amanda?

—He dicho que es brusco. En este sentido, estoy convencida de que su hermana se beneficiaría de que usted... trabajase en sus modales. Un noble puede haber heredado una complexión ventajosa de sus antepasados, son cosas que ocurren, o frecuentar gimnasios y salas de boxeo con más asiduidad de lo que se acostumbra. Pero nunca habría recibido una educación como la suya y... y nunca saldría sin corbata... Y qué decir de su pelo...

—¿Qué tiene de malo mi pelo?

—Bueno, tal vez podría... domarlo un poco. Hay aceites que...

—Amanda, de ninguna manera me echaré aceite en el pelo. ¿Por qué no papillotes, ya que estamos?

—Pues sabe, hay hombres que...

—Prefiero no saberlo.

—Bueno, olvídense de los papillotes. El caso es que su forma de vestir, centrémonos en eso, normalmente deja mucho que desear... Entiéndame, su ropa es perfecta, no necesita cambiar de armario. O tiene un gusto impecable de forma natural —y no puedo más que felicitarle por ello — o sus amigos le han dado buenos consejos. Sin embargo, para sacar lo mejor de usted, tal vez necesite contratar a un lacayo.

—Todavía puedo vestirme solo, Amanda.

—Sí, sí, pero... ¿cómo se lo digo? Un lacayo sabría... cómo anudar su corbata, por ejemplo.

—¿La corbata?

—Sí, un lacayo sabría cómo anudarla conforme a la última moda. Hacer nudos perfectos. Es un arte, sabe, y el mismo Beau Brummel¹¹ dice que...

¡Beau Brummel! ¡El que faltaba!

Cómo olvidar al *arbiter elegantiarum*: el juez supremo de la elegancia sartorial, el buen gusto y los modales sofisticados; un dandi que no tenía nada mejor que hacer que diseñar su propia ropa, empezar modas, hacer que le lustraran las botas con espuma de champán y ser admirado por su séquito de adúladoras durante las cinco horas que pasaba acicalándose cada día.

Eso o arruinar la reputación de alguien a base de mofas bien meditadas y pronunciadas desde lo alto de su cuello blanco.

—No podría importarme menos cómo se anuda la corbata Beau Brummel.

—Señor Stenson, por favor, no se lo tome así...

—¿No me diga que usted también pierde los papeles por ese guaperas engreído?

—El señor Brummel no es, ni por asomo, un guaperas engreído. Es un hombre bien arreglado y perfumado al que le gusta la ropa lavada y almidonada a la perfección, los trajes a medida y cepillados con rigor. Realmente no veo qué...

—¡Se empolva la cara!

—¿Y qué, si eso le hace mejorar su apariencia?

—¡Maldita sea, Amanda, no puede hablar en serio!

—Se lo ruego, absténgase de maldecir en mi presencia.

—¡Ese tipejo está hasta arriba de deudas!

—Es un hombre con buen gusto, porte noble y estilo impecable.

—¡Un narcisista!

—Siempre va impecablemente afeitado.

—¡Y está arruinado!

—Esa no es la cuestión, señor Stenson. Permítame recordarle que, gracias a él, usted puede llevar pantalones en lugar de medias y calzones ajustados, o prescindir de una peluca.

—¿Lo está haciendo por el maldito besamanos?

—¿Disculpe?

—¿Todo este galimatías es porque me negué a ser su marioneta para el maldito ejercicio de besamanos?

Lady Amanda se puso tensa.

—Es usted horriblemente vulgar.

Para su consternación, él esbozó una sonrisa viril, llena de peligro, y luego dio un paso hacia ella.

—Pero por mucho que se escandalice, admita que le encanta, *milady*.

—Yo solo...

Dio otro paso y ella retrocedió contra la pared. Su respiración se volvió acelerada. Con cada inspiración cohibida, elevaba el pecho hacia él.

—Amanda, le pedí que enseñara a mi hermana, no que me dijera cómo vestirme —Jay le guiñó un ojo con aire diablesco y decidió continuar con voz grave—. O cómo desvestirme, siendo rigurosos...

—¡Señor Stenson!

—Es usted quien ha insistido... —Rápido como el rayo, Jay llegó hasta ella, le cogió la mano entre las suyas y se la llevó a los labios. Amanda sintió el ardor de su aliento a través de la tela del guante—. Ah, se me olvidaba. Jamás se besa una mano enguantada.

Con un movimiento tan hábil como veloz, agarró el dorso del pequeño guante blanco y casi se lo arrancó. Amanda jadeó de estupor y pensó que le iban a fallar las piernas. Pero él ya se había llevado su mano a los labios y la recorría sensualmente mientras se la acariciaba con el pulgar.

Conmovida hasta la médula, Amanda susurró con voz suplicante:

—Señor Stenson, no son formas de...

—Oh, mis disculpas...

Jay miró a Amanda y, con una sonrisa zalamera, alzó la mano de la joven hacia el cielo, con la palma arriba. En sus ojos castaños se prendió una chispa elocuente, un destello ambarino, un fulgor perverso, y, sin apartar los ojos de ella, le besó la palma de la mano. Su tacto le provocó un nuevo hipo de sorpresa. Jay dejó que sus besos se desplazaran hasta la muñeca de la joven y luego, hasta el brazo.

A punto de desmayarse, Amanda consiguió susurrar suplicante:

—¡Señor Stenson, podrían vernos...!

—Tiene usted razón —Muy a su pesar, y sin soltarle la mano, Jay extendió un brazo autoritario hacia la puerta que había junto a ella y la cerró de golpe. Luego volvió a mirarla y la devoró con sus ojos ansiosos. La joven jadeó—. Amanda, la deseo.

Ella no respondió, pero se le nubló la vista. El azul lino¹² de sus ojos se eclipsó de repente. Su respiración se hizo más pesada, sus pechos se agitaron contra su torso y su tez, habitualmente de un blanco opalino, se tornó rosada y apetitosa. Entonces, Jay deslizó una mano alrededor de su estrecha cintura y, agarrándola por la nuca con la otra, sin más preámbulos, tomó sus labios en un beso lleno de ardor.

Un beso apasionado.

Un beso imperioso.

Un beso anhelante.

El tipo de beso por el que cualquier mujer habría vendido su alma.

Amanda, abrumada y hambrienta, solo pudo corresponderlo, y sintió que su fervor se intensificaba cuando él la apretó contra sí para hacerle entender cuantísimo la deseaba. Avergonzada, la joven sintió una humedad ansiosa y ardiente brotar de sus muslos. Por algún milagroso instinto masculino, él pareció sentirlo también. Jay reprimió un gruñido y la agarró de las nalgas para apretarla contra su entrepierna.

Luego, sin separarse de su boca ni darle tiempo a protestar, la cogió en brazos, se volvió hacia el escritorio, apartó los papeles con una mano impaciente y brusca mientras la sujetaba fuertemente con la otra, y la colocó justo encima, antes de deslizarse entre sus muslos y atraerla contra él. Su sexo estaba duro, firme, impaciente y ansiaba su intimidad. Amanda se sintió horrorizada por la indecencia de aquella postura, pero Jay se apoderó de sus labios con autoridad y la despojó de su sombrero, su pelliza y su chaqueta spencer.

Incapaz de resistirse a él, de pensar con claridad, de razonar, ella se dejó hacer. Cuando llegó a su vestido, Jay tiró violentamente de su escote y la tela cedió. Con ese gesto, Stenson arrastró los finos velos de tul y la parte superior de su corsé. Él se apartó de ella un instante e, incapaz de controlar sus ojos, la contempló con avidez. Jadeante, Amanda pensó que era el momento para recomponerse, para echarse atrás, pero entonces lo vio, con la mandíbula apretada y las fosas nasales dilatadas, desabrochándose los pantalones. Sin poder evitarlo, siguió sus movimientos con la mirada hasta que su sexo erecto surgió de los pantalones. La joven ahogó un grito y se llevó una mano a los labios.

Era largo, moreno e imponente. Nunca había visto el de Charles —siempre hacían el amor a oscuras, porque ella se lo pedía—, pero estaba segura de una cosa: no era tan grande como el de Jay.

—Jay...

Pero él no tardó en acomodarse contra ella, agarrarla por la nuca y tomar sus labios. Ella se sintió desvanecer y gimió cuando él deslizó la lengua en su boca, buscando la suya. Perdió el

equilibrio y, alterada y desorientada, se dejó hacer. Sus labios estaban calientes, acuosos. Eran succulentos y aterciopelados. Su lengua estaba húmeda. Dura y ardiente, la envolvía. Ella gimió de nuevo y, para Jay, eso fue una señal.

Con una mano febril, le subió las faldas hasta las caderas, deslizó una mano bajo su pelvis y guio el miembro hacia su abertura. Ella se puso rígida y él se apartó de sus labios. Su mirada estaba cargada de deseo y la observó con fijación durante unos segundos para darle la oportunidad de negarse a seguir. Pero Amanda hacía tiempo que había perdido toda la razón. Cerró los ojos y movió imperceptiblemente las caderas hacia él.

Fue entonces cuando Jay la penetró. Amanda casi gritó ante la violencia de la embestida, la longitud de su miembro y la intensidad de su placer. Echó la cabeza hacia atrás y jadeó. Pero Jay ya se había retirado ligeramente. La agarró por las nalgas y volvió a embestirla. Una vez. Dos veces. Diez. El escritorio empezó a temblar bajo la fuerza de sus idas y venidas y Amanda, ebria de deseo, con los dedos apretados en el canto del mueble, solo fue capaz de ofrecerse a él.

Desaliñado, con los ojos velados por la pasión y el pelo revuelto, Jay volvió a penetrarla. Lo hizo una vez más, y otra, y otra. El sudor le corría por la frente y el cabello se le pegaba a las sienes. Amanda, exhausta, se dejó caer de espaldas. Él le pasó un brazo por la espalda y acompasó sus movimientos, casi tumbándose encima de ella.

Su sexo era plúmbeo, grande, vigoroso, y la llenaba por completo. Sentir su peso sobre ella era increíblemente excitante. Era como si se volviera líquida bajo sus imperiosas embestidas.

Con la respiración entrecortada y el corazón en llamas, Amanda sintió que él aceleraba el ritmo y se agarró a sus hombros. Los músculos de Jay, bajo la batista, se tensaban al tacto de sus dedos y, por un momento, pensó que iba a desmayarse. Con cada arremetida, el escritorio se tambaleaba. Él cerró los dedos sobre la nuca de Amanda para inmovilizarla contra él y, con un gemido ahogado, redobló sus esfuerzos. Duro como una roca, su sexo potente, febril y frenético penetró aún más en ella —si eso era posible— y ella gritó, descontrolada. Inmediatamente, Jay le tapó la boca con la suya para acallar su gemido, y, con un último y vigoroso vaivén de la pelvis, se unió a ella en su orgasmo.

Pasaron segundos. Sin aliento y abrumados, permanecieron tumbados unos instantes. Apoyándose en los codos, Jay, con el cuello hacia abajo y los ojos cerrados, jadeaba. Todavía alojado dentro de ella, su sexo latía al ritmo de su flujo sanguíneo, furioso y volcánico. Finalmente, Stenson besó a Amanda en el pelo, salió de su humedad y la ayudó a ponerse en pie.

La joven, enrojecida por la confusión, aceptó su mano antes de sentir una fresca corriente de aire en el pecho. Amanda volvió de una forma brusca a la realidad. Se bajó las faldas con un movimiento abrupto y se cubrió los pechos con ambas manos antes de girar la cabeza a derecha e izquierda, buscando su capa. Al percibir su confusión, Jay cogió la prenda que yacía en el suelo y se la tendió. Turbada, ella estuvo a punto de arrebatársela de las manos y se la apretó contra el pecho, encogiéndose contra el escritorio.

—¡Dios mío, no! Santo cielo, ¿qué hemos hecho?

—El amor, Amanda —respondió Jay con sencillez, abrochándose los pantalones.

Ella gimió suavemente.

—¡Oh, Dios! Por favor, ¡dígame que no es cierto, se lo suplico!

—Amanda, cálmese. No es para tanto.

—¿Que no es para tanto? ¡Por Dios, Jay, me ha deshonrado! Ahora solo soy una... ¡Cielos, soy una fulana!

Desconcertado, Jay la vio dejarse caer al suelo y llevarse las rodillas al pecho. Aunque en

cierto modo esperaba una reacción así, los intensos remordimientos de Amanda le perturbaron. Rápidamente se metió la camisa en los pantalones, se remangó los antebrazos e, indeciso, se pasó una mano por el pelo. Amanda, por su parte, comenzó a sollozar. Un poco desconcertado, Jay se subió las perneras de los pantalones y se agachó frente a ella. Extendió una mano y la puso sobre su regazo. Ella se apartó.

—Por favor, Jay, no me toque...

Enojado, puso los ojos en blanco.

¿A qué venían tantos remilgos después de lo que acababan de hacer?

—Amanda, yo quería, usted quería. Yo soy libre y usted, también. Es muy sencillo; algo común y corriente. ¿Por qué complicarlo?

—Se equivoca, Jay. Yo no soy libre como usted.

—Es usted viuda, ¿me equivoco?

—Pero estoy de luto.

—De medio luto.

—Es lo mismo.

—¿Lo amaba?

—¿Disculpe?

—¿Amaba a su marido?

—Ese tipo de preguntas no se hacen jamás.

—¿Por qué?

—Porque... porque...

—¿Lo amaba, Amanda?

Sorprendida, la joven se puso a la defensiva. Se secó las lágrimas con un gesto de rabia y le miró fijamente a los ojos.

—Yo... yo... ¡por supuesto que quería a Charles! Es evidente. ¡Todo el mundo le quería!

—Eso no es lo que le estoy preguntando.

—Entonces, ¿qué me pregunta?

—Le pregunto si lo amaba. Ya sabe, si lo que sentía era amor verdadero, pasión. Si habría hecho cualquier cosa por él. Si lo habría sacrificado todo por él. Si le habría hecho el amor día y noche. Si lo amaba como para abrirse las venas, para serle fiel el resto de su vida, si él siguiera con nosotros. Insisto: le pregunto si lo amaba, Amanda.

—Yo... no es asunto suyo, Jay. No puedo responder a eso.

—No hace falta, acaba de hacerlo.

Ella lo miró fijamente, horrorizada de haberle dado la razón.

—No importa lo que sintiese por él, señor Stenson, ¡esa no es la cuestión! Estoy de luto.

—Oh, ¿de repente ya no me llama Jay?

—No. No se merece que le llame Jay. Se ha comportado como un animal zafio y burdo. Se ha aprovechado de mi debilidad y... me ha comprometido.

—Amanda, ¿me permite que le diga que es una hipócrita? La hipócrita más hermosa y deseable que he conocido nunca, pero una hipócrita, al fin y al cabo.

—Le prohíbo que...

—Vamos, Amanda, sea honesta. Quería esto tanto como yo. ¡Al menos tenga el valor de admitirlo!

—¡Es usted un animal!

—Y usted una mojigata.

—Gracias.

—No es un cumplido.

—Teniendo en cuenta sus modales, me tomaré cualquier cosa que critique de mí como un cumplido.

—Hace un momento, mis modales no parecían importarle lo más mínimo...

—¡Oh! ¡Será posible!

Parecía tan ofendida que a Jay casi le entró la risa.

—Vamos, Amanda. Dejemos de discutir. Lo hecho, hecho está. No hay necesidad de torturarse.

La joven se llevó ambas manos a los ojos y apretó las palmas contra los párpados.

—Dios mío, ¿cómo podré perdonarme?

Como no pretendía dejar que volviera a compadecerse de sí misma —esas muestras de culpabilidad eran una mala señal para seguir haciendo el amor en el futuro, y Jay no tenía intención de renunciar a la idea de volver a tener un desliz—, cogió la mano de la joven y le acarició suavemente el dorso con ambos pulgares.

—Amanda, no tiene nada que reprocharse. No está pensando con claridad; eso es todo. Véalo como... un intercambio entre un hombre y una mujer dispuestos, y uno muy placentero, por cierto.

—No.

—¿Acaso no le ha resultado placentero? —Ella lo miró fijamente. Jay sonrió. Al menos, ya no lloraba—. Hoy ha trabajado mucho. Creo que debería descansar. No se preocupe. Nadie ha visto nada y soy muy discreto —Ella lo miró incrédula, pero él le sostuvo la mirada—. Cuando una mujer presume de haber estado en mi cama... o en mi escritorio —A Amanda no pareció gustarle la broma—, no se lo impido, no me importa. Y créame, aunque parezca mentira, por alguna razón que se me escapa, y en contra de lo que se suele decir de las mujeres, son más bien pocas las que tratan de ocultarlo, incluso dentro de su casta. Pero en lo que a mí respecta, no tengo necesidad de ir gritando a los cuatro vientos los nombres de quienes me han ofrecido sus favores, sean marquesas, doncellas o *demi-mondaines*. No tiene de que preocuparse. Nadie se enterará, le doy mi palabra. ¡Ahora, en marcha! Póngase el abrigo, haga como que ha vuelto a casa y suba a descansar. Y no se preocupe por los cubiertos; los llevaré a *Donnegan's* mañana mismo.

¹ N. de la T. Postre similar a unas natillas aromatizadas con vino.

² N. de la A. «Robar relojes». El acento *cockney* (desde el punto de vista histórico, el habla de las clases populares de Londres) está repleto de argot y de expresiones particulares.

³ N. de la A. «Lustrar los zapatos», emulando el acento *cockney* una vez más.

⁴ N. de la T. Literalmente, «la colina de la torre». Se trata de una elevación del terreno situada al noroeste de la Torre de Londres, en el límite de la City. Recordemos que el Tower Bridge era el límite entre los barrios del este y el oeste, y que una vez se pasaba Tower Hamlets, la calidad de vida mejoraba.

⁵ N. de la T. Es importante tener en cuenta que existen variantes del lenguaje del abanico.

⁶ N. de la T. Según el DLE, «cortejo que se hacía a una mujer» y, por extensión, «hombre que practicaba el chichisbeo».

⁷ N. de la T. El no va más, lo mejor de lo mejor.

⁸ N. de la T. Traducción no oficial de la cita de Suzanne Necker, nacida Curchod, madre de la baronesa de Staël. Fue una mujer de letras franco-suiza que se codeaba con los círculos de intelectuales de la corte de Luis XVI, dado que su marido fue ministro de Hacienda en la época.

⁹ *N. de la T.* En este caso, gallo que se castra cuando es pequeño y se ceba para comerlo.

¹⁰ *N. de la T.* También llamado «capellina», sombrero similar a una pamelita.

¹¹ *N. de la T.* George Bryan Brummel, más conocido como «Beau Brummel» fue un caballero dandi y conocido ministro de la moda y el gusto en la Inglaterra de la Regencia. Era, por tanto, una referencia para la gente de la alta sociedad.

¹² *N. de la T.* Un tono más bien lila, propio del lino de Narbona, una planta herbácea cuya flor se conoce también como «lino azul», de ahí la comparación.

VII

Jay estaba de mal humor.

Habían pasado tres días ya. Tres días desde que la había tomado en su despacho. Tres días en los que Amanda le había tratado con desdén. Tres días en los que él no había conseguido sacársela de la cabeza y ella le rehuía como a la peste. Tres días que en los que él habría vuelto a caer en la tentación, pero ella fingía no verle. Tres días en los que un deseo tan ardiente como tenaz le roía las entrañas, le perseguía por las mañanas, le quitaba el sueño por las noches. Era incapaz de soñar con otra cosa.

Hacía tres días que ella recurría a artimañas, subterfugios y pretextos para mantenerlo a cierta distancia —aunque él estuviera en casa de forma permanente—: salidas con Elisa, compras en Bond Street, paseos por el parque... No, no le estaba permitido acompañarlas: había recibido muy mala educación y su presencia suponía un peligro para su hermana, que podía ser abordada por algún caballero encantador en cualquier momento.

Era doloroso. Muy doloroso. Insoportable.

Jay cruzó el gran salón del *White's*, se dejó caer en su sillón y llamó a un lacayo para pedirle un vaso de ginebra y un plato de «lo que quisiera, siempre que fuera abundante». James levantó la vista de su periódico con ojos perplejos y dobló la mitad superior.

—¿Y bien, amigo mío? ¿Estás de mal humor esta noche?

—En absoluto. Solo tengo hambre.

—Vaya, ¡qué sorpresa!

Jay ignoró el sarcasmo, estiró sus largas piernas y cruzó los pies sobre la mesita.

—Veo que las lecciones de lady Amanda están dando sus frutos... —bromeó James.

—La contraté para mi hermana, Eastlake. Como ya te he dicho, no tengo intención de cambiar mi comportamiento.

—¡Pobre Ashford...! ¡Él, que tenía tantas esperanzas puestas en esa encantadora joven!

—Desde que Ashford se casó, se ha convertido en un cretino.

—Lo reconozco. Yo me atrevería a ir más lejos: todo empezó cuando conoció a Jade. Yo, en cambio, jamás pensé ni por un momento que una mujer, quienquiera que fuese, te hiciera cambiar tus burdas costumbres.

—Veo que, a diferencia de él, aún conservas la lucidez.

—Sí, gracias. ¿Cómo van las lecciones?

—Bien. Elisa está contenta.

—Eso es lo principal. ¿Y tú?

—¿Por qué me preguntas esto?

—Es una pregunta muy sencilla.

Jay se abstuvo de contestar y se acomodó en su asiento. Las preguntas de Eastlake nunca eran sencillas, ni tampoco infundadas.

Aún era temprano y el ambiente en el *White's* era más bien tranquilo. Algunos miembros de la aristocracia, sentados en sus sillones de cuero como ostras en sus conchas, hojeaban *The*

Times, hablaban de política, jugaban al ajedrez o bebían una copa de borgoña, coñac o *bourbon*. En la habitación de al lado, había empezado una partida de billar. En la chimenea ardía un fuego crepitante y los lacayos en librea se turnaban entre los miembros del club para tomar nota de sus exigencias.

Como todos los jueves, James y Jay se habían reunido allí a las ocho de la tarde. Cuando Alexander estaba en Londres —lo que solía ocurrir de abril a agosto, ya que el otoño lo reservaba para sus partidas de caza y el invierno para sus viajes—, este último se unía a ellos y, para compensar sus ausencias, remataba la reunión semanal con una cena de solteros los fines de semana. Bueno, solía ser de solteros... hasta que el conde contrajo matrimonio con la bellísima y jovencísima Jade.

Desde que se habían casado, lo que antaño había sido una cena para tres a menudo se convertía en una comida en frío para cuatro. Esto último no les molestaba demasiado, ya que Jade era ingeniosa y divertida, tenía un encanto natural y buena conversación. Al llegar el otoño, el conde y la condesa de Ashford los habían invitado a sus tierras de Kent y, aunque ni James ni Jay cazaban —el primero porque detestaba la campiña y el segundo porque jamás había recibido formación en el tiro y la montería¹—, los dos amigos se habían unido la pareja durante dos o tres semanas, y con gusto. Allí habían jugado a las cartas, charlado, leído y, al igual que en Hemsworth House, la comida había resultado ser excelente. Jay estuvo más que satisfecho con esto último.

Pero además de las ocasionales excursiones a la campiña, Jay y James, como buenos ciudadanos, nunca faltaban a su cita de los jueves en el *White's*. Era un ritual, una forma de vida, una pequeña tradición que se había instaurado entre ellos desde el principio. Alexander y James habían apadrinado a su nuevo amigo plebeyo y, mediante una presión constante, habían conseguido que lo aceptaran como miembro del club masculino más famoso de Londres.

—Su ginebra, señor. Y su rosbif.

—Gracias.

Hubo un alboroto cerca de la entrada y tres hombres, absorbidos por la conversación, entraron en el salón. Entregaron sus bastones, abrigos, guantes y sombreros de copa a los lacayos y pidieron una jarra de Chianti² antes de mirar a su alrededor en busca de una mesa libre.

—No la creía capaz de gritar —admitió uno de ellos al pasar junto a Jay—, pero esa fulana consiguió que todo el servicio se amotinara. Tuve que despedir a la mitad. ¿Saben lo que se tarda hoy en día en encontrar un mayordomo en condiciones?

El hombre se dejó caer en un sillón de cuero tapizado y sus acólitos tomaron asiento frente a él.

—¿Y la ha visto desde entonces? ¿Sabe si le ha mencionado el asunto a alguien?

—Claramente, a ese cabrón de Stenson —James, que había reanudado su lectura, bajó ligeramente el periódico y miró fijamente a Jay por encima de las páginas—. He oído que ha dejado que se quede en su casa, ¡e incluso le está pagando por sus servicios! ¡Esa puta quiso tomarme el pelo!

James hizo una mueca, cerró los ojos y suspiró, pero para entonces, Jay ya se había levantado. El advenedizo se incorporó para dejar ver su esbelta figura y se acercó a los tres hombres. Decidió sentarse junto a la silla de Richard Keat, que levantó la vista hacia él y ahogó una exclamación de asombro.

—Retire lo que acaba de decir —le ordenó Jay con una voz espectral.

Se hizo un silencio de estupefacción en la mesa y James se puso en pie.

—¡Caramba, Stenson! —exclamó lord Keat sin dignarse a levantarse de su asiento, con un desprecio evidente en la voz.

—Retire lo que acaba de decir de lady Amanda, maldito cabrón, o le molere a palos —repitió Jay, apretando la mandíbula y los puños.

—Bueno, bueno... Cálmese, amigo. No es asunto suyo lo que diga o deje de decir sobre una puta de mi clase social. Sea amable: límitese a defender el honor de las putas de su mundo y déjenos a nosotros ocuparnos del nuestro.

James no tuvo tiempo de intervenir. Jay se inclinó hacia delante, agarró al patán por la solapa de la levita y le asestó un puñetazo magistral con la izquierda. Aturdido, el marqués se desplomó en su silla y sus semejantes saltaron de sus asientos. James extendió la palma de la mano con gesto autoritario.

—Por favor, no interfieran, caballeros. Démosles el honor de resolver esta disputa entre ellos.

Ettlesham volvió en sí. Inquieto, se pasó la lengua por los dientes antes de sacar un pañuelo, desplegarlo con un movimiento de muñeca y limpiarse la sangre de la nariz. Luego lo dobló con cuidado, volvió a guardarlo en el bolsillo, se levantó y se plantó delante de Jay, que le sacaba una buena cabeza.

—Elija su arma, Stenson. Le espero mañana al alba en Hampstead Heath.

—No.

—¿No?

Lord Keat esbozó una sonrisa sangrienta.

¿Stenson había rechazado el duelo? ¡Qué vergüenza, incluso para un plebeyo!

—Que sea aquí y ahora, a puño limpio.

La sonrisa del marqués se tiñó de malestar y miró fijamente a su oponente.

—Un duelo y una pelea callejera no son exactamente lo mismo, aunque nadie aquí le culpará por no haber captado la diferencia, Stenson...

Los ojos de Jay se oscurecieron aún más y una llama ámbar se encendió en ellos. Desprendía un aire amenazador.

—¿Tiene miedo, Ettlesham?

La sonrisa del marqués se curvó hasta convertirse en una mueca desdeñosa.

—¿De un hombre como usted, Stenson? Desde luego que no. Usted se lo ha buscado. Vayamos abajo.

Para pasar de las palabras a los hechos, Ettlesham apartó a Jay de un empujón y se dirigió a la escalera trasera que conducía al sótano. Sus dos acompañantes le siguieron y Jay hizo lo propio, con James pisándole los talones. A su paso, unos cuantos aristócratas levantaron la cabeza, otros doblaron los periódicos y las voces que antes se escuchaban guardaron silencio.

—¡Voy a matarlo! —murmuró Jay en un arrebato de ira.

—Cuidado, Stenson: Ettlesham tiene una derecha peligrosa y la fama de asestar golpes bajos.

—¿Has luchado alguna vez contra él?

—No, nunca. Pero su reputación le precede y, créeme, no es a su favor. Los boxeadores de mi club no le tienen especial estima. Ashford lo odia.

Perfecto.

Si Ettlesham no peleaba limpio, el enfrentamiento sería como volver a las peleas de antaño. Jay no tendría reparos en devolvérsela a puñetazos.

El grupo bajó al sótano, donde estaba la bodega del club. Había un ligero olor a moho, polvo

y alcohol en aquel lugar. Hacía algo de frío, y el espacio estaba dividido entre una sala principal abovedada y varias alcobas secundarias, llenas de botellas polvorientas situadas bajo unos arcos de dovelas³ regulares.

En la zona central no había muchos obstáculos que pudieran considerarse un estorbo: bastó con arrimar unos cuantos barriles a los lados, alinear las cajas de *whisky* a lo largo de la pared y descolgar los jamones. Finalmente, se trazó un amplio círculo en el suelo de tierra.

Luego, cada uno de los dos púgiles se aisló en un rincón de la sala, flanqueado por su testigo o testigos. Los contrincantes se quitaron la levita, la corbata y el chaleco y se remangaron la camisa.

—¿Está seguro de querer hacer esto, milord? —preguntó uno de los testigos a Ettlesham, que ya estaba dando saltitos, sacudiendo los brazos y estirando el cuello.

—Segurísimo, Witchfield.

—Dicen que ese hombre boxeaba en las calles... —añadió el otro— y que se ganaba la vida peleando. No es precisamente un enclenque.

—¡Bah! ¡No me venga con historias, Falloway! ¿De verdad cree que un simple gallo de corral tiene la más mínima posibilidad de aguantar cinco minutos frente a la técnica del boxeo inglés? Si anda escaso de fondos, apueste a lo grande, amigo. Esta noche ganará una fortuna.

Ettlesham se dio la vuelta y, mientras se golpeaba la palma de la mano con el puño, se dirigió al centro del círculo antes de crujirse los nudillos. Jay ya le esperaba allí, con el cuello tenso, perfectamente inmóvil.

—¡Al primero que caiga! —anunció James en voz alta—. El combate puede empe...

Incluso antes de que hubiera terminado de anunciar el combate, Ettlesham inició la pelea con un violento golpe directo. Pero Jay supo anticiparse y lo esquivó con facilidad. Contraatacó con un gancho de derecha y luego, tras liberar la izquierda, asestó un potente golpe a la mandíbula de su oponente. Este se tambaleó y dio un paso atrás. Le siguió un revés, cuando el marqués intentaba recuperar el equilibrio.

Entonces todo sucedió muy deprisa. *Uppercut*⁴, directo, directo, *uppercut*, gancho, revés, golpe de martillo. Ettlesham se desplomó y Jay se le echó encima.

James, con la boca abierta, contemplaba la escena. Jay estaba luchando con una brutalidad fría y calculada, algo que jamás había visto. Golpeaba a su oponente con una violencia sin precedentes y Ettlesham, que ya no estaba en posición de herir a nadie, ni siquiera intentaba defenderse. El insensato estaba tumbado en el suelo, sangrando. Puede que incluso estuviera inconsciente.

Aquella pelea no era un duelo; era una matanza. Un enfrentamiento violento, diligente, casi animal, sin honor ni finura. No era caballeroso, sino que desafiaba las leyes de lo humano. Era evidente que, si no intervenían, solo el más fuerte saldría con vida.

—¡Basta! ¡Separémoslos!

Pero los testigos de Ettlesham, congelados por el horror, no se movieron. James se metió entonces en la pelea y trató de agarrar a Jay.

—¡Stenson! ¡Stenson, ya basta! ¡Vas a matarlo!

Jay, en el culmen de la furia, al fin consiguió entrar en razón. Dejó de golpear y, sin aliento, miró fijamente a su oponente, que apenas respiraba. En un último arrebato de cólera, se inclinó sobre lord Keat, le agarró por el cuello de la camisa y le susurró al oído, de modo que solo él pudiera oírle:

—Déjela en paz, Ettlesham. Déjela en paz y cierre el pico de una vez. De lo contrario, créame, le diré a todo Mayfair que abusó de una mujer bajo su propio techo. ¿Está claro?

El otro hombre, con la cara ensangrentada y la nariz torcida, asintió débilmente. Jay lo soltó y Richard rodó sobre el costado entre gimoteos.

James, aún en estado de *shock*, observó cómo Jay se ponía en pie, escupía al suelo y recogía su camisa. Exudaba violencia por cada poro de su piel y, de espaldas, abrió y cerró los puños para comprobar el estado de sus nudillos, antes de coger la camisa —hecha un ovillo— para secarse las axilas y el pecho sudoroso. James se volvió hacia Witchfield y Falloway para dejar que a su amigo se le pasara la fiebre de la batalla.

—Les aconsejo que salgan de aquí cuanto antes. ¡Pero oigan! Llévenselo —añadió, señalando a Ettlesham, mientras los otros dos ya corrían hacia la escalera.

Los dos testigos, que miraban con aprensión a Jay, mientras que este ni siquiera les prestaba atención, levantaron a su campeón, que gritó al ponerse en pie y huyeron sin pedir ayuda.

Ahora reinaba un pesado silencio en el sótano. Jay estiró la camisa en el aire y, con los músculos agarrotados, asomó la cabeza por el cuello. Luego, sin decir palabra, se la abotonó de nuevo y cogió el chaleco. James, atónito, siguió observando a su amigo mientras se vestía. Para romper por fin ese silencio que lo estaba volviendo loco, se plantó frente a Jay, estupefacto, y le gritó casi con rabia:

—Por el amor de Dios, Stenson, ¿puedes explicarme lo que acaba de suceder?

—¿Explicar qué, Eastlake? —gruñó Jay, aún preso por la rabia que lo había corrompido unos minutos antes.

—«¿Explicar qué?». Cielo santo, Stenson, ¡casi matas a ese hombre!

—No se merecía menos.

James sacudió la cabeza con incredulidad.

—Vas a tener que darme una explicación, amigo. Quiero decir, ¿qué te pasa? ¿Desde cuándo te importa el honor de una mujer que no sea tu hermana?

—No me gustó lo que ese hijo de puta dijo de ella.

—Sí, ya, eso lo hemos entendido todos. ¿Y...?

—Y eso es todo. No volverá a molestar a Amanda. Se acabó.

James lo miró fijamente. No estaba seguro de haberlo entendido.

—¿La llamas por su nombre de pila?

—Eso no tiene importancia.

—Al contrario, yo creo que sí importa. Por el amor de Dios, Stenson, ¿estás enamorado de ella?

—¡No seas ridículo!

—No, Stenson. ¡A mí, no; hazme el favor! Podrás engañar a Ashford, que ya no está en sus cabales, pero a mí, no. Te conozco mejor que nadie. Nunca peleas por nimiedades... o por nada, en general. Quizá tu hermana sea la excepción...

—No me he peleado por nimiedades, lo he hecho por la reputación de una mujer a la que tengo en alta estima, y que está en una situación comprometida, en parte por mi culpa, porque la he contratado para un trabajo remunerado y, por eso mismo, circulan rumores sobre ella. Eso es todo.

—¡Tonterías! Te acostaste con la duquesa de Devonshire, que fue lo suficientemente estúpida como para presumir de ello y fue objeto de burlas durante seis meses. Pero no luchaste por ella, ¿me equivoco?

—No tenía ninguna razón para hacerlo.

—¿Y qué hay de lady Amanda? ¿Con ella sí tienes razones, tal vez?

—Casi la viola, Eastlake. Ese canalla casi la viola. En su propia casa.

—¿Quién? ¿Lord Keat?

—Sí.

—¡Dios santo!

—Ni se te ocurra difundirlo por ahí.

—Es una pena, ¡estaba deseando gritarlo a los cuatro vientos!

Jay ignoró el sarcasmo de su amigo.

—En fin, ya está arreglado. Se alejará de ella y mantendrá la boca cerrada.

—¡Aleluya! ¡Qué bueno tenerte de nuevo con nosotros, Stenson! Es todo un placer. La verdad es que no sé dónde has estado el último cuarto de hora, pero podías haber evitado dejarnos a solas con un asesino del East End que tenía más pinta de Goliat que de David, en mi opinión. Nunca había visto algo así en el *ring*. Jamás. Y créeme, he asistido a muchos combates. Me has dado un susto de muerte, amigo mío.

Jay se encogió de hombros.

—Cómo se nota que nunca has luchado para sobrevivir, Eastlake...

—Cierto, no he tenido la misma suerte que tú. Pero permíteme que te diga que esta noche tú tampoco has luchado para sobrevivir, Stenson.

—No, tienes razón.

Pero era casi lo mismo.

—En resumen, hay tres ocasiones en las que siempre deberá detenerse e inclinarse —y en las que su hermano se quitará el sombrero; cuento con usted para que se lo recuerde—: un cortejo fúnebre, una exhibición de la bandera nacional —con independencia de que sea la de otro país— y una procesión del Corpus Christi, aunque solo sea por respeto a las creencias ajenas, si no las comparte.

—¿En cualquier parte?

—Sí, en cualquier parte. Por último, no olvide, como hemos visto esta mañana, que la verdadera nobleza proviene del corazón y el ánimo, no de la sangre ni de la fortuna. Tenga tacto, actúe con gracia y amabilidad y parecerá mucho mejor nacida que cualquier dama soberbia y ególatra, por muy puro que sea su linaje.

—Gracias, Amanda. Lo tendré en cuenta.

—Muy bien. Ahora vamos a abordar uno de los capítulos más difíciles de su formación: los títulos —Ejército, Iglesia, nobleza y cuerpo diplomático— y, sobre todo, las reglas de prelación: cómo dirigirse a cada persona según su posición o rango militar, qué términos utilizar, cómo evitar equivocarnos... Es un capítulo que podría llevarnos varios días. Pero para eso, Elisa, vamos a tener que ir al British Museum.

—¿Al British Museum?

—Sí. Para ser más exactos, a la biblioteca. Vamos a necesitar un libro que, sin duda, tendrán: *Debrett's*. O, en su título completo, *Debrett's Peerage and Baronetage*: el directorio nobiliario de nuestro hermoso país. Una perla donde las haya, Elisa.

—¿Voy a tener que... aprendérmelo de memoria, Amanda? —preguntó la joven a su tutora,

separándose de ella con cara de preocupación.

—Oh, no, no, ¡no se preocupe! Al menos, no entero. Utilizaremos ese libro sobre todo para... ejercicios prácticos. Y, con un poco de suerte, el bibliotecario también tendrá a su disposición las guías de buenos modales que la misma editorial publica cada año: *Debrett's Guide to Entertaining*, *Debrett's Guide to Correspondence* y, sobre todo, *Debrett's Etiquette and Modern Manners*⁵. Son auténticas minas de oro. Pediremos prestadas una o dos de ellas en los próximos meses. Puede que incluso tengan el *Almanaque de Gotha*, pero eso es para más adelante.

—¿Qué es eso?

—Un directorio de jefes de Estado, casas reales y familias soberanas presentes y pasadas de la nobleza europea. Es la mejor obra referente de monarquías imperantes, antiguas dinastías principescas, familias ducales y gobiernos actuales: altos funcionarios, diplomáticos... Asimismo, en el libro encontrará biografías, detalles genealógicos y títulos europeos revisados año tras año. En sus tres tomos figuran cientos de familias europeas. Un tesoro, ¿no cree? En particular, los capítulos reservados a las familias principescas del Sacro Imperio Romano Germánico y de la península itálica son una verdadera joya. Es cierto que no es un libro del todo imparcial: tiende a exaltar los linajes germánicos y a infravalorar a las familias mediterráneas, pero... merece la pena consultarlo. Es un clásico. En fin, empecemos por *Debrett's*, ¿de acuerdo? Eso nos mantendrá ocupadas un rato. Supongo que hoy pasaremos buena parte de la tarde allí. ¡No olvide sus guantes! Una dama...

—... nunca sale sin guantes y sombrero.

—Muy bien.

Amanda se volvió hacia la puerta principal. Estaba a punto de asir el picaporte, pero de pronto, esta se abrió de golpe. La esbelta figura de Jay surgió al otro lado.

—¡Oh, Jay! —exclamó Elisa con entusiasmo—. ¡Llegas justo a tiempo! ¡Amanda y yo íbamos a salir! ¿Quieres venir?

Sorprendida por la espontánea propuesta de la joven, Amanda no tuvo más remedio que cruzar las manos, bajar la mirada y esperar angustiada la respuesta de Jay.

—¿A dónde van, *miladies*? —preguntó este a su hermana, sin apartar la mirada de Amanda, no obstante.

—A la biblioteca del British Museum. Vamos a estudiar todo el linaje británico: condes, barones, duques... y más tarde, los coroneles, capitanes, generales... en fin, todo.

—Qué emocionante.

—No tiene por qué venir, señor Stenson —dijo Amanda de pronto, levantando la cabeza—. Es solo una pequeña excursión sin mucho interés. Volveremos antes de que se dé cuenta.

Elisa giró la cabeza hacia ella, extrañada.

—Creía que íbamos a quedarnos allí parte de la tarde...

—Bueno, sí, pero...

Jay miró a Amanda con insistencia. No le apetecía en absoluto llenarse la cabeza de nombres de tierras y principados, pero Amanda llevaba casi seis días haciendo todo lo posible por mantenerlo alejado de ella, y él ansiaba sentirla de nuevo entre sus brazos. Aquella joven le había proporcionado sensaciones como pocas veces había experimentado, y ahora solo tenía una obsesión: hacerla sucumbir de nuevo. Pero para que eso sucediera, necesitaba pasar tiempo con ella.

—¡Justo lo que necesitaba, estirar las piernas!

—Señor Stenson, acaba de volver del *West India Dockyard*⁶—objetó Amanda, que parecía alarmada ante la idea de que él las acompañara.

—¿Y?

—Que está a unos seis kilómetros de aquí. Y si no me equivoco, ha ido y ha vuelto a pie en tan solo una mañana.

—¿Y?

—Y... nada.

—¡Perfecto! En ese caso, ¿a qué esperamos?

Sin dar a Amanda la oportunidad de discutir, Jay le ofreció su brazo derecho y luego le tendió el izquierdo a su hermana. La joven lady Keat, con un enorme nudo en el estómago, dudó unos instantes. Era consciente de que su alumna los observaba con fijación. Como de costumbre, Elisa no se perdía ni un segundo de sus interacciones. Por otra parte, Stearn los había acompañado hasta la puerta, y como no estaba dispuesta a hacer pública la desazón entre el señor de la casa y ella, aceptó agarrarse del brazo de Jay. En ese momento, Amanda redescubrió la estimulante sensación de sus músculos bajo sus dedos y se le encogió el corazón.

Si bien Elisa estaba acostumbrada a caminar con cierta rapidez, Jay, satisfecho, acompasó el ritmo de sus zancadas a los pasos de Amanda. Sin embargo, para cuando cruzaron Oxford Street, lady Keat volvió a las andadas.

—No sé qué decir, señor Stenson. Me temo que se va a aburrir mucho con nosotras. ¿Seguro que no tiene algo mejor que hacer?

—No tengo nada mejor que hacer que disfrutar de su compañía, Amanda.

—Señor Stenson, insisto en que vamos a estudiar títulos, apellidos y costumbres —rebatía ella, con voz firme y mirada elocuente.

—Lo estoy deseando.

—Me sorprendería que fuera el caso.

—No se deje engañar por las apariencias. ¡Estoy emocionado!

—Es usted...

—¿Insufrible? Lo sé. Ya me lo ha dicho al menos diez veces.

—Bien, pues claramente, no han sido suficientes... —respondió entre fatigosos suspiros, incapaz de pensar en algo más que decir.

La sala de lectura, situada en el centro del Gran Patio del museo, era un inmenso espacio circular perimetrado por estanterías de libros de al menos seis metros de altura y rematado por una inmensa cúpula de cristal de cuarenta y tres metros de altura, mayor incluso que la de la catedral de San Pablo⁷ y solo superada por la cúpula del Panteón de Roma. Su construcción había costado a la Corona la humilde cifra de ciento cincuenta mil libras y, en este sentido, el arquitecto, Sidney Smirke, se había superado a sí mismo. El ambiente era cálido y el mobiliario, de roble chapado en haya, estaba perfectamente pulido. Dos largas entreplantas se elevaban sobre las secciones redondeadas de la librería a fin de permitir el acceso a los estantes superiores. En total, allí se albergaban cerca de cien mil documentos.

Jay encontró una mesa libre y condujo a las dos jóvenes hasta ella. Acercó una silla a Amanda, quien se sorprendió de su amabilidad, pero no tuvo tiempo de hacer lo mismo con

Elisa: su hermana ya se había sentado y suspiraba de alivio. Rodeó la mesa para tomar asiento y, mientras Amanda lo miraba con desconcierto, él le guiñó un ojo con aire burlón. Con ese gesto, le había dado a entender que era perfectamente capaz de comportarse como un caballero si le apetecía. En su fuero interno, Amanda lamentó que no le apeteciera más a menudo.

—De acuerdo. Antes de consultar el ejemplar de *Debrett's*, conviene que aclaremos algunas cosas —dijo, mientras se quitaba los guantes tirando de la punta de cada dedo—. En primer lugar, si menciona a un noble con título, nunca diga que conoce a «Fulano de Tal», utilizando la preposición, tanto si habla con él como si lo menciona en una conversación con un tercero. Por ejemplo, no conoce a «de Tannerton» esto es, al marqués de Tannerton, sino a «Tannerton». De lo contrario, su forma de hablar resultará extraña y ridícula y delatará su falta de familiaridad con las costumbres de la alta sociedad. Señor Stenson, sé que usted ya aplica esta regla, pero me gustaría recordársela a su hermana. A diferencia de usted, ella ha tenido pocas oportunidades de ponerla en práctica o de cometer errores. Por ejemplo, Elisa, a menudo habrá oído a su hermano referirse al conde de Ashford simplemente como «Ashford», no como «de Ashford». Ese caso ilustra a la perfección mi primer apunte. En segundo lugar, si quiere referirse a alguien como «lord» o «lady», deberá acompañarlo del apellido de la persona, no de su título. En ese sentido, Alexander Hemsworth, conde de Ashford, sería «Ashford» o «lord Hemsworth». ¿Me sigue, Elisa?

—Sí.

—Sigamos, pues. En una conversación —creo que ya se lo comenté— nunca diga «Su Señoría» a un conde o «El Honorable» a un barón. Límitese a referirse a ellos como «señor»; de lo contrario, parecerá una de sus criadas. En todo caso, podría llamar «Su Gracia» a un duque al principio de la conversación y luego tratarlo simplemente de «señor». La mayoría de los ducados están vinculados a la Corona. De hecho, muchos duques son de sangre real y ese es el título más alto de nuestra jerarquía nobiliaria. Como tales, los duques tienen derecho a cierto respeto. Más adelante veremos cómo dirigirse a los príncipes y otros miembros de la familia real, esto es, cuándo utilizar «Majestad», «Señora», «Su Alteza Real», «Princesa» y «Monseñor». Lo mismo ocurre con el clero y el cuerpo diplomático. Por hoy, nos centraremos en la nobleza y el Ejército, lo que ya nos dará... ¿Sigue escuchando, señor Stenson? Creía que le interesaba esta lección.

Jay, que estaba contemplando la estructura de la cúpula, bajó la barbilla y la miró con sus ojos oscuros. Había un brillo descarado tras los reflejos cobrizos de sus iris.

—Soy todo oídos.

—Me alegra verle tan dispuesto. En cuanto al Ejército, deje que le comente uno o dos aspectos importantes. Luego iré a buscarle la guía *Debrett's* y pasaremos a los casos prácticos, ¿le parece, Elisa? Bien, tendrá que conocer los rangos de los oficiales que le presenten, así como los cargos de aquellos con los que acabe tratando regularmente. Verá, es muy sencillo: para el Ejército en general, se dirigirá a los oficiales superiores con un simple «señor» o, de vez en cuando, por su rango: coronel, general, teniente... Eso sí, tenga cuidado de no precederlo de un «mi», ya que se considera totalmente inapropiado en boca de una dama. Es mejor que sea su hermano el único que lo utilice. Así, diga simplemente «Gracias, general» o «Espero volver a verle, coronel», nunca «mi general» o «mi coronel», porque como mujer, jamás tendrá que obedecer sus órdenes. No es el caso de su hermano, o de cualquier pariente varón, que siempre se considerará en condiciones de ser llamado al servicio militar y, por tanto, en teoría, estará bajo el potencial mandato de estos militares de alto rango. En definitiva, su hermano siempre dirá «mi general», a menos que se dirija a un oficial de la marina. Allí, nadie, sea hombre o mujer, utiliza

el posesivo. En este sentido, señor Stenson, usted debería referirse a alguien como «almirante», y no como «mi almirante», porque es una cuestión de dignidad⁸, no de rango.

—Tomo nota.

Jay le dirigió una mirada escéptica y se volvió hacia Elisa.

—Por último, en lo que respecta a las esposas de militares, basta con decir «señora», con la excepción de la esposa de un mariscal, a la que se dirigiría como «Excelentísima Señora», al igual que a él, a quien llamaría «Excelentísimo Señor», por ser la más alta distinción del Ejército. Es muy sencillo.

—Em...

—Espere, le traeré la guía *Debrett's*. Usaremos nombres reales y haremos una puesta en escena. Señor Stenson, ya que está aquí, será nuestro duque, nuestro conde y nuestro general, si no le importa.

—No me importa en absoluto.

—Muy bien. Elisa, ya que ha traído la escribanía, saque la pluma, el cuaderno y el tintero e intente resumir lo que acabo de explicarle. Vuelvo enseguida.

—Voy con usted —dijo Jay.

Lady Keat, ya en pie, se detuvo un instante.

—Oh... no se moleste, señor Stenson, solo tardaré un minuto...

—Razón de más para acompañarla.

—... y bastará con la ayuda del bibliotecario para encontrarlo.

—A mí me parece que está bastante ocupado...

En efecto. Subido a una tarima y encorvado sobre sus registros, un hombrecillo con quevedos⁹ buscaba una referencia bajo la mirada impaciente de un coronel con monóculo y de una *lady* de caderas anchas y cabello taheño. El militar, con su bigote encerado y sus patillas blancas, daba caladas a una larga pipa de porcelana, mientras que la dama, con los pómulos caídos y casi unos sesenta años, se aferraba al brazo del primero y se abanicaba con vehemencia. El bibliotecario, por su parte, tenía un hoyuelo en la barbilla y una calva más que evidente. El hombrecillo desaparecía tras las pilas de expedientes e iba, obcecado, de un directorio a otro. Un caballero con levita —maletín bajo el brazo y tres pesados libros en las manos— no tardó en colocarse justo detrás de ellos para esperar su turno. Poco después, le siguió un hombre regordete con la cara roja como la grana. Dado su enorme bigote de pelos lacios y desgachados, sus ojos vivaces, sus manos inquietas, y su ligerísimo sobrepeso, seguramente fuera inventor, científico o ingeniero de algún tipo.

Amanda sintió el suave agarre de los largos y cálidos dedos de Jay sobre su codo y dejó de respirar por un instante.

—Venga, Amanda. ¡Vayamos a por la guía *Debrett's* nosotros mismos!

Amanda agonizaba. Desde el incidente en el estudio, había estado luchando por resistirse a la atracción que sentía por Jay. Mantenía las distancias, evitaba su presencia y luchaba contra sus impulsos con un coraje irresoluto. Le horrorizaba ver con qué facilidad había caído en pecado y con qué vileza había acallado su conciencia para entregarse a sus brazos. Se había comportado como la depravada más ruin y había traicionado la memoria de Charles, un hombre de tacto,

clase y buen gusto.

Nada, absolutamente nada, podía absolverla de su culpa.

Sin embargo, durante los últimos seis días, su cuerpo traidor no dejaba de vibrar con el deseo de que Jay avivara su llama una vez más. Soñaba con él por las noches. Se despertaba gimiendo y anhelando su brío. Jay la había poseído de una forma en la que Charles nunca se habría atrevido, y por escandaloso que fuera, solo deseaba que la hiciera suya de nuevo.

Y allí estaba él, más decidido que nunca a atormentar su alma, ignorando sus plegarias, pisoteando sus esfuerzos y sometiéndola a la tentación más insoportable. Estaba allí, a su lado, con su perfume varonil. Él le sonrió y a ella le flaquearon las piernas. La cogió por la cintura y sintió su mano ardiente a través de la tela. Luego la hizo caminar delante de él y avanzar por las estrechas escaleras hasta la entreplanta. El aliento de Jay en su nuca hacía que le ardieran las entrañas.

Solo Dios sabía cómo la había seducido. En menos de tres semanas, le había hecho perder la cabeza hasta el punto de tirar por la borda las convenciones sociales. Era escandaloso. Se había ofrecido a él, allí, sobre su escritorio, sin el menor pudor.

Jamás había imaginado que alguien pudiera «pasar al acto» en otro lugar que no fuera la cama. Jamás había imaginado que una dama como ella pudiera desear tal encuentro. Y, sobre todo, jamás había imaginado que le resultaría placentero.

Extremadamente placentero...

Nunca había pensado que algún día sucumbiría a los encantos de un hombre como Jay Stenson. Nunca había entendido a esas mujeres dispuestas a cualquier cosa, a darlo todo, a perderlo todo por un arrebato de pasión: su fortuna, su marido, su casa, su honor, el respeto de su familia... Todo por caer en brazos de su amante. Pero ahora le tocaba a ella consumirse por un hombre al que ni siquiera aspiraba.

Un hombre que no era su marido y nunca lo sería.

Un hombre que coleccionaba mujeres.

Un hombre que ni siquiera pertenecía a su mundo.

Un hombre que no la entendía, y que jamás lo haría.

Un hombre al que no le importaban las convenciones, las burlas o los rumores.

Un hombre que hacía lo que le venía en gana, con quien le daba la gana, sin preocuparse del rango, el decoro o el escándalo.

Todo en él la excitaba. Sus burdos modales. Sus miradas insistentes e implacables. El calor de sus manos. El recuerdo de su desliz. La violencia, incluso, con la que la había tomado, esa ferocidad desenfundada, apasionada e impulsiva que se había apoderado de ella, la había aturdido, la había llenado.

Si no le daba tregua, si le imponía su presencia, si se le insinuaba de nuevo, ¿cómo, santo cielo, cómo iba a resistirse?

—Mire, es aquí. Debe estar ahí arriba. Ediciones Debrett, ¿lo ve?

Jay señaló un estante por encima de sus cabezas.

—Oh, em... De acuerdo. Traiga esa escalera de mano, por favor.

—No hace falta: dígame qué título necesita y se lo bajaré.

—Pero hay distintas ediciones... Será mejor que les eche un vistazo yo misma. Así no tendrá que sacar varios ejemplares.

—Como quiera.

Jay se dio la vuelta y colocó la escalera de mano en el lugar correspondiente. Amanda se

agarró a ambos pasamanos y subió hasta arriba. Notó que él seguía sus pasos, agarrado también a la escalera, y se sintió confusa. No había nada extraño en ello y probablemente solo intentara evitar que se cayera, pero no pudo evitar imaginárselo, grande y fuerte, justo detrás de ella, haciendo...

La joven parpadeó un par de veces y trató de recomponerse. Recorrió la estantería con los dedos y escudriñó los lomos de los tomos encuadernados en cuero rojo, marrón y ocre.

—Ah, ¡aquí está!

Sacó un primer libro de la estantería y se lo guardó bajo el brazo. Luego cogió otro, y finalmente un tercero y, sosteniéndolos contra su pecho, con una mano apoyada en la barandilla de la escalera, se dispuso a bajar. Pero cuando sus muslos se toparon con el cuerpo pétreo de Jay, Amanda se giró bruscamente y casi se le cayeron los libros. Él, sin embargo, no se movió. Seguía sujetando la escalera con ambas manos y ella se quedó atrapada entre sus brazos, que se extendían a ambos lados de su cuerpo. Sintió que se le aceleraba el corazón y, como para protegerse, ejerció aún más presión en los libros que sostenía a la altura del corazón.

—Señor Stenson, yo... ¿Sería tan amable de... dejarme pasar?

Él clavó los ojos oscuros en sus perlas azules y ella, nerviosa, pestañeó tres veces seguidas.

—Amanda, me parece ridículo que siga refiriéndose a mí como «señor Stenson» después de lo que pasó entre nosotros el otro día...

Ella se sonrojó hasta las orejas y miró con preocupación a su alrededor.

—¡Señor Stenson! Por lo que más quiera, ¡podrían oírnos!

—Estamos solos en la entreplanta, así que...

—Así que... ¿qué, señor Stenson?

—¿Por qué insiste en llamarme «señor»?

Amanda arrugó la nariz.

Era adorable.

—Señor Stenson, no esperará que le llame «Jay» delante de su hermana, ¿verdad?

—Elisa no está aquí y, lo que es más importante, no es estúpida. Desde luego, no es tan ingenua como las jóvenes de su clase. Sabe perfectamente lo que pasa entre un hombre y una mujer, como también sabe que le atraigo y que... —Jay se inclinó hacia la joven y le acarició la mejilla. Ella contuvo la respiración—. Que la deseo.

—¡Señor Stenson! ¡Se lo ruego, podrían vernos!

—¿Quiénes? Todos tienen las narices metidas en sus libros.

—Por favor, retroceda.

—No.

Y como para corroborar sus palabras, se arrimó a ella hasta que sus cuerpos se rozaron. Amanda echó la cabeza hacia atrás para captar su mirada e hizo un esfuerzo encomiable por parecer indignada.

—Señor Stenson, su... su conducta es deleznable, no es propia de un...

—... caballero, lo sé. Pero ¿qué pretende? Me resulta muy difícil comportarme como un caballero delante de una mujer tan encantadora.

—No intente adularme. Es más, deje de mirarme así.

—¿Así... cómo?

—Como si solo llevara un camisón.

—Se equivoca: no me la estoy imaginando en camisón, precisamente...

Lady Keat se sonrojó tan violentamente que cualquiera habría pensado que ardía por dentro.

—Es usted un insolente sin parangón.

—Me halaga.

—No le bastó con comprometerme una vez, sino que...

—Se necesitan dos para bailar el tango, Amanda. No trate de eximirse de la parte de culpa que tiene en todo este asunto.

—Si fuera un caballero, no habríamos llegado a este punto.

—Y habría sido una lástima.

—Sabe tan bien como yo que nunca debería haber pasado.

—No estoy de acuerdo —Jay le dirigió una sonrisa seductora—. Es más, por mi parte, me encantaría volver a hacerlo.

Amanda debía esperarse un comentario similar, porque, sin inmutarse, replicó:

—Pues yo, no. Será mejor que reprima sus impulsos, señor Stenson. Fue un error. Pasó una vez, pero le aseguro que jamás sucederá nada más entre nosotros.

—Amanda, creo que es demasiado inteligente para afirmar cosas que, con el tiempo, resultarán falsas.

—No me siento atraída por usted. Ya no, señor Stenson.

—Su cuerpo dice lo contrario.

Indignada, Amanda lo apartó con la mano libre —algo no muy propio de una dama— e intentó zafarse de la prisión de sus brazos. Él le agarró la muñeca con suavidad pero con firmeza y se la llevó a los labios. Entonces ella le apartó la mano con una agilidad que habría ofendido a muchos y pasó por su lado.

—Su comportamiento es inaudito. No me sorprende que su hermana sepa cosas que aún no debería saber.

—Ciertamente, sabe más que usted.

—Me imagino que, con la cantidad de mujeres que se llevará a casa, Elisa difícilmente podría esperar conservar su inocencia intacta.

—No se equivoque. No vienen muchas a casa. En general, son ellas las que...

—No me interesan sus amoríos, señor Stenson. Y aunque nunca ha tenido mucho tacto, creo que es más que inapropiado que me hable de ellos.

—Amanda, es usted la que...

—¡Ya basta, señor Stenson!

Por un momento, se miraron en silencio. Jay no quería otra cosa que arrancarle la ropa. Amanda tenía dos impulsos decididamente incompatibles: dejarse llevar por la pasión y salir corriendo como alma que lleva el diablo. Al final, optó por lo segundo. De todos modos, no era posible entregarse, ni siquiera a Jay Stenson, en el corazón del British Museum, aunque si ella hubiera accedido, probablemente él no habría tenido muchos escrúpulos.

Lady Keat giró sobre sus talones y bajó corriendo las escaleras.

¹ *N. de la T. Caza.*

² *N. de la T.* Vino toscano que, tanto en la época como en la actualidad, goza de mucho prestigio entre los vinos italianos.

³ *N. de la T.* Las piedras que integran un arco.

⁴ *N. de la T.* Golpe asestado de abajo hacia arriba y en dirección al mentón del adversario, normalmente cuando el contrincante se encuentra a corta distancia.

⁵ *N. de la T.* En el orden de aparición, se trata de las guías de Debrett en lo referente a ocio, correspondencia y

etiqueta y modales de la sociedad moderna.

⁶ *N. de la T.* El astillero de las Indias Orientales.

⁷ *N. de la T.* Saint Paul's Cathedral.

⁸ *N. de la T.* En este sentido, la palabra *dignidad* se refiere a un cargo o empleo honorífico y de autoridad, a un título.

⁹ *N. de la T.* Según el DLE, «Lentes de forma circular con armadura a propósito para que se sujete en la nariz».

VIII

Querida Amanda:

Hawkins y Robinson acaban de marcharse.

Tengo noticias urgentes sobre tu hermano.

Si puedes, ven a verme hoy a Rothfield Hall a las seis en punto de la tarde. Albert ha vuelto de Escocia y estará con nosotras. Quiere hablar contigo.

Hasta entonces, espero,

Maggie

Amanda estrujó la carta entre los dedos y sintió que se le formaba un nudo de ansiedad en la garganta. *¿Noticias urgentes? ¿Cómo que «urgentas»?* Miró inquieta el reloj de pie hecho de caoba hondureña. Las cinco en punto. *Cielo santo, ¿a qué hora le había escrito aquella carta? ¿Qué había hecho el chico de los recados por el camino para llegar tan tarde?* Tenía el tiempo justo para subir a cambiarse, arreglarse el pelo y llamar a un coche. Cerró el libro que estaba leyendo de golpe y se levantó de un salto.

—¿Ocurre algo?

Como todos los domingos, Jay, Elisa y ella estaban descansando en el salón principal. En realidad, Amanda estaba descansando. Jay leía el periódico y Elisa estudiaba la guía *Debrett's*. El día anterior habían tomado prestados los tres tomos de la biblioteca. La excursión había resultado agotadora desde el punto de vista emocional. Al volver a casa, Amanda se había tomado una simple taza de manzanilla que le habían subido a la habitación, y no había salido de allí hasta las diez de la mañana para desayunar. A esa hora, Jay y Elisa hacía tiempo que habían ingerido la primera comida del día.

—Oh, no, es solo que... debo visitar a... una amiga... —Jay enarcó una ceja con aire interrogante por encima del periódico, pero no dijo nada—. No tardaré mucho. Volveré para la cena.

—Llévese uno de mis coches.

—Oh, no, yo... iré en coche simón. Gracias.

Jay bajó el periódico y lo plegó sobre los muslos.

—Amanda, no sea tonta. Llévese el faetón.

No había discusión posible, así que la joven añadió:

—Bueno, está bien... Se lo agradezco.

Amanda salió a toda prisa del salón. Desconcertado, Jay vio su dulce figura angelical desaparecer por el pasillo en tan solo un suspiro.

—¡Ah! ¡Amanda, querida! ¡Pasa, deprisa!

—¡Ay, Maggie! ¡Tu carta!

—Oh, sí, discúlpame. No pretendía armar un escándalo, tan solo quería que te entregaran esa carta lo antes posible. ¡Estoy tan aliviada de que hayas podido venir...! Vamos. Voy a pedir que nos sirvan té.

Mientras cogía a su amiga del brazo, la baronesa de Rothfield se dirigió a un saloncito dorado de estilo rococó, decorado a su imagen y semejanza: espejos de rocalla rematados con volutas y joyas, una mesita con tablero de mármol verde y bordes de hojas doradas, candeleros¹ y candelabros del estilo Thomas Johnson, sillas Jorge II de Giles Gendey con patas cabriolé y respaldos de nogal, un techo con molduras en forma de conchas, follaje y siluetas de ángeles, una mesa de escritura victoriana con guirnalda y una galería calada, sin olvidar los muebles con incrustaciones de nácar, marfil y diversas maderas en las esquinas, los cuadros de Francis Hayman y el fresco de papel pintado que representaba ciertos personajes y escenas de *Las metamorfosis* de Ovidio: cuevas, pastores, centauros y nereidas.

Margaret hizo que Amanda se sentara en un sofá de pino lacado, cuyas patas con volutas y respaldo curvado simulaban olas y espuma —claramente, una obra de William Kent— y tiró de un cordón con borlas antes de dejarse caer en un *settee*² blanco de Matthias Lock.

La baronesa pidió té, bollos y galletas de mantequilla e hizo llamar a su marido aprovechando que lady Keat había llegado. Luego dijo:

—Amanda, antes de que baje Albert, iré directa al grano: las noticias que te traigo no son buenas. Hawkins y Robinson siguieron la pista de tu hermano, pero luego lo perdieron. De hecho, se han negado en rotundo a proseguir la búsqueda.

Amanda miró a su amiga con un nudo en la garganta y la angustia grabada en sus grandes ojos color lavanda.

—Pero, Maggie, no lo entiendo... ¿Se han negado? ¿Por qué harían algo así?

—Dicen que a estas alturas es mejor acudir a la policía.

—¿A la policía? —repitió Amanda con voz sofocada.

—Sí, eso me temo. Amanda, tu hermano ya no está en el West End, y estos señores se niegan a... a... ¿cómo decirlo? A ir a buscarlo... donde está.

—Maggie...

La baronesa miró preocupada por encima del hombro, luego se volvió hacia Amanda, se inclinó ligeramente y la tomó de las manos antes de añadir:

—Amanda, querida, no sé cómo decirte esto.

Lady Keat tragó saliva. Estaba angustiada.

—Parece ser que George... está en Whitechapel.

Amanda abrió los ojos como platos. No estaba segura de haber oído bien.

—¿En Wh...?

—En el East End, sí.

—¡No es posible!

—Siento mucho ser yo quien te lo diga, créeme. De hecho, según Robinson, tu hermano acabó allí por ese tipo espantoso, Greystone, el vizconde... un patán que de noble solo tiene el título. Todos lo conocen en el mundillo del juego clandestino por sus infames artimañas. Dicen que llevó a George a alguna taberna del East End —como a tantos otros desgraciados antes que él— con el pretexto de ayudarlo a enmendar sus errores, y que le animó a apostar. George bebió más de la cuenta y, siguiendo el consejo de su mentor, se arruinó en una noche.

—¡Oh, Dios mío! ¡En Whitechapel!

—Sí. Regresó brevemente a Mayfair —probablemente el día que fue a verte tan angustiado — y luego desapareció. Según Robinson, que me aseguró haber hablado con un secuaz de Greystone, George volvió a Whitechapel, o a algún otro lugar de Tower Hamlets. En fin, en todo caso, está en el East End.

—¡Oh, Dios santo! ¡George, mi hermano pequeño...!

Amanda se ocultó la cara con las manos y Margaret le dio una palmadita en el hombro.

—Hawkins y Robinson se niegan a investigar en esas zonas de la ciudad. Dicen que es demasiado peligroso. Amanda, tenemos que decírselo a la policía y sacar a tu hermano de ese infierno.

—Pero, Margaret, si se lo decimos a las autoridades, ¡todo Mayfair lo sabrá!

—Eso me temo.

—¡Además de estar arruinado, George será deshonrado! ¡Injuriado! ¡Condenado al ostracismo! ¡Marcado para el resto de su vida! Estamos hablando de Whitechapel, ¿no te das cuenta?

—Sí, Amanda. Estamos hablando de Whitechapel, y cada minuto que pasa implica un peligro mortal, especialmente para un aristócrata, o para un espíritu inocente como tu hermano.

Amanda sacudió la cabeza, incapaz de asumir la espiral de decadencia en la que había caído el joven George.

—Debe haber otra manera... Debe haber...

—¡Lady Keat, querida! ¡Qué alegría volver a verla!

Amanda sonrió sorprendida.

—¡Lord Melcombe!

En ese mismo momento, entró en la habitación una criada con un bonete plisado. Iba cargada con una pesada bandeja. Amanda aprovechó que la doncella se afanó con la porcelana para serenarse e intentar aparentar tranquilidad. Poco después, la criadita desapareció y Margaret se dispuso a servir el té: un chorrito de leche y un terroncito de azúcar para Amanda; un chorrito de leche sin azúcar para su marido; y para ella...

—Estoy encantado de poder reunirme tan pronto con usted, lady Keat. Volví de Escocia el martes pasado, pero como era de esperar, mi mujer se ha encargado, como cada año, de ponerme al día en tiempo récord de lo que ha pasado en Londres mientras he estado fuera. Lo que incluye... bueno, su situación.

—¿Mi situación?

El barón se llevó el puño a la boca y se aclaró la garganta con discreción.

—Bueno, sí, ya sabe... la situación en la que se encuentra. Con el señor Stenson, me refiero.

—Ah, sí, claro.

Amanda no sabía si sentirse aliviada o preocupada de que lord Melcombe quisiera hablar con ella de ese tema.

—En realidad, querida, me temo que con ese Stenson... se ha metido en la boca del lobo, por así decirlo.

—Explícate, Albert —interrumpió Margaret en el tono autoritario que solía emplear con el hombre con el que se había unido ante Dios.

—Bueno, digamos que... Stenson no tiene la mejor reputación en nuestra clase.

—Lo sé, señor, lo sé. Su esposa ya me comentó que...

—Sí, en efecto, Margaret me ha informado de lo que hablaron, pero me temo que no ha conseguido... hacerle comprender el peligro que corre, *milady*. Veamos... Cielos, ¿por dónde

empiezo?

—¡Por todos los santos, Albert, dilo de una vez!

—Lo siento, amor mío. Bueno... Si bien es cierto que Stenson sabe dorarle a la píldora a cualquier aristócrata —nadie nos va a contradecir al respecto—, no es menos cierto que estamos hablando de un hombre sin título, de maneras abruptas y cuya forma de hablar es cuando menos... mordaz. Nadie sabe qué podría juzgarse más inmoral, si su suerte, su comportamiento y codicia o su vida privada. Es un hombre al que le gusta jugar con...

—Sí, lord Melcombe, soy consciente de todo eso... —suspiró Amanda, a quien no ayudaban esos recordatorios.

—Entonces probablemente sepa que sus amistades también son... poco recomendables. Si bien es cierto que el conde de Ashford parece haber... enmendado su conducta desde que se casó con la encantadora Jade Shaheedan, el señor Eastlake suele aparecer en primera plana de los periódicos sensacionalistas.

—Sí, lord Melcombe. Desafortunadamente, me consta.

—En cuanto al tipo de mujeres que frecuenta el señor Stenson... prefiero no mencionarlo. Se dice que no tiene escrúpulos a la hora de acostarse con doncellas —al fin y al cabo, proceden del mismo entorno que él—, pero también que no tiene ningún reparo y que consigue que mujeres bien nacidas se rindan a sus encantos. Todo sea dicho, incluso las mujeres razonables pierden el buen juicio cuando ese hombre...

—Lord Melcombe...

—¿Quién sabe si no se ganará el favor de sus propias sirvientas, de sus criadas o de las pinches de cocina? ¿Ha pensado en esto y en cómo podría... dañar su reputación, lady Amanda? Ya sabe, al vivir bajo el techo de un depravado como Stenson...

Amanda hizo un mohín intranquilo. En realidad, ya se sentía bastante insegura.

—No me imagino al señor Stenson compartiendo intimidad con las mujeres que ahora están a su servicio, lord Melcombe.

—Lady Keat, creo debería venir a vivir con nosotros. Al menos hasta que este asunto con su hermano se haya zanjado.

Amanda miró asustada a Maggie. *¿Acaso le había...?* Pero su amiga no tardó en negar con la cabeza mientras mordía una galleta de mantequilla.

—¿Mi hermano, señor?

Lord Melcombe cogió su taza por el asa con una mano y, con la otra, colocó justo debajo el platito de porcelana china a juego.

—Sí, lamento tener que mencionar este... asunto tan delicado, pero sabemos que su difunto padre dejó al nuevo conde en una... situación un tanto complicada y que él... en fin, que está teniendo algunas dificultades para encarrilar las finanzas de sus propiedades, por lo que...

Amanda se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración y, aliviada, exhaló lentamente. Solo conocía esa parte de la historia —ni más ni menos de lo que sabía la mitad de Mayfair, de todos modos— y no estaba al corriente de la verdadera magnitud del drama que afectaba a la vida de George.

—Lady Melcombe y yo pensamos que le convendría... quedarse con nosotros durante unos meses, al menos hasta que lord Steyn haya puesto sus asuntos en orden... y se vea en capacidad de ofrecerle algo mejor, por supuesto.

Horrorizada, Amanda se dio cuenta de que no tenía más razón para rechazar aquella generosa oferta que el hecho de que no deseaba irse de casa de Jay. Y aunque en el fondo era plenamente

consciente —y sin duda, más que muchos otros— del peligro que aquel hombre representaba para ella, sintió pánico ante la idea de tener que alejarse de él.

—No sé qué decir, lord Melcombe... Me reprocharía terriblemente ser una molestia para Margaret y usted. Todo es tan confuso en este momento...

—Lo último que queremos es forzarte, querida —dijo la baronesa, cogiéndole las manos en confianza a su amiga—. Sabemos que te has comprometido con la hermana de este caballero y que estás contribuyendo en gran medida... en fin, a las finanzas de George. Es evidente que no queremos interferir en tus asuntos ni poner en peligro tu misión. Pero si quieres quedarte con nosotros, estaremos encantados de poner uno de nuestros cabriolés a tu disposición para que puedas desplazarte entre el Soho y Marylebone.

Amanda no sabía qué decir.

—Es un gesto muy generoso, y ciertamente, me conmueve. Prometo que me lo pensaré.

Pero el barón no parecía contento con aquella respuesta. Exhaló un suspiro, apoyó la taza en el platito y la dejó de nuevo sobre la mesa.

—Lady Keat, me hubiera gustado evitarle este nuevo bochorno, pero... hay algo que debería saber... —Amanda, que se había llevado la taza a los labios para serenarse, suspendió el gesto en el aire—. La otra noche estaba en el club. Había quedado con algunos de mis viejos amigos y...

—¡Al grano, querido, al grano! —le apremió la baronesa con voz tajante.

—Cierto, amor mío. En fin... Lady Keat, siento tener que decirle esto, pero...

—¡Albert!

—Sí, querida... En fin, allá vamos: el señor Stenson luchó... por usted. Bueno, para defender su buen nombre.

Amanda, que había dado un sorbo al té para calmar los nervios, casi se atragantó.

—¿Cómo dice?

—Albert, ¡explícate!

—Em, bien, digo que ese caballero, Jay Stenson, que es de quien estamos hablando, ¿cierto? —Su mujer puso los ojos en blanco—. En definitiva, el señor Stenson se peleó la otra noche en el *White's*. Por usted, lady Keat. En el sótano, donde tienen la bodega.

—¿¿En el sótano?? —exclamaron las dos mujeres al unísono.

—Sí. A veces, estas cosas suceden. En este caso, fue un combate de boxeo.

—¡Santo cielo! —exclamó la baronesa.

—Así es, amor mío...

—Pero ¿qué? ¿Cómo...? ¡Bueno, cuéntanos, Albert! ¿Por qué me has ocultado esto desde el jueves?

—Yo...

—Bueno, no importa. ¡Vamos, continúa!

Al exigirle tanta premura, el buen hombre perdió los nervios. Rara vez tenía ocasión de decir algo cuando su mujer estaba en la misma habitación que él y, cuando se atrevía a abrir la boca, solía ser para que le desairara. En el apuro de tener que resumir la historia, Albert descuidó la gramática.

—En fin, me refiero a que el señor Stenson afeó considerablemente el rostro del marqués de Ettlesham.

—¡Santo cielo! ¿De Richard?

—Así es.

—¿Qué quieres decir con «afeó», querido?

—Bueno, digamos que lord Keat salió con la cara ensangrentada, dos dientes rotos, la mandíbula dislocada y...

—¡Albert! Ahórranos los detalles sórdidos, por favor.

—Pero, amor mío, has sido tú quien...

—¡Ya basta! —le cortó de nuevo, no sin antes darle un fuerte golpe en la mano—. Nuestra amiga no está aquí para escucharte divagar sin parar.

—Pero... ¡eso es imposible, milord! —exclamó por fin Amanda, volviendo en sí—. He estado con el señor Stenson todos los días, y ayer mismo no había el menor rastro de... de... ¡Ni el más mínimo moratón! ¡Ni siquiera una magulladura! ¡Debe haberse equivocado de hombre, señor!

—No, lady Keat, era él, se lo aseguro. El pobre Ettlesham no tuvo tiempo de asestar un solo golpe. Stenson lo derribó a la velocidad del rayo. Dicen que estuvo muy cerca de acabar con él. En cualquier caso, no fue un espectáculo agradable; se lo aseguro.

—Eso ya lo has dicho, Albert.

—Mis disculpas, querida. En resumen, tenga cuidado con él, *milady*. Ese hombre no es precisamente un monaguillo. Es más, el hecho de que haya llegado a tales extremos para defender su nombre no es una buena señal.

—No, no lo es —asintió Margaret—. Pronto se hablará en los salones...

—Comprenderá, *milady*, que tuviera cierto reparo en... mencionarle este asunto. Pero el daño ya está hecho y cada día que pase bajo el techo de ese bárbaro será en detrimento de su imagen.

En efecto, era una posibilidad, pero a Amanda le costaba pensar. *Jay... Richard... George... Greystone... El East End...* ¡Dios! ¡Qué espanto! Todo ese asunto le daba dolor de cabeza.

De repente, la joven levantó la mirada.

—Maggie, ¿sabes dónde está Greystone?

La baronesa miró a su amiga con desconfianza.

—No estarás pensando en ir a ver a ese canalla tú sola, ¿verdad?

Lord Melcombe volvió la cabeza hacia Amanda y luego hacia su esposa.

—¿Por qué querría *milady* visitar a semejante canalla?

Sin apartar los ojos de su amiga, Margaret palmeó distraídamente la mano de su marido para que guardara silencio.

—No te preocupes por eso, querido.

—Insisto: ¿sabes dónde vive Greystone? —volvió a preguntar Amanda.

—Prométeme que no cometerás ningún disparate.

—Te lo prometo.

—Jamás me habían prometido algo con semejante premura.

—Margaret, es muy importante. Te lo ruego.

—¿Me prometes que no irás sola?

—Sí, te lo prometo.

Margaret hizo un mohín.

—Dadas las circunstancias, preferiría que fueras escoltada por ese salvaje de Stenson antes que saber que te has visto a solas con ese miserable.

—No te preocupes, Maggie, hablaré con él.

En realidad, Amanda no tenía intención de involucrar a Jay en el asunto. Ya estaba demasiado en deuda con él y, si se lo mencionaba, él se sentiría obligado a ayudarla. Además,

ahora que sabía cómo habían acabado las cosas con Richard, no podía permitir que les diera una paliza a todos los monstruos de Mayfair.

—¿Y bien?

La baronesa suspiró.

—Bien... Te lo digo por ser tú, Amanda. Su casa está en el número 10 de Park Lane — Luego se volvió hacia su marido, que las miraba a las dos con los ojos abiertos de par en par—. Cierra la boca, querido. Pareces un pez.

El vizconde Greystone vivía muy por encima de sus posibilidades, o al menos, cabía suponerlo: dibujos de Constable, lienzos de Van Goyen, Gainsborough y Botticelli, retratos personales pintados por Thomas Lawrence (el retratista del mismísimo príncipe regente), estampas chinas, tapices gobelinos³, jarrones antiguos, objetos excepcionales, maderas preciosas y caballos de la dinastía Tang. Greystone no se privaba del lujo: todo en aquel lugar denotaba una suma opulencia. Sin embargo, con unos ingresos de cuatro mil libras al año —más que suficientes, pero sin duda bastante escasos para justificar tanta riqueza y, en particular, tantas obras maestras—, uno se preguntaba cómo se las arreglaba aquel caballero para vivir tan bien.

A menos, claro está, que los turbios negocios en los que estaba involucrado fueran aún más lucrativos de lo que se rumoreaba entre bambalinas: pues si el juego tenía fama de llevar más a menudo a la ruina que a la gloria, a Greystone la suerte parecía sonreírle más que a nadie.

Amanda había decidido mandar el coche de Jay de vuelta al palacete de Charing Cross Road y caminar hasta la casa del vizconde. Jay era un hombre curioso que buscaba respuestas, y la joven no dudaba que estaría intrigado por su repentina salida de antes y tendría preguntas. Pero ella no quería contestarle, ni a él ni a su cochero, porque no quería involucrarlo (ni dejar que se involucrara) en aquella historia. Jay ya había hecho demasiado por ella y no quería confesarle el declive de George.

Una vez en el vestíbulo, la joven hubo de aguardar unos instantes. Luego la condujeron a una sala de espera tan fatua como artificiosa. Las paredes estaban cubiertas de acuarelas de John Linnel y había unos veladores rebosantes de candelabros, girándulas⁴ y estatuillas de todo tipo. Afortunadamente, lady Keat no tuvo que esperar mucho en aquel caos de lujo aparatoso: el vizconde, en traje de noche, se unió a ella casi de inmediato.

—Lady Keat, ¡qué sorpresa! Si hubiera sabido que iba a tener el honor de recibir la visita de una mujer tan hermosa, habría cancelado mi cena sin dudarle un instante, puede estar segura — Sin que ella se lo ofreciera, Greystone tomó su mano y la besó despacio, con aire reverencial. Amanda, poco dispuesta a iniciar un conflicto con él, se lo permitió, tensa—. Pero dígame, *milady*, ¿a qué debo el placer de tan encantadora visita?

¡Qué hipócrita!

No obstante, el muy patán prosiguió con su incesante verborrea, como en una actuación de mal gusto:

—Oh, le ruego que acepte mis disculpas; definitivamente he errado en mis modales de caballero. Debe de ser su belleza: me ha hecho olvidar los principios de la cortesía. Por favor, siéntese.

—No, gracias... prefiero quedarme de pie. No quisiera hacerle llegar tarde y, de todos

modos, no tardaré demasiado.

—Cuánto me apena oírlo... —comentó con un brillo lascivo en los ojos.

Amanda se dio cuenta de repente de la incongruencia de estar sola por la noche en la mansión de un soltero —que, además, no tenía ninguna hermana menor que le ayudara a mantener las apariencias— y decidió ir directa al grano.

—Ya se imaginará por qué estoy aquí, señor.

—Se equivoca, *milady*. No tengo la menor idea. Pero estoy muy contento de recibirla.

¡Embustero! ¿Cómo iba a conseguir lo que quería con semejante farsante?

—Estoy buscando a mi hermano, señor Greystone. Le hablo de George. George Steyn, conde de Sussex. Se codeó con usted durante una temporada y se jugó lo que quedaba de nuestra fortuna hasta acabar en la ruina. Necesito encontrarlo y esperaba que usted pudiera ayudarme.

—¿Yo, *milady*?

—Sí, usted.

Por un momento, se miraron fijamente: Greystone, con lujuriosa insolencia; Amanda, con ira contenida.

—Realmente no veo en qué puedo serle útil, lady Amanda.

—Se lo ruego, absténgase de fingir. No le culpo, y si tuvo algo que ver con su reciente... desgracia, no quiero saberlo. Tan solo quiero encontrarlo. ¿Sabe dónde está? Por favor, contésteme.

Para su consternación, el vizconde —un joven de entre veintiséis y veintiocho años, con un rostro angelical por el que uno juraría total inocencia— volvió a cogerle la mano y se la llevó a los labios.

—Le quiere de verdad, ¿no es cierto, *milady*? —Desesperada, ella no contestó. *Cielo santo, ¿no iría a...?*—. Dígame, señora, ¿qué estaría dispuesta a proporcionarme a cambio de esta información? Usted es viuda, si no me equivoco...

Ella se puso rígida y retiró la mano.

—Mis disculpas, señor. Esperaba tratar con un caballero, pero veo que me he equivocado.

El vizconde se sorprendió, pero, paradójicamente, aquella contestación hizo que tuviese a la joven —digamos— en mayor estima... si es que eso era realmente necesario. El joven Steyn era un muchacho débil, pero su hermana tenía carácter.

—Tiene nervio, Amanda. Eso me gusta.

—No pretendo gustarle, señor.

—Vamos, *milady*, no se lo tome así. La había juzgado mal.

Ella no contestó. Prefirió desafiarse con la mirada.

—Verá, sé que mi hermano está en el East End, probablemente por su culpa. No sé por qué ni cómo y no me interesa saberlo. Si conoce su paradero, por favor, dígamelo y no volveré a saber de mí ni de él.

—Me deja desolado, *milady*: disfruto mucho de su presencia.

—Milord, se lo ruego, no complique las cosas.

—Es muy sencillo, tan solo...

—Milord...

El vizconde se dejó el alma en un suspiro.

—Jamás la convenceré, ¿verdad?

—No, señor, no lo hará. Aun así, podría ayudarme.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—George es un joven inocente, señor. Es dulce, amable y generoso.

—Es ingenuo y débil.

—Pero también recto, honrado y sincero. No se merece esta deshonra.

—Él...

—Por favor, milord. Dígame dónde está. Si me tiene en estima, si me aprecia aunque sea un poco, dígame dónde está.

Hasta los granujas tienen corazón. Y Amanda había conmovido al mayor de ellos a su manera. Greystone no sabía cómo había sucedido. *¿Habían sido sus grandes ojos azules? ¿Su voz vibrante de emoción? ¿Sus bonitos pechos? ¿El rubio de su sedosa melena? ¿La intensidad de su amor fraternal?* Lo desconocía. Lo importante era que había conseguido enternecerlo. El vizconde levantó la mano y enroscó un rizo rubio de la joven alrededor de su dedo índice. Ella le miró fijamente, llena de esperanza.

—Nunca he podido decir que no a una mujer hermosa —Se hizo el silencio. Ella se quedó expectante, con el corazón palpitando sin cesar mientras él la observaba—. Vaya al *Black Horse*. Es una taberna cerca de los muelles. Sé que su hermano va a veces allí al caer la noche. Probablemente duerma cerca, pero no sé dónde. Es todo cuanto puedo decirle.

Amanda le tomó la mano entre los dedos enguantados y se la estrechó cariñosamente.

—Muchas gracias, señor. Gracias de todo corazón.

Amanda entró de forma sigilosa en la casa donde todos dormían. Era tarde, muy tarde. Tras su visita al vizconde, conmocionada por la abrumadora noticia, había sentido la necesidad de tomar un poco de aire fresco y caminar, respirar el perfume de la urbe en la noche.

Con el alma nublada, había cruzado Mayfair y bajado hasta el Támesis. Se había sentado en un banco y había contemplado cómo las negras aguas cobraban vida con destellos de plata bajo los tímidos rayos de una finísima luna creciente.

¿Cuánto tiempo había permanecido allí? ¿Una hora? ¿Dos horas? ¿Tres horas? No las había contado.

Jay había iniciado una pelea con Richard, a quien casi había matado. George merodeaba por el East End. No quería pensar en Margaret y sus advertencias, o en Albert y sus sermones. ¡Oh, y menos en ese horrible tipo, esa víbora de carne y hueso, el tal Greystone, que había mentido descaradamente y había tratado de chantajearla!

¡Y ay, George...!

¡George, que vagaba Dios sabe por dónde, vestido con Dios sabe qué, sobreviviendo Dios sabe cómo, muriendo tal vez de hambre, frío, fatiga o vergüenza! George, que quizá deambulase en harapos con la llegada del invierno, sin comida que llevarse a la boca. George, que quizá enfermase, que tal vez cediese y dejase que la vida le abandonase en algún cuchitril alejado de la mano de Dios...

Era demasiado. Demasiadas emociones. Demasiados quizás. Demasiado para un solo día.

Mañana...

Tomaría una decisión al día siguiente. Iría al *Black Horse* y allí, investigaría. Pero por ahora... por ahora, lo único que necesitaba era consultarlo largo y tendido con su almohada de plumas.

Lady Keat cerró la puerta con cuidado y avanzó de puntillas por el pasillo. Puede que ciertos

criados estuvieran aún ocupados en las dependencias —algunos terminaban sus tareas muy tarde — y que Stearn tuviera que apagar los fuegos de las chimeneas, pero ella no quería molestar a nadie. Subió las escaleras despacio, con cuidado de no hacer crujir la madera, y luego recorrió el pasillo de arriba hasta la puerta de su dormitorio. Apenas estaba poniendo la mano en el picaporte cuando una voz grave y malhumorada resonó en la penumbra.

—¿Dónde estaba?

Amanda se estremeció y sintió un largo escalofrío de culpabilidad que le recorrió la espalda. Giró sobre sus talones y escrutó la oscuridad. Jay estaba allí, de pie, con un vaso de algún licor fuerte en la mano. Apoyaba el hombro con actitud despreocupada en la pared y tenía un pie cruzado delante del otro. Llevaba el pelo enmarañado, como si acabara de salir de una pelea de bar, la camisa arremangada hasta los codos y, como era de esperar, no llevaba corbata, chaleco ni levita.

—Se-señor Stenson... ¿Todavía no está...?

—Ya ve que no. ¿Y bien?

Jay dejó el vaso en una mesita en forma de media luna y se cruzó de brazos en el sitio. Amanda se dio cuenta de que no iba a salirse con la suya, así que optó por una respuesta evasiva y, esperaba, relativamente diplomática.

—Yo... le dije que tenía que ver a una amiga. Margaret Melcombe, la baronesa de Rothfield. Tomamos el té.

—¿Hasta medianoche?

—No, claro que no. Luego tuve que hacer... otra visita y...

—¿A quién?

—¿Cómo dice?

—¿A quién fue a ver?

Ella se puso rígida y levantó la barbilla.

—Eso no es asunto suyo, señor Stenson.

—¿Bromea?

—Me temo que no.

—Mi cochero volvió a casa sin usted, así que deduzco que habrá estado deambulando en plena noche, Dios sabe dónde con quién, ¿y me dice que no es asunto mío? Amanda, ¿ha olvidado por qué se queda con nosotros?

Amanda se estremeció al oír esas palabras.

—No he ido a ver a lord Keat, ¡si eso le hace sentir mejor!

Jay descruzó los brazos y los levantó hacia el cielo.

Era exasperante.

—¡Estamos de suerte! ¿Quiere que le recuerde lo que le hizo ese canalla?

—¿Y usted, señor Stenson? ¿Qué le hizo? Dígame qué le hizo usted.

Jay se quedó helado.

—¿De qué está hablando?

—Creo que lo sabe tan bien como yo.

Finalmente, se encogió de hombros.

—Ese hijo de puta recibió lo que se merecía.

Amanda cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—Señor Stenson, haga el favor de medir sus palabras. Que esté enfadado no significa que tenga que...

—¡Amanda, basta! ¡Déjese de jueguecitos! ¡Aquí no, ahora no! Ese rufián casi la viola, así que me ocupé de él, ¡eso es todo! No hay nada más que decir.

Ella arrugó la naricilla y lo miró con odio.

—¡Me parece muy conveniente que decida posicionarse como el protector supremo de la virtud femenina!

—¿Qué se supone que significa eso?

—Lo sabe perfectamente.

—Dígallo, Amanda. Tan solo dígallo.

—¿Acaso no fue usted quien me sedujo?

—Amanda, ahórreme sus peroratas, ¿quiere? Estaba más que dispuesta, pequeña ment...

—¡No se atreva!

—Amanda, deje los sermones de vieja santurrona por un momento. Seamos francos.

—¡No se deje llevar por su falta de modales, señor Stenson!

—Es usted terca como un demonio, ¿lo sabía?

—Y usted, un zafio sin remedio.

—Ese es el espíritu. Ahora, deje de ofenderse y afronte los hechos.

Ella le miró desafiante.

—¿Y cuáles son?

—Que me desea —Jay dio un paso hacia ella—. Admítalo, todavía me desea —Y luego otro más—. Y yo la deseo terriblemente.

Sus cuerpos se rozaron. Jay levantó una mano cálida y le acarició la mejilla. A punto de quebrarse, Amanda cerró los ojos, incapaz de reprimir el ferviente deseo que tenía de huir de aquel lugar. De abofetearle. De lanzarse a sus brazos.

Pero Jay no había terminado.

—Me está volviendo loco, Amanda.

Más de lo que ya estaba, en realidad. Se había obsesionado con esa mujer desde que había llegado, pero ella insistía en rechazarlo. Ella, que era refinada, hermosa, sutil. Tenía clase. Era única. Lo tenía a sus pies, y si seguía resistiéndose a él, pronto dejaría de responder a...

—Jay, se lo ruego...

—Sé que me desea, Amanda. Tan solo dígallo. Admita que me desea.

—No... no puedo.

—Diga que quiere que la tome aquí mismo. Que la posea. Que la haga mía una y otra vez. ¡Dígallo!

—¡Jay, por Dios!

Pero él la agarró por la cintura y la estrechó contra su cuerpo, dispuesto a hacerle saber la magnitud del deseo que aún lo atormentaba, que era incapaz de ignorar. Al sentir su miembro duro contra su vientre y su torso escandalosamente musculoso, Amanda perdió el equilibrio y se aferró a sus hombros.

—La quiero en mi cama, Amanda. Esta noche. Mañana por la noche. Y todas las noches.

Y sin esperar respuesta, apretó sus caderas contra las de ella y le dio el tipo de beso que solo él podía dar: digno de un tifón, de un huracán. Amanda, abrumada, le pasó las manos por el pelo y apretó los pechos contra él. Sintió cómo sus pezones se endurecían contra el fornido torso de Jay y gimió al notar que el placer la invadía. Con un gruñido impaciente, Jay la cogió en brazos y, con el hombro, empujó la puerta del dormitorio, que cerró de un puntapié, sin dejar de besarla. Ambos cayeron sobre la cama en un enredo de brazos y piernas y, tras separarse de sus labios

por unos instantes, él volvió a apoderarse de ellos en un beso salvaje. Exigió su lengua y ella se la ofreció.

Jay le tomó la cara entre las manos y devoró su boca con impaciencia. Sus lenguas ávidas se buscaban, se mezclaban y chocaban entre sí. Ambos se fusionaron en una intimidad cíclica: se poseían y se abandonaban, solo para volver a sumergirse en los brazos del otro justo después.

Incapaz de contenerse por más tiempo, Jay elevó ligeramente la pelvis y se desabotonó los pantalones con una mano febril. Luego levantó las faldas de Amanda, que ya lo esperaba, y se colocó entre sus muslos. Llegados a ese punto, Jay clavó una mano en la nuca de la joven, la sujetó firmemente por la cadera con la otra y la penetró sin contemplaciones.

Era imponente, duro, abrasador y poderoso.

Amanda gimió y empujó sus caderas hacia él. Con los nervios a flor de piel, lo agarró por la camisa y se arrimó a su torso. Sus bocas se fundieron de nuevo y, mientras la virilidad de Jay la buscaba una y otra vez, Amanda sintió sus ásperas mejillas lacerando su barbilla.

Jay, por su parte, se había perdido en ella. Gemía con cada embestida. Había una urgencia liberadora en su contacto, una especie de pánico, un hambre insaciable. De repente, ella sintió que él se retiraba y se le encogió el corazón por despecho. Pero poco después, sin aliento, él la agarró por las caderas y la puso de lado, luego boca abajo. Un poco inquieta, Amanda sintió que él se recostaba impaciente contra ella, que lo esperaba de espaldas, y que la evidencia de su deseo presionaba la parte posterior de sus muslos. Él se levantó sobre un codo para liberarla de su peso y, con la otra mano, le indicó que abriera ligeramente las piernas, que ella mantenía juntas por reflejo.

No... Él no iría a..., ¿verdad?

Incapaz de esperar, Jay ahogó un gruñido y guio su miembro erecto entre los prietos muslos de ella. Llegó a la frontera de su hendidura secreta, que sintió palpar de expectación y, sin pedirle permiso, con un rápido movimiento de pelvis, la penetró de nuevo con toda la longitud de su impaciencia.

A su pesar, Amanda gimió, se abrió para recibirle de nuevo y arqueó la espalda. Él la levantó ligeramente y le cogió un pecho antes de penetrarla una segunda vez y luego, una tercera. Jay sintió que el placer le recorría con una fuerza irremediable. La agarró por las caderas, tiró hacia atrás para atraerla hacia su sexo oscilante, se colocó de rodillas y consiguió que ella hiciera lo mismo. Con un gesto furioso, le desató los ribetes de la enagua que le estorbaban, volvió a agarrarla por las caderas con ambas manos y se lanzó a una danza frenética dirigida por su pelvis.

Amanda, llena de vergüenza y deseo, sintió cómo el sexo de Jay entraba y salía de ella y se frotaba contra zonas insospechadas de placer. La sujetaba con firmeza: sus dedos se aferraban a sus delicadas caderas y su pelvis golpeaba violentamente contra sus nalgas en un encuentro tan indecente como excitante. Pronto la tomó con tal ferocidad que las columnas de la cama temblaron. Amanda, al borde del orgasmo, no podía pensar con claridad.

De repente, Jay aceleró de nuevo y su miembro empezó a estimular un punto de placer que ella desconocía. El roce de su sexo se volvió más yerto, más imperioso, y la excitó con fervor. Amanda, con fuego en las venas y el corazón alocado, sintió cómo se despertaba el apetito de sus entrañas, cómo sus nalgas se ofrecían escandalosamente a su amante y cómo el placer surgía, retumbaba, se intensificaba, se potenciaba, se hacía insoportable. Finalmente, la joven estalló en una oleada orgásmica incontrolable.

Incapaz de contenerse, Amanda gritó. Y con una última embestida, Jay se unió a ella en el

éxtasis.

¹ *N. de la T.* En este caso, se refiere a los de pie de la época, que servían para aguantar un farolillo o fuente de luz.

² *N. de la T.* Especie de diván con respaldo.

³ *N. de la T.* Tapiz fabricado por los gobelinos en la Manufacture Royale des Gobelins de París o a imitación suya.

⁴ *N. de la T.* Del italiano *girandola*. Aunque el significado primario es una rueda con cohetes, aquí se refiere a una especie de candelabro muy ornamentado con distintas ramas y soportes para velas y otras fuentes de luz.

IX

Jay tenía los nervios de punta.

Había pasado la noche con Amanda y, sin embargo, seguía deseándola. La había hecho suya una, dos, tres veces y una cuarta al llegar el alba, aunque ella le había suplicado otras tantas — sin demasiada convicción, a su juicio— que pusiera fin a aquel «arrebato de locura». Incapaz de resistirse a la llamada de su joven cuerpo, de su sensual perfume, de la suavidad de su piel, la había convencido cada vez, con besos ardientes y caricias traicioneras, de que volviera a entregarse a él.

Finalmente, al salir el sol, la había dejado descansar y se había ido a su dormitorio. Allí se había lavado y afeitado —solo, como de costumbre, lo que le había valido una nueva mirada sulfurosa del mayordomo de la casa, a quien, después de tres años de servicio, la falta de modales de su señor seguía erizándole el vello—, luego había engullido un copioso desayuno — los retozos nocturnos siempre le daban un hambre canina, aunque no solía necesitar excusas para servirse un cuarto plato— y se había ido a la City.

Había pasado el día entre sus ingenieros y sus comerciales, sus abogados y los trabajadores de su compañía de seguros, buscando soluciones, dando instrucciones, haciendo un seguimiento de sus dividendos, mejorando sus herramientas de producción y vigilando las acciones que amenazaban con perder valor. Incluso se había presentado en los muelles y canales de los *West & East India Dockyards* en Blackwall¹, donde atracaban muchos de sus barcos mercantes, y había comprobado él mismo la calidad del cacao, el vino, la seda y el marfil del Rosemary.

Con las manos en los bolsillos, se había sumido entonces durante una o dos horas en la contemplación de las incesantes idas y venidas de los estibadores que cargaban y descargaban la mercancía, los carpinteros que reparaban los desperfectos de un barco en dique seco y los jornaleros que, con un saco de trigo o algodón al hombro, subían y bajaban incansablemente los cinco pisos de la inmensa ringlera de almacenes que se extendía a lo largo de los muelles.

Los armadores gestionaban las existencias, los capataces supervisaban a sus equipos, los pintores redecoraban la proa de un barco, los herreros se afanaban, los toneleros negociaban. Había cajas de ron y sacos de azúcar por doquier. Jay se dejó impregnar por el ambiente, como cada vez que venía, y se bañó en una oleada de nostalgia.

En el pasado, había descargado aquella madera, la teca, la caoba. Había cargado aquel café, el té, el corcho, el aceite, el tabaco y la melaza, también. Al igual que la fibra de coco, los ladrillos y licores. Había vaciado las barcasas de toneladas de carbón; los tres mástiles, de mercancías exóticas; los pontones, de arena. Había recorrido Oregano Drive, Coriander Avenue, Nutmeg Lane, Clove Crescent, Rosemary Drive y Saffron Avenue² cientos, miles de veces. Había remolcado el Echo, el King Henry, el Sea Witch y el Blue Mermaid por las orillas, las cuencas y el City Canal. Había recorrido a grandes zancadas los cientos de acres³ de los astilleros y, durante tres largos años, había ayudado, cada día, a equipar los seiscientos barcos que el complejo de los *West India Docks*⁴ podía albergar en un momento dado, o los doscientos

cincuenta *East Indiamen*⁵ de mil toneladas que el complejo de los muelles de las Indias Orientales tenía capacidad para albergar. Había sudado con esos hombres, maldecido con ellos, sufrido con ellos.

Cada vez que venía a los muelles, ocurría lo mismo: llegaba como un hombre de negocios, con sus papeles bajo el brazo, y se marchaba como un obrero más, con la cabeza llena de recuerdos. Pero ese día en particular, mientras caminaba de vuelta al Soho, a su melancolía se unió algo más agudo, algo más inquietante, algo que le obsesionaba y le hacía caminar con apremio.

Una necesidad. Un anhelo. Una llamada.

Amanda por fin se había ofrecido a él y, no dispuesto a darle tiempo para que cambiara de opinión, fantaseaba con hacerla suya de nuevo. Porque, a pesar de su unión, la joven había conservado una inocencia que el matrimonio generalmente no perdonaba y que a él le atraía sobremanera. En materia de solazarse, la experiencia brillaba por su ausencia, y a pesar de su primer himen⁶, parecía no saber nada de sexualidad. O en todo caso, nada que le hubiera hecho desear un encuentro carnal de primeras.

Quería iniciarla en todo aquello: enseñarle la dicha de su propia sensualidad, hacerla gritar de placer. Deseaba que, en lugar de apartarle, avergonzada de sus impulsos, le rogara que volviera a hacérselo.

Esa noche, Jay conseguiría una entrega total: una rendición íntegra e incondicional. Sin ser consciente de ello, volvió a acelerar el paso. Con cada zancada, sentía que sus instintos depredadores se despertaban aún más. Subió por Strand, se desvió en Bedford Street, continuó hasta Garrick Street y luego, con uno último y apresurado izquierda-derecha, giró finalmente hacia Charing Cross Road, por la que subió corriendo. Cuando llegó a casa, casi estrelló la puerta contra la pared del recibidor. Intentó recobrar un mínimo de compostura antes de entrar en el salón, sombrero en mano.

Elisa estaba sola, encaramada sobre sus notas.

—¿Dónde está Amanda?

Un poco sorprendida, Elisa levantó la vista de sus deberes y le dirigió una mirada burlona.

—Buenas noches a ti también, Jay. Amanda está en su habitación... cambiándose.

—¿Cambiándose? ¿Por qué?

—Porque va a salir.

—¿A esta hora?

—Eso parece.

—¿Y adónde va?

—No lo sé.

—¡Maldita sea!

Stearn, que pasaba por detrás de él con una bandeja en las manos en la que sostenía una infusión de verbena para Elisa, se estremeció ante la blasfemia. Jay se dio la vuelta y los dos hombres casi chocaron de frente.

—¡Por el amor de Dios, tenga cuidado, Stearn!

El mayordomo recuperó el equilibrio con la destreza de un acróbata de la *Philip Astley's Riding School*⁷ y salvó la verbena por los pelos.

Jay subió las escaleras de cuatro en cuatro y, justo cuando estaba a punto de llamar a la puerta de Amanda, casi abatió a la pobre Betty, que salía del dormitorio de su señora. La

doncella se disculpó una y otra vez antes de alejarse con un vestido de seda púrpura en las manos. Jay la fulminó con la mirada —Amanda seguía vistiendo los colores del medio luto— y luego entró en la habitación.

La joven, frente a su tocador, estaba dando los últimos retoques a un velo gris que se había colocado en la parte posterior del pelo. Una capa negra y un abrigo a juego la esperaban en el respaldo de un sillón.

—¿Puedo preguntarle adónde va?

Amanda ahogó un grito y se volvió hacia él. Sus mejillas se sonrojaron de inmediato.

—Oh, Jay...

Él cerró la puerta y se cruzó de brazos. No tenía ningún deseo de que ella saliera. La quería, y la quería ahora.

De todos modos, ¿a quién podía visitar a estas horas? Eran casi las ocho de la tarde y...

—No debería estar aquí... —dijo Amanda.

Jay arqueó una ceja arrogante, como si quisiera restregarle lo disparatadas que eran sus palabras.

—He pasado la noche aquí, Amanda.

—Sí, y... fue un error...

—Amanda, sus supuestos «errores» empiezan a volverse tediosos.

—Mire, Jay, lo siento, pero no puedo hablar esta noche. Tengo que salir...

—¿A dónde va?

—No puedo... No puedo decírselo.

¿Estaría viéndose con otro hombre? No, era más que improbable.

Sin embargo, Jay no podía dejar de preguntárselo. Tal vez fuera un zafio, pero pese a las apariencias, estaba lo suficientemente familiarizado con las costumbres de la nobleza como para saber que una dama no solía salir sola por la noche y que, si respondía a una invitación oficial, no tenía por qué ocultarlo. Por más que intentaba entenderlo, no se le ocurría ninguna razón para que ella se mostrara tan reservada.

—Amanda, no me apartaré de la puerta hasta que me diga adónde va.

—No me gusta el chantaje, señor Stenson.

—Stenson, Jay, Jay, Stenson... ¿Puede decidirse de una vez por todas?

—No se está haciendo ningún favor, señor.

—Deje de jugar al gato y al ratón y contésteme.

Lady Keat suspiró frustrada y adoptó un aire cerril. Pero como él parecía reacio a dejarla pasar, finalmente se conformó con una verdad a medias.

—Necesito ver a George.

Jay parecía sorprendido ante esa respuesta. Descruzó los brazos y dio un paso hacia ella, incrédulo.

—¿A... su hermano?

—Sí.

—¿A estas horas?

—Sí.

—¿Para qué?

—Em... para atar algunos cabos sueltos... Unas cifras sobre nuestras granjas...

—Me está mintiendo, Amanda.

Un poco, sí.

—En absoluto.

Se miraron el uno al otro y luego:

—En ese caso, déjeme hacerle el amor primero.

Desde luego, ella no se lo esperaba. Sintió que se le aceleraba el pulso y que la sangre fluía a la carrera por sus venas cuando Jay se acercó. Se agarró con fuerza al respaldo de la silla e intentó mantener la calma.

—Sabe que eso no es posible, Jay.

Amanda había dudado. Solo durante una fracción de segundo, pero había dudado. Jay estaba exultante. La vacilación en una mujer siempre anticipaba que estaba dispuesta a rendirse.

—Solo una vez.

—Jay...

Pero él ya se había acercado demasiado. Le cogió la cara entre las manos y la guio hacia él. Sus alientos se mezclaron y Amanda cerró los ojos. Él tomó sus labios con una suavidad sin precedentes: tierna, cálida, sensual... y ella le devolvió el beso. Luego bajó las manos hasta la espumilla de encaje de su escote y rozó tiernamente la curva superior de sus pechos con las yemas de los pulgares. Los pezones de Amanda se endurecieron y presionaron contra sus anchas palmas. *Qué delicia*. Volvió a acariciarla y luego dejó que sus labios se desplazaran a su mejilla, su mandíbula, su cuello, mientras hundía los dedos en su sedoso cabello. Amanda gimió, aferrándose a sus hombros, y él le mordió suavemente el cuello, a fin de arrancarle otro suspiro. Más tarde, Jay aflojó el agarre y la apartó de él. Amanda se quedó mirándolo un momento, con los ojos empañados y el moño ligeramente deshecho.

—Llevas demasiada ropa...

Jay sentía demasiado placer para no tutearla.

Hizo que su amante se girara para desabrocharle la parte de atrás del vestido, que pronto cayó y formó una corola alrededor de sus pies. Luego le desató las enaguas, que estaban unidas al vestido, y finalmente se ocupó del corsé con la destreza de una doncella. Incapaz de decirle que no, Amanda sintió que las rígidas ballenas⁸ se holgaban y dejaban su cuerpo libre, y el corsé se fue desprendiendo al compás de las ardientes manos de Jay, que le acariciaron la espalda, los costados, las caderas y las piernas hasta llegar a los tobillos. A continuación, Jay cerró los dedos en torno a su talón y le quitó una de las botas, luego la otra. Después se enderezó y volvió a girarla hacia él. Con dedos expertos, le quitó el velo y acarició sus rizos rubios antes de dar un paso atrás. Allí, a esa distancia, se detuvo unos instantes para admirarla mejor.

Era preciosa. Bella como ninguna. Tenía la piel cremosa, la carne opalina, una tez de magnolia y unas curvas por las que habría vendido su alma. Sus pechos eran turgentes, redondos y delicados; su cintura, grácil, y sus piernas, estilizadas. Tenía los tobillos, las muñecas y las rodillas delgados: una anatomía de aristócrata. El cabello le caía en cascada sobre los hombros níveos, brillantes como rayos de sol, y sus ojos, inmensos, eran de un azul potente y realzado por el deseo.

Era la criatura más hermosa que jamás había visto desnuda.

—Eres preciosa, Amanda.

Ella se sonrojó de una forma adorable y él la abrazó. Luego, con mucha delicadeza, la levantó, la besó y la tumbó en la cama. Recatada, ella se cubrió el pubis y los pechos con las manos y subió ligeramente las rodillas para ocultar su intimidad de la insistente mirada de Jay. Con dedos febriles, este se desabrochó la parte superior de la camisa y se deshizo de ella.

Amanda abrió los ojos de par en par al contemplar su torso al descubierto, que en realidad, veía por primera vez. Sus pechos eran anchos, morenos y estaban cubiertos de una fina pelusilla marrón que continuaba por su vientre en una espesa y oscura maleza antes de sumirse en sus pantalones.

Fascinada, no pudo evitar comparar el basto torso de Jay con el de Charles, blanco y delicado. Su marido tenía unos pechos lisos, suaves, imberbes, como los de un bebé. Tenía un cuerpo esbelto, armonioso, romántico, la estética de un efebo⁹, una figura grácil, una plasticidad delicada. El cuerpo de Jay, sin embargo, no tenía nada de delicado. Era robusto, macizo, bronceado e imponente.

El hombre que había sido su marido y el que se había convertido en su amante no tenían nada —absolutamente nada— en común.

El pecho de Charles era plano; los pectorales de Jay, voluminosos. Charles era rubio; Jay, moreno. Los ojos de Charles eran azules, como los de ella; los de Jay, oscuros, casi negros. La barbilla de Charles era lampiña; la de Jay estaba sombreada por una barba incipiente. Charles iba siempre bien peinado, perfumado, arreglado, impecable sin excepción; Jay era un hombre sobrio, sensual, crudo, a veces incluso desaliñado. Charles era reflexivo, mientras que Jay tenía un apetito insaciable. Charles era tranquilo, comedido, sensato, un galán; Jay era natural, impulsivo, espontáneo y descarado.

Y, por último, Charles siempre le pedía permiso antes de unirse a ella en la cama, mientras que Jay... claramente no era tan cortés.

Intimidada, Amanda quiso agarrar la sábana y cubrirse hasta la barbilla. Pero Jay se había quitado el resto de la ropa en un tiempo récord y se había arrimado a ella. Se sentó a su lado y empezó a acariciarla. Le tocó el cuello, los brazos, los hombros y, tras separarle suavemente las manos, cerró los dedos sobre su pecho izquierdo, dejando el pezón accesible. Entonces se inclinó sobre ella y, tras provocarla con unos ligeros lengüetazos que la hicieron hipar de placer, se lo metió en la boca y fue succionando con lentitud. Amanda jadeó, gimió y se retorció bajo aquella dulce tortura. Él agarró con más fuerza su pecho de marfil y ella le guio para que se lo metiera en la boca.

Un largo escalofrío de anticipación lo recorrió: Jay hubo de hacer acopio de todo su autocontrol para no penetrarla de inmediato. Quería volverla loca. Quería hacerla gritar. Quería hacerla depender de él, de sus caricias, de su propio placer. Reprimió un gruñido y se dispuso a infligir el mismo tormento en su otro pecho, que se postraba terso hacia él y exigía, duro e implorante, la misma atención. Luego bajó lentamente la mano hasta el vientre de Amanda, que sintió tierno y contraído en su presencia. Jay introdujo suavemente una rodilla entre las piernas de la joven para separarlas y recorrió con los dedos el pequeño vellocino rubio que espumaba en su feminidad. Finalmente, al encontrar la húmeda abertura que le llamaba, introdujo dos dedos.

Amanda jadeó, apretó las piernas e intentó apartarse. Él le agarró la muñeca con la otra mano y se la acercó al rostro.

—Chis... Déjate llevar...

Luego movió suavemente los dedos y los introdujo aún más en su ardiente intimidad, antes de llevarse a la boca la arista de uno de sus senos. Amanda cerró los ojos y, ebria, avergonzada e irreflexiva, le dejó hacer. Pronto sintió que una sensación embriagadora se apoderaba de su bajo vientre. Una húmeda impaciencia surgió de entre sus piernas y empezaron a sacudirla convulsiones desmedidas. La joven clavó las uñas en los omóplatos de Jay en una súplica

silenciosa para que continuara. Él intensificó sus gestos de aprecio y ella se tensó contra él, mientras el placer, ahora abrasador, la recorría.

Su cuerpo se relajó de repente y se dejó caer pesadamente sobre la almohada. Entonces sintió los labios de Jay bajando por su vientre, besándole ombligo, y luego uniéndose a sus dedos en aquellas tierras prohibidas.

—Jay, ¿qué...?

Este retiró los dedos y le puso una mano firme en el vientre para animarla a que volviera a tumbarse.

—Relájate.

—No, Jay, no puedes...

Amanda había decidido tutearlo.

—Sí puedo.

Sin darle tiempo a protestar de nuevo, y a la vez que trataba de reprimir cualquier reacción exagerada de su propio sexo, Jay la agarró de las caderas, la arrimó a sus labios y se apoderó con avidez de su capullo de rosa. Ella reprimió un grito e intentó cerrar las piernas, pero estas se encontraron con un ancho, duro e imponente obstáculo: los abultados hombros de él. La lengua de Jay se deslizó entonces en el tembloroso secreto de su carne: rozó, acarició, excitó, buscó, y pronto, Amanda no tuvo más remedio que someterse a su tierna pero imperiosa exploración. Abandonó el frente y sintió los labios de Jay devorándola, su lengua invadiéndola, sus manos sujetándola y entonces, febril, se agarró a las sábanas junto a sus caderas y movió la cabeza a un lado y a otro sobre la almohada entre fogosos gemidos.

Amanda estaba a punto de perder la cabeza y abandonar sus últimos escrúpulos. Jay, consciente de su placer, se sintió animado y redobló sus esfuerzos. Deslizó la lengua por los pliegues aterciopelados de su sexo, insistió aquí y allá y, finalmente, aturdido por el almizclado aroma a amor que emanaba de la joven, se apoderó de la llave de su placer y la condujo al éxtasis, ansioso por poder penetrarla él mismo y liberarse.

La lamió, la chupó, la saboreó tanto que pronto sintió que Amanda se rendía. Su cuerpo empezó a temblar de arriba abajo y su pelvis siguió meciéndose con vigor hacia sus labios, presionando su sexo contra la boca de su amante. Prolongó su placer todo lo que pudo y luego volvió a subir. Salpicó su vientre de besos y entonces se impuso sobre su cuerpo. No tardó en colocar su miembro en la entrada del sexo de Amanda, deseoso de explorarla.

Jay aprisionó sus labios con un ardor que todo lo consumía y la besó con el fervor de un hombre que pone su marca sobre aquella que lo ha escogido, antes de hundirse en la cálida y húmeda funda que parecía haber sido creada para él. *Solo para él*. Inmediatamente, sintió que los músculos íntimos de ella se tensaban, temblorosos, a su alrededor, señal de que estaba al borde del éxtasis por tercera vez consecutiva. Se retiró a medias, solo por el placer de sentir cómo la intimidad de su amante intentaba retenerlo, y volvió a penetrarla. Amanda gritó desde el fondo de la garganta. Repitió la operación una vez, luego dos, luego tres... hasta que las contracciones internas de la bella joven, al borde del síncope, desencadenaron su propia explosión.

Un relámpago atravesó sus entrañas: el placer irradió desde un lugar recóndito de su espalda e, impaciente, a punto de quebrarse, se derramó dentro de ella en un vaivén colmado de placer.

Rejas en las ventanas. Fábricas abandonadas. Tabernas sombrías con cristales mugrientos.

Mataderos en ruinas y casuchas destartalladas. Y luego, a lo largo de las paredes, perros sarnosos, gatos callejeros, prostitutas desdentadas y niños harapientos. Teces pálidas, rostros lívidos, mejillas hundidas y caras demacradas.

Durante la última hora, Amanda había sentido que descendía a los infiernos. A pesar del espeso barro y del pavimento repleto de baches, el coche simón avanzaba a paso bastante firme —lento, pero firme— y la miseria del East End se desplegaba ante sus ojos en todo su esplendor, sin el menor pudor, sin la menor decencia.

Un lisiado cojeaba a su vera, intentando seguir el paso de su carruaje y tendiéndole la mano. Ella ni siquiera había tenido tiempo de coger el bolso retículo: el cochero había fustigado a los caballos para alejarse del intruso. Más allá, apoyado en una pared, un asesino a sueldo se hurgaba los dientes con la punta de la navaja, probablemente a la espera de algún trabajo bien pagado. Y más allá aún, una traper¹⁰ parecía dispuesta a vender su cuerpo a cambio de una miseria.

Y luego estaban los puestos abyectos. Vagabundos de todo tipo. Individuos sucios y repulsivos. Tugurios donde servían bebidas. Niños arrastrando los pies, vagando sin rumbo por los callejones y, de repente, peleándose por un corazón de manzana.

Amanda, con un nudo en la garganta, se estremeció y se arrebujó en el abrigo negro que le cubría los hombros. El contraste cruel, casi inmoral, con el gozo que había experimentado en los brazos de Jay apenas dos horas antes parecía irreal. Sentía como si, en solo unos minutos, hubiera pasado del sueño a la pesadilla, del amor a la muerte, del paraíso a la oscuridad. Las sábanas de seda habían sido sustituidas por harapos; la luz de las velas, por la negrura de la noche; la sonrisa brillante de Jay, por rostros apagados y demacrados; la dulzura y los besos, por la violencia y el hambre; la ternura y las caricias, por el dolor y la crueldad; el lujo y el confort, por la indigencia más cruda; y el calor del hogar, por un frío penetrante, gélido y despiadado.

Poco después de hacer el amor, Jay se había quedado dormido. Con mil precauciones, ella salió de la cama. Se arregló el pelo y volvió a ponerse el corsé como pudo. Se vistió a toda prisa y se puso el abrigo. Luego, con los zapatos, los guantes y el sombrero en la mano, salió de la habitación.

Elisa seguía leyendo en el salón y Stearn estaba en el sótano dando órdenes. Amanda salió sin hacer ruido, subió por Charing Cross Road hasta Northumberland Avenue y paró un coche simón. El primero que había parado se había negado a llevarla más allá de la City, pero el segundo, a cambio de una buena cifra, había accedido a llevarla «donde ella quisiera», aunque no acababa de entender qué tenía que hacer una mujer de su clase en los barrios bajos de Whitechapel, aparte de matar el aburrimiento de su tediosa existencia con sudores fríos y riesgos temerarios; claro está. Porque, aparte de problemas, no había nada —absolutamente nada— esperando a una dama en el distrito más sucio y populoso de Londres. Sin embargo, como no era asunto suyo, el cochero restalló el látigo y el vehículo se puso en marcha.

No obstante, era evidente que este desconocía la zona y la taberna del *Black Horse* y, lejos de tener una dirección concreta, parecía haberse adentrado en la parte más dudosa e inaccesible del distrito. Llevaban ya una buena hora dando vueltas y vueltas en el laberinto de callejuelas oscuras, pasadizos tenebrosos, zonas sombrías y patios cubiertos de bruma que conformaban Whitechapel. Habían recorrido los rincones propicios para el robo, la violación, el asesinato y la decadencia.

Por un momento, Amanda se arrepintió de no haber avisado a Jay. Con aquel hombre a su

lado, no habría tenido miedo. Nunca. En ninguna parte. En los mismísimos barrios bajos, en una noche sin luna como aquella, en las calles solitarias azotadas por la espesa niebla, se habría sentido protegida.

Pero no podía decírselo.

George estaba allí, en alguna parte. Tenía que encontrarlo, obligarlo a subirse al coche con ella y devolverlo a la vida. Sin escándalos, sin hacerlo público; en definitiva, sin levantar sospechas.

Su hermano solo tenía veinte años: le quedaba toda una vida por vivir. Amanda se negaba a que se le juzgara, a que se conociera su desgracia, a que se le mirara con lástima. Y solo temía una cosa: que con su fuerza, su mente y su espíritu de lucha, Jay castigara a su hermano por lo que inevitablemente consideraría una falta de valor. Que, basándose en su experiencia, su propio éxito y su inquebrantable determinación, lo juzgara débil, lo evaluase con su vara de medir y le atacara con su más soberbio desdén. Que no comprendiera que George era uno de esos aristócratas que preferían morir antes que sufrir la ignominia de sus iguales. Porque, dado su evidente desprecio por todo lo que las clases altas solían alabar —la ociosidad, el honor, los estilos de vida regidos por el despilfarro y, paradójicamente, el desapego material—, no cabía duda de que Jay miraría a George con la mayor repugnancia, quizá incluso con condescendencia.

Y eso no podía soportarlo.

George era un soñador. Un poeta. Un alma sensible. Había hecho todo lo posible por conservar su patrimonio, pero su padre le había legado un imperio decadente, y George no estaba preparado para eso. Era un espíritu delicado. Estaba hecho para amar a una mujer, mimarla, hacerla florecer, no para gestionar acciones, lidiar con problemas materiales, invertir capital o salvar de la ruina un patrimonio plagado de deudas ajenas. Además, su hermano era una de esas personas amables, benévolas y confiadas que lo aguantaban todo, creían en la bondad del hombre y no veían el mal en ninguna parte. Había confiado en los administradores. Había confiado en los banqueros. Había confiado en Greystone. Y todo aquello le había llevado a la miseria.

Jay lo vería como el culmen de la estupidez, y George no se merecía eso.

Quería encontrarlo, contarle lo de las veinte mil libras que su salvador ya le había dado y llevárselo de vuelta a Mayfair. Nadie lo sabría, nadie lo vería. La excusa sería que estaba de viaje. Que había estado en Francia, o en Sussex, o donde fuera. Con el dinero, la joven llenaría las arcas del condado y restauraría Steyn Manor. Cumpliría con su misión en casa de Jay y se comprometería a quedarse hasta el final de la temporada. Con sesenta mil libras, George saldría al fin del atolladero. Todo estaba resuelto: solo tenía que asumir la noticia y volver a casa.

Jay, por su parte, sabía que estaba arruinado. No necesitaba saber más. También era consciente de que su hermano se había dejado llevar por la melancolía y de que no había luchado por su estatus, su fortuna o su supervivencia.

Lejos de sus pensamientos, una de las ruedas del coche se hundió en un profundo surco y el vehículo dio una violenta sacudida. Amanda se llevó una mano al sombrero, que amenazaba con caerse, y volvió a mirar por la ventanilla: Un caramanchel. Una vieja posada con un letrero descolorido. Montones de basura. Un cabaré de poca monta.

Dios santo, ¿llegarían alguna vez a aquel lugar?

Las mujeres de la calle no tardaron en increpar al coche simón en el que estaba, sin duda en busca de algún cliente adinerado. Le vino a la mente un viejo artículo de *The Daily Telegraph*, donde el redactor afirmaba que la capital británica contaba con casi quince mil prostitutas, mil doscientas de ellas solo en Whitechapel, y sesenta y dos burdeles en la misma zona, para las que

podían permitirse el lujo de no ejercer contra las paredes o en los adoquines de algún callejón aislado, claro está. El mismo artículo cifraba en ciento veinte mil el número de maleantes de todo tipo: rateros, malhechores y criminales, la mayoría de los cuales se concentraban, por supuesto, en el distrito de Tower Hamlets.

Amanda tragó saliva, pero el carruaje consiguió adelantar a toda esa gente. De repente, el cochero aminoró la marcha. Se oyó un sonoro «¡Sooo!» y el carruaje se detuvo. La joven miró por la ventanilla.

Ventanas sin cristales. Farolas sin luz. Quemadores de gas sin combustible. Una calle a oscuras, sombría, siniestra, con la única luz de una estufa improvisada en un barril, en la esquina, y tres hombres con gorro y manoplas alrededor, calentándose. Y allí, al otro lado de la calle, una taberna cochambrosa, tan solo resaltada por un farol apagado, un letrero viejo pintado de negro y las carcajadas que se intuían en el interior. Paredes agrietadas, como a punto de derrumbarse. Cristales mugrientos, cubiertos de hollín y polvo. Una gran chimenea de ladrillo de la que salían volutas de humo gris contra el cielo azul y negro.

—¿Seguro que es aquí? —le gritó al cochero, que no se había molestado en levantarse de su asiento para abrirle la puerta.

—¿Sabe leer?

Amanda dudó. Parecía peligroso, pero el vizconde había mencionado ese lugar. Una taberna cerca de los muelles que, al parecer, su hermano frecuentaba de noche y en cuyas inmediaciones debía dormir.

George iba a ir esa noche. Era evidente.

—Bueno... Nos quedaremos aquí, si no le importa.

—¿Cómo? No pienso quedarme aquí.

—Oh, se lo ruego, señor... —Amanda rebuscó en su bolso retículo y sacó tres libras—. Solo una hora.

El cochero saltó de su asiento y se acercó a la puerta. Se embolsó el dinero y volvió a sentarse.

Amanda esperó con el corazón acelerado. Una neblina espeluznante se cernía sobre la calle. A intervalos regulares, pasaban sombras encogidas por el frío. En un momento dado, un borracho salió del tugurio, se recostó contra una farola y luego se alejó dando tumbos. Un mendigo medio demente pasó farfullando un discurso ininteligible. Una mujer se acercó a pedirle limosna. Tenía los dientes negros y los estigmas de la viruela se reflejaban en su rostro. Amanda le dio dos guineas y la mujer, sin siquiera mirarla, siguió su camino.

El tiempo pasaba y Amanda cada vez estaba más ansiosa. Con los ojos muy abiertos, escudriñó en la oscuridad: a los transeúntes, los vagabundos, los clientes, los borrachos... A todos.

George tenía que salir. O entrar. ¡O pasar por allí! Lo único que tenía que hacer era esperar allí, a salvo, y...

Amanda esperó tres horas, pero fue en vano.

¹ N. de la T. En español, astilleros de las Indias Occidentales y Orientales.

² N. de la A. Nombres de calles y avenidas de los muelles bautizados a partir de especias importadas (orégano, cilantro, nuez moscada, clavo, romero y azafrán, respectivamente).

³ N. de la T. Unidad de superficie utilizada principalmente en el Reino Unido y los EE. UU.

⁴ N. de la T. En español, muelles de las Indias Occidentales.

⁵ *N. de la A.* Nombre genérico que reciben los buques que operan en nombre de la Compañía de las Indias Orientales.

⁶ *N. de la T.* En este caso, se refiere al matrimonio.

⁷ *N. de la A.* Primera forma de circo moderno, inventada en Londres a finales del siglo XVIII. Consistía en espectáculos ecuestres, pantomimas y acrobacias.

⁸ *N. de la T.* Un ajustador de corsés formado con lienzo o seda. Las ballenas servían para apretar y fijarlo al cuerpo.

⁹ *N. de la T.* Adolescente, joven o muchacho de belleza afeminada. Recordemos que se trata de percepciones de la época.

¹⁰ *N. de la T.* Según el DLE: «Persona que tiene por oficio recoger trapos de desecho para comerciar con ellos».

X

—¿Qué haces?

—He de irme...

—¿Otra vez?

Amanda trató de ignorar el tono irritado de su voz y fue a por el corsé. Jay la agarró de la muñeca y la empujó de nuevo hacia la cama.

Ella soltó una dulce risilla, pero luego trató de liberarse.

—No, Jay, para... Debo salir. Insisto.

Jay sintió que la ira brotaba de su interior. Cinco noches. Cinco noches ya en las que ella había estado saliendo a escondidas.

La primera fue la vez en que fingió visitar a su amiga Maggie. Había vuelto sola, a pie, cerca de la medianoche. Jay aún no había conseguido averiguar a quién había visitado. Al día siguiente, Amanda se había escabullido como una escapista mientras él dormía. Jay se desveló en plena la noche y la esperó. Cuando regresó —¡casi a las tres de la madrugada!—, parecía angustiada, pero no quiso decirle nada. Al parecer, había ido a ver su hermano. *¿Y había estado con él hasta las 3 de la mañana...?* Pero Amanda estaba agotada y él había dejado que durmiese.

Al día siguiente, Jay volvió un poco tarde de una reunión con el director de una de sus fábricas de relojes y, por desgracia, cuando llegó, Amanda había desaparecido. Esa noche no llegó a horas intempestivas a casa, pero la tarde siguiente, pese a que él había salido temprano de la City a propósito para intentar interceptarla —convencido como estaba de que volvería a escabullirse—, lady Keat ya se había marchado. Según Elisa, justo después del té de las siete. Y al día siguiente, como todos los jueves, Jay fue al *White's* para reunirse con James justo después de sus reuniones de trabajo, pero pese a que estaba en casa cuando llegó, no le cabía duda de que la joven había vuelto a salir. Una vez allí, Jay se había unido a ella en su habitación y le había hecho el amor, pero ni siquiera después había querido hablar del tema.

Ese mismo viernes, Jay volvió a casa muy temprano, antes de la hora del té, para asegurarse de encontrársela. Allí, la esperó, la llevó a su habitación con cierto pretexto, le hizo el amor y, aun así... ella volvió a dejarlo una vez más para ir a hacer Dios sabe qué con Dios sabe quién, dónde y por qué. La situación empezaba a incordiarle de verdad, así como la forma en que seguía dirigiéndose a él como «señor» en público y, en ocasiones, también en privado... cuando no controlaba la situación, o mejor dicho, cuando le convenía. Le parecía el culmen de la hipocresía que le tutease en privado —aunque, pensándolo bien, era todo un logro que ella se hubiera permitido tanta intimidad— y le tratase de usted en público, pero supuestamente, era una costumbre en la alta sociedad, incluso en el seno de algunas parejas casadas.

Era absurdo. Tan absurdo como su obstinada negativa a llevarse sus coches e ir a pie, en un alarde de independencia completamente ridículo. A menos —lo que era más probable, y al mismo, tiempo, le exasperaba— que fuera para mantener su destino en secreto y evitar que él interrogara a su cochero, como la primera vez, cuando ella lo había despedido horas antes de regresar.

En resumen, todas esas costumbres triviales —y esos secretitos insignificantes— empezaban a ponerle de los nervios.

—Debes salir... ¿Y con quién, si puede saberse?

Con los brazos a la espalda, Amanda se dispuso a atarse el corsé.

—¿Me ayudas?

—No. ¿Con quién vas a salir?

La joven suspiró, exasperada.

—Con mi hermano; ya te lo he dicho.

—No me lo creo.

—Y, sin embargo, es la verdad.

—¿Qué demonios tramáis?

Ella lo fulminó con la mirada.

—No «estamos tramando» nada... Me necesita, eso es todo.

—¿Otra vez sus problemas de dinero?

Ella aprovechó la oportunidad.

—Sí.

Jay la miró con aire obstinado.

—Te estás metiendo en un terreno pantanoso por él.

—En efecto. Es mi hermano, ¿recuerdas?

—No parece un hombre muy... espabilado.

La joven tiró con fuerza del lazo de su corsé y la prenda se tensó de repente.

—No sabes de lo que hablas.

—Pues adelante, ilumíname.

—No.

Amanda se sentó en la cama y se ajustó las medias. Jay la cogió del brazo.

—Quédate conmigo, Amanda. Deja que tu hermano se ocupe de sus asuntos.

Ella se apartó lentamente y se abrochó la liga.

—No puedo, ya te lo he dicho. Tiene... problemas.

—¿Con las veinte mil libras que te di? ¿Qué es esto, una maldita broma?

La joven se puso en pie de un salto.

—Guarda esas groserías para tus amigos, por favor.

—¡No he sido grosero esta vez!

—Ni siquiera te das cuenta...

—Si tu hermano no puede salir adelante con lo que te he dado, muy capaz no será. Veinte mil libras eran más que suficientes para reponer vuestras arcas.

Ella levantó la cabeza bruscamente.

—¿Cómo lo sabes?

Él se encogió de hombros.

—Porque estuve preguntando por ahí.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Cuándo?

—Antes de ir a verte por primera vez.

Ella abrió la boca conturbada, pero no articuló palabra. Pasados unos segundos, dijo:

—Entonces... todo este tiempo... ¿lo sabías?

—¿Que estaba hasta el cuello de mierda? Sí.

—¡Jay!

—¿Qué? —respondió él de mala fe.

—Así que este trato, todo esto, en realidad... ¡Me manipulaste!

—¿Qué?

—Viniste a verme sabiendo que no podría negarme y...

—Bueno, ¿y qué? Yo necesitaba tus servicios y tú necesitabas el dinero. Bueno, más bien tu hermano necesitaba el dinero. Todos salíamos ganando de esta situación.

—¡Estuviste investigándome!

—No. Recabé la información que necesitaba para concretar un trato.

—¡Estuviste indagando en nuestras vidas!

—Obviamente, no lo suficiente. En cualquier caso, no descubrí nada que no se supiese ya: que tu padre llevaba un estilo de vida dispendioso, que dilapidó vuestro patrimonio, que tu hermano heredó las deudas y que se hundió en la miseria. En cuanto a ti, puede que tu marido fuera un buen tipo, pero no te dejó ni un chelín, ¿me equivoco?

—¡Oh!

Eso fue suficiente. Había algunas situaciones a las que un hombre no podía enfrentarse desnudo, y la indignación de Amanda —totalmente fuera de lugar— empezaba a sacarle de quicio. Jay cogió un batín de su percha y se lo puso con rabia.

—¿Y bien...?

—¿Y bien, qué? —replicó malhumorada.

—¿Qué más necesita monseñor, el conde de Sussex?

—Nunca se le dice «monseñor» a un conde.

—¡Amanda!

—¡No es asunto tuyo!

—Me estás ocultando algo.

—¿Y qué si es así? ¿Acaso debo contártelo todo?

Jay tensó la mandíbula. Amanda cogió su abrigo y dio un paso hacia la puerta.

—Sales muy tarde por las noches. Estás cansada y no ejerces como toca en el trabajo.

Era una mentira descarada, pero Jay sentía que sus buenas intenciones se esfumaban por momentos.

Amanda se congeló en seco.

—¿Disculpa?

—Te contraté para ayudar a Elisa. Entenderás que, si no haces bien tu trabajo porque sales demasiado tarde por la noche, tu cansancio se convierte en un problema —Ella le miró asombrada—. ¿Qué pasa? ¿No te gusta la palabra «contratar»? ¿No es de tu agrado? ¿Te resulta vulgar?

Las bonitas fosas nasales de Amanda se encendieron de rabia, pero no contestó. En su lugar, la joven le dio la espalda y puso la mano en el picaporte. Loco de rabia, Jay decidió atacar. *De perdidos*, al río. Así conseguiría sacarla a la fuerza del caparazón.

—Tu hermano tiene lo que se merece.

Ella se dio la vuelta y le dirigió una mirada que habría congelado el Támesis.

—¿Cómo te atreves a decir semejante cosa?

Jay apoyó el hombro en la puerta del armario y cruzó los brazos en señal de fingida negligencia.

—Perdió el dinero apostando, ¿verdad? Conozco muy bien a ese tipo de aristócratas, Amanda. Nacen con una flor en el culo y se lo regalan todo en la vida. Se aburren hasta un punto

en que ya no saben qué inventar para distraerse.

—¡Cállate! ¡Estás diciendo tonterías!

—Así que apuestan, consumen, pierden, se endeudan...

—¡Ni siquiera lo conoces!

—¡Oh, pero he visto a muchos otros, Amanda! ¡He visto montones de ellos! ¡Esos jóvenes descerebrados, intentando engañar al aburrimiento, apostando con dinero que no tienen...!

—¡George no es así en absoluto!

—¡Jóvenes que se juegan sus bienes, descuidan gastos y se despiertan una mañana, arruinados, sin un penique en el bolsillo! He visto montones y montones de esos desgraciados yendo a los barrios bajos del este de la ciudad. Pasan el rato en las callejuelas, los burdeles, las tabernas... buscando emociones nuevas. Desean codearse con la plebe, tirarse a alguna puta, jugar una y otra vez, apostar hasta perder el alma, ¡solo para ver qué se siente! ¡Espantajos!

—¡Ves, esa es exactamente la razón por la que no quería contártelo!

—¿Cuál es esa razón?

Ella enderezó la barbilla y le miró.

—Le deseo muy buenas noches, señor Stenson.

Dicho esto, le dio la espalda y volvió a posar la mano en el picaporte. En un abrir y cerrar de ojos, él la había alcanzado. Con un gesto brusco, cerró de golpe la puerta que ella acababa de entreabrir.

—Aún no hemos terminado, Amanda.

—¡Déjame pasar!

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que salgas. No hasta que me lo cuentes todo.

—¡Eso es chantaje!

—Estás viendo a otro hombre, ¿verdad?

Ni él mismo se lo creía, pero muy a su pesar, esas palabras habían salido de su boca. Amanda, fuera de sí, echó por tierra sus principios y aprovechó la maravillosa oportunidad que él le ofrecía:

—¿Y si fuera el caso...?

—No juegues con fuego, Amanda.

—¿Quién ha empezado?

—¡Respóndeme!

—¡No eres mi dueño, Jay!

Y al fin, la respuesta llegó:

—Yo creo que sí —Ella lo miró, insegura de cómo debía sentirse, tal vez pensando que Jay retiraría ese comentario. Pero en su lugar, la agarró por la nuca y tiró de ella hacia él, antes de insistir con voz grave—. Eres mía, Amanda.

Furioso, hambriento, tomó sus labios para aprisionarlos y la estrechó contra él. Sintió que su deseo volvía y que su sexo se endurecía de nuevo. Apretó su virilidad contra ella y la besó con más fervor. Por un breve instante, ella se olvidó de sí misma en sus brazos, pero de repente, se zafó de su agarre.

—Perdóname, Jay...

Amanda lo empujó con una determinación que lo dejó sin habla y huyó por el pasillo.

Jay, estupefacto, se quedó allí un momento, demacrado, con los brazos colgando. Luego,

furioso, cogió los pantalones y abrió la puerta de un tirón.

No se saldría con la suya.

Hordas de obreros regresaban de los muelles, curtidurías, batanes¹ y fábricas de confección textil de la zona portuaria. Otros tantos, con gorras de paño marrón en la cabeza, salían de las fábricas de tinturas. Y unos cuantos más emprendían la marcha desde los talleres de fabricación de cuerdas y las industrias jaboneras.

Los niños se disputaban las aceras, arrebataban chuscos de pan duro a las ratas, robaban a los borrachos y huían a una velocidad vertiginosa. Eran bandas de expósitos y huérfanos que no encajaban en ninguna parte y vivían en medio de la nada.

Las mujeres volvían de las fábricas de cerillas, salían de las hilanderías o hacían cola para vender su pelo a algún peluquero al que le había salido más barato abrir el negocio en las proximidades de sus miles de proveedoras y no cerca de sus escasos clientes adinerados.

A pesar de que era una hora aún temprana, cientos de indigentes, como todas las noches, se apresuraban hacia uno de los cerca de doscientos refugios nocturnos de Whitechapel: dormitorios infestados de ratas, pulgas y enfermedades, cuyas camas superpuestas y olores aún provocaban arcadas a Jay de solo recordarlos, pero que tenían el mérito de seguir en pie. Si no eran bien recibidos allí, esos pobres miserables recurrirían a algún cobijo improvisado para pasar la noche: un refugio, un cubículo donde criaban los gusanos, un sótano, un edificio en desuso...

Jay suspiró. De todos modos, sabía que solo con sus comedores de beneficencia, sus viviendas de bajo coste, sus donaciones al *Poplar Hospital* y sus propios hospicios no podría acabar con la miseria del East End. Ni sus dos hospitales, ni sus tres orfanatos, ni sus generosos sueldos, ni tampoco... No, con eso no bastaba. Lo terrible de la pobreza extrema era que se retroalimentaba: era una bestia monstruosa que se cebaba de las almas de sus víctimas y que solo dejaría de crecer el día que no le quedase absolutamente nada que comer. Lo que, por supuesto, nunca ocurriría.

Su coche de plaza volvió a girar a la derecha y luego a la izquierda. Miró discretamente por la ventanilla: aún seguían la estela del coche simón de Amanda. Había tardado un rato en encontrar sus zapatos —uno estaba debajo de la cama; el otro, Dios sabe cómo, encima del aparador—, pero incluso enfadada, Amanda caminaba mucho más despacio que él. No le había costado localizarla y la había seguido hasta el final de Charing Cross Road. Allí, la joven había girado en Northumberland Avenue y había llamado a un coche, que se había negado a llevarla. Jay sintió cierta intriga y se escondió entre las sombras. Amanda llamó a un segundo carruaje y sucedió exactamente lo mismo. Solo el tercer coche accedió a llevarla. Jay se subió a otro coche simón y prometió al conductor una fortuna (el equivalente a sesenta viajes) si accedía a seguirla adonde fuera.

Se esperaba una sorpresa desagradable, pero desde luego, no aquella. *¿Qué demonios hacía ella allí? Habría jurado por su madre que Amanda jamás habría puesto los pies en la City. Entonces, ¿por qué estaban en el East End?* Un presentimiento le provocó un desagradable cosquilleo en el pecho. *¿Y si, sin darse cuenta, había dado en el clavo? ¿Y si su hermano estaba allí? ¿Y si todas las noches acudía a alguna taberna de mala fama a echarse a perder? ¿Y si, en lugar de sacar adelante su negocio, se presentaba allí noche tras noche a despilfarrar el dinero*

que Amanda le había confiado? ¿Y si Amanda, desesperada, iba noche sí, noche también a rogarle que se abstuviera de ello? Era horrible... —¡horrible!— pensar que él la pusiera en tal peligro, que la expusiese descaradamente, y que la pobre estuviera dispuesta desvivirse por él. Horrible... pero creíble.

Después de todo, ¿no era así como él mismo había construido parte de su fortuna, conseguido sus primeros ahorros y pagado sus primeras lecciones? ¿Robando a nobles tan estúpidos como para venir a jugar a los barrios bajos?

Si era el caso, no lo entendía. No entendía por qué Amanda insistía en ponerse de su parte o en intentar salvarlo. Su causa era indefendible y su caso, irrecuperable. Había conocido a muchos de esos *aristos* en la veintena, dispuestos a cualquier cosa por escapar de la monotonía, la indolencia y la tristeza de su vida cotidiana. Esos jóvenes iban al East End con la intención de perder cantidades colosales de dinero en tugurios deslucidos. Se jugaban escandalosas cifras, joyas familiares, anillos de sello y propiedades. Firmaban pagarés con la mano suelta y jamás tenían el sentido común suficiente para saber cuándo había que levantarse de la mesa. Eran los mismos que salían del East End con una montaña de deudas, o que destrozaban sin remedio el honor de su familia. Los mismos que abandonaban los barrios bajos con sífilis... o simplemente nunca salían de allí.

La presa ideal. Fáciles de engañar. Fácil de estafar. Fáciles de desplumar. Sin artimañas de pacotilla.

Algunos incluso disfrutaban engañando a los de su propia clase. ¿Su especialidad? Atraer a los más cándidos: terratenientes ingenuos, nobles inexpertos, jóvenes provincianos recién llegados de sus Cornualles o Lancashire natales... Sus cómplices locales los incitaban a arruinarse y, finalmente, se repartían el botín: cincuenta-cincuenta. Por su parte, las víctimas de estas tramas aberrantes no tenían ninguna posibilidad de escapar. Los drogaban, los emborrachaban y les daban chicas para su disfrute. Cualquier cosa para que jugaran. Cualquier cosa para acabar con ellos, para chuparles hasta el último chelín.

¡Dios santo!

Si el hermano de Amanda fuera uno de ellos, no apostaría por encontrarlo con vida. No era el primero en quedarse en los barrios bajos. Más de uno había salido, también, pero hundido en el bochorno, las deudas y la desgracia. Jay no se inmiscuía en aquellas tretas, pero conocía a los maestros del engaño: The Fox, Trottnner, el Judío, Baxter... Tramposos empedernidos. En cuanto a los ganchos: Durham, Carrington, Richmond, Greystone... todos eran rufianes, los engranajes de una cadena bien engrasada. Los jóvenes *aristos* no tenían escapatoria.

Una cosa era cierta: si Jay no hubiera tenido a Elisa para sacarle de aquellos tugurios, si no hubiera tenido una hermana a la que jurarle que volvería a casa, sin duda se habría apartado del buen camino y habría acabado mucho antes en el fondo del Támesis, con algún que otro agujero en la carcasa. Y no había que olvidar algo muy importante: desde el principio de los tiempos, lo que hacía ricos a unos llevaba inevitablemente a la perdición a otros, y eso nunca cambiaría.

Pero maldición, ¿eso no explicaba por qué Amanda se aventuraba en los suburbios! ¡Sola! ¡De noche! ¡Sin decírselo o atreverse a pedirle que la acompañara!

Era incomprensible. Aquella mujer había perdido su sano juicio. ¡Y para más inri, era viernes por la noche, día de pago! ¡Con todos esos estibadores yendo a fundirse el salario en alcohol! Por no hablar de las tripulaciones del Montrose y el Queen Elizabeth, que acababan de atracar en el puerto... Después de meses en el mar, los marineros solo tenían dos cosas en la cabeza: cerveza y mujeres, una combinación que siempre acababa mal. Además, era una noche de niebla. La

vaharina aún no cubría las calles, pero Jay sabía que no tardaría en llegar desde el río. Después de tantos años viéndola surgir, la habría detectado con los ojos cerrados.

Esa noche habría niebla. Todo estaría oscuro y el crimen acecharía.

¿Qué demonios hacía Amanda allí?

Los marginados ya estaban saliendo de sus guaridas. Un puñado de agentes de policía deambulaban, temblorosos, antorchas en mano. Las mujeres —obreras judías, regatonas² irlandesas y vendedoras *cockney* de poca monta— salían de sus madrigueras y, empujadas por el hambre, engrosaban las filas de las ya numerosas prostitutas. Los hombres acudían en masa a los burdeles, prostíbulos, lupanares y demás locales de perdición de la capital. Los señores del lugar, chulos, proxenetas y rufianes de todo tipo desfilaban por Gunn y Lower Keat Street o vigilaban sus negocios apoyados en la pared de un *pub* o con un pie en el borde de un abrevadero.

Suciedad, enfermedad, peligro y hambre. Eso era todo lo que se podía encontrar allí, todo lo que ofrecían esos barrios y, en definitiva, lo único que esas personas conocerían. A menos que tuvieran una suerte extraordinaria, claro está.

El coche giró de nuevo a la derecha, luego a la izquierda. Jay conocía aquellas calles como la palma de su mano. A la derecha, el *King's Head*, con su fachada destartalada. A la izquierda, el viejo antro de Snots con sus rejas oxidadas. Más allá, Little Market Street, un lugar peligroso donde los hubiera. Un taller de falsificación. Tiendas vacías. Y luego estaba la casa de lenocinio, un burdel regentado por una madama de lo más ingeniosa. En su establecimiento, no se negaba ningún capricho a los varones.

El coche simón en el que iba Amanda volvió a girar a la derecha para adentrarse en otro callejón oscuro, y finalmente, se detuvo.

¿El Black Horse?

Amanda lloraba. Jay se había dirigido a ella con una mordacidad sin nombre. Charles nunca se habría permitido hablarle así, ni tampoco habría criticado a George. El advenedizo le habría juzgado sin saber y su hermano, si es que conseguía encontrarlo, nunca gozaría de su estima. Y aunque no sabía muy bien por qué, eso le partía el corazón.

¿Quizás porque estaba enamorada?

Porque admitámoslo: Amanda jamás se habría ofrecido a un hombre del que no estuviera decidida, irreprimible e irremediabilmente enamorada. Fuera del matrimonio, claro. Amaba a Jay. Lo amaba y lo necesitaba: su apoyo, su fuerza, su amor... Y su respeto. Deseaba que la respetara a ella y a su familia. Que apreciara a George, que lo aceptase, que con el tiempo, lo tuviese en estima. Deseaba que...

Pero el coche estaba a punto de llegar al *Black Horse*.

Amanda se secó las lágrimas, pagó al cochero el viaje y dos horas de espera y permaneció en su asiento.

La acera estaba cubierta de basura apilada y la calzada, de montones de estiércol. Las paredes de los edificios se engalanaban con su habitual despliegue de sombras amenazadoras y formas que cambiaban al paso de la gente. Un grupo de marineros, con jarras de cerveza en la mano y canciones subidas de tono en los labios, abandonaban el puerto y fueron entrando en la taberna. Luego llegó el turno de una pandilla de estibadores, ya borrachos, que corrieron calle arriba

gritando antes de moler la puerta a golpes y colarse en ese chiribitil desvencijado.

Una mujer de palidez cadavérica pasó de largo. No articuló palabra, no gesticuló, ni siquiera la miró. Apenas rozó las paredes del coche. Fue como si presenciara la aparición de un fantasma. No era más que una sombra. Luego, de repente, apareció una figura alta y esbelta al final de la calle. Un hombre rubio, de aspecto joven, que parecía cansado e inseguro.

¿George?

Amanda sintió que se le aceleraba el pulso. Entrecerró los ojos, pero no pudo distinguir sus rasgos con claridad. Estaba demasiado oscuro. El corazón le latía con fuerza y puso una mano en la puerta, lista para saltar. Él se acercó un poco más. Pronto estaría a su altura y... *¡Dios mío! ¡Eran las botas de George!* Amanda intentó agarrar el picaporte en un arrebato febril y se quedó helada: un grupo de escandalosos se unió a él y lo fueron abrazando por turnos. Sintió que el corazón le daba un vuelco. Los hombres intercambiaron algunas bromas y luego entraron en la taberna.

Amanda dudó. Luego, lentamente, abrió la puerta. Miró a la derecha y luego a la izquierda. Otro carruaje esperaba unos diez metros detrás del suyo. En el peor de los casos, si su cochero la abandonaba, siempre podría subirse al otro. Se cubrió el pelo con la capucha, agachó la cabeza y fue caminando hacia la taberna.

La humedad rezumaba entre los ladrillos de la pared. En el interior se escuchaba el ruido de las jarras de cristal rotas y un débil resplandor atravesaba los sucios cristales de las ventanas.

Amanda se armó de valor, extendió el brazo y empujó la puerta.

El lugar era sucio y se respiraba un calor asfixiante. De las mesas surgía una algarabía sin parangón, interrumpida por carcajadas, el tintineo de los cubiertos y de las tazas de estaño y gres. Por el rabillo del ojo, Amanda inspeccionó rápidamente la sala principal.

El *Black Horse* no era más que una taberna apestosa llena de criaturas repulsivas. Solo estaba iluminada por dos surtidores de gas, unas cuantas lámparas de aceite y velas clavadas en botellas. Años de mugre y efluvios diversos ennegrecían el techo y el aire corrompido formaba una espesa capa de humo que solo parecía escapar cuando se abría la puerta... o se rompía una ventana. Un penetrante olor a moho emanaba de las paredes y se mezclaba con el tufo a morcilla, puerros y *hash browns*³ que salía de la cocina.

Las mesas estaban cochambrosas y cubiertas de manchas de grasa, papeles marrones y gotas secas de sebo. Los bancos crujían bajo las posaderas de la clientela, las sillas raspaban el suelo por el arrastre, las monedas hacían *clin, clin* en la barra. Y luego, por todas partes, caras rojas, narices hinchadas y zapatos embarrados. Sinvergüenzas, borrachos, estafadores, marineros, y también —razón de menor preocupación— algunos peones, operarios de almacén y hombres que trabajaban en el puerto. En cualquier caso, la clientela del *Black Horse*, con independencia de su ocupación, consistía en caras sin afeitar, greñas desarrapadas, camisas remendadas y pantalones raídos, todos amontonados de cualquier manera en los bancos, apiñados alrededor de las mesas, encaramados sobre la barra. Y las ratas. *Dios mío, ¡estaban por todas partes!* Debajo de las mesas, bajando por las paredes, en los rincones... por todas partes.

Amanda se estremeció y miró a su alrededor en busca de George. Cerca de ella, un marinero descorchaba una botella con los dientes. Otro mascaba tabaco. Un tercero le daba una calada a su

pipa. Una camarera, con un paño de cocina colgado del cinturón, rascaba los restos de cera de una mesa. Otra zigzagueaba entre los clientes con una bandeja cargada de escudillas y jarras espumosas a la altura del hombro. La mujer esquivó una mano errante, luego otra, y finalmente, entregó la comida y bebida a seis estibadores que jugaban a las cartas: paté de conejo, queso de Gloucester, cabeza de cordero, gachas y dos *beer-battered haddocks*⁴.

Detrás de ellos, una banda de rufianes parecía estar tramando alguna sucia jugarreta. Algunos de los marineros jugaban a los dardos pese a su embriaguez. Otros dos echaban un pulso, mientras una bandada de apostantes gesticulaba y gritaba a su alrededor. Mujeres de mala reputación pasaban de un grupo a otro, con las mejillas excesivamente maquilladas y las blusas abiertas de par en par.

Amanda contuvo la respiración y miró al otro lado. Un pelirrojo alto pagaba a una prostituta por sus servicios, se recolocaba la gorra y, al ver que ella se apartaba de su camino y agachaba la cabeza, abandonó la taberna sin mirarla. Un par de marineros, jarras en mano, se lanzaron a cantar una canción obscena. Un hombre solitario con los miembros atrofiados sacó los bolsillos en busca de una moneda con que pagar la comida. Una mujer de compañía soltó una risita; otra, sentada en el regazo de un hombre robusto, le dio un beso lánguido a su cliente.

Y de pronto, lo vio. Pelo rubio muy claro. Una figura esbelta en la barra, junto a un piano roto. No estaba girado hacia ella, pero era claramente la levita de George. Hecha jirones, remendada, pero era esa. Un modelo de *Grease & Worcester*. Amanda la habría reconocido en cualquier parte: Charles tenía la misma.

Lady Keat se armó de valor y se abrió paso entre las mesas, los respaldos y las bandejas, con la mirada clavada en el suelo. A su alrededor, se brindaba con pintas de cerveza, *stout*⁵, *ale*⁶ y sidra de barril. Algunos bebían copas de ginebra, aguardiente y licor de ciruelas. Otros se pedían un ponche, chuletas, morcilla o bacalao. Sopa del día, salchichas, *Welsh rabbit*⁷, anguila hervida...

Había alaridos, gritos y charlas desenfadadas: discursos salpicados de palabrotas, ruidos corporales de todo tipo y palabras que la joven aristócrata no entendía.

—¡Emma! ¡Mueve el culo, que tengo seco el gaznate!

—*One steak'n'ale pie, Larry! Quick!*⁸

—*Ya telling me porkies.*

—*Nope. No porkies, I swear!*

—*I'm Marvin! What's vere ta at?*

—*Who broke the bloody Aunt Joanna?*

—*C'mon, move your arse!*

George estaba allí, justo al lado, apoyado en la barra frente a una jarra de cerveza negra. Amanda, con el corazón latiéndole desbocado, llegó por fin a la barra y le tocó suavemente el hombro. El joven se volvió hacia ella. La espuma le cubría el bigote. De repente, dejó de latirle el corazón.

No era George.

—Oh, yo... Mis disculpas, señor, yo...

Pero el desconocido ya sonreía ampliamente, mostrando una hilera de dientes podridos que le revolvió el estómago, antes de soplarle en la cara su aliento pestilente a cerveza.

—*Cor blimey! Ya're a fit chick!*⁹

—Disculpe una vez más; creía que era otra persona.

Ella quiso darse la vuelta, pero él la agarró por la muñeca.

—*Ya lookin' fur sum comp'ny?*¹⁰

Amanda sintió que el pánico la invadía. Pero el joven rubio ya se estaba dirigiendo a uno de sus congéneres, un fornido moreno encaramado a la barra justo detrás de él. Aquel desgraciado, más contento que unas pascuas, señalaba a la *lady* con la barbilla.

—Ey, *China*, ¡échale un ojo a esta *chick*!¹¹

El otro la miró de arriba abajo antes de volver a centrar su atención en su jarra de ponche.

—*Ya're in a lotta Barney, 'oney*¹² —se limitó a decir.

El rubio soltó una risita e intentó atraerla hacia sí. Ella se apartó de repente.

—*C'mon, stay wiv me, don't be a bitch!*¹³

—No... no le entiendo, señor. Suélteme, por favor.

—*I ain't no fief. I'll pay!*¹⁴

El moreno, sin llegar a girar la cabeza, volvió a mirar a Amanda.

—No se cosca de lo que sueltas.

—¿Tú crees?

—Es de los barrios de parné...

El rubio la miró un largo rato, estupefacto.

—*Really? Ya fit bird well minted?*¹⁵

—*Pos* va a ser verdad. ¿No oyes su acento?

—¡Ni de guasa!

Molesto porque su amigo no le tomaba la palabra, el moreno lo apartó y le tendió la mano a Amanda.

—A ver ese puño.

—¿Cómo dice?

—Extiende la zarpa.

—Pero yo solo...

—¡Dame la mano, maldita sea!

Ella cumplió a regañadientes y el moreno se la mostró a su amigo. Era blanca, tierna, impecable.

—*Any more bloody questions?*¹⁶

La cara del rubio se iluminó de repente y cogió la mano de Amanda para examinarla más de cerca. Jugueteó con ella, la acarició, se maravilló de su suavidad, y entonces:

—*Okay, lady, gimme sum dough*¹⁷. Vamos, suelta el parné si no quieres pasar un mal rato.

Sin esperar respuesta, el rubio zarrapastroso la arrimó a su cuerpo con una mano pegajosa y, con la otra, avanzó a tientas entre los pliegues de su capa, buscando tanto sus curvas como un bolso bien lleno. Por una fracción de segundo, Amanda creyó que todo estaba perdido.

—Suéltala, Willy.

Al oír esa voz profunda detrás de ella, Amanda pensó que se desmayaría, tanto de alivio como de asombro.

—¡Eh, Jay, socio! ¿Qué tramas por aquí?

—Primero, suéltala. Luego ya hablaremos.

El hombre la miró un momento, frustrado, resopló por la nariz y finalmente obedeció.

—Como quieras...

Ahogando un sollozo, Amanda corrió hacia Jay y se acurrucó en sus brazos.

—*Vat your missus, mate?*¹⁸

—‘t’is.

—*Jez, she’s fit!*

El moreno se bajó del taburete y se acercó a ella.

—¿Y qué hace tu chica por aquí?

—*None of ya business*¹⁹.

—*Pos* será mejor que salgas pitando de aquí si no quieres gresca.

—En ello estábamos. Venga, Amanda...

—Oye, Jay, ¿no quieres empinar el codo antes? ¿Un poco de farra?

—Esta noche no, Willy.

—Al menos desembucha unos cuartos... ¿o qué?

—Aquí tienes.

Jay le lanzó una guinea y el pobre desgraciado se tiró al suelo en una reverencia servil. Jay aprovechó para pasar el brazo por encima de los hombros de Amanda y se abrió paso a codazos. Pero el tugurio seguía a rebosar y les costó avanzar. Pronto algunos ojos vieron a la guapa rubia, otros reconocieron a Jay.

Silbidos. Exclamaciones. Susurros. Preguntas. En un instante, todos los ojos estaban puestos en ellos.

—¡Eh, fíjate en esa muñequita...!

—¡Jay! ¿Quién te manda por aquí, *mate*?

—*Hey, hey! Hello me, old China. How a’ ya?*²⁰

—*Pfeew! Vat chick’s from the West, no doubt!*²¹

—¡Ey, Stenson! ¿La compartes?

Jay, sin embargo, no contestó. Con el rostro imperturbable, los ojos fijos en la puerta y el brazo rodeando fuertemente a Amanda, siguió adelante. De repente, la joven sintió unos gruesos dedos que le manoseaban el trasero y ahogó un grito. Jay se volvió... y le asestó un puñetazo relámpago al agresor, que ni siquiera tuvo tiempo de apartar la mano. Le propinó un gancho de izquierda fulminante: un mensaje inequívoco en el único idioma que entendían los hombres de Whitechapel.

En un instante, se hizo el silencio. El bullicio se interrumpió. Las conversaciones se detuvieron. El tintineo de los platos cesó. Lo único que reinaba en la taberna era un silencio opresivo, tan solo perturbado por el intruso, con la nariz sangrando, que gemía en el suelo.

Todos se apartaron, con los puños en guardia. Pero de repente, se oyó una exclamación de júbilo.

—¡Caray! ¡No has perdido el garbo, Stenson!

Seguida de una carcajada generalizada.

—No todo, no... —respondió con voz grave y el puño aún cerrado.

Después, al notar que Amanda se tambaleaba, la cogió en brazos y la multitud se abrió ante ellos.

—De acuerdo. Creo que me debes una pequeña explicación.

Amanda sujetó la humeante taza de té con sus manitas mientras Jay avivaba el fuego.

Entonces, este se acercó, le colocó bien el chal sobre los hombros y se sentó a su lado para ofrecerle el remanso de paz de su torso musculoso. Amanda se hundió en sus brazos.

—Ya lo sabes todo, Jay...

—Yo diría que no.

—Estaba buscando a George.

—¿En ese agujero?

—Sí.

—¿Y quién te dijo que estaría allí?

—Greystone.

Ese canalla de Greystone... Era de esperar.

—¿Cuándo y cómo te lo dijo?

—Cuando fui a verle.

—¿Fuiste a su casa?

—Sí.

Jay se pasó una mano por la cara. Amanda era una inconsciente. No tenía ni idea de lo peligroso que era aquel tipo. Y era probable que su hermano, tampoco.

—¿Y ahí es adonde ibas todas las noches? ¿Al *Black Horse*?

—Sí.

—¿Y has visto a George?

—No.

Por supuesto...

Por regla general, los polluelos a los que desplumaban allí no duraban mucho. Una noche de libertinaje, tal vez dos, y estaban arruinados.

—¿No te dijo nada más?

—No. Bueno, sí. Que George a veces pasaba la noche en la taberna. Y que debía dormir... por la zona.

Amanda estaba angustiada. Las imágenes pasaban por su mente: el viento helado, los callejones oscuros, las ventanas rotas, los dientes echados a perder, las uñas sucias, los zapatos desgastados...

—¡Cielos! ¡Y las ratas! ¡Todas esas ratas...!

Jay se encogió de hombros.

—Hay partes buenas en la rata, ¿sabes?

Jay respondió despreocupado. Amanda lo miró horrorizada, esperando que fuera una broma de mal gusto. En realidad, aunque Jay pretendía tomarle el pelo, había un destello muy serio en el fondo de sus ojos marrones. La joven se preguntó si quería saber lo que estaba pensando, pero Jay continuó:

—Amanda, ¿cuánto tiempo lleva desaparecido George? ¿Desde que empezaste a buscarlo? ¿Cinco días?

—Cinco meses.

—¿Cinco... meses?

—Sí.

Había algo que no entendía.

—Por Dios, Amanda, ¿por qué no me lo dijiste?

Ella dio un sorbo al té.

—Porque no podía —Antes de seguir, dio un segundo sorbo—. Nadie lo sabe, Jay. Nadie...

excepto Maggie.

—Y Greystone.

—Y Greystone, sí, es cierto. Pero Maggie es sin duda la persona en la que más confío, y Greystone... bueno, si tiene algo que ver, supongo que no le conviene alardear de ello.

—Supones bien, sí.

—George no es un jugador, Jay. No juega ni apuesta. Estoy segura de que le tendieron una trampa.

—Es más que probable.

—Estaba en una... situación precaria, digamos. Muy delicada. Greystone debió darse cuenta y... se aprovechó de su debilidad para...

—Ese es su estilo, sí.

Amanda se enderezó y lo miró fijamente con sus intensos ojos azules.

—¿Lo... lo conoces?

Jay volvió a encogerse de hombros.

—Todo el mundo lo conoce en el East End. Es uno de los principales ganchos para... bueno, no importa. Pero sí, es lo suyo: llevar presas fáciles a los sinvergüenzas de los bajos fondos y ayudarles a desplumarlos.

—Pero... ¡es horrible!

—E ingenioso. Les hacen beber, apostar. Los despojan de todo lo que tienen y luego se lo reparten.

—¡Es despreciable!

—Y sin embargo, sucede constantemente. Greystone está lejos de ser el único que juega con los demás. Pero eso sigue sin explicar por qué no me lo contaste.

—En realidad, sí. Te dije que quería resolverlo por mi cuenta y... que nadie se enterara, por su bien...

—Por el amor de Dios, ¿te das cuenta de los riesgos que has corrido por una estúpida cuestión de honor, reputación o como quieras llamarlo?

—Sabía que era peligroso, pero... tú mismo dijiste que volvías allí a menudo, que... los muelles, los embarcaderos... Elisa me lo dijo, así que pensé...

—¡Por el amor de Dios, Amanda, yo nací allí!

—Sí... Lo sé. Jay, te juro que pensé en decírtelo, pero no podía involucrarte.

—¿No confías en mí?

—Claro que lo hago, pero... no es eso...

—Y sin embargo...

—¡Cielos, Jay, mira cómo reaccionaste! ¡Exactamente como me temía! Juzgaste a mi hermano, lo despreciaste y...

—Amanda, nunca debí haberte dicho nada de eso. Pero debes admitir que tampoco me ayudaste. ¡No quisiste hablar conmigo! ¿Cómo iba a saber lo que estaba pasando en realidad? Hay decenas de *aristos* que no necesitan estímulos para buscar el placer malsano en los burdeles y casas de juego de Whitechapel. Tu hermano podría haber sido uno de ellos...

—No, Jay. No lo es. Es un muchacho puro que intentaba salvar su hacienda, nuestra hacienda, y se vio atrapado por... por un...

Se le quebró la voz. Jay le llevó un dedo a los labios.

—Chis, Amanda, tranquila. Sé lo que quieres decir.

Ella le apartó la mano y rompió a llorar.

—Pero... ¡Escúchame, Jay! Tiene que estar por ahí, muriéndose de vergüenza, en algún lugar de la calle, en un tugurio, en un cobertizo, ¡hambriento! ¡Ni siquiera sabe que la finca se ha salvado! ¡Ni siquiera sabe lo de las veinte mil libras! ¡Oh, Jay! ¡Jay, por Dios! ¿Qué podemos hacer?

—No podemos hacer nada —Jay le levantó la barbilla y contempló los grandes ojos azules que le devolvían la mirada—. Nosotros, no —La besó con ternura—. Yo, en cambio...

Estaba en el viejo cobertizo de *Smith & Glabb*. Fabuloso. Salvo que el cobertizo de *Smith & Glabb* era enorme.

Jay, blandiendo una sucia y humeante lámpara del *Black Horse* delante de él, avanzaba a paso lento. En realidad, la información no había sido demasiado difícil de conseguir: un billete, un par de preguntas sobre el tipo de la levita, la miniatura de George Steyn que Amanda le había prestado y... eso había bastado para que le mostraran el lugar: una gigantesca casa ocupada donde se hacinaban los indigentes de Whitechapel. Ni más ni menos que aquellos a los que negaban pasar la noche en un asilo. Los que no tenían casa ni refugio. Los que no tenían adónde ir.

Un almacén en desuso, a un tiro de piedra del *Black Horse*, en el muelle. Una covacha llena de ratas, alimañas y perros demacrados; un refugio sin fuego ni velas; una choza hecha con viejos maderos de barco roídos por la lluvia, el cieno y los gusanos y situado peligrosamente encima del Támesis; un lugar acechado por maleantes, prostitutas y todo aquello por lo que apiadarse de la pobreza: los viejos, los enfermos y los abandonados.

El aire estaba cargado de un miasma fétido. El suelo de tierra estaba cubierto de ortigas. Una lluvia torrencial golpeaba los pocos cristales que quedaban en las claraboyas del techo. Alguien tosió. Alguien inspiró. Alguien escupió.

Jay, lentamente, a la luz de la lámpara, observó los rostros, las siluetas, las figuras tendidas en el suelo. Los ojos febriles, las miradas preocupadas y desconfiadas, las capas ásperas y los cuerpos andrajosos revolcándose en el polvo. Pero no había ni rastro de un hombre rubio de aspecto aristocrático. De repente, una mujer de mirada insolente se acercó a restregarse contra él. Pegó sus pechos a los de él y empezó a acariciarle.

—Hola, apuesto moreno, ¿buscas algo de...? ¡*Cago en Dios*, Jay!

—Hola, Chrissy...

—¡Te juro por mi vida que casi no te reconozco! ¡Han *pasao* siglos! ¿Qué haces por aquí?

—Estoy buscando a alguien. Tal vez puedas ayudarme —Sacó la miniatura del bolsillo de su pantalón—. Es este.

La prostituta tomó la miniatura entre sus manos y se la acercó a los ojos. Jay la alumbró con la lámpara.

—Mmm... Me quiere sonar. Pero si es este, ha *cambiao* mucho.

—Enséñamelo.

Sin esperar a que ella se lo pidiera, sacó una guinea del bolsillo. Ella la cogió y, con una sonrisa, se la metió en la blusa.

—Eres un príncipe.

Luego le cogió de la mano —lo cual no era del todo necesario, pero incluso una profesional puede tener sus debilidades— y le hizo volver sobre sus pasos. Ambos se detuvieron ante una

figura larguirucha y estirada, envuelta en un viejo abrigo de fieltro del que solo sobresalían algunos mechones de pelo rubio. Jay se quedó mirándolo un momento, sin habla.

—¿Crees que es él?

—Pos yo diría que sí, pero habrá que asegurarse.

Jay pasó por encima del cuerpo y se acercó a su cara. Chrissy hizo lo mismo. El hombre estaba débil, casi inconsciente. Jay le quitó la bufanda que le cubría el rostro, le levantó la cabeza con una mano y le acercó la lámpara con la otra.

Bolsas bajo los ojos. Un rostro marcado por la hambruna, la vergüenza y la desesperación. Un cuerpo delgado y tembloroso. Cabello rubio como el trigo, pero cubierto de polvo. Y, por último, dos ojos que se abrían, parpadeaban un par de veces y se entrecerraban bajo la intensidad de la luz. Dos ojos azul lavanda, de un azul dulce, un azul ligeramente triste. Los mismos ojos que los de Amanda.

—¡Dios santo, Sussex!

Carcomida por la preocupación, con los ojos clavados en el reloj del pasillo, Amanda se paseaba arriba y abajo. Llegados a ese punto, su pañuelo era un trapo con las costuras deshilachadas y la alfombra del pasillo amenazaba con grabar sus huellas para toda la eternidad.

Jay le había dicho que se quedara allí.

Que no moviera ni un músculo.

Que él se ocuparía de todo.

Que encontraría a George y lo traería a casa.

Y a cambio, ella había jurado que no intentaría nada más hasta que él mismo lo encontrara. Pero se moría de angustia: hacía cuatro horas que se había marchado con unos viejos pantalones de lino marrón, una camisa raída y una gorra de estibador.

Llevaba cuatro horas esperándole. Se había hecho de noche, llovía y Amanda apenas podía respirar.

¿Y si estaba muerto? ¿Y si lo habían apuñalado? ¿Y si se había ahogado? ¿Y si había enfermado? ¿Y si...?

De repente, una voz en la entrada.

—Vamos, viejo amigo, aguanta, no la diñes en mis brazos...

La puerta se abrió de golpe y Jay apareció al otro lado. Estaba calado hasta los huesos, le goteaba agua de la barbilla y tenía el pelo pegado a la frente. Amanda ahogó un grito.

Llevaba a George, inconsciente, en brazos.

¹ N. de la T. Edificio en que está en funcionamiento una máquina del mismo nombre, normalmente propulsada por energía hidráulica y compuesta por mazos de madera que se mueven gracias a un eje con el fin de golpear, desengrasar y enfurtir los paños.

² N. de la T. Según el DLE, alguien «que vende al por menor los comestibles comprados al por mayor».

³ N. de la A. Patatas ralladas y fritas. Se trata de un plato típico anglosajón.

⁴ N. de la A. Abadejo (o bacalao) rebozado con salsa de cerveza (el *fish & chips* en la actualidad).

⁵ N. de la T. Cerveza negra.

⁶ N. de la T. Nombre que abarca a todas las cervezas de fermentación alta.

⁷ N. de la A. Conejo a la galesa.

⁸ N. de la A. A continuación traduciremos de forma aproximada los fragmentos de diálogo en jerga *cockney*:

—¡Un pastel de carne a la cerveza, Larry! ¡Arrea!
—¿Me tomas el pelo?
—¡No, *jurao*, nada de filfas!
—¡Estoy tieso de hambre! ¿Qué tenéis de pitanza?
—¿Quién se ha *cargao* ese maldito piano? (En acento *cockney*, «piano» se pronuncia *pianna*, que rima con Aunt Joanna, de ahí el original).
—¡Vamos, tira *palante*!
⁹ *N. de la A.* —¡Caray, vaya chati!
¹⁰ *N. de la A.* —¿Buscas compañía?
¹¹ *N. de la A.* En una mezcla de *cockney* y lenguaje coloquial «no dialectal»: —Eh, amigo, ¡échale un ojo a esta chavalita!
¹² *N. de la A.* —Te has *metío* en un pozo de mierda, bonita.
¹³ *N. de la A.* —¡*Amos*, quédate conmigo, no seas pelandusca!
¹⁴ *N. de la A.* —¡Que yo apoquino, no soy un ratero!
¹⁵ *N. de la A.* —¿De veras? ¿Tienes guita, preciosa?
¹⁶ *N. de la A.* —¿Ves, joder? ¿Tienes más preguntas?
¹⁷ *N. de la T.* La oración que sigue es la propia traducción.
¹⁸ *N. de la A.* A continuación se incluye la traducción del diálogo:
—¿Es tu chati, amigo?
—*Sip*.
—¡Caramba, vaya perla!
¹⁹ *N. de la A.* —Métete en tus asuntos.
²⁰ *N. de la A.* —¡Ey, ey! Hola, viejo amigo. ¿Cómo andas?
²¹ *N. de la A.* —Fiu, fiu, esa chavalita viene del oeste, ¡que lo sé yo!

XI

Era oficial: Amanda se había convertido en una depravada. Jay, por su parte, parecía encantado con la situación.

La vida seguía. Eso sí, a un ritmo más tranquilo, agradable y despreocupado. George había recuperado los ánimos y les había contado su historia, que resultó ser más o menos lo que Jay y Amanda se imaginaban. Lo habían engatusado y, cuando se había dado cuenta de que su oponente hacía trampas, de que los dados estaban amañados y que su supuesto amigo Greystone estaba en el ajo, ya era demasiado tarde: había cedido la titularidad de su última fábrica y no le quedaba ni un penique en el bolsillo. Estaba arruinado, y por extensión, Katy, también, ya que jamás la podría dotar. Consumido por el remordimiento, la vergüenza y la culpa, deseó que todos se olvidaran de su existencia.

Desde su regreso, Amanda había cuidado de él, y Elisa, también. El joven había perdido mucho peso y, con ello, las fuerzas, pero poco a poco, la comida, la calidez de la cama, las sábanas limpias y el amor de su hermana le habían devuelto la salud. Por no hablar de las noticias sobre sus finanzas —no sabía cómo agradecerse a Jay, ni tampoco a su hermana, que había aceptado ese «trabajo» por él— y de las muchas atenciones de Elisa, que había demostrado ser una enfermera tan amable como considerada con el hermano de su tutora.

En agradecimiento, George no tardó en compensar sus favores por medio de la lectura. Tenía varias heridas provocadas por cascots de botellas, ladrillos y desmayos y, mientras ella se las curaba, él le leía poesía. Chaucer, Shakespeare, Byron... A George le encantaba la poesía y se le daba bien entonarla. A menudo, Elisa se quedaba un largo rato escuchándole, incluso después de que hubiera terminado con las curas. Luego charlaban e intercambiaban sus puntos de vista sobre el mundo. George le recomendaba libros y Elisa iba a buscarlos a la biblioteca del British Museum o, si era necesario, los compraba en la librería de señoras de Oxford Street.

Amanda sabía que George no tardaría en pedir permiso a Jay para cortejar a su hermana. De hecho, lo haría en cuanto se hubiera recuperado. Por supuesto, le alegraban las intenciones de su hermano, pero al mismo tiempo, estaba inquieta.

¿Cómo reaccionaría Jay? ¿Sería capaz George de ganarse su estima? Su hermano era inocente de los vicios de los que su amante le había acusado, pero ¿podría este último perdonar su candidez? ¿Dejaría que un joven soñador, romántico pero ingenuo, cariñoso pero inocente, sensible pero evidentemente vulnerable —aunque, sin duda, consciente de las terribles experiencias de la vida y con un carácter renovado— cortejara a su hermana?

Lo esperaba de todo corazón y, al mismo tiempo, temía el fatídico momento, que sin duda, llegaría. En cuanto a ella, había caído definitivamente en el pecado. Todas las noches, Jay se unía a ella, y desde hacía mucho tiempo, Amanda no tenía la fuerza —ni tampoco el deseo— de apartarlo. Compartía sus noches con él, el amante que la introducía en los secretos más íntimos de su propia sensualidad y, a cambio, le hacía probar cosas que eran... inenabizables, por calificarlas de algún modo. Y lo peor de todo era que a ella le gustaba hacerlas. Para él. Encima de él.

Algunas de las primeras veces habían sido... arduas, todo sea dicho. La primera vez que la había puesto de espaldas a él. La primera vez que le había hecho sentarse a horcajadas sobre él. La primera vez que ella lo había tocado... ahí (la transgresión suprema, si es que alguna vez hubo una). La primera vez que...

Pero con el paso del tiempo y la ayuda del placer, se había acostumbrado a todo. Al menos, a todo lo que él le había ofrecido... hasta ahora. Porque no le cabía duda de que Jay aún sabía mucho más sobre el tema y que todavía le tenía reservadas muchas sorpresas. Sin embargo, confiaba en él. Lo que le enseñaba, lo que le hacía, lo que le mostraba era apetecible, deliciosamente erótico, vergonzosamente carnal. Desde las traviesas promesas que le murmuraba en los pasillos hasta las salvajes palabras que le susurraba al oído mientras hacían el amor, y desde las caricias que le prodigaba por debajo de la mesa hasta las que le dedicaba en su cupé¹, cuando fingían salir a dar una vuelta. Además, jamás habían hecho nada que ella, en el fondo, no disfrutara inmensamente. Por lo que sí, confiaba en él.

Al principio, Amanda se había sentido algo cohibida. La repentina constatación de su ignorancia la había puesto nerviosa más de una vez, y en varias ocasiones, había temido hacer el ridículo delante de un hombre mucho más experimentado que ella. A menudo le preocupaba no saber cómo complacerle, cómo darle placer. Temía decepcionarlo. No obstante, la ferocidad con la que la tomaba cada noche, el hambre insaciable por su cuerpo, la reacción convincente que había obtenido cuando había intentado darle tanto placer como él sabía darse a sí mismo... Todo eso la había animado.

Así que sí, todos en el número 3 de Charing Cross Road eran conscientes de lo que sucedía, por lo que no tenía sentido mentir. Claramente, Elisa lo sabía, George lo sospechaba y los criados lo susurraban en las dependencias. Pero nadie hacía comentarios fuera de la casa: Jay pagaba demasiado bien a su personal y ni a Elisa ni a George se les habría ocurrido compartir sus sospechas con nadie... si hubieran tenido a alguien con quien descubrir el secreto, claro está.

En definitiva, todo el mundo lo sabía y ella se mortificaba constantemente, pero no podía resistirse a Jay. A sus insinuaciones. A su cuerpo. A sus caricias. Aquel hombre la fascinaba, la subyugaba y, cada día que pasaba, lo amaba más.

Era sensual, prosaico. Tenía los pies en la tierra y una energía que ella jamás había conocido. Era temerario, atrevido, de carácter fuerte, siempre dispuesto a seguir adelante. Cada día descubría más cosas sobre él, y cada día lo adoraba más.

A diferencia de los aristócratas, adeptos de la ociosidad, la pasividad, la indolencia y la pereza, él abogaba por la acción, la lucha, el trabajo y la innovación. A diferencia de los aristócratas, visitaba todas las semanas sus fábricas y muelles, sus talleres y cervecerías. A diferencia de los aristócratas, se identificaba perfectamente con la clase trabajadora: sus empleados, sus obreros... Conocía sus dificultades, sus necesidades, su modo de vida, sus principales preocupaciones, y no escatimaba esfuerzos para ayudarles. A diferencia de los aristócratas, nunca apostaba. Al menos, no si no podía gestionarlo con sus propias manos. De hecho, Amanda se había dado cuenta de que nunca apostaba por nada que no pudiera controlar: ni por los caballos, ni por los gallos, ni por los perros, ni por el nombre de la próxima amante de uno ni por la fecha de la boda de otro, ni por cualquier tontería por las que los nobles parecían arriesgar su capital de forma temeraria. Jay solo jugaba a las cartas por dinero, porque tenía un don, porque sabía intuir jugadas e ir de farol.

Y era brillante. No es que se esperase algo distinto, teniendo en cuenta lo que había logrado

habiendo nacido en los bajos fondos. Sin embargo, cada día, sin siquiera pretenderlo, se lo demostraba una vez más. Le hablaba de industria, tecnología, producción agrícola y descubrimientos científicos. Estaba al tanto de cualquier avance y parecía saberlo todo. Decía que el uso del vapor permitiría evitar los parones causados por inundaciones, heladas, sequías y riadas, contratiempos derivados del uso del agua en los molinos; que la industria pronto beneficiaría a la propia agricultura y que se inventarían trilladoras motorizadas y cosechadoras mecánicas; que el exceso de mano de obra en las nuevas fábricas daría lugar inevitablemente a problemas y que había que anticiparse a ellos; que la producción en masa conduciría a precios más bajos y haría los bienes accesibles al mayor número posible de personas; y que había que crear necesidades entre las clases medias emergentes, los pequeños y los grandes burgueses, que serían la clave de la economía del mañana. También decía que...

En fin, era fascinante.

Asimismo, Jay se interesaba mucho por la medicina, siempre por el bien de sus trabajadores: la vacuna contra la viruela desarrollada por Edward Jenner veinticinco años atrás le daba grandes esperanzas de poder acabar con la rabia, la peste, el tifus, el sarampión y el cólera —las enfermedades que asolaban los barrios pobres— en un futuro próximo.

Hacía cálculos a una velocidad asombrosa y, además, tenía una memoria extraordinaria, especialmente para los números, las fechas y las caras. En más de una ocasión, Jay la había asombrado al recordar lecciones enteras cuando apenas parecía escuchar, inmerso como estaba en su periódico mientras ella le explicaba a Elisa. Había interiorizado los títulos, las reglas de prelación, el simbolismo de las flores y el lenguaje del abanico, al igual que las costumbres vigentes para la correspondencia, los saludos, las recepciones sociales y las presentaciones reales.

Y cuando Amanda había expresado su deseo de donar a los pobres parte del dinero que Jay se había comprometido a pagarle, él le había asegurado que la pondría en contacto con Jade cuando los Hemsworth regresaran de América. De hecho, la joven condesa había empleado parte de su dote en crear su propia fundación para ayudar a los niños expósitos de Spitafields, Limehouse, Whitechapel, Shadwell y Poplar. Amanda estaba extasiada y no veía la hora de conocer a la joven Jade.

Por otra parte, Jay no había podido resistirse a coger a Greystone del pescuezo y «darle una lección» para hacerle firmar a la fuerza un pagaré con la cantidad que le había robado a George. Además, en sus intervenciones seguían presentes una gran cantidad de palabras malsonantes, que Amanda, por cierto, ya casi no señalaba.

¿Resignación? ¿Desistimiento? ¿Hábito? ¿Lasitud?

Sin embargo, al final, Jay había cedido y había contratado a un lacayo, aunque solo fuera para generar empleo. Seguía negándose a que lo vistiera, aunque a la joven le parecía que iba bien afeitado con mayor frecuencia desde que Wells había ocupado su puesto...

Sí, tal vez él tuviera razón, y probablemente nunca fuera capaz de ocultar a la perfección sus orígenes, si es que siquiera lo había intentado, ya que no parecía esforzarse especialmente en lograr ese objetivo... que jamás había sido suyo. Sí, tal vez fuese un esfuerzo inútil. Es cierto que Jay rebosaba temperamento, pero ella lo amaba. *¡Dios la asistiera!* Amaba a ese hombre. Lo amaba por lo que era, tal y como se mostraba a los demás.

Amaba su fuerza, su voluntad, su altruismo, su inteligencia.

Amaba su belleza: ruda, viril, auténtica...

Amaba su forma de pensar, de actuar, de mirarla.

Amaba su forma de hacerle el amor.

Lo amaba (casi) todo de él.

Solo había una sombra en el horizonte. O mejor dicho, dos. Para empezar, su romance tal y como estaba era perfectamente inapropiado, pero era evidente que no le correspondía a una dama pedirle a un hombre que se casara con ella. Por otra parte, aunque lo hiciera, nunca sería capaz de convencer a sus iguales de que su unión no se debía a la fortuna del advenedizo. Y para acabar —porque, de hecho, había un tercer inconveniente—, jamás sería capaz de persuadirles de que él le había pagado para meterla en su cama... o para alcanzar el estatus de sangre azul, el objetivo supremo, como bien era sabido, de los de su calaña.

Amanda era víctima del desaliento.

Habían pasado semanas.

Elisa había progresado mucho y, mientras se disponía a pedir té a modo de evaluación final —aún recordaba el calvario que había sido para ella la primera vez—, Jay la miró con orgullo.

Ahora sabía cómo servirlo con elegancia; cómo, después de una cena formal, hacer pasar a sus invitados al salón. Cómo, al principio de dicha comida, pedir a un oficial de uniforme que se desarmara para poder dar el brazo a una dama y dirigirse al comedor. Sabía qué tipo de copas se necesitaban para un burdeos, un borgoña, un riesling, o para el coñac, el *whisky*, el oporto, los vinos del Rin, y todas las demás bebidas alcohólicas, tanto para caballeros como para damas. Había interiorizado qué vinos servir con los aperitivos, entremeses y entrantes.

Sabía que un lacayo debía servir los platos por la izquierda, para que el invitado, supuestamente diestro —¡pobre Jay!— pudiera utilizar fácilmente la mano derecha. Que el vino se servía por la derecha, para que el invitado pudiera detener al criado con la mano si no deseaba seguir bebiendo. Que nunca debía haber menos de dos copas por invitado, ni más de cinco. Que la cuchara sopera se llevaba a la boca ligeramente ladeada, no de frente, como en Francia. Que se aplastaba la cáscara del huevo pasado por agua cuando todos en la mesa habían terminado, y que se hacía con una cuchara y no con un cuchillo. Que las ostras se comían en tres tiempos aunque ya estuvieran abiertas. Que al ser mujer joven, nunca debía firmar una carta con su nombre completo, sino solo con su inicial seguida de su apellido. Que si una dama salía todas las noches, la gente se aburría de su compañía; pero si no salía lo suficiente, pronto se olvidaban de ella; y que el arte de salir —como en todo lo demás, al fin y al cabo— residía en la moderación.

Asimismo, también sabía que jamás se hablaba de las indisposiciones mensuales ni del climaterio², y que una mujer en estado de buena esperanza nunca se dejaba ver en sociedad. Elisa había aprendido cómo ser atenta pero no entrometida; cortés pero no servil; locuaz pero no chismosa; ingeniosa pero no impertinente; risueña pero no excesivamente cariñosa; comedida pero no desdeñosa; interesada pero no indiscreta. Había aprendido cómo situar a los invitados para que todos supiesen qué homenajes se les rendía, cómo dirigirse a la reina con un «Majestad» y responder a sus preguntas con un simple «Señora», cuándo utilizar la tercera persona³ y cuándo no. Eso y tantas otras cosas... más o menos útiles, que en todo caso, le habían dado confianza y le permitían, ahora más que nunca, brillar. Amanda la había transformado en poco más de cuatro meses.

Elisa ya no salía sin su sombrilla —lloviese, hiciese viento, granizase o, para colmo, nevase.

Bueno, quizá estuviera exagerando un poco— por miedo a que el sol «dañara su tez». Ahora solo llevaba los vestidos que Amanda había hecho traer de Milán y París. Había empezado a hacer encaje, punto de cruz y bordados, y se esforzaba sobremanera en la creación de su ajuar de costura.

Además, Elisa estaba a punto de experimentar la mayor felicidad de todas. Jay no dudaba que solo sería cuestión de días: el joven George se declararía y le pediría la mano a su hermana. Había que decir que esto último solo le alegraba a medias. Hacía ya varias semanas —desde mediados de enero, para ser exactos— que le había pedido permiso para cortejarla. Al ver a Amanda llena de esperanza, había cedido, aunque a regañadientes. Había que reconocer que George se había embarcado entonces en un cortejo tan ansioso como cautivador. Había llevado a Elisa al parque, al museo, a ver una exposición, y en los primeros días buenos de marzo, de pícnic a Green Park y de paseo en barco por el Serpentine. Le había regalado flores, poemas, bombones... Todo lo que, de hecho, Jay no hacía con Amanda.

Lady Keat, por su parte, estaba tan ocupada haciendo de carabina como completando la formación de Elisa. En esta última etapa, se centraba en su dominio de la cuadrilla, el galop, el minué y el vals, entre otras cosas. Jay se había visto obligado a participar en las lecciones con un pretexto que, a su juicio, era poco sincero: George era la pareja de baile de Elisa, así que él tenía que ser la de Amanda. No acababa de entender qué le impedía contratar a un maestro de baile —cuyos honorarios habría pagado de buena gana—, pero quiso complacerla por una vez. Jay se dio cuenta, *in fine*, de que bailar no era tan desagradable y de que su larga trayectoria como boxeador era una ayuda muy valiosa cuando se trataba de tener pies ligeros, cierta coordinación y memoria para los movimientos de la coreografía. Por no hablar de que le daba la oportunidad de tener a Amanda en sus brazos en pleno día y a la vista de todo el mundo, sin que nadie pudiera ofenderse, lo que ciertamente no le disgustaba.

En definitiva, George cortejaba a su hermana, parecía sinceramente enamorado de ella y no perdía ocasión de piropoarla. Ella, por su parte, parecía haberse prendado de él. Al fin y al cabo, era un joven dulce y atento que sabía colmarla de atenciones. Le sería fiel, se entregaría a ella y, con el tiempo, se convertiría en un marido cariñoso, el esposo ideal. Sin embargo, era joven, ingenuo y vulnerable. Y Elisa, aunque la vida apenas la había perdonado, no era mejor: era frágil, inexperta, manipulable. Quizá un poco menos ingenua que él, pero... Dios sabe que Jay tenía parte de la culpa: la había protegido demasiado.

En todo caso, esa era la realidad. Serían dos corderitos en un mundo de lobos, zorros y leones. Sus sirvientes les robarían. Sus banqueros les robarían. Sus... *En fin*. A él le correspondería vigilarlos, o mejor dicho, controlar sus finanzas.

Pero al menos eran felices, ¿no?

Había otra cosa que le preocupaba. Si bien tenía pocas dudas sobre su capacidad para obtener una autorización especial para un matrimonio entre un noble y una plebeya —una buena contribución a las arcas de la Iglesia solía acabar con cualquier reticencia—, temía el recibimiento que su hermana, por muy educada y cortés que fuera, tendría por parte de la «buena sociedad», o mejor dicho, de la sociedad que se definía como tal.

Elisa lo tenía todo en su contra. Era una plebeya, por supuesto, pero además, había nacido en el East End —lo que era mucho peor— y, para colmo, era una hija ilegítima. Una bastarda, en resumen, que ni siquiera llevaba el apellido de su hermanastro, quien aceptaría —o no— la propuesta de matrimonio del joven Sussex.

Sin embargo, ahora que lo pensaba, y aunque imperara la ley del silencio, en los salones no

faltaban aristócratas de linaje incierto. Si surgía la necesidad —y si el matrimonio era realmente el deseo de los dos tortolitos— no dudaría en señalarlo frente a las malas lenguas. La propia condesa viuda de Ashford (la abuela de Alexander) calculaba que más de la mitad de los cadetes⁴ de la aristocracia británica eran ilegítimos; una categoría en la que, por cierto, se incluían los propios James y Alexander.

Sin embargo, como en tantos otros aspectos, el destino de los bastardos de palacio ciertamente no era el mismo que el de aquellos nacidos en los barrios bajos. El hijo ilegítimo de un rey podía acabar siendo príncipe o duque, mientras que, por lo que él sabía, el bastardo de una mujer de la calle podía acabar en el fondo del City Canal sin que a nadie le importara.

No, todo eso no le tranquilizaba en absoluto. Hablaría con Elisa y si ella estaba convencida de que allí residía su felicidad, bueno, ¿quién era él para negársela? Por otra parte, la monstruosa dote que pensaba otorgarle seguramente no sería excesiva para anticipar las pérdidas —sin duda igual de grotescas— a las que pronto tendría que hacer frente el joven Sussex, con consejeros fraudulentos y mayordomos sin escrúpulos.

Jay suspiró.

Pero ¿y él? ¿Qué pasaría con él en toda esta situación? ¿Dónde residía su felicidad? ¿En una relación secreta? ¿En un matrimonio oficial?

Dios sabe que Jay amaba a Amanda, que quería casarse con ella. Quería proclamarla suya ante Dios y por toda la eternidad. Es más, ante la mera idea de que Amanda se casara con otro, Jay perdía los estribos en silencio. Pero una vez más, la razón vaciló. La reputación de la joven viuda ya había sufrido cruelmente por el hecho de haber aceptado trabajar para él —o peor aún, dormir bajo su techo—, y con cada semana que pasaba sus posibilidades de recuperarla una vez finalizado el contrato se hacían más escasas.

Por otra parte, si se casaba con él, Amanda se arriesgaba a perder el respeto de sus seres queridos. La gente pensaría que la había forzado, que la había comprado, quizá incluso que la había chantajeado. Que él siempre había aspirado a una posición aún más alta que la que ya se había forjado y que había encontrado una manera fácil e injusta de conseguirlo a través de ella. De lo contrario, y suponiendo que la creyeran libre de decidir, se le reprocharía una elección que la alejaría del favor de la alta sociedad. Amanda tendría que soportar una serie de comentarios irreverentes y extenuantes, se consumiría su degradación y el escándalo de la unión de George y Elisa la salpicaría a su vez.

¿Era eso realmente lo que él quería para ella?

Por no hablar de la imagen que los enredos y tergiversaciones proyectaban sobre él...

Jay siempre había tenido perfectamente claro quién era, de dónde venía y qué propósito tenía a largo plazo. Pero ahora, por primera vez en su vida, se sentía... indigno de alguien. Si Amanda lo elegía a él, pasaría de ser la marquesa a ser simplemente la «señora Stenson». Siempre se había sentido cómodo en su propia piel, jamás había olvidado quién era y no había dejado de reivindicar su condición. Pero ahora, por primera vez en su vida, deseaba haber nacido en una situación mejor. Si hubiera sido conde, marqués o duque, tal vez incluso vizconde o barón, no habría tenido reparos: se habría casado con ella hace tiempo. Y si bien era cierto que jamás se había dejado impresionar por la sangre azul o había envidiado sus privilegios, sino que más bien se burlaba constantemente de las convenciones sociales... tenía que admitir que, quizá por primera vez, sentía ese vacío, esa sima, ese abismo que separaba sus dos castas.

¡Y ella, como para hundir el dedo en la llaga y recordarle sus diferencias, seguía llamándole

«señor» en público! Delante de George, delante de Stearn, delante de Elisa, ¡cuando todos sabían lo que significaban el uno para el otro! Esa costumbre le horrorizaba, tanto más cuando se veía obligado por las circunstancias a imitarla, dado que ella le echaba en cara constantemente las situaciones tan distintas en las que habían nacido, señalaba sus malos modales o su falta de educación. Por primera vez en su vida, Jay deseaba algo a lo que temía no tener derecho. Por primera vez en su vida, anhelaba algo que podía estar fuera de su alcance. Por primera vez en su vida, se sentía inferior.

Aquella mujer no era para un tendero, un estibador, un luchador de feria o un ladrón, sino para un marqués, un duque, un príncipe, un rey. Y Dios le perdonase, la amaba. Ciertamente, no tenía derecho a hacerlo, pero esa era la verdad.

La dulce voz de la *lady* de sus sueños le sacó de sus pensamientos.

—Bien, Elisa. ¿Le gustaría... servirnos un aperitivo ligero? Así veré cómo se desenvuelve con el té de las cinco...

Jay, contento de haber salido de sus cavilaciones, apoyó la iniciativa.

—Sí, adelante, Elisa. Bocadillos, huevos mimosa, bollos...

—He dicho ligero, señor Stenson.

—En efecto, ¡ligero!

Amanda entrecerró un ojo y fingió fulminarle con el otro. A él se le escapó una risotada.

En ese mismo momento, el mayordomo entró en la habitación, se acercó a su señor y le entregó una bandeja. En el centro había una pequeña misiva de vitela blanca. Exasperado por tanto protocolo —ya que le había pedido más sencillez por lo menos cien veces en los últimos tres años—, Jay estalló.

—¡Por el amor de Dios, Stearn! ¡La próxima vez olvídense de la maldita bandeja y tráigame solo la misiva! ¡No pesa ni veinte gramos!

—Señor Stenson —intervino Amanda—, ¿cuándo dejará de proferir improperios en nuestra presencia?

—¿Ahora se refiere a usted misma en plural, Amanda?

—También hablo en nombre de su hermana.

—Elisa está acostumbrada a mis improperios.

—Así es. ¡Y ya es hora de que eso acabe! ¡Así no la ayuda, señor Stenson!

—¡Oh! ¡Es de Ashford! Ese canalla ya está de vuelta...

—¡Jay!

—¿Síííí...? —trinó con voz melosa.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No está dispuesto a hacer ningún esfuerzo, ¿me equivoco?

—Me declaro culpable.

—Mmm... ¿Qué dice la carta?

—Ashford y su esposa han vuelto. Dice que un feliz acontecimiento por venir les ha obligado a... acortar su estancia en América.

—¡Pero eso es maravilloso!

—Pobre hombre...

—Jay, espero que no lo diga en serio...

Jay sonrió con ternura.

—No, no lo digo en serio.

Sus miradas se cruzaron y, por una fracción de segundo, Jay supo que pensaban lo mismo.

Tuvo el tiempo justo de ver que los ojos de Amanda se llenaban de tristeza. Enseguida, la joven apartó la mirada.

—¿Elisa?

—Ah, sí. ¿Stearn, sería tan amable de pedir que nos suban un poco de té, por favor? Que traigan bollos, sándwiches, huevos mimosa...

—¡Vaya, Ashford, vas a convertir el aparecer sin avisar en un hábito! El año pasado volviste varias semanas antes de la fecha prevista, ¿me equivoco?

—Qué puedo decir: he tenido la suerte de enterarme de una noticia maravillosa justo antes de que comience la temporada en dos años consecutivos. La primera vez resultó que había una joven a mi cargo que necesitaba carabina. La segunda, que voy a ser padre.

—Permíteme que te diga que el año pasado no te alegraste tanto al descubrir tu «feliz» fortuna...

—¡Es que aún no había conocido a Jade!

—Cierto.

—Amigos míos, no quiero interrumpiros, pero ¿acaso no hay algo más... que llevarse a la boca en esta choza? —dijo Jay de pronto, señalando el plato de canapés, *verrines*⁵ y galletas saladas que decoraban la bandeja de licores.

—Le pedí a la señora Crookshank que nos preparara unos sándwiches. Y sabiendo que estarías con nosotros —¡oh, qué alborozo!—, hizo suficientes para todo un regimiento, como de costumbre.

—Me tranquilizas.

James dio vueltas a su *whisky* en el vaso y se acomodó en la silla antes de decir:

—Bien, sobre ese feliz acontecimiento...

Alexander se sirvió y cruzó una pierna sobre la otra antes de hundirse en el confort de su respaldo de cuero. Volviendo a las viejas costumbres, Jay y James habían visitado al feliz viajero —y futuro padre— al día siguiente de su regreso. Era viernes, el día en que solían reunirse en casa de Ashford cuando este estaba en Londres.

—Se estima que ocurrirá a finales de junio. De hecho, Jade empezó a sentir náuseas a bordo del SS Savannah. Al principio pensamos que era un simple mareo, por supuesto, ya que ella nunca había estado en alta mar. Pero cuando las náuseas continuaron en Georgia, no nos quedó más remedio que enfrentarnos a la realidad. Está de seis meses. Era preferible que no cruzara el Atlántico justo antes de alumbrar, y queríamos que el bebé naciera en Inglaterra, como comprenderéis.

—Evidentemente.

—Así que me tomé la libertad de acortar nuestra estancia uno o dos meses.

—Pero aún disfrutasteis de unos buenos tres meses en aquellas tierras... —añadió Jay.

—Sí. Una experiencia... enriquecedora. Pero te contaré los progresos de nuestras antiguas colonias en otro momento, amigo mío. ¡Adelante, contadme, quiero saberlo todo! ¿Qué ha pasado durante mi ausencia?

James se encogió de hombros con indiferencia.

—Oh, no mucho. Stenson empleó a una marquesa, convirtió a su hermana en una dama, le

dio una paliza a Ettlesham y luego a Greystone, salvó al hermano de la marquesa, pero no sabemos cómo ni de qué... —No preguntes, Ashford, es secreto de Estado— y creo que incluso ha conseguido intimar con la bella dama. Aparte de eso, nada muy emocionante...

Alexander se quedó mirando a Jay con incredulidad.

—¿Es eso cierto, Stenson? ¿Yaciste con ella? ¿Estamos hablando de Amanda Keat, la joven viuda que te recomendé?

—Así es. Pero siento decirlo, muchachos, que la tengo en demasiada alta estima como para satisfacer vuestra curiosidad malsana.

—¡Cielos! Stenson, ¿estás enamorado?

—Y tengo la intención de casarme con ella.

—¡Lo sabía! —James levantó su copa en señal de triunfo—. Lo supe desde el principio. Te lo dije en el *White's*. ¡Maldición! Debería haber iniciado un círculo de apuestas. Nadie lo habría creído... Quiero decir, que te casarías con ella, no que te la llevarías a la cama, amigo mío... ¡Ah, soy un necio! ¡Qué preciosa cifra habría reunido...!

—Espera, espera, espera. ¿Lady Keat ha aceptado ya? ¿Le has pedido que se case contigo?

—No, aún no. Será el próximo sábado, en el Vauxhall. Será la primera salida nocturna de Elisa, el primer evento de la temporada y el final oficial de su luto. Y su primer evento social en casi dos años. Amanda ha tenido un duelo tras otro...

—¡Ah, cierto! Cielos, lo olvidaba. Vaya, debiste ser muy convincente para conseguir que una dama como ella te recibiera en su cama cuando aún estaba de luto por sus seres queridos...

—Confío en que no lo mencionéis... fuera de este círculo, claro está.

—Es evidente, ¿por quién nos tomas?

—Entonces, si he entendido bien, ¿aún no ha ocurrido? No te dejes llevar demasiado, Stenson, permíteme que te lo diga. Seguro que esa mujer está loca por ti —de lo contrario, nunca habría permitido que la tocaras, con independencia de que seas un vicioso—, pero no será fácil. Empezando por las diferencias de vuestro estatus social...

—¿Y crees que no he pensado en eso ya? He considerado todas las posibilidades, incluso alejarme de ella para devolverle su libertad, y permitirle conocer... a un hombre de su clase. Pero no puedo evitarlo. Sé que parece inconsciente, probablemente muy egoísta, pero no voy a renunciar a ella.

—¿Y si te rechaza?

Jay miró los ojos azules de Alexander.

—Amo a esa mujer, Ashford. Amo a esa mujer más que a nada en el mundo. La necesito... y voy a conseguirla.

—¡Qué entusiasmo, amigo mío...! —se maravilló James, que pese a todo no ocultó el deje irónico de su voz.

—Habla de ello cuando hayas encontrado a la mujer de tu vida, Eastlake...

James se echó a reír.

—Gracias a Dios, no tendré que volver a sufrir esta conversación.

—Estoy seguro de que pronto te tocará a ti...

—¡Dios me libre! No estoy hecho en absoluto para el matrimonio.

—Ashford tampoco lo estaba.

—Ashford es débil.

—Te concedo eso último. Sin embargo, hace un año...

—Caballeros, aún estoy presente...

—Perdónanos, Ashford. Has estado tanto tiempo fuera que estamos adquiriendo malos hábitos. Deberías quedarte más en Londres. Así no te olvidaríamos tan rápido...

—Me temo que es justo lo que va a pasar con el bebé.

—¡Ese es el espíritu!

—De todos modos, probablemente estaremos en Kent la mayor parte del tiempo...

—¡Algo de piedad, te lo imploro! ¡Detesto la campiña!

—¡Lo sabemos, Eastlake! ¡Por desgracia, lo sabemos!

—En fin, Stenson... decías algo del Vauxhall...

—Sí.

—¿De repente has aprendido a bailar, amigo?

—En efecto.

James y Alexander intercambiaron una mirada de asombro.

—Santo cielo, Stenson, ¡la mujer con la que vas a casarte debe ser hechicera!

Jay se encogió de hombros.

—En realidad, el baile no es tan distinto del boxeo...

Los tres hombres se echaron a reír.

—Bueno, quizá deberíamos comprobarlo. ¿Estás libre el sábado, Ashford?

—Probablemente, pero tendré que consultarlo con mi mujer.

James sacudió la cabeza, consternado.

—Este hombre está perdido, Stenson...

—Me temo que pronto tendré la suerte de perderme yo también.

—¡Santa María, Madre de Dios! ¡Ten piedad de mí! ¿Qué será de mí sin vosotros?

—Tranquilo, Eastlake. Sabes que siempre estaremos aquí...

—Caballeros, sois unos cobardes. Menos mal que Londres está lleno de mujeres hermosas. ¡Necesitaré mucho consuelo para compensar vuestra ausencia!

—¡Vamos, Eastlake, no nos iremos a ninguna parte...!

—En cualquier caso, con independencia de que Alexander se vea secuestrado por su mujer o no, estaré en el Vauxhall. Libre como el viento... ¡y disponible! Por cierto, Stenson, ¿dijiste que tu hermana estaría allí?

Alexander se atragantó con su *bourbon*, pero Jay, contra todo pronóstico, respondió con una sonrisa.

—Así es, Eastlake. Elisa estará allí. Pero, para entonces, probablemente ya esté prometida...

—Es una lástima. Seguro que también es bella.

—¿Prometida, Stenson? ¿Ya? ¿Antes de entrar en sociedad? Pero ¿con quién?

—El hermano de Amanda me pidió esta misma mañana que le diera mi bendición para casarse con ella.

De nuevo, miradas sorprendidas. Y entonces...

—¡Espero que se la des!

—No estoy seguro... Pero quiero complacer a Amanda, así que cederé.

—¡Por el amor de Dios, Stenson, es un conde!

—¡Bah! Es demasiado dulce, demasiado amable...

—Algo que a ti no se te puede reprochar...

Jay, todavía preocupado, ignoró la burla.

—Ambos serán demasiado ingenuos. Demasiado fáciles de engañar. Es lo que le dije a Amanda: son dos corderitos vulnerables.

—Pero para eso estás tú, Stenson. Tú serás el pastor.

—Tendrás que serlo.

—¿Y bien...? ¿Le darás tu bendición?

Jay volvió a encogerse de hombros.

—Ya que vas a pedir un permiso especial para un matrimonio entre personas de distinta clase social, ¡pide dos!

Alexander dejó su copa con un tintineo y se incorporó para aplaudir.

—¡Vaya, vaya, vaya! Esto vale por todos los viajes a América del mundo. ¡Cómo me alegra haber vuelto!

A las ocho de la mañana del sábado, Jay hizo que le llevaran jazmines.

Embriagas mis sentidos.

A las nueve en punto, narcisos.

Te deseo.

A las diez, pensamientos.

Solo pienso en ti.

A las once, un geranio rosa.

Sin ti, me marchito.

Al mediodía, lazos de amor⁶.

Te cubriría de caricias.

A la una, acianos⁷.

Te seré fiel.

A las dos, espuelas de galán⁸.

Ardo de amor por ti.

A las tres, tulipanes.

Mi amor es sincero.

A las cuatro, rosas rojas.

Mi amor es ardiente.

A las cinco de la tarde, lirios del valle.

Seamos felices.

A las seis, un gran ramo de siempreviva.

Para un amor eterno.

A las siete, otro de áster de China.

¿Me amas?

Y ahora Amanda estaba en sus brazos, girando al ritmo de los melodiosos acordes de la orquesta. Jay bailaba bien: tenía los pies ligeros, se movía con delicadeza y se adaptaba perfectamente a los movimientos de ella. Supuestamente, todo venía del boxeo. En cualquier caso, había memorizado a la perfección la coreografía de la cuadrilla y el galop —se había negado a aprender el minué, demasiado femenino y anticuado para su gusto— y las figuras más bonitas del vals, y ahora se movían con gracia por la pista de baile al aire libre del Vauxhall.

A su alrededor, bajo la encantadora luz de faroles, velas y farolillos, los volantes de seda y

raso se mecían al unísono. Un mar de tul y encaje ondulaba en cadencia y el frufrú de los vestidos susurraba suavemente contra el parqué de la pista de baile, frente al estrado, en un torbellino de colores, reflejos y luz. El aire resonaba con risas, la brisa agitaba los cabellos y el clima suave de aquella primera noche de abril avivaba los ánimos. Doradas por las oscilantes llamas de velas y candelabros, las motas de polvo revoloteaban en el aire vespertino. La atmósfera del lugar era digna de cuento de hadas.

Estaban en los jardines del Vauxhall, un edén de fiesta y placer, y la embriagadora alegría de ver comenzar la temporada dibujaba sonrisas en la cara de todos. Las copas de ponche hacían chinchín, el champán se servía libremente, la limonada estaba divina y la iluminación era espléndida, como todos los años. Con sus cinco mil lámparas de aceite, el Vauxhall era el lugar más iluminado de toda Londres.

El vals terminó y Jay cogió suavemente a Amanda por el codo. Se dirigieron al linde de la pista de baile y, dejando a los recién prometidos George y Elisa bailando una cuadrilla bajo la mirada distraída de James, que acababa de ver a una bonita pelirroja, se dispusieron a dar un paseo por las sendas del Vauxhall.

Había pabellones chinos, una cascada artificial, un par de cenadores con comida y espejos monumentales de la fábrica Lambeth. Más allá, árboles en macetas, faroles y grandes jarrones de malaquita decorados con hojas de palmera. Los lacayos zigzagueaban entre los transeúntes con bandejas de refrigerios en la mano. Otros repartían el programa del Vauxhall para la próxima temporada: globos aerostáticos cautivos⁹, espectáculos pirotécnicos, actuaciones de divas¹⁰ y representaciones al aire libre. En el Vauxhall dominaban como nadie el arte de la sorpresa, la puesta en escena y la iluminación, y aquel era el lugar favorito de los londinenses adinerados, que adoraban pavonearse sin complejos, lucirse sin ostentación y pasear sin rumbo.

Allí, la gente de bien visitaba los jardines botánicos, disfrutaba de las noches de primavera, cenaba al aire libre, coqueteaba y paseaba. Todos observaban a los demás, pero todos se divertían.

Un quiosco de música alojaba una orquesta. Pronto, una soprano comenzó a cantar un aria italiana y los curiosos se acercaron a escuchar. Jay apartó ligeramente a Amanda del gentío y, dejando atrás el estruendo de la orquesta y los trémolos de la cantante, ambos se alejaron. Pasaron por los templetos del largo paseo, alumbrado por discretas luminarias, antes de seguir la columnata donde, durante sus años de jóvenes alocados, James le había planteado un reto de escalada a Alexander, o eso decían.

Miles de lámparas de todos los colores brillaban desde los árboles, a lo largo de las columnas arqueadas, en lo alto de las glorietas y en los arcos añejos. Amanda había estado antes allí, pero ese lugar jamás le había parecido tan... maravillosamente encantador como en aquella noche con Jay. Las pagodas asiáticas, los falsos templos griegos, los cócteles, los dulces, los actores y cantantes... Todo era más hermoso, más colorido, más luminoso, más vibrante.

Por primera vez en casi dos años, la joven llevaba un vestido claro, un rosa pastel que combinaba a la perfección con su larga melena rubia. Su luto había terminado. Con una mirada golosa, Jay le había dicho que parecía un caramelo y ella se lo había tomado como un cumplido.

Pasearon unos instantes más por las arboledas hasta que divisaron un lugar aislado y desierto —¡un milagro!— y Jay la condujo hasta él. Amanda suspiró feliz mientras se apoyaba en la balaustrada y contemplaba el estanque de nenúfares. Jay sacó del bolsillo un largo joyero y lo colocó en la baranda, frente a ella. Era una joya de *Rundell & Bridge*. Una pulsera o un collar,

dada la forma del estuche. El corazón de Amanda se aceleró. Con los ojos clavados en el regalo, intentó en vano contener la emoción. Era la primera vez —dejando a un lado las flores de hoy— que Jay le regalaba algo. Y sin embargo... Sin embargo, no podía aceptarlo, porque...

Conmovida, cogió la caja y, sin atreverse a abrirla, la acarició distraídamente con el pulgar.

—Sabes, un... un caballero nunca debe regalar nada a una dama que no sea su hermana, o su madre, o... su esposa.

Jay puso ambas manos a cada lado de las de Amanda en la balaustrada y ella sintió que su torso le presionaba suavemente la espalda. Más tarde, Jay acercó la cabeza a la de ella y le susurró en el pelo:

—Entonces conviértete en una de ellas, Amanda.

Su corazón dejó de latir y se le llenaron los ojos de lágrimas. *¿Aca... acababa de...?* Amanda se dio la vuelta. Él, por reflejo, cogió el joyero que a punto estuvo de caer al agua, lo volvió a colocar en la barandilla y, con las manos apoyadas en los codos de ella, le sonrió con ternura, acariciándola suavemente con las yemas de los pulgares. Finalmente, sacó un pequeño ramo de lavanda del bolsillo de su chaleco.

Dame una respuesta.

—Amanda Keat, nacida Steyn, ¿quieres ser mi esposa?

Incapaz de hablar, con los ojos colmados de pasión, ella se llevó las manos a la cara... antes de asentir febrilmente. Embriagado de felicidad, Jay tomó su rostro entre las manos como quien recoge una fruta preciosa, se inclinó sobre ella, le levantó ligeramente la barbilla para contemplar su delicioso rostro y la miró directamente a los ojos.

—¿Crees que soportarías... dejar de ser una dama?

Conmovida, al principio no le entendió.

—¿Qué quieres decir con «dejar de ser una dama»?

Muy serio, reformuló su pregunta:

—Bueno, ya no serías lady Keat, marquesa de Ettlesham, sino tan solo... la señora Stenson.

Amanda se rio nerviosamente. La felicidad, la tensión, el alivio, el deseo, todo era tan fuerte, tan inesperado, tan... Le acarició la mejilla a su vez y lo miró con todo el amor que sentía, pero también con toda la picardía de la que era capaz en un momento tan intenso.

—Puede que tenga memoria de elefante, señor Stenson, pero no me escuchó bien en su momento. Sabía que era un mal alumno —Se rio ligeramente y luego, al ver que no entendía, continuó—. Me convertiré en la señora Stenson, Jay, y ya no seré marquesa, pero siempre seré lady Amanda. La hija de un conde, por cortesía, conserva ese título de por vida.

Jay sonrió encantado y la besó con ternura. Ella se dejó arropar por sus brazos y le devolvió el beso con fervor. De repente, él se separó de ella, que estaba despeinada... y ligeramente atolondrada.

—Pero con una condición, *milady*... —No pudo evitar reírse. Jay no tenía nada de convencional, tampoco era un caballero y era un hecho que siempre la sorprendía, pero ¿alguna vez un hombre había exigido una condición a una mujer en el mismo momento en que le pedía que se casase con él?—. Y esa condición es... que nunca vuelvas a tratarme de usted.

¹ *N. de la T.* Berlina de dos plazas.

² *N. de la T.* Menopausia.

³ *N. de la T.* A la hora de dirigirse a reyes, es conveniente no tratar de usted, sino referirse a ellos en tercera persona: «Espero que Su Majestad haya disfrutado...»

⁴ *N. de la T.* Joven noble.

⁵ *N. de la T.* Especie de postres servidos en pequeños recipientes de vidrio.

⁶ *N. de la T.* La *petrea volubilis* es una especie de enredadera originaria de México y Centroamérica.

⁷ *N. de la T.* También llamada «azulejo» o «pincel» es una planta herbácea de la familia de las asteráceas.

⁸ *N. de la T.* También llamada «capuchina» o «flor de la sangre». Se trata de una planta ornamental de América.

⁹ *N. de la T.* Se refiere a los globos amarrados a tierra, es decir, que no surcan el cielo.

¹⁰ *N. de la T.* Cantantes de ópera.

Epílogo

Jay había aceptado. Le había concedido a George la mano de su hermana. El joven Sussex había hecho lo mismo por Jay y, por decisión unánime, los matrimonios se habían celebrado en la más estricta intimidad. Tras las ceremonias de rigor, Alexander y Jade, tanto para homenajear la unión de ambas parejas como para protegerlas de la curiosidad de la alta burguesía y de las habladurías que habían empezado a circular, convidaron a los recién casados a una escapada campestre en Kent, a la que también fueron invitados todos los asistentes a la boda: James y Katy —la benjamina de los Steyn—, por supuesto; Margaret y su marido —que, en efecto, como amigos leales, cambiaron de opinión sobre Jay en cuanto Amanda les contó que se habían comprometido—; tres amigas más de la actual señora Stenson —que eran relativamente abiertas al matrimonio entre distintas clases sociales— y sus maridos; y cuatro de los compañeros de estudios de George en Eton y Oxford, que se alegraron sobremanera de reencontrarse con su antiguo amigo, del que no sabían nada desde hacía muchos meses.

También estaba Clémentine, la hermana gemela de Alexander, que vivía en Ashford Park todo el año y a la que le importaba un bledo el decoro, motivo por el que James y Jay le guardaban gran estima y afecto, mientras que a la otra hermana de Alexander, Carolyn, y a su abuela, la condesa viuda, las despreciaban abiertamente.

Jade y Clémentine, como anfitrionas respetables de la casa, habían convertido aquel retiro en la campiña en una memorable fiesta en el jardín: partidos de cróquet, torneos de críquet, recitales privados, veladas musicales, almuerzos sobre la hierba, pícnic junto al lago, té servido en el césped... Una noche, incluso hicieron venir desde Londres a la compañía del Teatro Imperial y, aprovechando que el tiempo se lo permitía, la representación se llevó a cabo en un escenario al aire libre en los jardines.

Los desayunos eran copiosos, por lo que Jay estaba exultante. Jade había hecho a Amanda miembro de su sociedad benéfica y esta no cabía en sí de dicha. George había tenido su noche de bodas y estaba encantado (poeta o no, un hombre seguía siendo un hombre). Elisa había descubierto su talento para el cróquet y ganaba todos los partidos, por lo que brillaba de júbilo. Jade estaba a punto de dar a luz y Alexander estaba eufórico, ya que al fin iba a «recuperar a su esposa para ejercer como marido», como él decía. Y esta última estaba a punto de traer al mundo al hijo del hombre al que amaba, por lo que sí: estaba alborozada.

En resumen, todo el mundo rebosaba felicidad.

Excepto James, claro. James odiaba el campo, odiaba los rebaños, la hierba y los animales. Él amaba la ópera —o mejor dicho, las sopranos—, y tan solo se deleitaba con los placeres de la capital: las mujeres, las galerías de arte, las fiestas de todo tipo, los atascos...

Pero bueno, no había nada como pasar unas semanas con Alexander y Jay, a quienes habría seguido hasta los infiernos —pero no hasta el matrimonio, eso sí que no— si se lo hubieran pedido. Porque James seguiría soltero: amaba demasiado a las mujeres como para elegir solo a una, y atesoraba demasiado su libertad como para querer subyugarse.

O al menos... eso creía él.

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
[@cherrypublishing_esp](https://www.instagram.com/cherrypublishing_esp)
Sigue también a la autora:
[@aurelie.depraz.auteur](https://www.instagram.com/aurelie.depraz.auteur)
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Diseño de la cubierta: Ketí Matakov